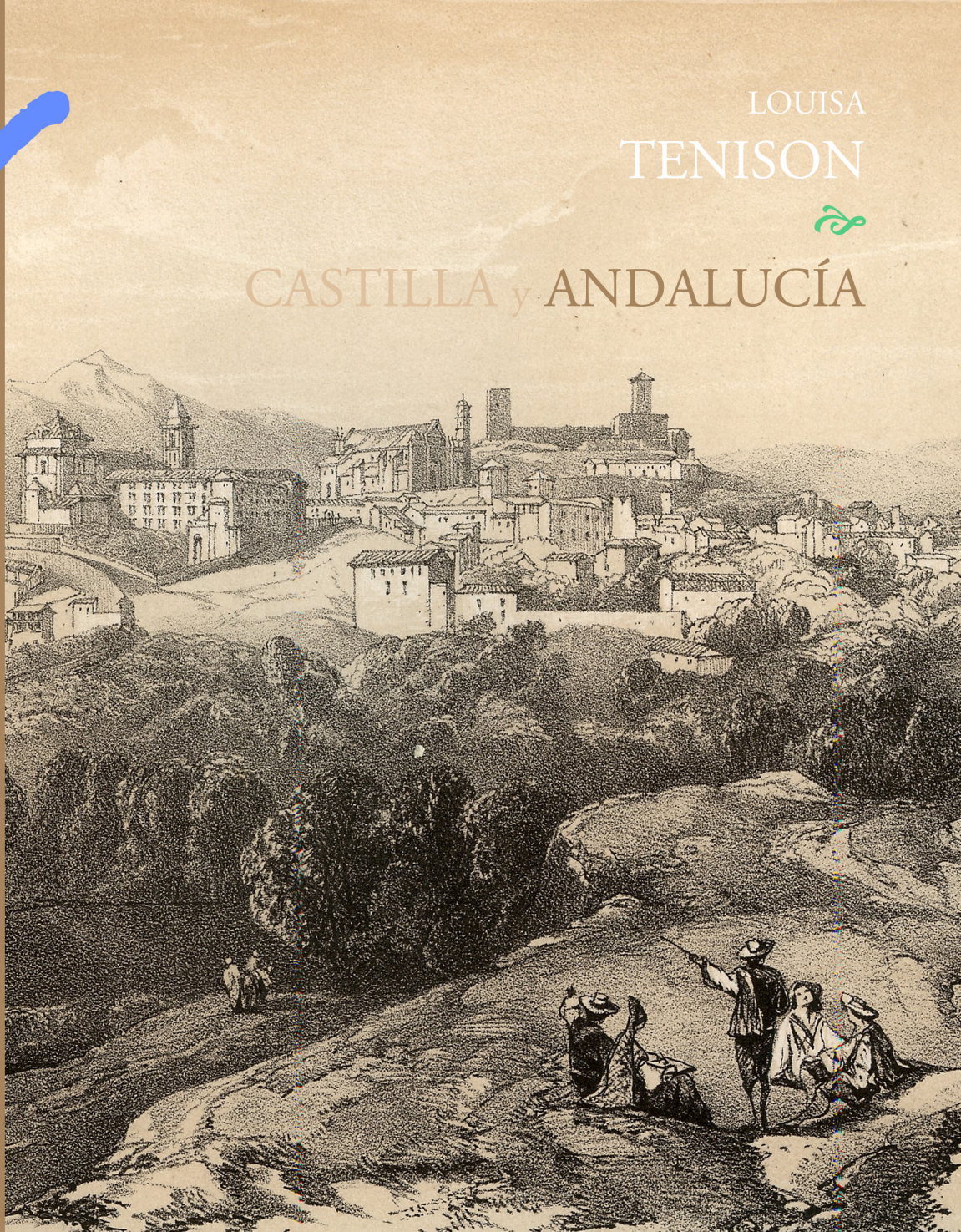
Biblioteca Virtual de Andalucía

Junta de Andalucía
Consejería de Cultura

LOUISA
TENISON

CASTILLA y ANDALUCÍA



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

LOUISA

TENISON

CASTILLA y ANDALUCÍA

Edición parcial de la obra original con los capítulos referidos a Andalucía

Posfacio de Javier Piñar Samos

CONSEJERÍA DE CULTURA

Biblioteca Virtual de Andalucía

[el autor]

El matrimonio formado por Edward-King Tenison (1805-1878) y Louisa Tenison (1819-1882) realizó una larga estancia en España, que se prolongaría desde octubre de 1850 a la primavera de 1853. Fruto de sus viajes por la Península fue la obra *Castile and Andalucía* y una valiosa colección fotográfica. El aristócrata irlandés Edward King Tenison había contraído matrimonio en 1838 con Lady Louisa Mary Anne Anson, quien tomaría el apellido del marido desde entonces. Lady Louisa era hija de Thomas William Anson, conde de Lichfield y de Louisa Catherine Philips. Son pocos los datos conocidos sobre su vida que no estén relacionados con la adscripción nobiliaria, la práctica del viaje culto y sus aficiones artísticas. Siguiendo el modelo de muchos viajeros de su tiempo, el matrimonio había realizado entre 1843 y 1846 un dilatado viaje por el Mediterráneo Oriental, visitando casi todos los santuarios que el orientalismo estaba poniendo de moda (Egipto, Siria, Palestina). A raíz del mismo, Louisa publicaría su primer cuaderno conocido de dibujos, tal vez retocados para la imprenta por J.F. Lewis, el mismo que se encargaría de la supervisión de las estampas españolas elaboradas por la autora entre 1850 y 1853, utilizadas esta vez como complemento de un amplio texto.

La fotografía de Edward King Tenison, como los dibujos y anotaciones de Louisa son, antes que nada, la expresión de un modo de viajar y de un cierto diletantismo. Nos encontramos ante dos miembros distinguidos de la aristocracia británica, que cultivan asiduamente las bellas artes y la literatura y hacen del viaje una experiencia placentera y una ocasión para la práctica de sus aficiones cultas, entre las que el dibujo o la experimentación con los nuevos procedimientos fotográficos ocuparían un lugar destacado.

[la obra]

La obra de Louisa Tenison se instala en la frontera entre dos generaciones de literatura viajera, compartiendo rasgos que son propios de las memorias personales, pero asumiendo también los nuevos planteamientos que está imponiendo el mercado editorial de las guías de viaje. Como no podría ser de otro modo, es heredera de una tradición gráfica y literaria de origen británico que había dado sus mejores frutos en los porfolios litográficos de David Roberts, J.F. Lewis o Georges Vivian, pero también en los textos monumentales de Richard Ford. Y quizá su principal valor y novedad estriba en el intento de integrar de modo más explícito la palabra y la imagen, que hasta entonces parecían seguir sendas paralelas y escasamente conectadas, utilizado unos y otros sus específicos medios de difusión. La obra de Tenison se caracteriza precisamente por suministrar al público un libro lujosamente ilustrado, a la vez que un amplio documento sobre lo mejor que podía verse en Castilla y Andalucía, las experiencias que podían compartirse y las indicaciones prácticas necesarias para facilitar el desplazamiento y alojamiento de un viajero culto. Este planteamiento y las propias características de la edición hacen de ella una obra marcada por el sello de autor, más apta para consulta de gabinete que como publicación destinada a su comercialización masiva. Esta puede ser la razón de que no llegara a reeditarse y que no fuese traducida a otros idiomas. En los últimos años ha sido, sin embargo, parcialmente traducida al español en diversas antologías de literaturas de viajes.

La segunda razón que otorga a la obra de Tenison una especial relevancia no está directamente relacionada con el libro, sino con las actividades fotográficas paralelas que el propio viaje hizo posibles.

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*
Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura
© 2010 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura
© del posfacio: Javier Piñar Samos
© de la traducción: Maria Antonia López-Burgos del Barrio
Diseño: Carmen Piñar
ISBN: 978-84-9959-047-9

Ilustración de cubierta: TENISON, Louisa – LUNDGREN, Egron, *Antequera* (fragmento).
Litografía inserta en la publicación original.

índice

PREFACIO 13

CAPÍTULO I 15

CAPÍTULO II 37

CAPÍTULO III 61

CAPÍTULO IV 83

CAPÍTULO V 111

CAPÍTULO VI 143

CAPÍTULO VII 167

CAPÍTULO VIII 199

CAPÍTULO IX 227

CAPÍTULO X 259

CAPÍTULO XI 285

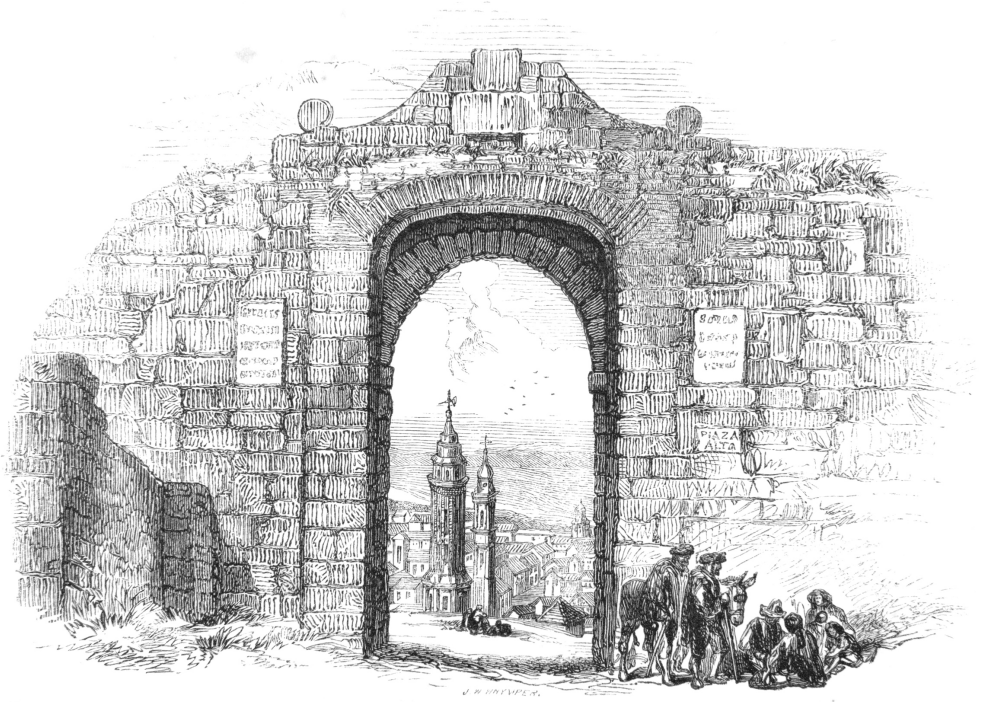
NOTAS 303

POSFACIO

DIBUJO Y FOTOGRAFÍA EN EL PERIPLO ANDALUZ
DE LOUISA Y EDWARD KING TENISON 309

Javier Piñar Samos

LA ALHAMBRA DESDE SAN NICOLÁS



Arco de los Gigantes, Antequera.

¡Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente!
¡La nación cuyo imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente!
Lágrimas viertes, infeliz ahora,
Soberana del mundo,
Y nadie de tu faz encantadora
Borra el dolor profundo!

ESPRONCEDA

CASTILLA
Y ANDALUCÍA

Lady Louisa Tenison

Londres

Richard Bentley

Editor con licencia de Su Majestad

MDCCCLIII

ILUSTRACIONES

La Alhambra desde San Nicolás
Málaga desde las Ermitas
Llegada a una posada
Un Carmen, Granada
Lanjarón
La Catedral, Sevilla
Baile gitano
Procesiones en Semana Santa
La Feria de Sevilla
La Cartuja, Jeréz
Grazalema
Ronda
Antequera
Noche en el Picacho
Catedral Córdoba

VIÑETAS

Arco de los Gigantes, Antequera
Mujeres en la iglesia
Granada
Un aguador
Funeral español
Una galera
La Campanera
Hablando en la reja
Procesión en una iglesia
Mantilla de tiro
Un patio en Ronda
Interior de la cueva
Una barbería
La Bolera
Una tartana

PREFACIO

Parece casi supérfluo que un prefacio acompañe una obra como la presente, pero se me debe perdonar en este caso ya que deseo ofrecer un breve homenaje al artista que amablemente me ha ayudado a realizar las ilustraciones de las siguientes páginas. Los dibujos de paisajes y los dibujos arquitectónicos los he hecho de mis propios bocetos, pero las figuras son obra de Mr. Egron Lundgren, un artista sueco que en la actualidad reside en Sevilla, cuyos admirables dibujos de la vida y costumbres españolas son bien conocidos de aquellos que han tenido el placer de visitar su estudio.

El lector encontrará en estas páginas los resultados de simples observaciones recogidas durante una estancia de dos años en el país. Me he esforzado en dar una fiel descripción del estado en el que se encuentra España en la actualidad, un país por el cual siempre he tenido sentimientos de peculiar interés y del que me llevaré muchos recuerdos agradables de días felices pasados bajo su soleado cielo.

Para la preparación de esta obra no se han consultado otros libros aparte de las historias locales de las distintas ciudades que visitamos y algunos de los historiadores españoles: de hecho, tengo sólo unos pocos a mi disposición.

Teniendo en cuenta la desventaja que supone haber estado ausente de Inglaterra durante el tiempo en que este libro ha estado en prensa, me habría sentido incluso con aún menos confianza a la hora de presentarlo al público si no hubiese sido por la ayuda de dos o tres amigos entrañables a los cuales no tengo palabras para expresar mi gratidud.

SEVILLA, mayo de 1853

NOTA

Todas las ilustraciones que acompañan este volúmen (de dibujos originales de Lady Louisa Tenison y Mr. Egron Lundgren) han sido realizadas bajo la supervisión del distinguido artista Mr. John F. Lewis.

NEW BURLINGTON STREET
16 de julio 1853

CAPÍTULO I

SALIDA DE GIBRALTAR – REFLEXIONES AL ENTRAR EN ESPAÑA – MÁLAGA, PASADO Y PRESENTE – HOTELES – ALOJAMIENTOS – LA ALAMEDA – LA MANTILLA – LA SOBREVALORADA BELLEZA DE LAS MUJERES – EL TEATRO – LA CATEDRAL – EL CORO Y SU EFECTO – MUJERES EN LA IGLESIA – DEVOCIÓN – EL CEMENTERIO – DÍA DE LOS DIFUNTOS – ARCO ÁRABE – EL MERCADO DE LA FRUTA – EL RÍO – SUERTE DE TORRIJOS – ANTIGUO ASEDIO – CEMENTERIO PROTESTANTE – NAVIDAD – NACIMIENTOS – MISA DEL GALLO – DÍA DE SAN ANTONIO – PASEOS A CABALLO POR LOS ALREDEDORES DE MÁLAGA – LADRONES – PAISAJE – MÁLAGA DESDE LAS ERMITAS – ACUEDUCTOS – CERRO DE SAN ANTÓN.

WOMEN AT CHURCH.

Un tiempo España fue; cien héroes fueron
En tiempos de ventura,
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura
Cual cedro que en Líbano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno a la virgen amedrenta
Su voz las aterraba.
Más ora, como piedra en el desierto
Yaces desamparada ….

ESPRONCEDA

Era una tarde maravillosa a principios de octubre de 1850 cuando nos encontramos a bordo de un vapor saliendo de la bahía de Gibraltar rumbo a Málaga lugar donde íbamos a permanecer durante el invierno. Nada podía superar la belleza de la noche. El mar estaba completamente en calma y al avanzar el vapor, las aguas brillaban con luz fosforescente y millones de luciérnagas parecían danzar entre la blanca espuma que nos salpicaba. No había luna pero las estrellas resplandecían con un brillo muy intenso destacándose en el oscuro cielo y emitiendo una luz tan clara que pudimos distinguir el majestuoso perfíl, no sólo del propio Peñón, sino también de la cadena de elevadas montañas que se extienden a lo lejos hacia Tarifa y a nuestra izquierda, la larga línea de la costa española cuyo suelo estábamos a punto de pisar por primera vez.

Nadie puede aproximarse a España sin sentimientos de profundo interés y, aunque de hecho, bastante diferentes de los que animan al viajero cuando ve por primera vez las

clásicas costas de Grecia o Italia, presentan un carácter que despierta pensamientos conmovedores y valiosos recuerdos.

España ha escrito una importante página en la historia mundial. La oscuridad de su infancia es distinta a la de otros países. Abarca un periodo y unos acontecimientos en los que tal vez se pueden encontrar las pistas más certeras sobre la primera colonización de Europa occidental y cualquier cultura y civilización que esta pudiera entonces haber tenido. En España también, al igual que ocurrió en otras tierras, los campos fueron arrasados por las guerras civiles y las invasiones; pero cada fase de su historia tiene un interés particular. Bajo el dominio sucesivo de Cartago y de Roma; luego conquistada por los Godos, cuyo poder se hizo pedazos a orillas del Guadalete, fue puesta a los pies de los musulmanes, hasta que el germen de una nueva dinastía brotó en el lugar más recóndito de Asturias. Dividida en muchos reinos, casi incesantemente en guerra unos contra otros, sus energías se fueron concentrando de forma gradual en el gran objetivo: rescatar su suelo del dominio de los musulmanes.

Animados por un entusiasmo religioso, los infatigables esfuerzos de más de setecientos años finalmente se vieron coronados con éxito; y el triunfo de la cruz se vio recompensado con el descubrimiento de un nuevo mundo y un imperio sin límites. Rapidamente se elevó a las más altas cotas de grandeza, fue la primera entre las naciones en lo que a fama caballeresca se refiere, en poder militar, en riquezas y en comercio; deslumbró al mundo con sus glorias durante un tiempo, sólo para hacer más visible la oscuridad que la amortaja desde entonces. Incluso en nuestro propio tiempo, aunque sus llanuras han sido campos de batalla en los que en parte se han decidido los destinos de Europa, España es muy poco conocida y muy poco visitada, de hecho, orgullosa incluso en su caída, parece contenta de que el forastero la recorra sin profundizar en ella, sin levantar el velo que esconde su corrupción y su decadencia. España siempre ha sido la tierra propicia para el Romance; y algunos de sus más grandes héroes sólo viven en los disparatados versos de sus poemas. Todavía queda cierto encanto en esta tierra de antigua caballerosidad que aún persiste incluso después de que una prolongada residencia en el país y el

conocimiento de la triste realidad de su estado actual, hayan disipado los sueños en los que la imaginación la había mantenido durante tanto tiempo.

Nuestro barco era muy cómodo –uno de esos navíos españoles que hacen la travesía entre Cádiz y Marsella parando en todos los puertos. Regulan la velocidad de manera que puedan llegar por la mañana a los distintos puntos que visitan y en los que permanecen algunas horas facilitando así al turista una vista rápida y muy agradable de los puertos del sur y del este de la Península. Subimos a cubierta antes de la salida del sol ansiosos de obtener la primera vista de nuestro destino.

Cuando nos íbamos aproximando el sol estaba emergiendo de las aguas tiñendo de luz dorada las montañas a cuyos pies aparecía Málaga con la famosa fortaleza de Gibralfaro destacándose a la derecha y su elevada Catedral que sobresalía de los edificios circundantes. Desde el mar la ciudad parece muy pequeña y la Catedral parece que ocupa la mayor parte de ella. Al ir acercándonos, al ser un día festivo, los cañones de la Alcazaba comenzaron a abrir fuego; y no fue necesario un gran esfuerzo de la fantasía para imaginar Málaga tal y como era durante su memorable asedio; para evocar su pasado y ver al ejército cristiano acampado alrededor, con la llanura que se extiende hacia la izquierda y las colinas que la rodean cubiertas por las tropas castellanas – y ver la enseña de la cruz ondeando sobre la tienda de Isabel y Fernando – con las azules aguas llenas de blancas velas de barcos cargados de suministros para el campamento de los que la asediaban, mientras que los habitantes de la ciudad esperaban en vano la ayuda proveniente de las lejanas costas de África; con su sagrado estandarte aún ondeando sobre el punto más alto de Gibralfaro. Pero al acercarnos más, pronto se destruyó la ilusión – la Málaga ante la que estuvieron acampados los Reyes Católicos se desvaneció de repente y vimos la Málaga del siglo diecinueve, flanqueada a ambos lados por las enormes chimeneas de sus altos hornos, más acordes con las cercanías de Liverpool o Glasgow que con el soleado clima de Andalucía. Pero con todo lo poco poéticas y lo discordantes que puedan parecer estas torres con el escenario que las rodea, es sobre ellas donde en última instancia descansa la vista con gran satisfacción,

MÁLAGA DESDE LAS ERMITAS

y se alegra de ver que en medio del letargo que predomina, aún hay signos de vida, salud y esperanza en el futuro.

Los sueños del pasado que al principio se disiparon al contemplar las altas chimeneas de las fundiciones de los Heredia, se desvanecieron completamente cuando echamos el ancla en el puerto y desembarcamos, con un ánimo poco romántico en medio del ajetreo y la confusión de los funcionarios de la aduana que examinaban los equipajes, de los mozos de cuerda llevándolos en todas direcciones, y de todas las personas inoportunas procedentes de los distintos hoteles, cada uno recomendando el suyo con toda la energía y vehemente gesticulación que suelen emplear en estas ocasiones los impetuosos habitantes del sur.

Fuimos caminando hasta el hotel situado en la Alameda, en este momento el gran centro turístico de todos los ingleses, y sin lugar a dudas es bastante superior a la media de los hoteles españoles, aunque aún le falta mucho para igualar a establecimientos similares en otros países europeos. La casa es una de las más bonitas de la Alameda. Encontramos que los precios para nuestro grupo eran muy elevados y nos fuimos a inspeccionar algunos de los otros hoteles, pero los pocos que vimos nos convencieron de que era preferible permanecer donde nos habíamos alojado en un principio. Así pues llegamos a un acuerdo con el dueño y contratamos nuestras habitaciones para todo el invierno. No puedo decir que para la manera de pensar de los ingleses las habitaciones tuvieran aspecto de ser confortables ya que su escaso mobiliario consistía sólo en un sofá, una mesa y unas cuantas sillas; la falta de alfombras y cortinas en las ventanas no nos causó demasiada buena impresión en el tan cacareado Hotel Inglés de Málaga. Sin embargo pronto nos acostumbramos a esto y nos resignamos con lo que era inevitable. La imposibilidad de conseguir casas o pisos con muebles en las ciudades de España es una importante desventaja para familias que pasen el invierno en ese país, viéndose obligadas a permanecer en los hoteles, donde el precio es caro en relación al confort que ofrecen o por otro lado verse obligados a alquilar habitaciones desamuebladas y comprar los muebles – esta última opción es poco rentable para familias que pretendan permanecer sólo unos pocos meses en un lugar; ya que en España, más que en cualquier

otro lugar, es difícil encontrar compradores justo en el momento en el que se desea encontrarlos. El hotel en el que estamos alojados está situado en la parte norte de la Alameda o paseo público y tiene la ventaja de tener mucho sol durante el invierno, siendo muy beneficioso para los enfermos. Sólo puede hablar del lujo de tener habitaciones soleadas alguien que haya pasado los meses de invierno en el sur, donde hay una total ausencia de chimeneas o estufas y donde las casas están tan mal preparadas para combatir el frío que es imposible encontrar o una puerta o una ventana que cierre bien. Cuando llegamos, las habitaciones eran demasiado calurosas –ya que era muy intenso el calor de octubre – pero pronto nos dimos cuenta de la ventaja de la orientación cuando comenzó verdaderamente el invierno.

La Alameda es un paseo largo muy bonito con cuatro filas de acacias que forman tres avenidas, quedando la central y más ancha reservada para peatones. Si este paseo hubiese estado al borde del mar, como la Chiaia de Nápoles, habría sido maravilloso, pero tal y como está, se pierde el efecto ya que está alejado del mar y encajonado por dos filas de casas. Hay momentos en los que el polvo que hay allí es casi insoportable, pero de todas formas es el único paseo que tiene Málaga, y como tal es el lugar por donde todo el mundo camina arriba y abajo para ver y ser visto. Hay una fuente de mármol muy bonita en uno de los extremos, pero la ausencia de sombra – ya que las acacias no son de demasiada utilidad para proteger del sol – y la falta de flores, que abundan en las alamedas de otras ciudades, hace que este sea un paseo muy corriente.

Aquí especialmente en los días de fiesta, el extranjero puede ver a los habitantes paseando con sus mejores galas. Tal profusión de colores le deslumbra la vista haciéndole pensar inmediatamente que pese a las atractivas cualidades que pueden tener las mujeres españolas, el gusto en el vestir no puede considerarse entre ellas. La novedad más sorprendente justo al llegar a España es la mantilla, o velo negro que llevan puesto por regla general, aunque aquí y allá poco a poco se están introduciendo los sombreros, y las mujeres españolas están sacrificando la única característica favorecedora que les quedaba con objeto de imitar las modas de sus vecinas. La mantilla tiene una elegancia

y una apariencia de ir muy arreglada que produce sorpresa al no haber sido adotada por otras naciones; y si se pudiera conseguir que las españolas fueran conscientes de lo poco favorecedores que les quedan los sombreros, ya que el abundante pelo impide que se los puedan colocar adecuadamente, ellas valorarían la mantilla como una prenda que les confiere un peculiar encanto con la que están seguras de no temer rivalidad alguna.

Se que se me puede acusar de ser una persona carente de sensibilidad y falta de gusto cuando confieso que mi primera desilusión al llegar a España fue la casi total ausencia de belleza entre la mujer española. Los poetas han cantado a las hijas de España de «oscura mirada» y los viajeros han recorrido el país, con sus mentes profundamente convencidas con la idea preconcebida de la belleza de las mujeres, algo tan asentado en su imaginación que en sus obras han fomentado lo que yo no puedo evitar afirmar es una mera falsa ilusión, una de las muchas que la gente aún sigue manteniendo cuando piensa y sueña con España. Las mujeres españolas tienen unos ojos magníficos, un pelo muy bonito y por regla general unos dientes perfectos, pero más de esto no pueden decir los que desean ofrecer una opinión honesta y sincera. Yo he visto muy rara vez a alguna cuyos rasgos pudiéramos considerar bellos en sentido estricto. Han desaparecido esa embrujada gracia y ese encanto de sus figuras y forma de caminar que antes solían tener, con la alta peineta que sostenía la mantilla y la ajustada basquiña que le daba una personalidad peculiar a su modo de andar. Con los cambios en su forma de vestir, ha desaparecido aquel inconfundible encanto. Los colores chillones que ahora se han impuesto han acabado con la elegancia que siempre acompaña al negro, el único color con el que hasta hace unos años una dama podía aparecer en público. No hace falta otra prueba más que ver a la misma gente en la iglesia, donde todavía el negro se considera indispensable y en la Alameda con vestidos rojos y chales amarillos o con colores igual de chillones y combinados sin tener en cuenta en absoluto el buen gusto. Asimismo, los hombres han abandonado la capa y ahora se les ve con paletots y con todo tipo de inventos extranjeros: y tampoco han ganado nada con sus sacrificios en aras de la moda francesa. Poseedores de figuras nada distinguidas, nadie necesitaba más que ellos los señoriales pliegues de la capa para otorgarles ese aire de elegancia y dignidad que esta

típicamente posee. Aunque aún no he descubierto la belleza de estas, debo decir que las Malagueñas merecen llevarse la palma si las comparamos con las mujeres de cualquier otra ciudad de las que he visitado. Hay algunas caras muy bonitas y muy características de los rostros españoles. Por lo general son muy morenas y casi todas tienen esa frente prominente tan peculiar que le da a la cara una personalidad propia. Todas las mujeres tienen la costumbre de ponerse flores frescas en el pelo. Sorprende mucho justo al llegar, ver a todas las mujeres, sean de la clase que sean, incluso las más pobres, con esta u otra flor colocada con mucha gracia en su abundante cabello negro, cuya belleza se ve realzada por la brillante rosa roja o el níveo jazmín contrastando tan bien con sus trenzas negras como el azabache. Por lo general llevan liso el cabello viéndose los rizos muy rara vez ya que no se adaptan bien a la mantilla, y si no pueden conseguir flores las sustituyen siempre poniéndose una cinta de algún color brillante. El gusto por los colores llamativos o por el blanco que parece que se ha impuesto hoy día, ofrece un singular contraste con la moda de hace unos veinte años atrás, cuando una dama que se hubiese atrevido a salir a la calle ataviada con cualquier color distinto del negro habría sido acosada e insultada por la muchedumbre. De hecho, las clases más bajas no son demasiado tolerantes con los hábitos y costumbres que se apartan de su propio comportamiento y suelen tener la costumbre de dar rienda suelta a sus opiniones acerca de los extranjeros que pululan por sus ciudades a veces en términos bastante elogiosos aunque es más común que sea lo contrario, en especial cuando se da el caso de que estén vestidos de un modo que disguste la mirada crítica o le provoque carcajadas al alegre andaluz. De todos modos, la gente está rápidamente siguiendo los pasos a las clases altas y abandonando su graciosa y pintoresca forma de vestir. En resumen, en muchos aspectos, los españoles están perdiendo aquellas peculiaridades que han dotado a su tierra de un cierto encanto poético y están adoptando muchas de las vulgares vanalidades de otros países, que, para una persona que hace una observación superficial pueden indicar un avance en la civilización, pero, ¡ay de mí! ellos han progresado bastante poco en esas cualidades difíciles de valorar e intelectuales y en esos objetivos industriales que podrían permitir a España una vez más retomar ese lugar que las ventajas naturales de su suelo y de su situación habrían contribuido a hacer que se mantuviese entre las principales naciones de hoy en día.

Nuestra primera visita al teatro de Málaga confirmó mis impresiones de las exageradas interpretaciones que por regla general se han dado de la belleza española. Allí se encontraba toda la gente bien, pero sólo pude ver dos o tres rostros bonitos en los palcos. El foso, dividido en asientos, cada uno con su número, es muy apropiado para los caballeros. Al principio cuando llegamos, el Alcalde o alguien del Ayuntamiento siempre presidía en el centro por encima del palco real; pero esta práctica últimamente se ha suspendido y la audiencia ahora puede dedicarse a expresar su aplauso o desaprobación sin ningún tipo de control. Había una compañía italiana – por supuesto era una compañía muy mediocre. Actuaban por las noches alternándose con los actores españoles; pero nosotros solíamos asistir a las representaciones de estos últimos puesto que las obras españolas nos resultaban bastante más interesantes que las Óperas italianas interpretadas por cantantes bastante mediocres. Una de las piezas que más tiempo estuvo en cartel fue una ópera cómica española, llamada el Tío Cañitas, que ha gustado mucho estos dos últimos años. Un desgraciado caballero inglés es el héroe de la obra y sus esfuerzos para conseguir la amistad de una gitanilla, con la intención de aprender caló con más facilidad, le daba a los españoles una magnífica oportunidad de ridiculizar a nuestros compatriotas; y él se ve a su vez maltratado por el tío y por el novio de su atezada profesora. Se incluían varias tonadillas muy bonitas y un baile muy característico llamado el Vito. Para los extranjeros es muy divertida por su vestuario y por el argumento. Al estar interpretada en parte en andaluz y en parte en la lengua de los gitanos, es practicamente incomprensible para todo aquél que no ha permanecido durante cierto tiempo en el país. Algunas de las obras españolas más ligeras son muy agradables, pero sus tragedias, por muy bien que estén interpretadas, son de hecho impresionantes encima del escenario ya que tienen actos muy largos y muy poca acción.

Mientras estábamos en Málaga trajeron una pieza llamada el Mercado de Londres en la que se representaban las aventuras de un español en Londres. Los incidentes no eran demasiado halagadores para nuestro orgullo nacional ya que el argumento trataba del interesante tema de un hombre que vendía a su esposa –algo que parece que ellos imaginan que ocurre con bastante frecuencia en la «Soberbia[1] Albión».

Málaga fue convertida en un obispado sufragáneo de la Sede de Sevilla en 1488. El Papa Inocencio VIII emitió una bula autorizando al gran Cardenal Mendoza construir iglesias donde pensara que eran necesarias en las ciudades que se iban ganando a los moros. La Catedral se comenzó a construir en 1522 y su trazado lo atribuyen algunos a Diego de Siloé. La fachada no puede presumir de una gran belleza arquitectónica; está flanqueada por dos torres –una finalizada y la otra, que aún no ha subido por encima de la fachada, permanece inacabada, al igual que ocurre con el resto de catedrales españolas. De tiempos de Felipe II no ofrece nada digno de mención ni en su interior ni en su exterior aunque el exterior está decorado con algunos mármoles muy bonitos. La existencia de estos que habían estado cubiertos de escayola y blanqueados, casi no se conocía hasta hace sólo unos cuantos años cuando uno de los comerciantes más ricos de Málaga, subdito británico, emprendió la tarea de limpiar la fachada de su propio bolsillo, antes de la primera visita de la Infanta y del Duque de Montpensier.

El efecto que producen todas las catedrales que hasta ahora he visto en España decepciona porque suelen tener el coro en el centro de la iglesia frente al altar mayor en lugar de tenerlo detrás de él. Esto impide que se pueda observar todo el edificio; ahoga la nave y hace imposible que se pueda ver el altar mayor, a menos que se haga de costado desde los pasillos laterales. Por muy bella que sea la ejecución del propio coro, no se puede justificar por el modo en el que estropea el efecto general de todo el edificio. También parece que interfiere con el correcto cumplimiento del culto público, ya que las frecuentes procesiones de sacerdotes y acólitos que van o vienen del trono del obispo que se encuentra situado en el coro, sólo sirven para distraer la atención que debería dedicarse exclusivamente al altar.

La gran cantidad de mujeres, todas vestidas de negro, es algo que sorprende mucho al entrar por primera vez a las iglesias españolas. Todas permanecen arrodilladas o sentadas en el suelo con los pies juntos por debajo y llenan cada una de las pausas de la misa con la agitación de sus abanicos. No hay asientos, por consiguiente todas deben estar de pie o adoptar una alternativa similar. Con todo lo cansado que pueda resultar para los que

no están acostumbrados a esto, el efecto que produce es muy agradable ya que en lugar del ruido y la confusion que más o menos ocasionan los asientos, cualquier cambio de postura solo se percibe por un suave movimiento ondulante cuando cambian de una posición a otra, además, la impresión religiosa que producen, de que allí no hay ningún tipo de exclusividad – los ricos y los pobres, los humildes y los poderosos, - todos están colocados al mismo nivel.

Los hombres – los que asisten y no se puede decir que sean muchos - parece que van allí más por la forma que por cualquier otra cosa. Ellos casi nunca utilizan un misal y nunca se ponen de rodillas a excepción de un momento durante la consagración. De hecho, una iglesia española, y una congregación española de hoy día, dejan en la mente de extranjero una impresión muy poco favorable de la situación religiosa del país.

Nos sentimos dolorosamente sorprendidos con la aparente indiferencia hacia estas cosas cuando nos unimos a la multitud que se dirigía hacia el cementerio el día de los difuntos, un día que aparentemente se reserva para rezar en las tumbas de sus parientes fallecidos. Aquello parecía mucho más como un paseo festivo en el que todos se habían reunido para disfrutar de la compañía de los unos con los otros y divertirse todos juntos. Es verdad que todos iban de luto, pero sus rostros no estaban en absoluto en consonancia con el lúgubre atuendo que todos llevaban y sólo con muy pocas excepciones, era la única evidencia de dolor que se podía ver.

El cementerio está bellamente situado en un montículo en las afueras de la ciudad rodeado de elevados muros algunos de siete pies de grosor. Todos estos muros están perforados formando nichos en los que se colocan los ataúdes en filas regulares. Estos nichos luego se tapan y se pone una inscripción en el mismo muro. Algunos son enterrados en el suelo dentro del recinto y se pueden ver allí algunos mausoleos de gran belleza. Una magnífica capilla señala la tumba de los Heredia una de las familias más acaudaladas de Málaga. En el día de los difuntos se iluminan las tumbas y cientos de velas se colocan por todos lados junto a los muros y sobre los mausoleos que se cubren

de flores frescas y coronas de siemprevivas, la ofrenda piadosa o formal de los amigos que les han sobrevivido.

De hecho allí había algunos que estaban llorando sobre las tumbas de aquellos que habían sido sus seres queridos; pero la gran mayoría paseaba de un lado a otro haciendo caso omiso al ostensible motivo por el cual se habían reunido; o incluso, si alguno suspiraba al pasar, al contemplar algún nombre muy conocido, este pronto se olvidaba ante la completamente apasionante conversación de los vivos. Los españoles deben poseer el extraño poder de abstraer sus mentes durante un momento de las cosas que los rodean y de volver a ellas otra vez; o también puede ser que sólo rezen con los labios ya que es realmente extraordinario como se detienen en medio de una oración, para hacer cualquier observación sin importancia y luego continuar con sus devociones, como si el comentario hubiese sido un mero paréntesis. Incluso los mendigos entran y se arrodillan a tu lado en la iglesia y piden y rezan alternativamente de la manera más singular. Pero, sea cual sea la clase social, ricos o pobres, parece que por regla general predomina una apatía e indiferencia en todo lo relacionado con la religión, lo que indica la triste pero inevitable reacción, que era de esperar tras un sistema en el que la intolerancia estaba confundida con la piedad y la esencia de la religión con sus meras formas.

Antes el mar cubría el espacio en el que ahora se ha construido la Alameda; y todavía más hacia adentro se puede ver un bonito arco de herradura que en la antigüedad era la entrada al arsenal de los moros. El actual puerto fue comenzado durante el reinado de Felipe II. El mercado de frutas se pone cerca de donde se encuentra el hotel y tiene un aspecto muy alegre debido a los encendidos y brillantes colores de las frutas y verduras que se exponen para su venta.

Allí se mezclan todos, la delicada tonalidad de los racimos de uvas; el brillante escarlata de los tomates, el intenso verde de los pimientos; el oscuro morado de los higos y el tono dorado de las naranjas y limones; y las frutas se amontonan por doquier con una gran profusión.

Cerca de la aduana se ha plantado recientemente una avenida de Bella-sombras (Phytolacea dioica)[2], un árbol muy bonito de hojas muy anchas que crece con mucha rapidez pero que pronto se seca; y por todos lados se pueden ver macizos de geráneos rojos que aquí florecen con gran exuberancia. Allí cerca hay una pequeña fortaleza desde la cual se puede obtener una de las mejores vistas de la ciudad. Aquí parece protegida por su Alacazaba y la doble línea de murallas que la conectan con la altísima fortaleza de Gibralfaro. Por debajo la enorme catedral parece ocupar casi toda la ciudad, mientras que el malecón se extiende hacia el mar con el faro en uno de los extremos del puerto. El Guadalmedina corre a lo largo de la zona más occidental de la Alameda separando la parte principal de la ciudad de los barrios de la Trinidad y el Perchel, que están habitados por una gente de clase social muy baja y muy desorganizada –una reputación que parece que ellos han tenido desde incluso los días de Cervantes. En el lecho del río casi no se puede ver ni una gota de agua salvo de vez en cuando en los meses de invierno cuando de forma insólita cae una gran cantidad de lluvia en las montañas y entonces de repente se convierte en un violento torrente, llevándose todo por delante mientras corre precipitadamente hacia el mar.

La playa que hay cerca de la desembocadura del río fue escenario de la cruel masacre de Torrijos y sus compañeros en 1831. Él lideraba uno de los muchos intentos llevados a cabo por los constitucionalistas y estaba acompañado por casi unos cincuenta seguidores. Embaucados por las traicioneras promesas de Moreno, entonces gobernador de Málaga, que los estaba llevando a la destrucción, ellos se echaron a la mar desde Gibraltar en el mes de diciembre con la intención de desembarcar en Vélez. Sin embargo, avistados por un guarda-costas, fueron obligados a hacer escala en Fuengirola y al desembarcar fueron hechos prisioneros por los emisarios de Moreno y fueron llevados a Málaga y fusilados en la playa. Pero los rebeldes de ayer puede que lleguen a ser los héroes de hoy y ahora un obelisco en la Plaza de Riego recuerda sus nombres como mártires en su lucha en pos de la libertad. Más allá del Guadalmedina se extiende varias léguas hacia el oeste una extensa llanura donde la lejana cordillera de la Yunguera limita el horizonte. Hacia el este de la ciudad las montañas se acercan

a la costa habiéndose construído el Gibralfaro en el último espolón. Fue a través de estas montañas y entre la fortaleza y el Pico de San Cristóbal[3], por donde atravesó el ejército de Fernándo [El Católico] cuando llegó a asediar Málaga en 1487. Un convento llamado de la Victoria ahora señala el lugar donde estuvieron acampados los Reyes Católicos.

Pocas ciudades fueron defendidas jamás con más firme coraje que Málaga, pero la heróica valentía del gobernador, Hamet-el-Zegri, no le hizo ser merecedor de ningún tipo de consideración a manos de sus conquistadores que lo confinaron a una mazmorra durante el resto de su vida. Si los ciudadanos de Málaga se hubiesen sentido inspirados por su impertérrito espíritu, podría haber rivalizado con el Sagunto de los albores de la historia de España; pero el instinto comercial de sus habitantes los hizo más partidarios de asegurar sus vidas y su prosperidad llegando a un acuerdo con Fernando, antes que poner en peligro ambas cosas con una desesperada resistencia. Los heróicos esfuerzos del jefe de los Gomérez se vieron contrarrestados por los más pacíficos esfuerzos de Ali Dordus, uno de los principales mercaderes, que estaba aliado con la familia real de Granada. El se puso en contacto con los sitiadores y finalmente entregó la ciudad después de un asedio de tres meses, teniendo los habitantes que soportar todos los horrores de la hambruna durante el último período de dicho asedio. Sin embargo, los habitantes tuvieron pocas razones para estar contentos con la conducta de aquellos a los que la ciudad se había rendido incondicionalmente. Fueron hechos prisioneros y reducidos a la esclavitud después de haber sido desposeidos de sus riquezas y el tratamiento que recibieron de Isabel y Fernando no redundó demasiado en el buen nombre de los conquistadores. De todos modos, el propio Ali Dordus fue recompensado: se le concedieron honores y riquezas y se retiró a Antequera donde su hijo se convirtió al cristianismo. Este fue bautizado junto a su esposa y recibieron los nombres de Fernando e Isabel de Málaga cuyo apellido lo han mantenido sus descendientes hasta hoy día. Los hicieron nobles de Castilla y por armas les dieron un escudo con cuatro cuarteles: las armas de la ciudad que ellos habían entregado; una granada, como descendientes de Alhamar; un león por Castilla; y una barra por Aragón.

El Cementerio Protestante es otro lugar de interés, aunque es un sitio bastante triste para el viajero inglés. Está bellamente situado en todo lo alto de un montículo justo por debajo de la fortaleza. Fue un gran favor que obtuvo el difunto Mr. Mark, Cónsul británico en Málaga. La intolerancia de la nación española, al no permitir recibir cristiana sepultura en su país a los seguidores de cualquier religión a excepción de la suya propia, es en verdad vergonzosa. En Cádiz, Málaga y más recientemente en Madrid, se han hecho excepciones, pero en cualquier otro lugar de España, nadie que no sea católico puede ser enterrado en suelo sagrado. Los protestantes tienen en verdad mucha razón al estar agradecidos a Mr. Mark por su esfuerzo. El fue muy querido y respetado por todo el que lo conocía, y el número de españoles que acompañaron sus restos hasta el cementerio fueron señal inequívoca de la alta estima en la que se le tenía. Se ha colocado una gran cruz con muy buen gusto a la entrada al recinto que está lleno de las más escogidas flores y muy bien trazado. Uno de los primeros ingleses que fue enterrado aquí fue un tal Mr. Boyd, compañero de Torrijos que pereció con el resto de sus desafortunados compañeros.

También se debe a los esfuerzos de nuestro actual Cónsul, hijo del desaparecido Mr. Mark, que el servicio de la Iglesia de Inglaterrra se realice dos veces cada domingo por un capellán que se contrata regularmente para eso en una sala del consulado muy bien arreglada como capilla. Hay varias familias protestantes que residen permanentemente en la ciudad; los artesanos que están empleados en las fundiciones, etc., y estos, junto a los numerosos visitantes que ahora vienen aquí en tropel durante el invierno por cuestiones de salud, forman una congregación muy respetable.

Las navidades se celebran con grandes festividades en España. Su llegada se anuncia cuando se pueden ver enormes cantidades de pavos que bloquean las calles y que esperan a los compradores. El pavo el día de Navidad es tan indispensable aquí como en Inglaterra y nos hace recordar que se aproxima la festividad, aunque con el aspecto de este clima, el cielo de azul intenso, un glorioso sol brillando sobre nuestras cabezas y los naranjales y limonares que hay por todos lados, tienen muy poco en común con la

crudeza del invierno y el tipo de tiempo que por regla general acompaña las navidades en nuestra propia tierra.

La víspera de Navidad, o Noche Buena, como se le llama aquí, es el día que se celebra de manera más peculiar y el momento escogido para el intercambio de regalos. Pasteles, aves de corral, frutas y todo tipo de alimentos y bebidas componen el intercambio mútuo de buena voluntad. El ruido en las calles desde unos días antes se hace insoportable ya que el peculiar sonido que emiten los pavos se mezcla con el sonido de la zambomba, una especie de instrumento que todos los niños pequeños tocan de manera completamente frenética. Este instrumento es parecido a una maceta; en la parte de arriba se extiende un trozo de pellejo en el que se inserta una pequeña caña y sobre esta la persona que toca restriega las manos arriba y abajo, después de humedecerlas, y el resultado es todo menos melódico. El ruido la propia Noche Buena es espantoso, y es prácticamente imposible tener esperanzas de poder dormir algo ya que la gente pasa toda la noche en las calles cantando y tocando. Por la mañana el mercado es uno de los lugares más interesantes para visitar. Toda la gente que llega de las zonas de alrededor hace que esté muy animado. Las calles están abarrotadas de tenderetes en los que se venden dulces de todo tipo y pequeños juguetes que representan figuritas de Vírgenes y santos bastante corrientes con los que montar los nacimientos.

Estos nacimientos son representaciones de la Natividad, el Portal de Belén con la Vírgen y el Niño, todo tipo de pastores y vacas y una gran variedad de grupos de figuras y animales realizados con bastante mal gusto y oropel y están completamente iluminados todas las noches hasta el año nuevo. En algunas de las casas más ricas están puestos con mucho gusto, mientras que en otras – ya que se ponen en todas – son por supuesto bastante corrientes. Por la noche fuimos a una cena organizada para los ancianos y los niños en la Institución de Caridad. Todo estaba admirablemente organizado. Los niños, muy bien vestidos, estaban sentados en dos largas mesas entre las cuales el obispo, ayudado por algunos clérigos andaba de arriba abajo y les daba su bendición antes de que comenzaran. Cada niño tenía su propia ración formada por cuatro platitos en los que había

bacalao, ensalada, batatas y dulces y pan. Todos ellos parecían estar muy cuidados y eran la viva imagen de la felicidad; pero, al término del festín, el ruido era ensordecedor ya que cuando terminaron cada uno cogió una zambomba o una pandereta y el estruendo pronto nos hizo que saliésemos de la habitación. Luego fuimos a ver a los ancianos que estaban cenando abajo. Todos ellos también estaban muy aseados y parecían felices. Había un nacimiento en uno de los extremos de la sala genialmente puesto – los pastores que había alrededor de laVírgen y el Niño se representaban tocando la zambomba.

Después de la cena fuimos a la Misa del Gallo en la Catedral que se encontraba espléndidamente iluminada, pero estaba tan abarrotada que era imposible llegar hasta el altar mayor. La música me decepcionó y la gente a excepción de los que estaban arrodillados cerca de las rejas, no parecían estar demasiado movidos por un sentimiento de devoción – las naves laterales más bien parecían un paseo de moda que el escenario de una importante ceremonia religiosa.

El 17 de enero, día de San Antonio, toda la gente va de excursión al campo, se llevan la merienda y pasan el día dispersados en grupos a lo largo de la costa y subiendo por los lechos de los torrentes. Algunos bailan al son del animado bolero mientras que otros permanecen tocando la guitarra y cantando la monótona rondeña. Los grupos así formados son muy pintorescos y para estas ocasiones los hombres todavía se visten con el traje típico andaluz.

Los caminos de herradura de las montañas que rodean Málaga son muy agrestes y solitarios. Comienzas subiendo por los lechos de los torrentes con montañas que se elevan a ambos lados; a veces se van estrechando hasta formar una tenebrosa garganta y luego se abren formando un valle cubierto de viñedos con algunos cortijos salpicados aquí y allá. Rara vez están habitados por sus dueños ya que los españoles tienen un miedo instintivo a los ladrones y no consideran seguro vivir tan alejados de un pueblo. Hace algunos años las mujeres de una de las familias más adineradas de Málaga se atrevieron a pasar unos cuantos meses en su hacienda. Un día fueron atacadas

por un grupo de bandoleros y lo más probable es que las hubieran conducido a las montañas y que hubieran pedido rescate por ellas a no haber sido por que el dueño de la casa afortunadamente apareció a caballo en aquél mismo instante. Un accidente salvó al grupo; los ladrones le dispararon cuando se iba acercando y al asustarse el caballo saltó un muro y tiró al jinete; cuando los ladrones lo vieron caer, pensaron que lo habían matado y salieron huyendo despavoridos. Pero estos incidentes son muy pocos y muy distanciados y el viajero por regla general puede cabalgar desarmado por todos los rincones de estas montañas y sin temer en absoluto el ataque de bandoleros, como hicimos nosotros durante todo el invierno que permanecimos en Málaga. Todos los campesinos que íbamos encontrando tienen su mosquetón a la espalda o colgado en su silla de montar; pero es para su propia defensa y cuando pasamos a su lado se suelen tocar el sombrero y nos suelen despedir al pasar con el Vaya V. con Dios, con una cortesía y educación que te hacen sentir como si te encontraras entre amigos. Por regla general el arma es tan inofensiva como su dueño ya que las pistolas no se suelen sacar sin los seguros y de estas hay una gran escasez. Sin embargo, es muy raro encontrar algún ser humano si exceptuamos las gentes que podemos ver en los caminos más frecuentados. Te domina un abrumador sentimiento de soledad mientras atraviesas estas montañas. Todo parece tan silencioso, todo está tan desierto que ni siquiera se puede oír el canto de los pájaros que rompa la calma que reina alrededor; sólo de vez en cuando el tintineo de los cencerros de los pastores nos hace recordar que hay algo animado que viene a perturbar la extraña tranquilidad. Toda la gente vive apiñada en los pueblos. No hay población rural diseminada. Unas pocas familias habitan salpicadas en los cortijos, o casas de campo, justo en las cercanías de los núcleos de población.

Muchos de estos cortijos están situados en lugares muy bonitos, a veces al lado de algún monte escarpado cuyas laderas están cubiertas por viñedos; en otras ocasiones están en todo lo alto de peñascos expuestos al abrasador calor del sol; los paseros para secar y preparar las famosas uvas pasas de Málaga llaman la atención cerca de las casas. Las uvas se extienden sobre montículos de tierra rodeados por una especie de marcos de madera.

Durante los meses de julio y agosto no necesitan más de ocho o nueve días para convertirse en pasas pero un poco después son necesarios entre veinte y veinticinco días.

El colorido de las montañas es magnífico; el rojo intenso del suelo en muchos lugares las cubre con los más variados matices, principalmente a la puesta de sol, pero la ausencia de árboles es un lamentable inconveniente del paisaje español. En los alrededores de Málaga son muy pocos los que se pueden ver en la distancia; casi lo más parecido a un árbol es el algarrobo cuyo follage es de un color verde muy vivo. No crece a cualquier altura, pero aquí son algo que se acoge con gusto ya que los árboles son bastante poco comunes. Los setos están formados generalmente por alóes y chumberas, estas últimas se cultivaban de forma extensiva para la cochinilla ya que esta se alimenta de sus brotes. Este insecto fue un importante artículo de exportación desde Málaga pero desde hace tiempo este comercio ha disminuído bastante. Los lechos de los torrentes están llenos de adelfas, cuyas flores rosas en verano florecen con gran exuberancia. La flora de España es extremadamente variada y en primavera las llanuras y las laderas de las montañas están cubiertas por una gran abundancia de florecillas silvestres pero su belleza tiene una corta vida; pronto se agosta bajo el ardiente sol del verano y aproximadamente al final de julio todo el campo se vuelve reseco y árido casi sin ningún signo de vegetación.

El convento de los Ángeles es uno de los lugares más pintorescamente situados de los que hay en los alrededores. Debido a la supresión de los conventos ahora no es más que una casa de campo, pero el bello follage de su jardín lo hace muy refrescante a la vista. Se encuentra a la entrada de una cañada rocosa y los pinos y palmeras que lo rodean lo hacen parecer casi como un oásis en el desierto.

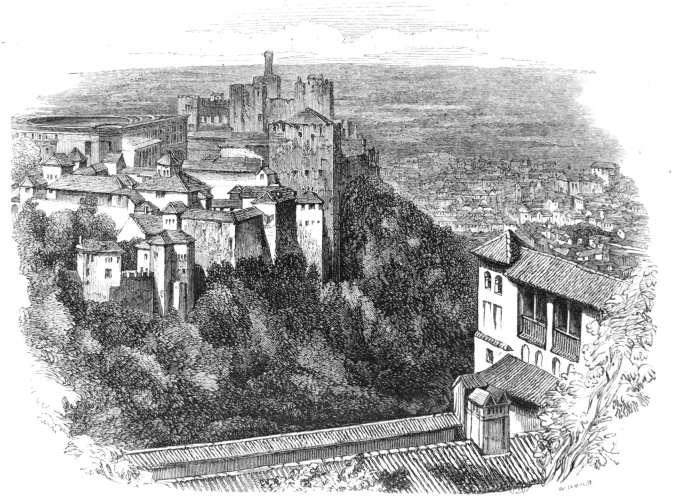
Más allá de los Ángeles se encuentran las Ermitas, donde están las ruinas de varias ermitas magníficamente situadas rodeadas por peñascos de cuyas grietas sale una infinita variedad de flores silvestres que brotan en todas direcciones. Desde aquí se puede obtener uno de los mejores panoramas a vista de pájaro de la ciudad y de los alrededores con el mar en la distancia. A los pies de la colina la propia llanura se extiende hacia la

ciudad que se puede ver completamente con su Catedral, la Alcazaba, Gibralfaro y las montañas que llegan hasta Vélez Málaga. Al atravesar los desfiladeros subiendo por el valle del Guadalmedina de vez en cuando te encuentras con elevados puentes que cruzan los barrancos que sirven para llevar el agua desde las montañas para regar los valles cultivados y que corren por las laderas de las montañas. La humedad que extienden por todos lados hace que toda esta zona sea un lugar en el que abundan las flores silvestres. Los taludes y los terraplenes de los puentes están cubiertos por el helecho llamado Cabellera de Vénus que aquí crece alcanzando un gran tamaño; sus bonitas frondas, caen con gran exuberancia, mezcladas con los pétalos de color azul intenso de la *Trachelium caeruleum*, llamada por la gente de por allí la flor de la viuda, una planta que florece en todos los lugares escarpados donde el agua está continuamente goteando.

Hacia finales de marzo subimos al Cerro de San Antón, un pico que se eleva a una altura de unos 1400 pies. Es la cumbre más alta de la cadena de montañas que se extiende a lo largo de la costa, desde Málaga a Vélez. Casi a mitad de camino hay una casa de campo donde nos detuvimos para descansar y luego subimos a la cumbre por los peñascos cubiertos por distintas variedades de jara, cuyas preciosas flores dan mucho encanto a esta vegetación meridional. Por todos lados había gran cantidad de arbustos – y multitud de flores de todos los colores crecían en abundancia entre ellos. La vista desde la cumbre abarca un paisaje espléndido. La costa de África se veía muy cerca de nosotros; mientras que hacia el norte las montañas se elevan unas sobre otras con sus perfíles redondeados tan peculiares de estas formaciones calcáreas muchas de ellas cubiertas por viñedos justo hasta la cumbre.

CAPÍTULO II

CLIMA DE MÁLAGA – SOCIEDAD – ENTRETENIMIENTOS – CARTAS DE PRESENTACIÓN – VISITAS MATUTINAS – INDISPENSABLE CONOCIMIENTO DE LA LENGUA – EXCURSIÓN – ALHAURÍN – COÍN – CHURRIANA – TORREMOLINOS – SALIDA DE MÁLAGA - VIAJE A GRANADA A CABALLO – VÉLEZ MÁLAGA – NEBLINA EN LAS MONTAÑAS – NOCHE EN ZAFARRAYA – CRUCES DE ASESINATOS EN LOS CAMINOS – ALHAMA – SU ASEDIO – PULGAR – CAMINO MONÓTONO – PRIMERAS VISTAS DE GRANADA – LA VEGA – POBLADORES ÁRABES – LLEGADA A GRANADA – A LA BÚSQUEDA DE UNA CASA – DIFICULTADES – CARMEN DE SAN ANTÓN – SU MAGNÍFICO EMPLAZAMIENTO – TORRES BERMEJAS – UN GUÍA HONESTO - UN VECINDARIO SELECTO.



GRANADA.

En los últimos años Málaga se ha convertido en el lugar preferido de enfermos y personas delicadas de salud. Su clima es extremadamente suave y agradable y los enfermos que pueden conseguir habitaciones soleadas es muy raro que pasen frío durante el invierno. Llueve muy poco, de hecho, su excesiva sequedad puede ser perjudicial para algunas personas a las que el aire de Madeira que es más húmedo podría resultar más beneficioso, aunque, de forma ocasional es visitada por un intenso viento llamado Terral, que es muy caluroso en verano y muy frío en invierno. Estos vientos soplan por toda la llanura con dirección poniente y mientras se mantienen, la falta de lluvia hace que el polvo sea insoportable, en particular en la Alameda.Un cielo sin una sola nube y un sol radiante pueden ofrecer un buen y merecido aliciente para el enfermo, cuyas esperanzas se centran principalmente en el clima; pero que nadie tenga la tentación de pensar en Málaga como residencia por cualquier otra razón. No hay vida social y a excepción del teatro no hay ningún tipo de diversión que contribuya a hacer que el tiempo pase de forma más placentera y tampoco hay nada que despierte el interés

del viajero. A excepción de Madrid no hay ningún tipo de vida social en las ciudades españolas, en nuestra acepción de la palabra.

La gente va al teatro todas las noches y a veces se visitan los unos a los otros en sus palcos, pero nunca reciben en sus casas a excepción de a sus amigos íntimos o a sus parientes. Ni siquiera el carnaval los mueve a hacer algo. En Málaga parece que no se le hace ningún caso a excepción de uno o dos bailes de disfraces en el Liceo y en el Teatro. El primero fue más selecto y sin lugar a dudas, bastante divertido, en cuanto al espectáculo de la mascarada, para todos aquellos que estuvieran al tanto de los «dimes y diretes» de la gente allí reunida. Muchas de las damas iban sin máscara y con vestidos de fiesta. Aunque se trata de una raza meridional parece que no tienen muchas dotes para captar el peculiar espíritu de la máscara, en contraste con lo que se puede ver en Italia. El baile en el Teatro fue terriblemente aburrido; nadie bailaba ni siquiera las máscaras y daba la impresión de que todos estuvieran sentados en sus palcos simplemente para ser observados.

El turista que visite Andalucía se puede ahorrar el innecesario engorro de hacer provisión de cartas de presentación a excepción de las que estén relacionadas con cuestiones de negocios. Es verdad que cuando alguien las presenta, no hay nada que pueda ser más correcto y encantador que el modo en el que se reciben. El se encuentra con un grado de generosidad o mejor dicho de despilfarro que para el novato que no conoce el tema es verdaderamente angustioso. Todo está «a su disposición» pero en la mayoría de los casos esto no son más que meras palabras que se dicen y ahí termina todo. Eso no quiere decir realmente que el español no sea hospitalario, sino que no hay costumbre de recibir. Antes, me dijeron, esto era de otro modo; pero las contínuas guerras civiles y el inestable estado de la sociedad que han provocado, han terminado con las relaciones sociales. Estas observaciones, sin embargo, no se refieren a los ingleses que están asentados en Andalucía; por muchas otras costumbres de su pais de adopción que puedan adquirir, esa es una que parecen considerar «más digna de romper que de seguir».

El contacto con los españoles se limita prácticamente a visitas matutinas; y de todas las cosas que hay que sufrir se encuentra la primera visita a una casa española. Uno de los preliminares más importantes es el arreglo: cuanto más ostentoso, mayor será el halago. Antes se consideraba indispensable llevar vestidos de noche pero esta costumbre ahora ha desaparecido. Una vez completado el atuendo, te pones en marcha y al llegar a la casa llamas a la puerta que parece que se abre por medio de un inescrutable artilugio puesto que no ves a ningún sirviente; pero al mirar alrededor del patio en el que te encuentras descubres que el silencioso portero no es más que un cordel atado a la puerta y que se acciona desde una ventana en el piso de arriba a través de la cual ves una cabeza sobresaliendo a la espera de tus órdenes. Preguntas si la señora se encuentra en la casa y una vez que te responden de forma afirmativa, miras alrededor a la espera de ver algún sirviente que te acompañe hasta el salón, pero buscas en vano. No te queda otra alternativa que confiar en tu propia orientación y al subir las escaleras te encuentras en un largo corredor que rodea el patio al que se abren varias habitaciones. Ves una puerta que parece más prometedora que las otras, entras y te encuentras de repente en la más completa oscuridad. Al poco tiempo comienzas a ver a través de la penumbra de postigos medio cerrados, una bonita habitación con un majestuoso sofá en uno de los extremos, con un sillón de aspecto de lo más incómodo a cada lado y sillas y mesas colocadas en perfecto orden alrededor de las paredes; todo la viva imagen de frialdad y formalidad. Pasan uno o dos minutos y entra la señora de la casa; ella hace que su visita del bello sexo ocupe el sitio de honor a su derecha en el sofá mientras que los caballeros se colocan a sus pies, algo que no se hace en realidad, sino sólo de palabra, siguiendo el indispensable formulismo de la educación española. Ella entonces les ruega que pongan el sombrero sobre una silla, tratando esta prenda del atuendo masculino casi con tanta consideración como a su propio dueño. Y ahora da comienzo la conversación, tan amena como puede ser una conversación entre los extranjeros que ni siquiera tienen el agradable y siempre seguro recurso de hablar del tiempo, porque, ¿qué puede uno decir del tiempo en un país donde el tiempo siempre es bueno? Por fortuna tu primera visita, que se contempla casi como una cuestión de etiqueta no tiene que durar mucho, y tu pronto te levantas para irte en medio de una abrumadora cantidad de ofrecimientos, en

los que encuentras que te ponen la casa y todo lo demás a tu disposición – un cumplido al que debes responder declarando que todo lo que tu posees es suyo; ya que en España tienes el derecho de hacer lo que quieras con lo que no es de tu propiedad y el hotel en el que te alojas debe ofrecerse como si te perteneciera. Con todo lo absurdo que esto puede resultar al forastero, no es, después de todo, más que otro modo de asegurarle que ellos estarán encantados de volverlo a ver siempre que desee y que estaran felices de poderle ayudar en cualquier cosa que pudiese necesitar. La señora de la casa siempre te acompaña hasta el comienzo de las escaleras donde suelta una segunda tanda de frases corteses que vas escuchando mientras desciendes sintiéndote bastante agradecida de que de toda esa serie de promesas formales por fin se terminen.

Toda esta frialdad, sin embargo, pronto desaparece y gradualmente te vas acostumbrando a este modo tan independiente de moverte en la casa de un extraño; y la costumbre pronto te enseña a distinguir el recibidor, cuyas puertas correderas suelen permanecer siempre abiertas. Los españoles nunca suelen sentarse en la habitación en la que reciben, de hecho, el principio que rige ante una visita en España parece ser el que ellos y sus invitados se sientan lo más incómodos posible debido al sentido de formalidad que siempre prevalece. Ellos considerarían que es un terrible insulto a sus visitantes que estos los viesen trabajando u ocupados en cualquier cosa que no fuese la ceremoniosa atención de hacer los honores de su casa. De todos modos, no hay nada que pueda ser más amistoso que sus modales, y ellos te ofrecen su casa, etc. de un modo que podría hacerte imaginar que les harías un gran favor aceptándola.

Excesivamente formales, pero corteses en sus modales hacia los extranjeros, una vez que el trato se hace más íntimo, te das cuenta que son las personas menos ceremoniosas del mundo y las que siempre están dispuestas a todo tipo de diversiones con tal entusiasmo que más parecen como niños grandes. Aquí las mujeres tienen muy poca conversación a excepción de cuando hablan del teatro y de todos los dimes y diretes de la sociedad, temas de los que ciertamente pueden hablar de la forma más amena y agradable posible; pero todas ellas son completamente incultas. Cuando niñas, siempre están de un lado

para otro con los sirvientes, recibiendo unas cuantas clases de música y de francés y quedándose levantadas hasta altas horas de la noche como sus padres; pero en cuanto a tener una formación bajo una supervisión con regularidad, eso es algo prácticamente desconocido. Ellas parecen considerar nuestro trato hacia los niños como algo demasiado bárbaro y están siempre sintiendo lástima por la vida tan desgraciada que les hacemos llevar.

Un cierto conocimiento de la lengua es indispensable para permitir al viajero integrarse completamente en la vida social española en las provincias, ya que es muy raro encontrar a alguien que hable o que pueda entender francés. De hecho yo no conozco otro país de Europa donde el conocimiento de la lengua nacional sea algo tan necesario para permitir al viajero relacionarse con todas las clases sociales. Salvo en Granada y en Sevilla no hay ni siquiera un cicerone que le aconseje lo que debe visitar o que pueda interpretar sus deseos.

De hecho, España es tristemente deficitaria en cuanto a todos los lujos a los que los viajeros están acostumbrados en otros paises. En Andalucía el alojamiento en las posadas es malo y la cocina es todavía peor. En Málaga y Sevilla los principales hoteles se acercan en cierto modo a lo que podríamos denominar comodidad; pero en todas las otras ciudades no hay nada pue pueda ser peor. No debería viajar por España nadie que no esté preparado a llevar con resignación oriental cualquier cosa que pueda ocurrir.

Antes de abandonar Málaga hicimos una excursión a Alhaurín, un pueblo maravillosamente situado en las montañas que hay hacia poniente a eso de una legua de distancia. Fuimos a caballo –el único modo agradable de viajar en un país donde las carreteras son tan intolerables. Después de una cabalgada muy aburrida mientras atravesábamos la llanura llegamos al Guadalhorce, un río que nace en las montañas de Antequera y cuyo lecho verdaderamente lleva agua. Es, de hecho, un río bastante respetable. Aquí se pueden ver los restos de un enorme puente que, al igual que muchas otras cosas en España, lo comenzaron a gran escala pero nunca fue terminado. Las pilas, cubiertas

LLEGADA A UNA POSADA

de enredaderas se encuentran en un estado de la más pintoresca dejadez. Los arcos del aqueducto de los que este puente iba a formar parte, se extendían una gran distancia a lo largo de la llanura. La Sierra de Mijas ahora gradualmente va impidiendo la vista del mar y el valle a sus pies cuando se abre ante ti ofrece una bella imagen de verdor y fertilidad al estar dénsamente cubierto de olivares y naranjales. Esta parte de carretera hace muchos años estaba infestada de ladrones quienes, previo pago de cierta suma de dinero, les daban a los habitantes de Málaga un salvoconducto que les permitía ir y venir a sus casas de campo en Alhaurin sin ser molestados. Al salir del valle la carretera cruza por la zona alta que es muy inhóspita y que está cubierta por el palmito enano. Esta planta que crece perfectamente en el Peñón de Gibraltar aquí es bastante raquítica; de todos modos le dan algún uso puesto que los campesinos utilizan sus raices como algo comestible. Bajando una colina se llega a Alhaurín que está situado en una ladera con un magnífico valle por debajo y que está protegido por un anfiteatro de montañas. Es casi un paisaje mágico que nos muestra las maravillas que se pueden lograr con los cultivos en esta tierra favorecida, siempre que el agua sea abundante.

Todo el valle es un vergel y la gran cantidad de sombra y abundancia de agua que corre cristalina y alegre a través de cientos de canales, facilita la producción de todo tipo de frutas. Naranjas, limones, cerezas, fresas, uvas y moras se dan igual de bien y permiten a los habitantes abastecer los mercados de Málaga. El propio pueblo está sorprendentemente limpio y el interior de las casas se corresponde con su apariencia exterior. Justo por encima del pueblo hay un nacimiento o manantial del que el agua fluye tan clara como el cristal desde la base de una pared de roca que se extiende una media legua cortando la árida ladera de la Sierra. Por encima se elevan las montañas hasta una altura de unos 3500 piés cuyas estériles y arenosas laderas están surcadas por innumerables barrancos. Desde una pequeña capilla en los alrededores la vista abarca toda la cadena montañosa hasta más allá de Málaga, coronada por las nevadas cumbres de Sierra Nevada, cumbres que aquí pudimos ver por primera vez. Contemplamos el efecto del sol poniente cuando iba dejando en sombra un pico tras otro, hasta que sus rayos se detenían en el punto más elevado de todos, bañando con rosada luz la brillante nieve y mostrando a la perfección

la altura tan inmensa de la Sierra. Desde Alhaurín continuamos hacia Coín y en nuestro camino pasamos junto a algunos naranjos excepcionalmente bonitos. Coín también tiene una bonita situación y está rodeada por huertos y torrentes. En este último pueblo nuestro aspecto provocó bastante diversión entre los habitantes que salieron en tropel a ver a los extranjeros – un espectáculo bastante novedoso en este lugar tan apartado. Ellos nos hicieron el cumplido de tomarnos por títeres o por una compañía ecuestre de actores ambulantes; y un golfillo se montó en un caballo y nos acompañó hasta el nacimiento que hay por encima del pueblo haciendo alarde de su habilidad como jinete, evidentemente con la esperanza de que lo contratásemos como parte del grupo. El se ofreció a seguirnos hasta el fin del mundo, caballo y todo, si nos quedábamos con él; sin que el hecho de marcharse con el caballo de su padre pareciera pesarle demasiado a su conciencia. Aquí también el agua brota de un lecho arenoso deliciosamente fresca y clara. Hacia poniente se encuentra el pueblo de Monda, escenario de la famosa batalla de Monda en la que Cesar derrotó a los hijos de Pompeya, A.D. 45.

De vuelta a Alhaurín comenzamos nuestro camino a Málaga. En la ladera sur de la Sierra de Mijas, frente a este último pueblo, se encuentra Churriana, uno de los lugares preferidos por los malagueños para pasar el verano. En las cercanías hay una villa llamada el Retiro que pertenece al Conde de Villacáyar. Tiene varias fuentes muy bonitas, pero la escasez de agua y de paseos en sombra en esta tierra carente de árboles, hace que los lugareños la eleven a la categoría de ser rival de Versalles. Los campos que la rodean, plantados de olivos, tan antiguos, dicen, como la Reconquista, parecen un manto de nieve debido a la gran cantidad de grandes lirios blancos con los que estaban cubiertos.

En el punto más extremo de la Sierra se encuentra el pequeño pueblo de Torre Molinos, donde, al igual que en Churriana, se hace la mayor parte del pan que se consume en Málaga. Nada puede superar la limpieza de las casas que hay aquí. El río que cruza el pueblo hace que varios molinos estén funcionando. Antes de ser molido el grano se trata con sumo cuidado. Se lava cuidadosamente con agua corriente y se vuelve a secar al sol varias veces antes de ser enviado al molino. Un hombre de nombre Parody tiene aquí

una villa muy bonita en la que los extranjeros pueden hacer gestiones para alojarse; y es en verdad un lugar muy apetecible donde pasar una corta estancia durante los meses de primavera o verano.

Desde Torre Molinos a Málaga la carretera cruza el Guadalhorce por un vado y se puede seguir cabalgando por una extensa pista de arena cubierta con las flores amarillas del Ononis. Los campos se riegan por medio de enormes norias que tienen una especie de jarras colocadas en toda la circumferencia que, cuando esta se mueve lentamente accionada por bueyes o mulos, sacan el agua de los pozos que hay por debajo y la echan a canales desde los que se distribuye por toda la zona. Estas norias tienen su equivalente en las Sakayeh de Egipto y son una de las muchas cosas que le hacen recordar al viajero el largo dominio de los árabes y que le dan un carácter tan oriental a Andalucía. Cuando nos llegó el momento de abandonar Málaga, decidimos cabalgar hacia Granada en lugar de tomar la diligencia que va por Loja, haciendo el viaje en unas dieciocho horas. Salimos de Málaga por la tarde, ya que el trayecto hasta Vélez no ocupa más de cinco o seis horas. Nuestro camino iba por la costa todo el tiempo; unas veces extendiéndose a lo largo de la arenosa costa, otras rodeando algunos peñascos sobresalientes, cuya atalaya o vieja torre vigía árabe, está situada en lo más alto, desmoronándose y azotada por los vientos.

A la derecha las azules aguas del Mediterráneo se extendían hasta el horizonte y a la izquierda se veía la cadena de montañas de poca altura que hay entre Málaga y Vélez, cubierta de viñedos, mientras que la llanura intermedia era como una alfombra de flores de todos los colores. Salimos en la primera semana de abril cuando la vegetación en la costa se encuentra en todo su esplendor y al aproximarnos a Vélez Málaga se incrementa la fertilidad y riqueza. Pasamos entre gigantescos setos de cactus y áloes, entre los que crecía nuestra mora común en singular contraste, mientras que por todos lados florecía un tipo de candilico[4] la Aristoloquia betica, con sus oscuras flores algo purpúreas enredadas por todas partes. El áloe silvestre cubría las rocas formando espesos manojos, con sus grandes capullos amarillos que colgaban a punto de florecer; y aquí y allá una bonita

statice[5], llamada siempreviva azúl, debido a la sequedad de sus brillantes flores, que no se marchitan. Estas, siguiendo la moda de ciertos barrios bajos de Londres, se utilizan mucho en Gibraltar para decorar las chimeneas durante los meses de verano.

Largas filas de caña de azúcar ocupan el fértil valle que se extiende durante casi media legua desde el pueblo de Vélez hasta la orilla del mar, a través del que un pequeño arroyo serpentea en sombra debido a los álamos plateados. La vista del valle que obtuvimos cuando subimos a una escarpada roca que sobresalía del mar era muy bella ya que mostraba su más exuberante verdor al estar resguardado por la cordillera de Sierra Tejeda, que se encontraba aún parcialmente cubierta de nieve.

El pueblo de Vélez está situado sobre la ladera de esta montaña que lo protege con eficacia de los fríos vientos del norte. Su castillo en ruinas, que se encuentra sobre una escarpada roca ocupa una posición sorprendente en el centro del pueblo. Nos hospedamos en una posada en la Alameda, un paseo un poco en alto plantado de naranjos, y tuvimos nuestra primera experiencia de lo que eran las posadas españolas. No era demasiado mala ya que tuvimos camas limpias, aunque la comida fue, como era habitual, poco recomendable.

Por la mañana caminamos hasta el viejo castillo del que sólo quedan una pequeña torre y algunos muros en ruinas. Desde allí se obtiene una espléndida vista sobre la fértil vega y más abajo del Mediterráneo.

Una leyenda árabe dice que el actual no era el emplazamiento original del pueblo de Vélez. En los tiempos de Almanzor, el pueblo estaba gobernado por un príncipe moro, que tenía una sola hija, famosa por su belleza y en la que él derrochó todos sus tesoros. Construyó para ella un magnífico palacio en las verdes laderas de la Sierra donde ella residía. Ocurrió que el Alcalde de Vélez, ardiendo en deseos a causa de las entusiastas descripciones que continuamente escuchaba acerca de sus encantos, decidió aprovecharse de la ausencia temporal de su padre y llevarsela. Él tuvo éxito al hacerlo; pero

los resultados que siguieron a esta traición fueron fatales. Justo en el instante en que llegaron a oídos de su padre noticias de esta atrocidad, este se dirigió a Vélez a la cabeza de cuantas tropas pudo reunir, asaltó y arrasó el pueblo. El Alcalde y toda su familia fueron masacrados y destruyeron completamente el castillo y el pueblo. Los maltrechos habitantes pronto comenzaron a reconstruirlo, pero abandonaron el calamitoso lugar y los nuevos cimientos se pusieron en el lugar en el que se encuentra el pueblo en la actualidad. Vélez tiene por armas la figura de un rey a caballo matando moros, con un mozo que yace muerto a sus pies. Se las dieron en conmemoración de cuando Fernando mató con sus propias manos a un moro en una escaramuza durante el asedio. Al haber sido El Zagal derrotado en un ataque nocturno que había hecho al ejército cristiano los habitantes decidieron rendirse. Ellos obtuvieron sin embargo una honorable capitulación, y la ciudad fue tomada por Fernando que avanzó inmediatamente después con todo su ejército para poner asedio a Málaga.

Desde Vélez la carretera serpentea hacia arriba a lo largo del río y entra por los valles y pasos montañosos. Pasa rodeando numerosos naranjales, que en esta estación estaban justo floreciendo, y ofrecían por todos lados un delicioso perfume. Pasamos varios lugares con vistas pintorescas antes de entrar en el pueblucho llamado Viñuela, a partir del cual el aspecto del paisaje iba cambiando gradualmente. Los valles profusamente cultivados daban paso a un paisaje completamente árido; hacia la parte derecha se levantaban las cumbres peladas de la Sierra Tejeda, con varios pueblos colgados por las alturas, y sus laderas surcadas por numerosos barrancos, hechos canales, por así decirlo, debido al efecto devastador de los torrentes en el suelo arenoso. Delante de nosotros se levantaba un enorme muro de roca, con una ancha grieta por la cual teníamos que atravesar para llegar a las zonas más altas en la cara norte de la montaña. Este paso se llama La Puerta de Zaffaraya[6], que se deriva de una palabra árabe, que significa «el campo de los pastores.» Aquí hay una Venta, o posada de pueblo, al lado del camino, que presentaba, cuando pasamos cabalgando por allí, un aspecto más alegre de lo que hubiésemos podido esperar encontrar en un lugar tan agreste y desolado. Un gran número de labriegos y una familia de gitanos acababan de llegar por la carretera que

bajaba de la montaña y cuando se agruparon alrededor de la entrada de la casa tan vieja como para venirse abajo, sus alegres y variopintas ropas, los arreos de las mulas y caballos, los gestos de los dueños, todo nos ofrecía una escena de lo más animada y pintoresca.

La carretera ahora comenzó a ascender gradualmente, pero no habíamos avanzado mucho cuando una densa niebla bajó rodando desde las montañas y nos envolvió por completo. La noche estaba además echándose encima, así pues creímos que lo más prudente era volver a Zaffaraya, y pasar la noche allí.

Cuando volvimos, no había ninguna señal de vida o animación por allí; todos los labriegos se habían marchado y todo alrededor estaba oscuro y solitario. La propia casa estaba formada por una habitación larga con suelo de barro; un tabique nos separaba de los caballos; mientras que nuestros guías y nosotros mismos compartíamos el resto con los dueños de la casa. Este fue el tipo de alojamiento que disfrutamos al pasar nuestra primera noche en una venta corriente; e incluso, cuando nos acercamos alrededor del fuego y compartimos las provisiones que los guías habían sacado, y charlamos con nuestros compañeros, lo novedoso de la escena podría haber compensado su miseria si no hubiera sido porque una sensación de inseguridad se nos fue viniendo a la mente. No había nada que pudiera ser menos prometedor o más lúgubre que el aspecto del lugar; y la sospecha de que esto era sólo un poco mejor que una guarida de contrabandistas y ladrones, estuvo más que asegurado por la anciana que me estuvo informando que ella tenía dos hijos, y que ambos se encontraban en Ceuta, la fortaleza a la que eran enviados muchos de los convictos españoles de la peor calaña. Envueltos en nuestras mantas, dormimos toda la noche lo mejor que pudimos; y ninguno de nosotros lamentó cuando el amanecer nos recordó que podíamos prepararnos para nuestra partida.

Aún estaba lloviznando, pero la mañana se aclaró cuando había pasado una hora desde que estábamos en el camino. Cruzamos una meseta completamente llana donde se cul-

tivaba el maíz a la sombra de las encinas que estaban salpicadas por todos lados y que le daban un aspecto casi de parque.

Al atravesar por una vereda de montaña, las lejanas cumbres de Sierra Nevada de repente irrumpieron ante nuestros ojos como un muro de nieve. Las zonas del norte de la Sierra Tejeda aún estaban cubiertas con su glacial manto. No podía haber nada que pudiera ser más aburrido que el trayecto de dos horas que transcurrieron antes de llegar a Alhama. No había nada que nos aliviara de la monotonía del paisaje a excepción de las agradables reflexiones que nos sugería el ver las pequeñas cruces, con sus montones de piedras al lado que hablaban de los viajeros solitarios que habían caído víctimas de los ladrones en estas intrincadas montañas. «Aquí mataron» a tal y cual es siempre el comienzo de la inscripción, siguiéndoles el nombre y la fecha, con la súplica para los que pasan de que recen una oración por su alma. Dan una impresión lúgubre en estas veredas solitarias y desiertas, donde, lejos de toda ayuda humana, la infeliz víctima cae bajo el cuchillo de su asesino. Pero estos tristes recuerdos no tienen por qué alarmar demasiado al viajero: hoy día uno tendría que ser especialmente desafortunado para caer en las manos de bandidos; e incluso si por mala suerte le ocurriera un destino semejante, sus captores encontrarían que es más ventajoso llevarselo a las montañas, hasta que obtuvieran un fuerte rescate, que quitarlo de en medio y darle a sus amigos el trabajo de levantar una cruz sobre sus restos.

Me sentí muy defraudada con la primera visión de Alhama. Las casas parece que tienen el mismo color que el terreno sobre el que se levantan y al bajar desde la zona alta es imposible hacerse una idea de su singular situación. Está enclavada en el filo de una de las montañas, dando lugar a un rasgo muy característico del paisaje de Andalucía; y debió ser en tiempos remotos una fortaleza casi inexpugnable. Desde el valle que hay por debajo, es desde donde mejor se ve. Las rocas que forman los lados de la garganta se levantan casi de forma perpendicular desde el lecho del río que corre a sus pies; mientras que por encima de sus afilados riscos, aparece una irregular línea de casas construidas sobre el mismo borde del precipicio. En la ladera de la montaña estaba defendida por

una larga muralla y torres. Sus tortuosas y estrechas calles aún mantienen un aspecto muy oriental. A cierta distancia hacia arriba siguiendo la corriente del río se encuentran los baños calientes sulfurosos, de los que se deriva su nombre árabe.

Alhama le es familiar al lector inglés debido a la descripción de su famoso asalto por los cristianos y a la traducción de Byron de la conocida balada, que habla del revuelo provocado en Granada cuando las noticias de su inesperado asalto llegaron a la capital musulmana. Este acontecimiento fue el más importante ya que este lugar fue el primero que se tomó durante la contienda que terminó con el exterminio de los moros en la península.

El Marqués de Cádiz, reuniendo a algunos de sus seguidores, atacó Alhama en la oscuridad de la noche y lograron tomarla después de una resistencia desesperada. La pérdida de este importante puerto de montaña, considerado durante mucho tiempo una de las llaves del reino de Granada, hizo que se extendiera la consternación entre los moros. Muley Hacen entró en acción y corrió a arrebatarselo a los conquistadores. Los pocos que se encontraban dentro de la fortaleza se vieron acosados y tuvieron lugar muchas acciones heroicas en el intento de liberarlos. Esto lo realizó por fin el Duque de Medina Sidonia, el cual, olvidando la enemistad que había existido desde hacía largo tiempo entre su casa y la de los Ponce de León, salió a la cabeza de la flor y nata de los caballeros andaluces y, lanzándose contra Alhama, obligó a Muley Hacen a levantar el asedio. Él volvió sin embargo poco tiempo después; pero al haber perdido a varios de sus guerreros más valientes en un asalto a media noche, otra vez fue obligado a emprender la retirada. Aunque se encontraba situada en el corazón del territorio enemigo, Alhama era considerada peligrosa y difícil de retener, y se discutió sobre si era apropiado desmantelar sus fortificaciones y evacuarla. Pero cuando se sugirió la idea a Isabel, ella completamente indignada la rechazó y decidió mantener una fortaleza cuya conquista había costado mucha sangre. Esta resolución llevó a la aparición de un nuevo héroe en la escena.

A Alhama, como ya se ha dicho, no se le permitió disfrutar del reposo y una tercera vez las tropas moras estuvieron acampadas ante ella. En esta ocasión, sin embargo, el ha-

berse mantenido a salvo se lo debió, no a las grandes casas de Medina Sidonia o Ponce de León, sino a los valientes esfuerzos de un humilde caballero, Fernando del Pulgar[7], el Bayardo[8] de los caballeros españoles, que aquí comenzó esa carrera atrevida y romántica que le hizo merecedor del título de «El de las Hazañas». Las valientes acciones que se cuenta que llevó a cabo este caballero valiente[9] durante toda la contienda, desde su ayuda en Alhama y toma de Salar, a su gran logro de entrar en Granada cuando aún se encontraba en manos de los moros y hacer con su daga una inscripción en la puerta de la mezquita, dedicándola desde entonces a honrar a la Virgen, rebasan casi los límites de la credibilidad, y generalmente se ha dicho que se debían a las exageraciones de los romances. Pero un pequeño trabajo muy interesante, La Vida de Pulgar, ha sido publicado recientemente por Martínez de la Rosa[10], en el que este distinguido escritor muestra, a partir de fuentes auténticas, que no se trata de exageraciones y que Pulgar no solamente fue el héroe de cada una de las aventuras temerarias que tuvieron lugar durante la guerra, sino que también fue un reconocido erudito tan profundo y sagaz consejero como temerario en el campo de batalla, y que fue con frecuencia seleccionado por el astuto Fernando para dirigir asuntos que requerían la mayor prudencia y juicio. Tendremos la ocasión de referirnos a él otra vez al describir la Catedral de Granada en la que es el único sujeto que ha tenido el honor de ser enterrado dentro de su recinto.

No hay nada que pueda ser más cansado que la carretera desde Alhama a laVega de Granada. Ya que la mayor parte del camino lo único que se ve son las arcillosas y áridas laderas de las montañas salvo en algunas zonas donde crecen manojos de romero y otras plantas aromáticas y unos pocos campos de maíz muestran débiles intentos en lo que se refiere a cultivos. Disminuyó un poco la monotonía al llegar al pueblo de Cacín, situado en un profundo valle donde había unos cuantos árboles agrupados a lo largo de las riberas de un riachuelo. Al pasarlo volvimos a ascender otra vez y continuamos por una carretera igual de aburrida, hasta que llegamos a una media docena de casas miserables llamadas las Ventas de Huélma. Ahora la carretera cruzaba por una llanura sin un solo árbol, como una sábana de ondulante maíz, sin ni un solo rasgo de población. Nos llevo

unas dos horas llegar a La Malahá, un miserable pueblucho rodeado de grandes depósitos de sal; ya que los cerros que la separan de la Vega de Granada, al estar principalmente formados por yeso, están muy impregnados de sal.

Cabalgamos apresuradamente hacia la cresta de la colina que había delante, todos ansiosos de obtener la primera vista de Granada y fue en verdad gloriosa, ya que el sol poniente estaba justo haciendo caer su dorada luz sobre las lejanas torres de la Alhambra y la regia ciudad se levantaba ante nosotros con su corona de montañas, mientras que la Vega se extendía como una alfombra verde a sus pies. Puede haber pocas vistas tan maravillosas como esta; la fértil llanura, que se extiende unas treinta millas de ancho parecía un verdadero paraíso después del aburrido paisaje que habíamos estado atravesando. Parecía como el vaso de un lago del que se hubiesen retirado las aguas, dejando una inmensa llanura del más profundo verdor rodeada por elevadas montañas. Con la vista se podían abarcar diversos tipos de terreno ondulante. Desde los montículos poco elevados sobre los que nos encontrábamos, se extendía hacia la izquierda sobre las colinas, gradualmente incrementando su altura, hasta acabar en los escarpados riscos de Alfacar, que desde esta distancia, aparece justo detrás de la ciudad; mientras que a nuestra derecha se levantaba la larga cordillera de Sierra Nevada, sus cumbres alpinas en esta estación estaban cubiertas de nieve.

La belleza natural de su situación, junto con las miles de reminiscencias históricas que están unidas al propio nombre de Granada, hace de éste uno de los escenarios más sorprendentes que se puedan presentar al viajero.

Los árabes, cuyos pensamientos estaban constantemente rememorando la tierra de la que habían surgido, concedieron la palma de la belleza a Granada por encima de sus ciudades favoritas como eran Damasco, El Cairo y Bagdad; y ya que ellos deseaban encontrar en la tierra de su adopción cualquier similitud posible con el país que habían dejado, se establecieron en esos escenarios que les traían a la memoria los más vivos recuerdos de sus propios hogares.

Las hordas salvajes de los desiertos de Palmira estaban satisfechas con las áridas costas de Almería y las llanuras de Murcia. Las legiones procedentes de las zonas montañosas de Palestina y Siria encontraron similitud a las montañas de su tierra en lo más intrincado de la Serranía de Ronda. Los campos de Archidona se poblaron por aquellos que habían hecho pastar a sus rebaños en el valle del Jordán; pero los habitantes de Damasco no pudieron encontrar nada que les recordara el paraíso que habían dejado hasta que contemplaron Granada.

Aquí, sus bien dispuestas fantasías, pronto establecieron el parecido con la tierra de su infancia; la Sierra Nevada les traía a la memoria las nevadas cumbres del Líbano; la ciudad se levantaba como la suya propia a orillas de una fértil llanura mientras que el Darro, Genil, y otros ríos, rivalizaban con los ríos de Damasco por lo abundante de sus caudales; innumerables jardines y huertos cubrían la Vega como lo hacían en su propio valle fértil y próspero; el cielo era lo mismo de brillante y el aire igual de puro; y se establecieron extasiados en una tierra que a ellos les gustaba llamar el Damasco de occidente. Y no fue difícil para sus cálidas imaginaciones descubrir estos parecidos. Desde alguna de las cumbres de Sierra Nevada a menudo me lo ha recordado a mí con bastante fuerza; con la diferencia, sin embargo, de que mientras que la Vega de Granada está rodeada por todos lados por montañas, las tierras cultivadas alrededor de Damasco se pierden en las arenas del desierto, una árida llanura sin límites que se extiende a lo lejos hasta el horizonte.

El sol se había puesto y nuestros guías nos recordaron que aún teníamos que recorrer cierta distancia antes de alcanzar la ciudad que estábamos contemplando con tanta admiración. Así pues, bajamos la colina y llegamos a Gabia la Grande, un pueblo grande en uno de los márgenes de la Vega. Luego entramos en una carretera ancha, con campos de maíz y cáñamo a cada lado, de vez en cuando se veían huertos cruzados por todos lados por acequias. Dos horas cabalgando a través de la Vega nos llevaron a Granada. Se había hecho de noche mucho antes de que llegásemos, pero había cierto encanto en la oscuridad, ya que, cuando nos íbamos aproximando, los cerros ante nosotros parecían

iluminados con numerosas estrellas y al entrar por la Alameda del Genil, el ruido de las aguas corriendo, la intensa oscuridad de los árboles, con las luces salpicadas entre ellos, le daban una apariencia de hechizo indefinido que nos dejaba en la mente una impresión agradabilísima. Bajo otras circunstancias, los árboles y el agua podían no evocar escenas de tan rara belleza; pero cualquiera que haya vivido seis meses en Málaga puede ser excusado por el inusitado grado de placer que nos producía.

Paramos en la Fonda de la Amistad, un hotel cerca del teatro. Después de haber visitado la Alhambra en su momento, nos dedicamos a la tarea de buscar casa ya que habíamos venido a Granada con la intención de permanecer aquí cinco o seis meses. Hay muchas casas que se pueden conseguir en la misma ciudad; ya que, desafortunadamente, las clases más altas están continuamente desertando de ella a causa de los mayores encantos ofrecidos por la Corte, como los españoles llaman a Madrid. Pero nosotros estábamos ansiosos de conseguir una casa cerca de la Alhambra, así podríamos tener la ventaja de un jardín y disfrutar las espléndidas vistas que presenta cualquier situación elevada. Esto no fue una cosa fácil de llevar a cabo; los carmenes, como ellos llaman a las villas de alrededor de Granada, al ser por lo general casas muy pobres, sus dueños las mantienen menos como residencias que como lugares para disfrutar, donde se pueden retirar de la ciudad para pasar un día al fresco durante el calor del verano.

Casi todos están rodeados de grandes jardines llenos de largos emparrados y refrescantes fuentes. Fuimos a varios; pero encontramos difícil dar con uno que fuese apropiado. O la casa no era lo suficientemente grande, o los dueños no deseaban alquilarla, y pronto nos enseñaron que la paciencia es una virtud que debe ser practicada cuando se está en tratos con españoles. Al igual que los orientales no ven la razón de por qué la gente debe tener prisa; mañana para ellos responde a todos los propósitos de hoy. Con los acuerdos y tratos diplomáticos con gente que no quería que se supiera que ellos se degradarían al alquilar sus casas, el tiempo vuela y cuando nos vimos instalados, había pasado todo un mes desde nuestra llegada. En general nos dimos cuenta en profundidad de forma bastante divertida del modo en el que las cosas pueden llevarse a cabo en este país. Fuimos

a ver un Carmen, el dueño no lo quería alquilar, pero el hombre que nos lo enseñó nos dijo de forma confidencial que el propietario era un gran admirador de la hermana de una persona que él conocía y, si nosotros le prometíamos algo por su molestia, él podría, a través de un amigo, inducir a la joven a persuadirlo para que nos dejara alquilarlo. Pero este Carmen, la verdad sea dicha, no se hubiera podido conseguir ni por todo el oro del mundo, ya que la negociación resultó un completo fracaso.

Al final pudimos conseguir una villa llena de encanto, el que la casa fuese tan pequeña se veía ampliamente compensado por la belleza de la situación. Estaba, por supuesto desamueblada, pero comprar o alquilar muebles para una residencia de verano en estos países no es una labor demasiado difícil ya que en un clima como este, se necesita bastante poco.

La situación era privilegiada: estaba en el extremo del espolón sur de la colina en la que se encuentra situada la Alhambra. Desde allí se divisaba toda la zona, desde el paso de Moclín a la derecha, a Sierra Nevada a la izquierda, abarcando la Vega con sus cerros circundantes. Teníamos una terraza con un emparrado, donde pasábamos nuestros días a la sombra del exuberante follaje y nos refrescábamos con el sonido del agua al correr de numerosas fuentes, mientras que las exquisitas uvas colgaban en espesos racimos por encima de nuestras cabezas. Era un lugar precioso desde el cual contemplar el magnífico paisaje, bañado por todos los brillantes tonos del sol poniente cuando se ocultaba por detrás de Sierra Elvira vistiendo las montañas de un manto púrpura y arrojando un torrente de luz dorada sobre la llanura. A la luz de la luna tenía un encanto diferente, aunque igual de magnífico. Entonces, la Torre de la Vela se destacaba como un gigante velando la ciudad que estaba dormida abajo, preparado, si hubiese habído algún peligro, a dar la voz de alarma con su campana de profundo tañido. Pero ahora todo duerme en paz y su sonido sólo sirve para despertar al fatigado campesino y advertirle que ha llegado la hora de ocuparse del riego de sus campos. Los grandes fuegos que cubren la Vega durante los meses de julio y agosto, se ven impresionantes desde nuestro jardín. Los campesinos aquí queman los largos rastrojos del trigo con el fin de cultivar una segunda

cosecha, principalmente de maíz indio, que obtienen más o menos en noviembre, y en la oscuridad de la noche las llamas arden nítidas y de manera uniforme dando el aspecto de que toda la zona estuviera ardiendo.

Un empinado paseo cubierto de parras al que se ascendía a través de escalones a lo largo de las terrazas, nos llevaba a los pies de Torres Bermejas, cuyos muros formaban los límites de nuestro jardín. De acuerdo con todas las descripciones, las Torres Bermejas son la parte más antigua de la Alhambra; algunos mantienen que son de origen fenicio, origen que le dan a casi todo lo que es muy antiguo o cuya historia es completamente oscura. Llamadas Bermejas por el peculiar color de tapia y ladrillo con el que están construidas; fueron levantadas por los primeros árabes, y servían para mantener sometidos a los habitantes cristianos, a los que les habían asignado esta zona -ahora parroquia de San Cecilio- como barrio en el que pudieran vivir. La vista desde todo lo alto es quizás la menos bonita de Granada; los tejados de las casas en la ciudad que se extiende abajo destacan demasiado. Aquí es donde estaban los calabozos de los cautivos cristianos, oscuras mazmorras donde muchos infelices desgraciados consumieron largos años de penalidades. No han tenido todos ellos, desgraciadamente la buena fortuna de dos caballeros catalanes que, después de haber sido hechos prisioneros en la conquista de Almería bajo Alfonso VII, fueron arrojados a estos calabozos. Se pidió por ellos una enorme recompensa y entre otros artículos especificos, había un centenar de doncellas cristianas; pero se dice que cuando estas últimas estaban preparandose para salir de Tarragona, fueron liberadas de todos sus temores así como de su desdichado destino, por la aparición de los mismísimos caballeros, que habían sido milagrosamente transportados hasta allí por San Esteban y San Dionisio, a los que se habían encomendado a la hora del peligro.

Podrían recopilarse muchas historias de amor y pesar de las leyendas relacionadas con estos viejos muros; pero ahora no hay nada romantico en ellos. Un día, cuando me encontraba en lo alto de la torre, lo que oí por casualidad -no era lamento de ningún caballero cautivo- sino la más prosaica confesión de un guía de viajeros de Gibraltar que había llevado hasta allí con engaños a dos desafortunados ingleses y le estaba diciendo

en confianza a la vieja guarda de la torre, que él sabía que no había nada que ver allí, pero él siempre se empeñaba en llevar viajeros, que ella también, podía beneficiarse de sus pesetas; y, con muchas promesas de que no la olvidaría y de favores a cambio, guió a sus víctimas mientras las admiraban ya que, en la inocencia de sus corazones, habían estado haciendo el recorrido, mientras que su desconocimiento de la lengua les dejó completamente al margen del plan que se había llevado a cabo en su presencia.

Las casuchas de alrededor están principalmente habitadas por gitanos y gentes de la más baja descripción; pero aunque no podíamos presumir de un vecindario selecto, nunca tuvimos ninguna razón para arrepentirnos de haber fijado nuestra residencia en el Carmen desafiando la certeza que recibimos de muchas personas en la ciudad de que seríamos inevitablemente atracados y asesinados si lo hacíamos. Solíamos salir a todas horas, tanto tarde como temprano y atravesábamos los sombrios paseos de la Alhambra por la noche sin que nunca encontráramos el más mínimo problema; aunque los viajeros aún persisten en repetir las historias de los guías en la ciudad, a los que les encanta asustarlos con cuentos acerca de la inseguridad de estos tenebrosos paseos y mantienen que no es seguro pasear por ellos cuando se hace de noche.

En resumen, un lugar más encantador que este para una residencia de verano, habría sido difícil de escoger; y su proximidad a la Alhambra nos permitía disfrutar esta última sin la fatiga de subir desde la ciudad.

CAPÍTULO III

LA ALHAMBRA – EXTERIOR – VISTAS DESDE SAN NICOLÁS – EL DOMINIO MUSULMÁN – APÚNTES HISTÓRICOS RELACIONADOS CON LA ALHAMBRA – SITUACIÓN – LLEGADA – PUERTA DE LA JUSTICIA – PALACIO DE CARLOS V – PALACIO ÁRABE – CONTRASTE – PATIO DE LOS ARRAYANES – SALÓN DE EMBAJADORES – TOCADOR – MIRADOR DE LINDARAJA – SALA DE DOS HERMANAS – PATIO DE LOS LEONES – RESTAURACIONES MODERNAS – SALA DE ABENCERRAJES – LA ALHAMBRA A LA LUZ DE LA LUNA – VISTAS DESDE LA TORRE DE LA VELA – OTRAS TORRES.

AN AGUADOR.

Obra del Oriente solo
Y de moriscos artífices,
Que hacen palacios de piedra
Como el encaje sutiles.
Trabajo de aquellas manos
Que para que el mundo admire,
Nos dejaron una Alhambra
Del Darro en la orilla humilde.
La Alhambra ante quien Europa
Ya desengañada dice:-
"No fue de bárbaros raza
La que alzó el Generalife".

ZORRILLA

¡La Alhambra, El palacio-fortaleza de los moros! Hay magia en el nombre que colma la imaginación con los recuerdos del pasado. Los poetas la han cantado; los pintores han pasado cada una de sus piedras a sus lienzos; los viajeros la han descrito con el más entusiasta de los lenguajes y todavía hay unos pocos que podrían sentirse desilusionados al contemplarla, pocos, al menos, de los que están verdaderamente capacitados para apreciar lo bello de la naturaleza y del arte.

Exquisito como es el interior de la parte árabe, el exterior me parece que tiene incluso más encanto. Sus torres rojizas ciñiendo las alturas adquieren un perfil siempre cambiante de acuerdo con la dirección desde la que se contemplan. Situada en el último espolón de una cadena montañosa, cuyas alturas, coronadas de nieve se levantan por detrás a 9000 pies, mira hacia abajo de forma orgullosa a la Vega y a la ciudad a sus pies. La vista más perfecta es la que se obtiene desde una pequeña explanada delante de la iglesia de San Nicolás, en la colina del Albaicín que está enfrente.

Desde aquí, a la misma altura, a través del valle del Darro, se ven extendiéndose los largos perfiles de murallas y torres, recogiendo entre sus brazos los más singulares restos del pasado y las más sorprendentes evidencias de las dinastías cambiantes y los distintos credos. Las salas encantadas de los fastuosos Califas -el majestuoso palacio de un Emperador- la mezquita, la iglesia, el tosco torreón del moro de turbante, el convento de los monjes encapuchados, todos están delante de ti, hasta cierto punto y con tal variedad de implicaciones históricas que la convierten más en una ciudad en miniatura que en una fortaleza. Aquí también el paisaje circundante presta su ayuda más eficaz para hacer del conjunto un cuadro de insuperable belleza. Toda la cordillera de Sierra Nevada, inmediatamente detrás, se eleva con sus cumbres nevadas y sus laderas que acaban en escarpados barrancos. Hacia la izquierda, se ven las blancas galerías de columnas y miradores del Generalife, el retiro veraniego del Moro, situado en las alturas entre las verdes laderas de la Silla del Moro.

Ante ti, extendiéndose alrededor de la enorme explanada que torre tras torre cubre la Alhambra, aparecen -la torre de las Infantas, la de los Picos -con sus viejas y barbudas almenas- los muros de la Casa Sánchez derrumbándose; las delicadas pero elegantes proporciones del Tocador, de aspecto frágil, que cuelga sobre el barranco, unido por una liviana y aireada galería a la inmensa torre de Comares; detrás de estas, un grupo de tejados del palacio árabe que esconden, como suele ocurrir en los edificios de origen oriental, detrás de un exterior liso y simple, escenas de belleza mágica y encantamiento, morada apropiada para esa lujosa corte cuya barbarie oriental estaba suavizada e incluso dignificada por la constante relación con las virtudes caballerescas de los cristianos. Los rojos muros sostenidos por contrafuertes continúan hacia la derecha, conectando la maciza torre de Comares con las torres aun más altas de la Alcazaba, que formaron especialmente la fortaleza. En el espacio abierto en medio, se levanta el palacio de Carlos V, cuyo inmenso perfil continuo presenta desde la distancia una apariencia imponente, por mucho que desde dentro de las murallas, tiene un aspecto incongruente y fuera de lugar.

Las torres de la Alcazaba, en sí misma una enorme ciudadela con puertas y patios, culminan con la más elevada de todas, la torre de la Vela, que se levanta en el extremo más

occidental y desde donde se puede ver toda la zona de alrededor. Más allá y, aparentemente perteneciendo a ésta, los rojizos muros de las Torres Bermejas forman también parte del conjunto. Desde los pies de la torre de la Vela, la colina cae de forma abrupta hacia la ciudad que serpentea por el valle del Darro, y se extiende por todo el borde de la Vega, donde la mirada puede pasearse libremente sobre un mar de verdor.

Es difícil imaginar una vista más variada y espléndida. La puesta de sol es magnífica, cuando las murallas resplandecen con una luz rojiza y las nieves de la Sierra están teñidas con matices rosaceos. El tono tan intenso que adquiere la propia Alhambra, el verde brillante de los árboles que la rodean, las profundas sombras de los valles, las luces gloriosas de las lejanas montañas, todos presentan un cuadro insuperable, tanto en forma como en color.

Cuando cayó el Reino Godo en 714, Granada, entonces poblada por judíos, era una ciudad pequeña que dependía de la gran ciudad de Elvira, que se encuentra en la Vega a los pies de la Sierra del mismo nombre. Los árabes de Damasco que se asentaron aquí cuando sus innumerables tribus se dispersaron por la Península, tomaron posesión de ella. Debido a su ventajosa posición y situación privilegiada, pronto fue creciendo en importancia mientras que Elvira fue decayendo. En el reinado del primer Abdelrhaman, a.D. 765 se comenzó la Alcazaba o fortaleza del Albaicín.

El país, ocupado en contiendas internas, estaba en un estado de constante agitación mientras que los Califas gobernaban en Córdoba, hasta el reinado del tercer Abdelrahman, bajo cuyo dominio y el de su hijo, todo el territorio se vió bendecido por la paz y el dominio árabe en la Península alcanzó el cenit de su gloria. Pero las guerras internas parecía que no se podían separar del sistema musulmán. Las luchas por la sucesión pronto empezaron otra vez y el arriesgado recurso de traer desde Africa numerosas hordas para que les ayudasen a veces fue adoptado por los aspirantes rivales. Así pues, Granada incrementó en gran número su población con la belicosa tribu de los Zeyrites[11], que habían ayudado a colocar a Suleyman en el trono y quienes fueron recompensados

con el señorío de este territorio. Su propio jefe se estableció en la Alcazaba, a la que acabo de referirme, a la que hizo considerables mejoras, la zona de la ciudad en la que se encuentra aún es llamada el Barrio del Zeirite[12]. Cuatro jefes de esta tribu (el último de los cuales, Ibn Habus, rodeó la ciudad con murallas) gobernaron en Granada y se habían convertido casi en soberanos independientes cuando, al final de la dinastía de los Omeyas en 1031, el imperio árabe se dividió en pequeños reinos. Los Almorávides que habían llegado desde Africa para ayudar a sus hermanos musulmanes, finalmente los dominaron y Yusuf, su jefe, se apoderó de Granada en el a.C. de 1090. Permaneció allí durante algún tiempo y mejoró la ciudad enormemente, así como el sistema de regadío de los campos de alrededor, llevando agua desde la «fuente grande» de Alfacar y desde otros nacimientos lejanos. Los Almorávides fueron dominados (1148) por los Almohades, otra tribu africana, cuyo imperio a su vez fue aplastado en los campos de Tolosa (1212); un éxito de los ejércitos cristianos que fue rápidamente seguido por las victorias de San Fernando. La toma de Baza llevó a sus habitantes a buscar refugio en Granada y el barrio, que se les asignó, es desde entonces llamado el Albaicín. Mientras que Fernando proseguía con sus victorias, dos competidores se estaban disputando el imperio musulmán, pero al final, la muerte de Ibn Hud dejó a Ibn-l-Ahmar sin rival y, estableciendo su corte en Granada, este fundó en 1238, el último de los reinos árabes, que finalizó en 1492.

Mohammed el-Ahmar fue uno de los más importantes reyes moros. Su valor en el campo de batalla, su inteligencia en el consejo, su gusto en la protección del arte, su energía y compasiva disposición le hicieron merecedor de incluso la admiración de sus enemigos. A él debe la Alhambra su origen. Sus horas placenteras fueron ocupadas en su erección y la Torre de la Vela, las Torres de la Alcazaba o parte de la fortaleza, y el espléndido Salón de Embajadores en la Torre de Comares, con su Patio de los Arrayanes, son testigos de su magnificencia. Su nieto Mohammed III, aunque constantemente ocupado en contiendas, incrementó mucho el embellecimiento de Granada y construyó la gran mezquita de la Alhambra, que se encontraba en el lugar donde actualmente se encuentra la iglesia de Santa María. Durante el reinado de Ismail, el último descendiente en línea directa de

Ibn-l-Ahmar, tuvo lugar la famosa batalla de Elvira (1319), en la que fueron asesinadas las Infantas, así como Don Pedro y Don Juan de Castilla y los ejércitos cristianos soportaron una terrible derrota. El cuerpo de este último fue llevado a la Alhambra y tratado con todos los honores. Finalmente fue trasladado con una gran escolta a Córdoba para ser enviado a su padre. Animado por esta victoria, Ismail la completó con otros muchos éxitos. Atacó y tomó Martos, pero al haberse llevado a una doncella cristiana, cuya vida había sido salvada por el hijo del Gobernador árabe de Algeciras, se ganó un enemigo cuya venganza le resultó fatal. A su vuelta a Granada, el dolido amante, con unos pocos conspiradores, le atacaron y lo asesinaron en las propias salas de la Alhambra.

Su segundo hijo, Yusuf, fue un digno sucesor del gran Ibn-l-Ahmar. Buscó en la dicha de la tranquilidad el bienestar de su pueblo y se dedicó al embellecimiento de su capital. Construyó la gran mezquita en la ciudad, la Puerta de la Justicia que forma una entrada digna a la Alhambra, el fantástico Patio de los Leones, la Sala de Dos Hermanas, la Sala de Abencerrajes y los lujosos Baños. Estas magníficas obras, así como otras muchas que él levantó, llevaron a la gente a considerarlo como un alquimista, que convertía en oro todo lo que tocaba. Creó una Universidad y protegió el arte y la ciencia. Su ejemplo fue seguido por los nobles de Granada que adornaron sus casas con patios y fuentes y cubrieron sus muros con elegantes arabescos, «hasta que Granada» dice un historiador árabe, «brillaba como vaso de plata decorado con esmeraldas y piedras preciosas.» Él promulgó leyes admirables para la administración de justicia y para la observación del orden público. Un loco puso fin a su beneficioso reinado cuando lo apuñaló a la salida de la Mezquita. Sus descendientes se fueron sucediendo uno tras otro con rapidez debido a los continuos destronamientos o asesinatos; sus eternas contiendas no hacían sino fortalecer cada vez más a su enemigo siempre alerta y precipitar su propia caída. Mohammed Ibn Otman subió al trono en 1455 y su reinado, al igual que los otros, fue un constante escenario de guerras y mortandad. Obligado a abdicar puso fin a su reinado con la masacre de los jefes que se le habían opuesto en el Patio de los Leones que se suponía que había sido construido para el placer y para disfrutar. Esta masacre se supone, según algunos historiadores que es la que tuvo por víctimas a los Abencerrajes

-un episodio de muertes que generalmente ha sido adscrito a un soberano posterior, pero cuyo verdadero origen parece envuelto en la más profunda oscuridad. Las guerras civiles y las peleas entre familias produjeron sus resultados precisos. Una ciudad tras otra fue cayendo en manos cristianas, hasta que en el reinado de Abu Abdala, más conocido como Boabdil, los ejércitos victoriosos de Fernando e Isabel colocaron en 1492 el estandarte de la Cruz en las torres de la Alhambra, y el dominio árabe en la Península fue finalmente derrocado, después de un período de más de 700 años.

Aunque el reino de Granada era pequeño comparado con el que gobernaron en un principio los califas de Córdoba, sus soberanos podían mirarlo con orgullo. Dentro de sus fronteras poseía todas las ventajas naturales. Sus montañas, sus llanuras y sus costas estaban cubiertas por una densa población, que por su laboriosidad y amor a la agricultura, hicieron que los campos tuvieran el aspecto de un gran jardín. La Corte de Granada resplandecía con toda la voluptuosa magnificencia de los potentados orientales y los soberanos de Castilla es posible que envidiaran el esplendor de sus palacios. Los numerosos puertos que salpicaban sus costas estaban ocupados completamente con el comercio de oriente y la riqueza surgía de todas partes. Sus bazares estaban llenos de las más ricas sedas que constituían las principales importaciones de Málaga y Almería. Se cultivaba la literatura y se estudiaban las ciencias con diligencia y éxito. Su aristocracia estaba compuesta por algunas de las más nobles tribus de oriente y su carácter valiente y caballeresco brillaba con ventaja por encima de los Ponce de León, los Córdovas y los Manriques. Ellos, se sabe, llevaron a cabo muchas hazañas caballerescas y generosas de refinada cortesía y sin embargo tanto ellos como su pueblo han pasado como si no hubiesen sido en esta tierra más que transitorios moradores, puros extranjeros. Representantes de otra raza y de otro credo, se mantuvieron aislados de otras naciones de alrededor que estuvieron solamente dedicadas a su exterminio y sus propias luchas internas y discordias secundaron eficazmente los deseos de sus enemigos.

Pero con la caída de la Media Luna termina la grandeza de Granada. El sol del apoyo cortesano pareció brillar sobre ella durante un tiempo en el reinado de Carlos V; pero

el destello fue transitorio y se desvaneció; y Granada se hundió para convertirse en una mera ciudad de provincias. El moro que la amó fue arrancado de ella y ahora se siente solitaria en su viudedad, mirando hacia la Alhambra y señalando todo lo que ahora posee para convencer al caminante de otras tierras de que la historia de su pasada grandeza no es un cuento infundado.

Ofrecer un relato detallado de la Alhambra, que ha sido descrita tan a menudo y de forma tan elocuente, parece peor que un cuento narrado dos veces. La fantasía poética y la imagen oriental de Washington Irving[13] y los detalles más precisos y elaborados de Mr. Ford[14], la han hecho familiar a la mayoría de los lectores; y sin embargo no es posible, al escribir sobre Granada, omitir la descripción de lo que constituye su rasgo distintivo más sorprendente y su atracción principal.

Ya la hemos visto desde la colina del Albaicín y desde allí obtuvimos una impresión general del exterior. Antes de subir, es conveniente referirse a la situación que ocupa. De los numerosos ríos que las cercanas montañas hacen bajar a la llanura, los principales son el Genil y el Darro. Estos, aunque fluyen de nacimientos bastante separados entre sí, se van aproximando gradualmente hasta que, durante más de una legua antes de llegar a la Vega, corren hacia el oeste a través de dos valles de gran belleza, divididos por un solo monte llamado el Cerro del Sol. En el extremo unen sus aguas y corren juntos por la inmensa llanura. Es aquí en la unión de ambos ríos, a la entrada de estos valles, en uno de los márgenes de la Vega, donde la ciudad de Granada está felizmente situada. El Cerro del Sol no mantiene la misma elevación hasta casi su extremo. Antes de llegar a Granada en un punto llamado la Silla del Moro, desciende un poco y luego se divide en dos mesetas o terrazas de extensión considerable, con un valle estrecho y con mucha vegetación entre ellas, que desciende suavemente hacia la ciudad. En las zonas más altas está situado el Generalife, -en la terraza del norte está situada la Alhambra, con el Darro que corre por debajo en la otra, las Torres Bermejas y los restos del convento de los Mártires y, por encima de la suave cuesta que hay en medio están las sombreadas avenidas y paseos que llevan hasta la Alhambra.

Al subir desde la ciudad, se asciende desde Plaza Nueva, hacia arriba por una calle llamada Calle de Gomeles[15], nombre que toma de una tribu africana. Al final de esta calle se llega a una horrenda muestra de arquitectura, una imitación de una puerta árabe, construida en el reinado de Carlos V, donde termina la ciudad y comienzan las murallas de la fortaleza. Bastante por encima, en la parte de la izquierda, está la Torre de la Vela, a la derecha las Torres Bermejas y enfrente, una amplia avenida, completamente en sombra y admirablemente cuidada que lleva a las terrazas de arriba por una serie de cuestas que ascienden de forma gradual. Por un camino más corto pero más escarpado se puede subir la parte izquierda del bosque y seguir hasta la Puerta de la Justicia, justo a la entrada. Un magnífico arco de herradura de casi cuarenta pies de altura nos introduce en una torre cuadrada de inmensas proporciones. Unos cuantos pies más adentro hay un arco interior más pequeño de diseño similar, protegido por puertas de madera recubiertas de hierro, mientras que el espacio intermedio está abierto en el tejado para una mejor defensa y una mayor seguridad. En la clave del arco exterior hay grabada una mano gigantesca con un trozo del antebrazo y en el interior está trazada la forma de una llave. Muchas y fantásticas han sido las interpretaciones dadas a estos dos emblemas pero, la mano ahora es generalmente considerada como que había sido un talismán contra el mal de ojo y contra cualquier tipo de brujería; mientras que la mano representa el poder otorgado a Mohammed de cerrar las puertas del paraiso. El emblema de una llave era común en los estandartes de los moros en Andalucía, sin embargo, la tradición dice que había un dicho sobre que las torres de la Alhambra estarían en pie hasta que se unan la mano y la llave. Sobre la llave, han roto los azulejos y han formado una hornacina para colocar la estatua de la Virgen, un lugar inadecuado e inoportuno para tal capilla.

El pasadizo que atraviesa la torre gira en ángulos rectos para dificultar el acceso. Una calle entre altos muros lleva a una gran plaza abierta, llamada la Plaza de los Aljibes. Al entrar, a la derecha hay una torre pequeña, la Puerta del Vino, que algunos han supuesto que se tratara de un mirab o capilla pequeña, pero que, con más probabilidad, parece haber sido la puerta interior a través de cuyos dobles arcos magníficamente acabados se entraba a la ciudadela. La Plaza de los Aljibes se llama de ese modo debido a que su

superficie cubre dos grandes aljibes que recogen las aguas del Darro. Cada uno tiene 125 pies de largo y 25 de ancho. El agua es bastante apreciada por muchos dada su frescura y calidad. En la esquina de la plaza hay un pozo por el que se saca. En verano aquí se levanta un gran toldo, donde la multitud de ociosos pasan el día y donde ruidosos aguadores siempre están rellenando sus botijas para surtir a la sedienta ciudad que se extiende abajo.

Hacia el lado izquierdo de la Plaza se levantan las empinadas torres de la Alcazaba o fortaleza de la Alhambra y, hacia la derecha, la inmensa estructura que levantó Carlos V sobre las ruinas del palacio de invierno de los moros con dinero sacado por la fuerza al sector de sus súbditos más cruelmente tratado.

Cuando llegó a Granada después de su matrimonio con Isabel de Portugal se sintió cautivado por la magnífica situación de la Alhambra y dió órdenes para la erección de un palacio que debería brillar más que los encantados patios que había al lado. A los moros se les había obligado a pagar hasta 80.000 ducados para dispensarles de las rigurosas leyes que Carlos había impuesto que les prohibían llevar sus trajes, etc.. Él dedicó parte de dicha cantidad a la realización de su plan favorito. La ejecución de esta obra fue encargada a Pedro Machuca, que al haber estudiado en Italia, fue uno de los primeros en introducir en España el estilo de arquitectura Greco-romano. La estructura consiste en un gran cuadrado de 240 pies. De este, dos lados están profusamente decorados y los otros dos sólo en parte. El edificio en su totalidad es muy pesado y está sobrecargado de ornamentación. Un gran patio circular forma el interior, sostenido por una doble fila de columnas, una encima de otra, y tiene el aspecto de ser más apropiado para plaza de toros que para residencia digna de un rey, y está completamente desproporcionado con el resto del edificio puesto que deja sólo un espacio estrecho para habitaciones entre el patio y los muros exteriores. Escasez de fondos o capricho real parece que han sido las causas para que no se terminase ya que nunca fue techado y aún continua siendo una mera estructura. El edificio en su totalidad no armoniza para nada con la ciudadela árabe en la que se encuentra situado. En cualquier otro lugar hubiese podido provocar

admiración, pero aquí lo único que hace es que perjudica la belleza del conjunto debido a su extraña incongruencia. Monopolizando el escenario, el viajero busca en vano cualquier signo de ese palacio árabe del que tanto ha oído y difícilmente puede reprimir una sensación de disgusto cuando encuentra que tiene que pasar por una puertecilla casi escondida bajo la sombra de este inmenso mamotreto para llegar a lo que estaba buscando. Sin embargo, la sencillez del exterior del palacio árabe no desentona con el carácter de su arquitectura. En las casas más importantes de Damasco, un exterior pobre encierra patios y salas dignos de ser descritos en los cuentos de las «Mil y una noches.» Construidas sólo para el placer de sus moradores, están diseñadas más para desviar que para atraer la admiración de los transeúntes. Las habitaciones elevadas, sólo con muy pocas ventanas, no dejan pasar ni el calor ni la luz del día, y se abren a patios interiores, donde las aguas, siempre brotando de fuentes de mármol, refrescan y enfrían el aire. El humilde exterior hace más sorprendente la belleza que hay dentro; y eso es lo que ocurre en la Alhambra; cuando se abre la puertecilla a la que acabo de aludir, la escena que aparece ante la mirada del viajero, encanta a la vez que sorprende, debido a su contraste con lo que acaban de estar contemplando.

En lugar de estar rodeado por inmensos muros, se encuentra en patios de proporciones pequeñas y delicadas. El propio tamaño es decepcionante; el conjunto parece como una arquitectura de juguete; pero pronto cautiva por su elegancia. Los innumerables dibujos que forman sus tracerías que parecen encaje sobre los muros -las delgadas columnas que se agrupan alrededor de los patios- el exquisito trabajo de los techos, todo esto habla del temperamento poético y de las costumbres voluptuosas de los que habitaban aquí. Y de ese modo, la Alhambra presenta la misma naturaleza de las gentes que la levantaron; exteriormente austeros e invencibles para la lucha, dulces y afeminados en la paz de su interior; exhalan el espíritu de la guerra, aunque son amantes del placer e indolentes seguidores de Mahoma.

El patio al que primero se entra se llama el Patio de los Arrayanes. Tiene cerca de 140 pies de largo por 80 de ancho; ocupa el centro un gran estanque, encastrado en el

suelo de mármol, a cuyos lados se extienden setos de arrayán muy cuidados, mientras que fuentecillas hacen saltar sus frescas aguas por todos lados. En el extremo que está más cerca a la puerta de entrada se extiende una galería de columnas de dos pisos, bajo la cual estaba la entrada principal al palacio, ahora completamente bloqueada por los inmensos muros del edificio contiguo. En el extremo opuesto, atravesando una columnata similar, cruza un elegante corredor elevado hasta el Salón de Embajadores que ocupa la Torre de Comares. Al entrar, en los muros a cada lado, hay dos pequeñas hornacinas para colocar el calzado. La estancia, que es de proporciones enormes y bellísimas -un cuadrado de 37 pies- se ilumina a través de nueve ventanas, tres vanos en cada uno de los salientes lados de la torre, a medio camino entre el suelo y la parte desde donde arranca el techo en forma de cúpula que se levanta a más de 70 pies por encima; y justo por debajo de estas, a nivel del suelo, se abren las respectivas ventanas bajo arcos a través del enorme grosor de los muros, sobre balcones que cuelgan por encima del Darro desde donde se obtienen por todos lados las mejores vistas. Los muros se encuentran cubiertos con esas elaboradas celosías de estuco de las que los moros eran maestros y se pueden ver por todas partes escritos en caracteres cúficos que expresan la gloria de Dios y la vanidad de las cosas humanas. La cúpula por encima está formada por diminutos trozos de madera tallada teñida de varios colores y admirablemente ensamblada. El suelo, ahora de losetas bastas, una vez fue de mármol, con una fuente en el centro y por encima de este suelo, hasta una altura de varios pies, los muros están cubiertos por azulejos, o losetas pintadas, con una interminable variedad de dibujos y colores. Era en este salón donde los reyes moros ofrecían audiencia y tenían sus recepciones de estado.

Desde el Salón de Embajadores, siguiendo por un oscuro pasadizo que se encuentra a la derecha cuyos pilares tabicados lo han convertido en un lóbrego corredor y que en su día fue una aireada columnata, se continua sobre una galería abierta sostenida por delicadas columnas de mármol que conducen hacia una pequeña torre cuadrada, cuyas diminutas proporciones están en sorprendente contraste con la enorme mole de Comares. Normalmente se le llama el Tocador o Peinador de la Reina, una situación dema-

siado al fresco para un aposento de ese tipo, que adquiere este nombre, se dice, debido a la utilización que se le dió y no a los fines para los que originalmente fue diseñado.

Colgado sobre el valle del Darro, sus lados abiertos al magnífico panorama que lo rodea, hay algo sublime en la idea de seleccionar un lugar como ese para la oración y la meditación religiosa. Aquí los reyes moros tenían su mirab u oratorio privado; aquí adoraban a Dios en medio de un templo del que sólo Él mismo podía ser el arquitecto. Al caer en decadencia después de la conquista, fue parcialmente restaurado por el Emperador y cuando la visita de Felipe V a Granada, fue acondicionado como Tocador de la Reina y pintado al fresco al estilo italiano. Por debajo de las inscripciones árabes, apropiadas a su diseño original, hay dibujadas ciudades y puertos de mar, ninfas acuáticas y sirenas, los logros de Phaeton[16] y las Virtudes Cardinales, todo, según la autoridad española «de buen gusto».

Desde el Tocador, una serie de habitaciones modernizadas con pesados artesonados, cubiertos con el Plus ultra de Carlos V -ese eterno lema que aparece por todas partes- llevan a la maravillosa estancia llamada el Mirador de Lindaraja. La profusión de ornamento que se ofrece aquí es completamente sorprendente y es de igual modo sorprendente como se incrementa, la belleza del diseño en general sin que se estropee, debido a la elaborada minuciosidad de los detalles. Desde una alcoba, cuyos muros brillan por los azulejos y atraen y deleitan la mirada con las más delicadas tracerías, los dobles arcos de un mirador se asoman sobre una fuente de mármol que reluce en medio de naranjos y arrayanes, mientras que dentro, la mirada abarca una vista a la que sólo el lápiz puede hacer justicia. Ante ti, la Sala de Dos Hermanas, con su altísimo techo en forma de cúpula, suspendido en una confusión aparente muy estudiada y elaborada de calados colgantes, con tanta gracia como si se tratara de estalactitas y reflejando los mismos tonos en forma de prisma, sus pulidos suelos de mármol, sus muros de arabescos, sus altos arcos que se abren al Patio de los Leones a través de cuyas graciosas columnas se puede ver la igualmente espléndida Sala de los Abencerrajes. La larga perspectiva de los arcos que van disminuyendo, la infinita variedad de líneas y colores, todos surgiendo y

armonizando unos con otros y el carácter de lujosa elegancia que permanece por todos lados, produce en el que lo contempla un sentimiento del más vivo placer y no deja de admirar el gusto y la destreza que con unos materiales tan comunes, pudieron producir unos efectos tan bellos. A todo lo largo de la Sala de dos Hermanas, en los muros, a intervalos regulares, y en los puntos centrales desde los que salen los complicados arabescos, hay insertados escudos dorados, sobre los que se encuentra inscrito en una banda azul el lema de Ibnu-l-ahmar, «Sólo Dios es vencedor». Este escudo se puede ver en todas las salas y estancias más importantes del palacio.

Al salir, se abre ante ti el famoso Patio de los Leones. Una graciosa galería de arcos de herradura, sostenida por 128 columnas de mármol blanco, de 11 pies de altura, rodea un patio de 116 por 66 pies. En cada uno de sus extremos un pabellón de diseño ligero y elegante se adentra en el patio, sostenido por grupos de columnas unidas por arcos de ornamentación bastante más elaborada que los de los lados, presentando la decoración de estalactitas y colores que caracterizan la sala por la que habíamos pasado. El suelo debajo de estos es de mármol pulido y los surtidores de agua que hay en el centro le dan una ligereza adicional al conjunto. En el centro del patio la gran fuente de la cual toma su nombre, merece ser mencionada, más por su fama que por su belleza. Sostenida por doce leones, cuyas figuras enanas parecen inadecuadas para su aspecto demasiado pesado y como para armonizar con la sutil arquitectura que la rodea, y los propios animales, más como gatos que como los reyes de la selva, ofrecen un sorprendente ejemplo del error cometido por el escultor musulmán cuando se aventuró a transgredir el mandato de su profeta. Antiguamente, todo el espacio del patio era un jardín, pero se descubrió que el agua con el que se regaba iba gradualmente minando los cimientos y han quitado todas las plantas y las han sustituido por un suelo de losetas.

Las constantes relaciones con los cristianos modificaron en muchos aspectos las costumbres de los musulmanes y los leones no son aquí la única violación de las leyes que prohíben la representación de seres humanos. Saliendo del corredor hacia el extremo oriental hay tres estancias muy bien acabadas, pero ahora en estado de abandono. Los

techos están decorados con pinturas, cuyos colores aún se conservan frescos y brillantes. La del centro está pintada sobre fondo dorado y representa un diván con diez moros sentados impartiendo justicia; de aquí que esta se llame la Sala del Tribunal. Las de los lados representan diversas escenas románticas; combates, damas en poder de los magos y otros temas de la época caballeresca. Atribuidas por algunos a un autóctono, por otros a artistas cristianos, presentan signos evidentes de haber sido realizadas en los albores del arte; los caballeros a caballo, tan altos como las torres de la propia Alhambra, muestran los mismos canones de perspectiva que se pueden encontrar en las antiguas ilustraciones de las Crónicas de Froissart[17] y las ilustraciones de los primeros manuscritos.

De pie, en el Patio de los Leones, el espectador se queda sorprendido ante el aspecto de fragilidad de la estructura que lo rodea. El más leve golpe parecería suficiente para destruirlo y ya han pasado casi quinientos años desde que las delgadas columnas y estas delicadas tracerías se expusieron por primera vez a las inclemencias del tiempo. Sin embargo ahora está, deteriorandose con rapidez y las múltiples barras de hierro que últimamente han ido toscamente insertando entre los arcos, aunque puede que retarden su ruina, tristemente perjudican el encanto del efecto. La Alhambra podría aún conservarse en casi su prístina belleza si los trabajos fuesen acometidos con habilidad y espíritu de generosidad, éxito que redundaría en el honor de los españoles; pero las restauraciones, en lugar de estar siendo encargadas a artesanos de primera fila se están realizando de forma más económica por presos que destruyen más de lo que conservan y cuyo chirriar de cadenas no incrementa de ningún modo el placer del espectáculo.

En el patio, en el lado opuesto a la Sala de Dos Hermanas, unos cuantos escalones llevan a la Sala de los Abencerrajes, cuya espantosa masacre se supone que tuvo lugar en la fuente que se encuentra en el centro de la habitación. Con fe ciega el guía muestra al viajero la puertecilla lateral por la que fueron entrando uno a uno a recibir el golpe fatal y nos señalaba las manchas de sangre que aún hoy testifican la tragedia. Sería una labor inútil decir que tales historias son ficticias y probar que los horrores de la fuente y la tierna leyenda del ciprés del Generalife, existieron solamente en las románticas páginas

de Hyta[18]. Apreciamos los errores que divierten o fascinan ¿quién iba a estar desengañado en un escenario como este? Al ser de proporciones y diseño casi similares a la sala de enfrente, no es necesario referirse a sus detalles. Las aristas colgantes de su reluciente bóveda, sus muros como si fueran de encaje, sus aposentos aporticados, todos tienen igual acabado y son de igual belleza. Volviendo al Patio de los Leones, te colocas bajo el pabellón del oeste y te vuelves a encontrar en el Patio de los Arrayanes, frente a la puerta por la que entraste completando de ese modo el circuito del Palacio Árabe.

Bella a todas horas del día, es aún más bonita cuando se contempla a la luz de la luna. Cuando todo está en calma y en silencio, cuando ningún sonido molesta la casi abrumadora tranquilidad del escenario; la imaginación puede dar rienda suelta a sus desenfrenadas fantasías y poblar estos patios una vez más con sus antiguos habitantes. Cuando la brillante luna se mira en las columnas encantadas, los estragos del tiempo, las bárbaras modificaciones de los «soberanos cristianos», los cambios modernos que perjudican lo que aun queda, todo se mezcla en las profundas y oscuras sombras que esconden las tristes realidades que hacen desvanecer las imágenes del pasado. No se ve otra cosa que el bello contorno del conjunto, que aparece más como trabajo de duendes que de hombres y que parece como si el más leve soplo lo pudiera hacer desaparecer. Este es el momento, cuando vienen a la memoria las viejas baladas y nos hacen recordar imágenes de los actores y las escenas de la historia de los moros.

Entonces también es el momento de disfrutar de las vistas sobre la ciudad en calma, con sus innumerables luces brillando en la oscuridad; al mirar hacia abajo desde las ventanas de la Torre de Comares. Un cielo más bajo, brillando como si lo fuera, rivalizando con el de arriba -el «cielo bajo», como lo llaman los españoles. Podemos permanecer contemplando sus misteriosas sombras hasta que olvidándonos del presente, esperamos oír los dulces murmullos que suenan de minarete en minarete «No hay más que un sólo Dios y Mahoma es su profeta.» Pero nuestro sueño pronto se desvanece, las campanas de innumerables iglesias irrumpen en la tranquilidad de la noche y el fuerte grito de alerta de «Ave María Purísima», nos recuerda las luchas de los católicos contra los enemigos

de su fe y, aunque la imaginación está privada de tan rica fuente de poesía y romance, aún en nuestros corazones nos alegramos del triunfo de los ejércitos cristianos y nos ponemos del lado de aquellos que sufrieron tanto para colocar el estandarte de la Cruz en las torres de los infieles.

Después de haber contemplado el interior del palacio árabe, podemos pasear por todo lo que queda del enorme recinto que hay dentro de las murallas. Volviendo a la plaza de los Aljibes, la cruzamos hacia la Alcazaba que ocupa el extremo de la explanada y se proyecta sobre la ciudad. A través de un muro de gran altura y grosor, protegido por tres torres enormes, ahora casi en ruinas, entramos a un patio de grandes dimensiones, lleno de hierbajos y basura por una vieja puerta que se está desmoronando. Hacia la derecha hay dos pequeños patios interiores y torres que aún se mantienen bastante bien conservadas y que sirven como prisión para condenados, que llenan la plaza y que son empleados en cualquier trabajo que se realice dentro de las murallas. Enfrente, grandiosa y visible desde todas partes, se levanta la Torre de la Vela, la torre principal de la Alhambra. En todo lo alto el Conde de Tendilla por primera vez hizo ondear el estandarte de Castilla cuando tomó posesión de Granada en nombre de Fernando e Isabel, el 2 de enero de 1492. Debajo de la larga inscripción que recuerda el acontecimiento se encuentra colgada una campana que suena a intervalos establecidos durante toda la noche avisando a los labriegos de la Vega de que las horas van pasando y de cuándo deben abrir las compuertas para regar sus campos.

Las vistas desde esta torre son de las más bonitas de Granada. Mirando hacia el este, en primer plano, se encuentran las rojas murallas de la Alcazaba que se están desmoronando; más allá los distintos edificios de la Alhambra, a sus espaldas, el rico follaje y las blancas galerías del Generalife sobre el que se levanta la dorada cumbre de la Silla del Moro, ahora desierta y sin cultivar, aunque antiguamente estaba cubierta por palacios y jardines. Por debajo de la Silla del Moro, al otro lado del barranco por el que corre el Darro, se ven, escondidos entre los árboles, los enormes edificios del *Monte Sacro*[19] un colegio que aún conserva sus posesiones a pesar de las modernas confiscaciones

que han suprimido todas las propiedades monásticas. Las áridas colinas que forman el otro lado del valle descienden gradualmente hacia la ciudad, la iglesia de San Miguel Alto es un edificio sorprendente en uno de los cerros que están inmediatamente por encima del Albaicín, que se levanta enfrente de la Alhambra, coronado por las aún amenazadoras ruinas de su fortaleza rival. En la distancia, limitando el horizonte, la vista se pasea de un lado a otro sobre un enorme anfiteatro; las cumbres agrestes de Moclín que sobresalen por encima del desfiladero, las igualmente elevadas cumbres de Parapanda, la Sierra de Montefrío, la garganta de Loja, donde el Genil prosigue su curso en su camino para unir sus aguas a las del *Guadalquivir*; la extensa cordillera que une esta con la Sierra Tejeda, que se levanta a unos 6.000 pies por detrás de Alhama; las onduladas colinas que se agrupan en el lugar donde la tradición nos dice que el último Rey de Granada le dijo adiós al paraíso que estaba abandonando; las montañas por detrás de Padúl que gradualmente se extienden hasta las gigantescas proporciones del Picacho de Veleta cuyo nevado perfil se convierte en los marrones y rugosos picos de las montañas más bajas y estas, a su vez por el exuberante verdor del valle del Genil. Dentro de este anfiteatro de montañas se extiende la Vega, salpicada de pueblecillos y cortijos; completamente cubierta por olivares y ondulantes campos de maíz y cáñamo; mientras que una línea de verdor bien definida que se extiende a través de esta, hace que se pueda ver el curso del Genil. Santa Fe, La Zubia, Alhendín, son todos nombres históricos; cada porción de terreno ha sido rociado con la sangre de ejércitos contendientes. Enfrente de Parapanda, y sobresaliendo de las montañas que hay en último término se levantan los escarpados picos volcánicos de la Sierra Elvira, lugar donde estuvo la antigua ciudad de *Illiberis* y escenario de muchas encarnizadas batallas. Un poco más allá se encuentra el puente de Pinos, donde Colón fue alcanzado por el mensajero de Isabel, cuando disgustado por la tardanza y decepciones que le proporcionaba la cambiante conducta del cauteloso Fernando, se dirigía a ofrecer a algún otro monarca la gloria y el beneficio de sus geniales proyectos. Y todavía más lejos se encuentra el Soto de Roma, el regalo de la nación española a Wellington. A tus pies, a un lado están las serpenteantes calles, plazas e iglesias de Granada; al otro, los bosques de la Alhambra, y por encima de ellos lo que queda de las ruinas del convento

de los Mártires. Por donde quiera que se pasee la mirada el escenario es siempre variado y siempre bello. Los terraplenes que hay por debajo de la Torre de la Vela han sido convertidos en jardines y, en ellos hay algunas parras magníficas y muy viejas. Aquí también crece un ciprés alto, que forma, desde todas partes, algo muy prominente, que se puede ver bastante por encima de las murallas desde cualquier punto desde el que se contemple la Alhambra.

Al salir de la Alcazaba y seguir a lo largo de la plaza por la que entramos, se pasa por una horrible casa, que parece más una capilla metodista que cualquier otra cosa y que ha sido construida muy cerca de la Puerta del Vino sobre uno de los emplazamientos más bonitos del lugar ¡Admirable muestra del moderno gusto español! Pasando por la cara sur del palacio de Carlos V y dejando a la derecha la puerta que ha sido levantada para entrada de carros, nos encontramos en un laberinto de casuchas de aspecto miserable que actualmente ocupan el lugar donde una vez estuvieron las espléndidas residencias de los oficiales y morada de los reyes moros. Desde aquí, siguiendo el círculo de murallas, se pasa una sucesión de ruinas de las torres que fueron voladas por los franceses en 1812. Una de ellas es la llamada de los Siete Suelos, a través de una puerta que (cerrada desde entonces) se dice que Boabdil había atravesado para entregar su capital y reino. Las torres restantes, bordeando el barranco que separa la Alhambra de los jardines del Generalife aún presentan rasgos de su antiguo esplendor. La Torre de las Infantas, con sus bellos arcos y decoración de arabescos, ahora se encuentra ennegrecida debido al humo y las costumbres asquerosas de las pobres familias a las que les han permitido habitarla; así también, con las Torres del Candil, de las Cautivas y la de los Picos, cuyos muros y ventanas profusamente calados, con una gruesa capa de polvo, y cubiertas con horribles estampitas de santos y mártires, presentan un contraste triste entre su destino presente y pasado. También las veredas que llevan a estas torres están en consonancia con sus circunstancias actuales; el cactus y el áloe obstruyen el camino, las ramas de las parras trepan sobre los muros que se desmoronan, junto con la hiedra que crece con salvaje exuberancia y todo alrededor es ruina y desolación.

Antes de abandonar la Alhambra por la *Puerta de Hierro*, una puerta a los pies de la Torre de los Picos, que lleva hacia la parte baja del barranco, si volvemos hacia la Casa Real, pasamos por una casa que pertenece a una familia que se llama Teruel y que presenta muchos rasgos de arquitectura árabe. Las vistas desde las ventanas que se asoman al Darro son sumamente bonitas. En esta zona hay varios jardines grandes que ocupan un espacio considerable dentro de las murallas; y aquí también hay una pequeña alameda, junto a Santa María de la Alhambra, un edificio que aún se utiliza como parroquia. Actualmente las autoridades militares han convertido el convento de San Francisco en almacén y polvorín. Fue construido por Tendilla, el primer Gobernador de la Alhambra; y aquí mantuvieron los cuerpos de Isabel y Fernando, y el de *Gonzalvo*[20] de Córdova, antes de que fueran trasladados a sus definitivos lugares de reposo en la ciudad de Granada.

Así se encuentra la Alhambra en el momento actual y, tanto es así, que es en verdad sorprendente que los Reyes de España no hayan establecido aquí nunca una residencia de verano. Si simplemente hubiésen protegido y conservado el edificio árabe, algo que se podría haber hecho con facilidad, hubieran tenido un palacio que no posee ningún soberano en Europa, único por la originalidad de su diseño, e inigualable en cuanto a la belleza de su situación.

CAPÍTULO IV

EL GENERALIFE – EL CEMENTERIO – FUNERALES – JARDINES – LA CIUDAD – LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS – VALLE DEL GENÍL – CUARTO REAL – CAPILLA REAL – LA CATEDRAL – ALONSO CANO – ESCULTURA POLICROMADA – PLAZA DE BIBRAMBLA – FIESTAS DEL CORPUS – SAN JERÓNIMO – SAN JUAN DE DIOS – CARTUJA – SAN MIGUEL ALTO – LAS CUEVAS DE LOS GITANOS – EL VALLE DEL DARRO – BUSCADORES DE ORO – FESTIVIDADES – LA NAVAJA – AGUADORES – SIBARITAS DEL AGUA.

SPANISH FUNERAL.

¡Verdes plantas del Genil,
Fresca y regalada Vega,
Dulce recreación de damas,
De los hombres gloria inmensa!
¡Del cielo luciente estrella!
¡Granada Bella!

ANTIGUA BALADA

Al salir de la Puerta de Hierro se entra en un pintoresco barranco donde las torres que acabo de describir forman un modelo perfecto para el pintor. Un camino hacia la izquierda desciende al valle del Darro de forma abrupta y una pequeña vereda enfrente lleva a una entrada lateral del Generalife. Sin embargo, el camino en la parte alta del barranco es el más bonito: a un lado están las viejas murallas cubiertas por hiedra e higueras; al otro lado, empinados bancales repletos de flores y follaje, y en uno de los extremos está cruzado por un bonito arco antiguo que sirve como acueducto para llevar a la Alhambra las aguas del Darro, que para este fin han sido desviadas de su canal original a una distancia de varias millas por encima del valle y desde allí son conducidas a lo largo de las laderas de las montañas por una sucesión de acequias y arroyos. Pasando bajo la Fuente Peña, nos encontramos en el extremo del gran paseo central de la Alhambra y unos cuantos pasos más allá se llega a la entrada principal del Generalife. Un largo camino a través de unas huertas completamente cultivadas lleva a una avenida de cipreses donde las parras se entrelazan por entre los árboles, formando con sus hojas de brillante color verde un bello contraste con el tono oscuro de los cipreses.

El Generalife, como ahora se encuentra, es de extensión limitada y lo poco que queda ha sido tan bárbaramente blanqueado que es difícil distinguir la decoración de cenefas de las yeserías o las delicadas inscripciones que cubren las paredes. Una larga galería con arcos ofrece una encantadora vista del paisaje, con la Alhambra como objeto principal en primer plano. Construido como lugar de recreo para los príncipes musulmanes, parece en verdad una morada de amor y placer. Las aguas del Darro corriendo por los jardines, las fuentes saltando entre los arbustos y flores, los paseos y cenadores en la más profunda sombra, los altos miradores desde los que se contemplan a cada lado los más bellos paisajes; todo esto hace que para residencia de verano sea un perfecto paraíso. En el jardín que hay detrás de las habitaciones modernas, se levanta el famosísimo ciprés al que acabo de aludir; pero, a pesar de la dudosa autenticidad de la leyenda que se le atribuye, los viajeros aún continuaran privándole de su corteza y llevándose sus recuerdos del noble Abencerraje y de la delicada Sultana.

En una de las habitaciones se conservan algunos cuadros horrendos, uno de los cuales se pensó durante algún tiempo que era el retrato del Rey Chico (Boabdil), pero una inscripción demostraba que se trataba de Aben Hut, uno de los reyes de Granada, del cual es descendiente el Marqués de Campotejar-Gentili, actual dueño del Generalife. Aunque la familia no reside aquí. Como se han convertido en italianos más que en españoles, viven en Génova, mientras que su propiedad se encuentra en manos de un agente o administrador.

Un mirador corona las verdes cumbres y por una puerta lateral se accede a la Silla del Moro. La cima de esta colina no es más que un montón de ruinas. Son los restos de las fortificaciones levantadas y posteriormente voladas por los franceses. Estéril y arrasada, ahora, lo único que produce son unas cuantas espigas de endeble maíz, donde una vez la destreza y laboriosidad de los moros hizo florecer jardines. Aquí estaba el palacio de verano de Darlarocca[21], y los famosísimos Alijares, a los que se alude en la conocida balada en la que Juan II es descrito como buscando información acerca de las bellezas de Granada, cuando se encontraba acampado con sus tropas al pie de Elvira. Varios estan-

ques de piedra grandes y excavaciones de gran profundidad dan fe de como estas colinas fueron regadas en tiempos, pero ahora están completamente secas y todo está baldío ya que en este país, donde hay falta de agua, la tierra pronto se convierte en un desierto.

Siguiendo a lo largo de la colina por una vereda que bordea las huertas del Generalife, aparece ante nuestra vista el Cementerio de Granada con una apariencia triste y desolada debido a la agreste sierra que se levanta a su alrededor. Un enorme muro rodea una autentica jungla de tumbas colocadas en el más admirable desorden, sin una sola flor o arbusto que muestre algún cuidado o simpatía entre los vivos y el último lugar de reposo de los muertos. Parece frío e inhumano adaptándose a la perfección al carácter de las gentes peculiarmente sombrío que parece que tienen menos sentimiento de afecto y respeto por los restos de los muertos que quizás ninguna otra nación del mundo. Como pasé muchas horas dibujando en el camino del cementerio, tuve muchas oportunidades para ver sus cortejos fúnebres y, debo confesar, que el modo en que estos se realizan en general me inspira sentimientos de disgusto y de horror. El clero, así como los amigos y familiares, rara vez acompañan los restos más allá de las murallas de la ciudad. Al haber tenido lugar la misa y el funeral en la iglesia, generalmente se separan y unos cuantos hombres sin interés o contratados llevan el cuerpo a su destino con antorchas en las manos. Este se lleva con la cara descubierta. Alrededor de la cabeza de las jóvenes se les colocan flores y los niños menores de siete años llevan en las manos ramilletes de siemprevivas, o como las llaman aquí, «la flor de la muerte». Al morir se les amortaja con gran pompa y con sus mejores y mas caras ropas; en una habitación, sobre el suelo, todo cubierto de negro, se levanta un altar provisional y se colocan numerosas velas alrededor del cuerpo. Las ventanas se abren por completo y al pasar todos pueden mirar por la reja. La forma tan extraña en que ven los españoles estas cosas la corrobora la siguiente anécdota que me contó uno que se encontraba presente en el lugar en que ocurrió. Una joven que estaba muriendo de debilidad recibió, de acuerdo con la costumbre usual, la visita de todas sus amistades, de modo que pudieran despedirse de ella y la conversación versó sobre el vestido que iba a llevar cuando el cuerpo estuviera expuesto. Entre otras cosas, dijo, que a ella no le gustaba la idea de que la pusieran en la habitación

en el suelo, ya que era muy húmedo en invierno. «No te preocupes» dijo su padre, con la cara más seria que pueda imaginarse, «pondremos un brasero en la habitación y estará bien aireada.» Antiguamente tanto hombres como mujeres solían amortajarse con el hábito de alguna orden religiosa, el que prefirieran cuando estaban agonizando, pero desde la supresión de las órdenes monásticas, esta costumbre ya no se practica. El cuerpo, debidamente arreglado se coloca en un ataúd abierto y se lleva al cementerio; la macabra carga, a menudo va golpeándose a un lado y a otro debido a la indecorosa prisa con la que la llevan, mientras que las bromas y risas y la incesante conversación de los que le acompañan es muestra del poco sentido de religioso respeto que les inspira la presencia del muerto. A menudo lo colocan en el suelo para descansar y, después de haber encendido sus cigarrillos, lo vuelven a levantar otra vez y continúan su peregrinación. Antes de que la tumba haya sido cerrada, tanto si los cuerpos se colocan en nichos en los muros o en el suelo, siempre se les arroja cal viva, incluso sobre los más ricos, y cuando después de transcurridos algunos años, esos emplazamientos se vuelven a abrir con similar fin, sólo se encuentran unos cuantos huesos calcinados como restos de sus antiguos ocupantes.

Aunque los restos de los muertos aquí no son tratados con el respeto y solemnidad con los que nosotros estamos acostumbrados, los andaluces son bastante peculiares en todo lo referente a la etiqueta y formas de exteriorizar el luto. Después de la muerte de un pariente, reciben durante nueve días las visitas de condolencia de sus amigos. Vestidos de luto riguroso, lo usual en la familia era sentarse y conversar sobre las virtudes del muerto y dar a sus visitas, cuando iban entrando, los detalles del triste acontecimiento; pero esta costumbre, como muchas antigüas costumbres españolas, se está perdiendo gradualmente. Los parientes más cercanos están dejando de recibir en estos duelos, siendo representados por algunos amigos o por parientes lejanos, y ahora lo correcto es ni mostrarse demasiado hundido ni dar cabida a temas de conversación tristes; así pues estas reuniones se han convertido más en reuniones alegres donde se habla de las noticias y cotilleos del día. Cuando es el aniversario de la muerte de alguna persona muy pudiente, celebran lo que se llaman las Honras. Se levanta un catafalco en el centro de la

iglesia lleno de colgaduras de color negro y magníficamente iluminado y se lleva a cabo una larga ceremonia a la que están invitados todos los parientes y amigos.

Volviendo a los Paseos de la Alhambra, un camino a mano izquierda lleva a la explanada del sur llamada el Campo de los Mártires, cuyos terrenos pertenecían antes a los monjes carmelitas. Aquí se levantó una pequeña ermita para conmemorar el lugar donde fueron entregadas al Conde de Tendilla las llaves de la ciudad, y después se construyó un monasterio sobre el mismo lugar. Los edificios han sido completamente arrasados y las tierras ahora pertenecen a un propietario laico. Un bello acueducto de arcos que lleva el agua para el riego corre por entre los campos que se enorgullecen de poseer el árbol más bello y singular, un tipo de ciprés, que se dice que es el único que existe en toda Europa[22]. Las zonas altas de estas colinas están cubiertas de carmenes rodeados de jardines.

Lo que se entiende aquí por el término «jardines» no debe inducir al lector a pensar en la idea de belleza y cultivos, tal y como se debería suponer con el clima casi tropical que ellos tienen, repletos de variedades de exquisitos arbustos y flores. Están muy mal cultivados y muy mal cuidados y tienen flores sólo de las más corrientes, tales como las que podrían tenerse en el jardín de una casa de campo en Inglaterra. Sus propios árboles frutales, la parra, la higuera y el granado, ofrecen la principal atracción y, aunque a menudo florecen con profusión de rosas, es más por un suelo extremadamente rico que por cualquier cuidado o cultivo que se les haya prestado. Es verdad que una llamativa flor es siempre muy preciada como adorno para el pelo y no hay falta de macetas en los balcones donde el clavel, el cactus y su favorita, Flor del Moro, (como los granadinos llaman a una bella *mesembryanthemum* roja, que brilla perfectamente con el sol) recibe el agua que necesita; pero como pueblo, no tienen la más remota idea de floricultura, ni gusto, ni interés por esta, ni aprecian en lo más mínimo las bellezas de la naturaleza, como generalmente se suele entender este término. Encerrados en sus pueblos, nunca han vivido ni nunca han aprendido a disfrutar de los encantos del campo. En lo que se refiere a algún interés por las vistas bellas, o el soportar cualquier fatiga o problema para buscarlas, tales tonterías están clasificadas entre las otras fantasías excéntricas de los lo-

UN CARMEN, GRANADA

cos ingleses. Una persona que dibuje por el mero amor al arte difícilmente se considera que esté en sus cabales. A menudo me han preguntado, por cuanto dinero vendería mis dibujos y cuando les contestaba que los hacía para divertirme, una sonrisa mezcla de incredulidad y piedad me convencía de que me clasificaban como una persona que no era muy lista o que no era sincera. En una ocasión en el Patio de los Leones, mientras estaba copiando los arabescos, algunos visitantes inquisitivos llegaron a la conclusión de que estaba pintando ¡nuevos modelos para abanicos! Bajo un sol de tal calibre y con la abundancia de agua que aquí siempre hay a mano, un jardinero diestro y con gusto podría convertir los terrenos alrededor de estos carmenes en un paraiso terrenal. Rara vez los ocupan sus propietarios que sólo los visitan de forma ocasional, solamente para pasar la tarde y por regla general los ceden a personas que sacan un buen provecho vendiendo las fresas y otras frutas. Los inquilinos son extremadamente civilizados y serviciales y cada vez que he ido a un carmen a pedir permiso para dibujar, siempre he sido recibida de la forma más calurosa y amable.

Los andaluces son despreocupados; se trata de un pueblo feliz; no podían ser de otra forma en un clima en el que la pobreza está despojada de la mitad de sus horrores. Comparados con la posición de muchos de nuestros propios campesinos, ¡qué diferente es la vida de los más pobres aquí! ¡qué insignificantes son sus sufrimientos! Contentos con pan y fruta que unas pocas horas de trabajo asegurarán en cantidad abundante; desafían al mundo con un vaso de agua y un cigarrillo; e incluso aunque no tengan un techo donde cobijarse, no es un gran infortunio dormir bajo el cielo de Andalucía.

La ciudad de Granada tiene muchos lugares pintorescos. No tiene ninguna calle ancha, siendo la mayoría prácticamente callejones apenas suficientes para que pasen dos personas. Las ventanas más bajas, como en todas las ciudades españolas están protegidas por rejas y los toldillos multicolores sobre los balcones les dan una apariencia muy alegre. Muchas de las casas están pintadas por fuera, pero en su mayoría han escapado por ahora de esa manía fatal del blanqueado que se ha convertido en el mayor uniformador de toda belleza arquitectónica en el sur de España. La zona más pintoresca de la ciudad es

a lo largo del Darro, en cuyas riberas abundan todo tipo de edificios de aspecto curioso que cuelgan sobre el río que corre a través de un romántico barranco, bajo la escarpada colina sobre la cual está enclavada la Alhambra. Al otro lado tiene las empinadas callejas y jardines del Albaicín, y parece como si hubiese forzado con dificultad su rasgado cauce a través de los distintos edificios que se amontonan sobre sus riberas. Todo el valle hacia abajo está salpicado de carmenes situados en magníficos emplazamientos, desde los que se obtienen las mejores vistas de la Alhambra, especialmente desde uno rodeado de emparrados desde el que se pueden contemplar las rojizas torres coronando las verdes alturas que hay más arriba. Hacia abajo, a través de una estrecha garganta, corre el río por entre las típicas casas viejas y las iglesias -por entre los restos de un arco árabe, uno o dos puentes aún enteros, todos modelos perfectos para el pintor.

Siguiendo el río el espacio comienza a ensancharse; allí a la derecha se encuentra la Chancillería o juzgado, un bello edificio comenzado en el año 1584. Unos cuantos escalones nos introducen en un magnífico patio, mientras que una escalera de mármol nos lleva a un corredor alrededor del que se abren las diversas salas. Se dice que la escalera fue construida a raíz de lo siguiente: a un descendiente de Fernando de Pulgar[23] se le ocurrió entrar al juzgado mientras había un juicio, y como por ser Grande de España tenía derecho a permanecer cubierto en presencia del soberano se negó a quitarse el sombrero ante los jueces. Debido a su falta de respeto, los funcionarios indignados le impusieron una fuerte multa, que se negó a pagar y apeló al Rey. Felipe II, encantado, no hay duda, de tener una oportunidad de humillar el arrogante orgullo de la nobleza, decidió que aunque en su propia presencia un Grande de España tuviera tal privilegio, ningún hombre tendría derecho a permanecer cubierto en presencia de la justicia, representada en la persona de sus jueces. Él ordenó que se pagase la multa en su totalidad y se dispusiera de esta para la terminación de la escalera de la Chancillería. Aquí el Darro desaparece bajo Plaza Nueva que se encuentra embovedada para ese fin. No existe nada, en su propio estilo peculiar que pueda ser más pintoresco que esta plaza. Por la noche, cuando sus numerosos puestos se encienden, los aguadores deambulan y mucha gente se reune a hablar en corros, presenta un aspecto característico y animadísimo. Desde

esta plaza salen tres calles importantes: la Calle de Gomeles, que sube hasta la Alhambra; a la derecha una larga calle lleva a la Puerta de Elvira; y hacia el frente se encuentra el Zacatín, la Bond Street[24] de Granada. Aquí se hace visible el río otra vez; las viejas casas que forman uno de los lados del Zacatín, cuelgan sobre el lecho y presentan una sucesión de vistas que van siendo cada vez más pintorescas cuanto más se avanza, hasta que, después de pasar el convento del Carmelo, ahora en ruinas, gira hacia la izquierda y continuando su curso por la Carrera del Darro, une sus aguas a las del Genil en la entrada sur de la ciudad. El Darro, generalmente hablando, es un mero arroyo; sus aguas han sido desviadas para el riego bastante más arriba del valle; pero a veces, después de que llueva de forma torrencial en las montañas, baja un torrente impetuoso amenazando con desbordarse e inundar la ciudad. Se teme que si esto ocurriese en alguna ocasión, pudiese reventar Plaza Nueva y causar un daño considerable abriendo un cauce provisional a lo largo del Zacatín.

El Teatro se encuentra en una plaza abierta en la Carrera del Darro. En la plaza que se encuentra enfrente de este hay un monumento sin terminar que conmemora el desgraciado sino de Mariana de Pineda. La historia de esta desafortunada dama es uno de los muchos episodios trágicos que tanto han abundado en las revoluciones en España. Mientras estaba viviendo en Granada, ella, viuda de un respetable propietario de Huéscar, era sospechosa de mantener correspondencia secreta con los refugiados en Gibraltar, con la ayuda de uno de sus sirvientes, que antes había servido bajo Riego. Esta acusación nunca se le mandó y la sospecha se desvaneció, pero ella estuvo otra vez implicada en la huida de uno de los prisioneros políticos, D. Fernando Sotomayor que salió de la prisión disfrazado de fraile. El descubrimiento en su casa de una bandera revolucionaria, que se dijo que había sido bordada por orden suya, les ofreció un pretexto suficiente para que la enviaran a prisión. Rápidamente después fue condenada a muerte y el 26 de mayo de 1831, fue ejecutada en el Triunfo, cerca de la Puerta de Elvira. Al igual que Torrijos, después fue considerada una mártir de la causa constitucional y se levantó un monumento a su memoria. Está inacabado puesto que allí está el pedestal, pero no la estatua que se supone que lo adorna -posiblemente sea

por falta de fondos, aunque lo más probable es que se trate de un nuevo cambio en el ambiente político.

Desde el Darro, enfrente del teatro, una calle ancha, bordeada por dos filas de árboles, conduce hasta la Alameda del Genil. Aquí se encuentra la iglesia de la Patrona de Granada, la «Virgen de las Angustias» que sobresale con sus dos altas torres. Tiene una imagen de la Virgen, con un Cristo yacente en su regazo, vestida con toda la suntosidad que la piedad española disfruta prodigando a los objetos especiales de culto. El Lunes de Pascua fue llevada a la Catedral en una gran procesión. La escena fue muy alegre y animada. Todas las damas llevaban mantillas blancas; multitud de campesinos abarrotaban la Carrera con sus trajes de Majo; y las jóvenes gitanas, que habian bajado de las cuevas, lucían sus vistosos atavíos e interminables volantes. La procesión estuvo formada durante largo rato pero, cuando al final salió la imagen de la iglesia, fue saludada con una fuerte aclamación y repique de campanas. La llevaban miembros de las familias más importantes de Granada y era seguida por largas filas de personas que llevaban en las manos velas encendidas pero, daba la impresión de que hacían poco caso tanto al clero como a los militares. Por la noche, cuando volvía, rodeada de tantísimas luces el efecto era verdaderamente muy bonito. *María Zantisima e la Zangustias*, modo en que los granadinos llaman a la Virgen, es el nombre que siempre invocan las clases más bajas en cualquier ocasión. A ella le piden ayuda en cualquier emergencia; en su nombre suplica caridad el mendigo e incluso, aún se le supone a ella que a veces concede algún milagro por sus plegarias. Una o dos personas que se estaban casi ahogando el año pasado, durante una de las crecidas del Darro, deben a su ayuda el haber podido escapar; al haberla invocado *in extremis*, fueron al instante puestos a salvo en una de las riberas. Se dice que la imagen llegó aquí desde Toledo de forma sobrenatural y ha sido objeto de culto desde los días de Felipe II.

El paseo entre los árboles frente a la iglesia es el paseo que utilizan principalmente las clases más altas, sobre todo en verano, cuando aparecen sólo al atardecer. La bella Alameda del Genil se considera húmeda e insalubre después de la puesta de sol. Esta última

fue antes el cauce del río que hacía meandros a su antojo sobre un lecho de arena hasta que durante la ocupación de los franceses el río fue debidamente encauzado; elevaron ambos lados y realizaron y plantaron los deliciosos paseos actuales. Granada está en deuda con Sebastiani por estos espléndidos paseos y también por el bonito puente que construyó en uno de sus extremos. Desde entonces, las mejoras graduales que le ha ido proporcionando el Ayuntamiento la han convertido en lo que hoy es, una de las Alamedas más bonitas de España. Avenidas de altos olmos unen sus ramas por encima como un techo gótico, con un follaje tan denso que incluso a mediodía proporcionan la más refrescante sombra; jardines a cada lado que durante todo el principio del verano presentan un manto de rosas; mientras que más tarde afelfas rosas y blancas continúan dándole encanto. Varias fuentes le otorgan al aire frescura adicional, pero estas son más dignas de mención por su tamaño y abundancia de agua de sus surtidores que por el gusto y la elegancia de su diseño.

Más allá del puente, a poca distancia por encima del valle del Genil, se encuentran las ruinas de una pequeña ermita desde la que se pueden ver unas de las vistas más bellas de los alrededores de Granada, y desde la que la ciudad adquiere un aspecto completamente nuevo. Es primordialmente una vista para la puesta de sol. Sería imposible hacer justicia en el lienzo a los diversos tonos del paisaje; incluso todo el terreno de alrededor es de un rojo tan intenso que cualquier aproximación al pintarlo se vería como una exageración. El valle del Genil es aún más fértil que el del Darro y al ser bastante más abierto ofrece más terreno para los cultivos. Se encuentra salpicado de pueblecillos y alquerías casi escondidas en el verdor que las rodea; y el río, que nace en las altísimas cumbres de la sierra y que se surte del deshielo, proporciona una inagotable fuente de fertilidad.

Un poco por encima de la Alameda y dentro de la ciudad hay una singular reliquia de una de las muchas residencias reales que adornaban Granada en tiempo de los moros. Ahora se llama el Cuarto Real y pertenece a una rama de la casa de Pulgar. Está prácticamente rodeada por una gran huerta y formaba parte de las posesiones que los Reyes

Católicos dieron a Torquemada para el contiguo convento de Santo Domingo que él fundó. Un entramado de los más bellos laureles lleva hasta la casa. Plantados a cada lado de un amplio paseo, unen sus ramas por encima a considerable altura y forman una bóveda verde cuyo espeso follaje no deja atravesar los rayos del sol y ofrece un paseo deliciosamente fresco incluso en los días más calurosos del verano. Al final de este entramado hay una galería sostenida por arcos y columnas al estilo de la Alhambra, con una gran fuente en el centro. Desde esta un gran arco de herradura da entrada a una altísima sala cuadrada, con alcobas a los lados y enfrente una de las graciosas ventanas árabes cuyos arcos están sostenidos por una columna central. Los muros están profusamente decorados con inscripciones árabes y los usuales arabescos de estuco; pero aquí otra vez se ha cometido un triste estrago con el banqueado que ha llenado las endeduras y ha hecho desaparecer casi los contornos de tan delicada terminación. Se han descubierto hace poco habitaciones subterráneas bajo la sala grande y se supone que un pasadizo secreto las comunicaba con la Alhambra. La familia que lo habita de vez en cuando tiene recepciones por la noche y no hay nada imaginable que tenga más aspecto de cuento de hadas que la apariencia, de este exquisito pórtico y salón por la noche, cuando se encuentra profusamente iluminado y se contempla desde el extremó del maravilloso paseo de laureles, a través de las cristalinas aguas de las fuentes.

Una de las primeras peregrinaciones que realizan todos los viajeros en Granada es a la Capilla Real donde se encuentran depositados los cuerpos de Isabel y Fernando. Esos soberanos, cuyas energías fueron completamente dedicadas a la conquista de esta importante ciudad, encontraron su último lugar de reposo dentro de sus murallas; pero la capilla construida para albergar sus restos es, en lo que se refiere a belleza arquitectónica, bastante poco merecedora de ser su sepultura. Una espléndida reja, una de esas magníficas vallas de hierro tan características en la decoración de las iglesias españolas, protege el monumento real de la aproximación de la gente, excepto cuando se está celebrando la misa. Un féretro del más puro mármol de Carrara, magníficamente esculpido, ambos lados cubiertos por escenas religiosas y blasones heráldicos, sostiene las efigies de Isabel y Fernando, tumbados como si estuviesen durmiendo.

Las figuras son de tamaño natural y magníficamente realizadas. Al lado de estas, pero más alta y más majestuosa, se levanta la tumba de su hija Juana y su esposo Felipe el Hermoso. Esta indecorosa ocupación del emplazamiento principal, sobre un lugar que debería estar consagrado a los conquistadores de Granada, estropea considerablemente el efecto general; y por mucho que digamos sobre el amor filial, no podremos nunca excusar el mal gusto de Carlos V, que fue quien erigió ambos monumentos, buscando realzar de ese modo el recuerdo de sus imbéciles padres por encima del de sus ilustres predecesores. ¿Quiénes fueron los artistas? ¿quién realizó estas obras? No se sabe con certeza[25]. Para algunos se le atribuyen a Felipe de Vigarny; para otros a artistas italianos. Por debajo hay una bóveda que contiene los ataúdes de los cuatro soberanos y del pequeño príncipe Miguel. Es pequeña y está desprovista de cualquier adorno; y sobre placas cuadradas en el centro y a los lados están colocados los ataúdes, lisos, sellados con acero y ennegrecidos por el tiempo.

Lo más curioso de la Capilla Real es el altísimo retablo que contiene bajo relieves que representan algunas de las escenas de la Reconquista y que se supone fueron realizados por artistas contemporáneos. Estos retablos son una especie de elevación arquitectónica de madera profusamente cubiertos, que se levantan detrás de los altares y están decorados con pinturas en tablas, o más a menudo, con esculturas policromadas, un tipo de arte usual en la Península. Los bajo relieves a los que me he referido ofrecen una burda representación de la entrega de llaves a Isabel y Fernando y del Bautismo de los moros, las mujeres en este último, aparecen con los mismos trajes que en la actualidad llevan las mujeres en Tetuán. Estas tallas han sido asimismo atribuidas a Vigarny, o como se le llama normalmente, Felipe de Borgoña, pero difícilmente parecen dignas de su gubia. Vigarny murió en Toledo en 1543 habiendo realizado junto a Berruguete la escultura en el coro de la Catedral. En la Sacristía se conservan algunas reliquias interesantes de los Reyes Católicos; la espada de Fernando; un estandarte real de seda bordada; la corona y cetro de plata de Isabel; una pintura al esmalte magníficamente terminada, que se dice que se usaba por la reina como altar portátil; junto con su propio misal con magníficos dibujos que se dice que ella contribuyó a adornar. Una magnífica puerta gótica que ha

escapado del blanqueado que de forma tan general cubre tanto la Capilla Real y la Catedral, lleva a este último edificio.

Este edificio fue comenzado en 1529, bajo la dirección de Diego de Siloé. El exterior es pesado, de estilo greco-romano y desprovisto de belleza arquitectónica. Como la mayoría de las otras catedrales está aún sin terminar ya que nunca se terminó la segunda torre. Construida sobre los terrenos de una antigua mezquita, sobre la entrada principal se puede ver la inscripción de «Ave María», palabras que en Granada están cargadas con un peculiar interés, ya que conmemoran la gran hazaña de Fernan del Pulgar llamado el de Las Hazañas, al que ya me he referido en el capítulo anterior. Su forma es un rectángulo, salvo en el extremo occidental, que es circular. Como es usual, está desfigurada por un coro en el centro, sobre cada uno de los lados hay un órgano pintado de blanco y oro. El techo esta sostenido por enormes columnas corintias y el suelo es de mármol gris y blanco. Las columnas siguen el contorno de la iglesia y forman una girola alrededor del altar mayor que se encuentra bajo una altísima cúpula. A todo alrededor del altar está enriquecido con oro adornado con varios cuadros de Alonso Cano, quien contribuyó enormemente al embellecimiento de esta catedral, de la que era uno de los racioneros. Cano era tanto escultor como pintor y fue uno de los últimos grandes artistas que se destacaron tanto en escultura como en pintura. Después de haber vivido diversas aventuras y desgracias y entre otras cosas, haber sido acusado del asesinato de su esposa y de haber sido torturado, sin que le tocaran la mano derecha, debido a su profesión, fue al final nombrado uno de los canónigos de esta catedral tomando posesión de este cargo en 1652[26]. Realizó muchos cuadros y otras obras para adornar la catedral y talló y policromó una figurita de la Virgen que se encuentra en el facistol en el coro. Este estilo de talla en madera, y su posterior policromado, para completar la ilusión óptica, es un arte que llegó a una gran perfección en España y cuenta entre sus seguidores a varios de los mejores artistas españoles. No existe otro país en el que la veneración por las imágenes haya llegado a tal extremo como en la Península. Desde la más remota antigüedad parece haber sido tanto así. El Consejo de Illiberis que tuvo lugar a comienzos del siglo IV a unas dos leguas de Granada, condenó y prohibió completamente el uso excesivo de

imágenes en las iglesias. Cada provincia, mejor dicho casi cada ciudad, tiene su capilla milagrosa e imágenes de Nuestra Señora y de los Santos se han multiplicado para satisfacer el entusiasmo de los devotos. Cuanto más reales parecen los más mínimos detalles, más satisfacían los deseos de una multitud de ignorantes devotos, quienes, sin ningún alma para la más elevada concepción del arte, sólo buscaban un realismo impactante. Para satisfacer este gusto, figura tras figura era tallada y todas las ropas y accesorios pintados con sumo cuidado y minuciosidad. En muchos casos el artista sólo hacía los brazos y la cabeza ya que la propia figura estaba completamente vestida con suntuosos trajes y adornada con joyas con las que la generosidad de los píos devotos deseaban adornar la imagen de su santo preferido. Pero tales representaciones, lejos de elevar los pensamientos o ayudar al alma en contemplación religiosa, sólo tendían a vulgarizar el culto para el que deberían usarse y las muñecas policromadas que ahora desfiguran las iglesias españolas y el bajo grado de fe religiosa que ellas indican, muestran con claridad lo peligroso que es familiarizar demasiado la mente con objetos que siempre se deberían tratar con una velada veneración. Este tipo de escultura en su sentido más verdadero puede que sea un arte aprovechable para el fomento de la religión, yo no lo pongo en duda. Una figura de mármol del Salvador en la Cruz puede hacer imaginar mejor a los cristianos los sufrimientos de su redentor, si la vista no se detiene en rasgos demasiado familiares. Pero cuando el mismo hecho se representa policromado con todas las dolorosas realidades de la vida, o mejor dicho, de la muerte, el fantasmagórico color de la agonía de muerte, la sangre brotando de las heridas, no crea en la mente otra cosa que sentimientos de horror. No hay duda de que las obras maestras de Montañés y Torrigiano han aportado una belleza ideal a las creaciones de sus gubias, pero es un terreno peligroso y se acerca demasiado a lo común. La mayor parte de las obras no aportan más arte o poesía que las figuras de cera, bastante mal realizadas y cuyos defectos se exageran siguiendo una costumbre de lo más estrafalaria y grotesca. Las últimas palabras de Cano en su lecho de muerte no son mala ilustración de estas observaciones. Su amor por el arte fue profundo hasta el final y cuando el sacerdote que le ayudaba en sus últimos momentos le extendió un crucifijo burdamente tallado para que lo besara, se lo apartó con disgusto exclamando: ¡No me provoque con esta cosa horrible; déjeme tener una

simple cruz, para que con eso yo pueda reverenciar a Cristo en la fe. Yo puedo alabar a Dios como es Él en realidad, y ¡cómo yo puedo contemplarlo en mi propia mente!

Siete cuadros enormes de Cano adornan la girola alrededor del altar mayor; pero, debido a la altura a la que están colgados, es difícil poderlos ver bien. Aparte de estos y de otros dos o tres, no hay cuadros buenos en la catedral. Algunos de los altares se encuentran adornados con relieves de mármol, en donde se encuentran escupidos nubes y paisajes, obras extraordinarias, ciertamente, pero que producen un efecto pesado y poco agradable. Una gran estatua de Santiago, patrón de España, de Pedro de Mena, discípulo de Alonso Cano, ocupa el retablo de su capilla y aquí también se conserva una copia de la Virgen con el Niño que se dice que fue pintada por San Lucas y que le dio a Isabel Inocencio VIII, junto con una rosa dorada.

Junto a la Catedral se encuentra el Sagrario o iglesia parroquial, desde la que se llega a la Capilla Real a través de un pasaje lateral. En este pasaje se encuentra la capilla que le dieron a Pulgar como mausoleo los reyes Católicos. Se encuentra en el lugar en el que se encontraba la puerta de la gran mezquita en la que él pegó el «Ave María». Una placa de mármol en el suelo frente al altar, señala su tumba y lleva la inscripción conmemorativa de su toma de posesión del edificio cuando la ciudad aún se encontraba en manos de los moros. Una vieja pintura forma el altar; en el centro una Sagrada Familia y a un lado un guerrero que lleva una antorcha encendida. En el propio altar hay un escudo de mosaico con el lema «Ave María». El estado en el que actualmente se encuentra esta capilla habla bastante mal del respeto que la familia profesa al recuerdo de su antecesor. Abandonada y descuidada, ya que ahora se usa como trastero del Sagrario, está tan llena de mesas viejas, faroles y todo tipo de basura, que es prácticamente imposible entrar. Es verdaderamente vergonzoso verla dedicada a estos «usos vulgares» y refleja muy bien el mal gusto de sus descendientes.

Cerca de la Catedral, después de pasar el Palacio Arzobispal, una residencia grande pero bastante deteriorada, se encuentra la Alcaicería, o bazar de la seda. El antiguo bazar era

una construcción muy curiosa de tiempo de los moros, pero en 1843 el fuego lo destruyó completamente. Desde entonces se ha construido uno y presenta una imitación bastante buena de la arquitectura árabe, pero el continuo declive del comercio en Granada ha dejado vacías la mayoría de las tiendas. La Alcaicería desemboca en el Zacatín, una vieja calle árabe, donde se encuentran situadas las tiendas más importantes. Es muy estrecha y pintoresca pero está perdiendo rápidamente su carácter oriental. Fachadas de cristal están sustituyendo las ventanas abiertas donde antiguamente se exponían los artículos para su venta. El Zacatín va desde Plaza Nueva a la de Bibarrambla, muy famosa en las leyendas árabes como escenario de todos los torneos y fiestas de destreza y valor. Allí las damas miraban hacia abajo desde los balcones cubiertos con celosía. Ahora se llama Plaza de la Constitución, un nombre con el que en los últimos años se designan las principales plazas en las ciudades españolas; sin duda para conmemorar, a la manera española, una victoria que aún se tiene que conseguir. Esta plaza ha perdido casi todos sus rasgos antiguos. Han derribado todas las casas viejas del lado norte y también una fila de casas sosas que han sido sustituidas por edificios de aspecto moderno. Una casa vieja que pertenece al Ayuntamiento, construida en el reinado de Felipe II, tiene varios miradores horribles. En una esquina de la plaza hay una puerta árabe, más conocida por la gente como la Puerta de las Orejas. Su nombre se deriva de una atrocidad cometida durante unos disturbios que ocurrieron en la proclamación de Felipe IV, cuando en una gran fiesta unos andamios se desprendieron muriendo varias personas y entre ellas varias mujeres. En la confusión que siguió, parte del populacho comenzó a robar los adornos de los cuerpos de los muertos y al final llegaron hasta arrancar los pendientes de las orejas. También se ha llamado de los Cuchillos, debido al hecho de que la policía colgaba allí las navajas que estaban prohibidas y que le cogían a la gente. Un nombre bastante apropiado considerando que una puerta cercana se llama de las Cucharas.

La Plaza de Bibarrambla es aún escenario de todas las ceremonias públicas y aparece adornada de forma peculiar en la Festividad del *Corpus Cristi*, cuando se convierte en el paseo de moda. En este día la plataforma elevada que ocupa el centro se decora con un templo, de orden desconocido, flores y fuentes que sólo se exhiben en este día. Alrede-

dor de la Plaza, se levanta una galería cubierta de lona pintada que sirve para proteger la procesión del calor del sol y que se adorna con dibujos y letrillas lo más grotesco que se pueda imaginar. Cuan tristemente lejanos están estos últimos de la santidad de la ceremonia que pretenden, nadie que no lo haya visto lo puede imaginar. La más amplia gama de caricaturas, ripios sobre los temas más vulgares del día, sátiras poco elegantes, odas y versos al Sagrado Sacramento, todo en la más indecorosa yuxtaposición, cubren los pilares y transmiten al forastero tristeza, pero ¡Ay! es demasiado cierto, que dan una impresión del estado de la religión en el país. Es un espectáculo animado. Multitud de campesinos llegan en tropel a la ciudad desde los pueblos de los contornos. Todos ataviados con sus trajes más alegres. Los balcones brillan con mantillas blancas como la nieve y con relucientes abanicos. La música y el sonido de los fuegos artificiales llenan el aire cuando a mediodía del día del Corpus, comienza la festividad en la plaza con las autoridades civiles entregándosela al clero. Desde este momento hasta la mañana del día siguiente la plaza se encuentra abarrotada. La gente pasea de un lado a otro durante todo el día y toda la noche. Por la noche está muy iluminada y las bandas de música tocan sin cesar. A los lados de la plaza hay sillas y divanes a donde las damas se bajan magníficamente ataviadas y tanto ven como son vistas. Esta gran muchedumbre, sin embargo, hace que sea bastante desagradable, aunque una multitud española es la más amistosa y servicial sobre la faz de la tierra ¡A pesar de lo de la puerta de las Orejas! La Pescadería, que se encuentra al salir de la Plaza, es pintoresca a todas horas. En esta tarde la prominente y larga galería de madera que se extiende hasta el final es una inmensa tienda de curiosidades de todo tipo. Los puestos ya no están cubiertos con la masa que aletea, sino con juguetes, baratijas, cuadros, etc.. y cada uno está arreglado como un oratorio, brillantemente iluminado, con su altar y crucifijo y estampas piadosas, donde la gente puede tanto rezar como comprar.

La procesión al día siguiente ofrece poco atractivo para los que han tenido la buena fortuna de contemplar esta ceremonia en cualquiera de las grandes ciudades de Italia o Alemania. La actual pobreza de la iglesia y del clero no les permite aquí ningún gran despliegue por su parte. La ausencia de las órdenes monásticas y el que no haya Corte ni

autoridades importantes que hicieran necesaria una fuerte presencia militar, convierte la procesión comparativamente en algo bastante tranquilo. El único rasgo peculiar es cuando se ve a un gran número de niños pequeños, que van delante de la Custodia, en la que se lleva al Santísimo, vestidos como ángeles, con alas doradas y plateadas, y luego totalmente «engalanados» del modo más fantástico; los pobrecillos casi incapaces de andar bajo el peso de sus adornos. La procesión se veía muy bien desde los balcones del Zacatín, que para la ocasión se encontraba cubierto por un toldo. La muchedumbre ataviada con sus galas más alegres y las brillantes colgaduras que engalanaban las ventanas, le daban ese aire y encanto de alegre festividad que sólo se puede encontrar en Italia y en España, donde todos parecen dispuestos a disfrutar en los días de fiesta.

Después de que la procesión terminase, la gente se preparaba para trasladarse a la plaza de toros – un modo bastante extraño de celebración religiosa – pero bueno, ¡Es España! y aquí uno pronto deja de sorprenderse con las incongruencias. La Plaza de Toros es pequeña y no puede presumir de corridas muy buenas. El espectáculo comienza con una ceremonia bastante peculiar, ¡la de inaugurar la corrida rezando! Cuando entra la cuadrilla, proceden como es habitual a ofrecer sus respetos a la autoridad que preside y luego dándose la vuelta, marchan cruzando la plaza, hacia una capilla al otro lado, ante la cual, todos se descubren y se arrodillan para rezar. Esta es la única plaza de España, creo, donde tiene lugar en la arena una exhibición tan extraña. A la corrida de toros sigue una multitudinaria representación en el teatro y el día toca a su fin con un castillo de fuegos artificiales en la Carrera.

Las iglesias de Granada ofrecen bastante poco como para atraer la atención del viajero; una de las más interesantes es la de San Gerónimo, puesto que es el lugar en el que se encuentra enterrado el Gran Capitán, Gonzálo Fernández de Córdova. El magnífico convento al cual antiguamente se encontraba unida, se ha convertido en barracones para la caballería, e incluso la misma iglesia está prácticamente desierta. La tumba de Gonzalo se encuentra delante del altar mayor y señala el lugar una simple lápida de mármol blanco con una inscripción en latín. Esta iglesia fue vergonzosamente tratada

por los franceses que destruyeron la torre para aprovechar los materiales en el puente de Sebastiani, en el Salón, o en la Alameda. Los restos de Gonzalo fueron exhumados y su espada, que antes estaba colgada en el retablo, desapareció. Pero el último acto de destrucción se reservó para un tropel de españoles, quienes, cuando la furia popular se dirigió contra los conventos, irrumpieron en el edificio en 1836, destruyendo todo lo que había en la iglesia y otra vez profanaron el sepulcro de uno de sus mayores héroes y arrojaron sus cenizas al aire. Que las manos de los extranjeros hubieran cometido tales atrocidades y así vengar siglos más tarde las derrotas que sus compatriotas habían soportado a manos del Gran Capitán, parece prácticamente increíble, pero, que los propios españoles siguieran tal ejemplo e insultaran las cenizas del hombre que había dado tal lustre a sus nombres, es uno de esos tristes hechos que muestran lo difícil que es detener el curso de una muchedumbre revolucionaria. La iglesia y convento de San Gerónimo fueron comenzados por los Reyes Católicos y posteriormente finalizados por la viuda de Gonzalo, que suplicó que le permitieran que la iglesia fuera sepultura para su familia, lo que le concedió Carlos V.

No lejos de San Gerónimo se encuentra el convento-hospital de San Juan de Dios, un noble edificio que debe su fundación a alguien cuya vida fue un constante sacrificio para la causa de la humanidad. Un pobre soldado arrepentido de los pecados de su vida pasada se dedicó a socorrer a los pobres que sufrían a su alrededor y les daba asilo en su casa, mientras que buscaba apoyo y ayuda de sus hermanos más ricos para realizar la santa tarea a la que estaba dedicado. De acuerdo con la tradición, un pequeño oratorio cerca de la puerta de Elvira señala el lugar donde solía vender libros piadosos para incrementar sus escasos recursos. Él se las ingenió para granjearse las simpatías de otros pocos como él, quienes consagraron sus vidas al objetivo que tenía en mente y entonces comenzó a llevar a cabo lo que tenía previsto desde hacía tiempo que era fundar un hospital. Llegaron fondos suficientes para llevar a cabo sus intenciones, pero la muerte se lo llevó en 1550 y se reservó para su sucesor, Ortega, construir el suntuoso edificio que ahora inmortaliza su nombre. Fue canonizado como San Juan de Dios. La orden que fundó y que se puso bajo la prelatura de los Agustinos creció rápidamente y durante la

época de la abolición de las órdenes monásticas en 1836, tenía unos sesenta hospitales en Castilla y en Andalucía, aparte de otros muchos que habían fundado en las inmensas colonias que pertenecían a España.

Por supuesto que los monjes de la orden de San Juan de Dios se vieron afectados en la abolición general de la propiedad religiosa; pero no tocaron las posesiones de este primer hospital fundado en España y aún está dedicado al fin que tenía, encontrándose bajo la supervisión de las Hermanas de la Caridad. El claustro o patio está magníficamente adornado con frescos que representan acontecimientos en la vida del santo, con descripciones en verso. La parte más baja de las paredes está cubierta por azulejos con una inscripción que se repite por doquier, «El que costeó esta obra pide le encomienden a Dios». La iglesia se encuentra profusamente decorada con mármoles y dorados mostrando un enorme derroche de dinero pero sin demasiado gusto. Las palabras que hay inscritas sobre la entrada principal son las que decía el ilustre fundador cuando pedía limosna a los que pasaban «Haceos bien a vosotros mismos». Los restos de San Juan de Dios reposan en una gran urna detrás del altar mayor.

A poca distancia a las afueras de la ciudad se encuentran los restos de lo que una vez fue el espléndido convento de los frailes cartujos. Austeros en sus reglas, los monasterios cartujos, sin embargo, ostentan una riqueza y magnificencia con la que casi nadie puede rivalizar y las ruinas de los que quedan por España se encuentran entre los más bellos monumentos. Se fundaron diecisiete o dieciocho en distintas partes del país, el primero en Cataluña en 1163. La Cartuja de Granada ahora ha desaparecido prácticamente; sus magníficos claustros han sido demolidos, sus grandes huertos hechos parcelas y vendidos a distintos individuos y parte del edificio original está arreglado como vivienda y se encuentra habitada por una familia. La iglesia con su pequeño claustro adjunto, estuvo a punto de seguir la misma suerte, pero afortunadamente ha sido perdonada y convertida en una especie de parroquia, lo que le asegura su conservación. Unos cuantos escalones llevan hacia una explanada que se encuentra en la parte de delante desde donde se puede contemplar una magnífica vista sobre la Vega. Una estatua de San Bruno adorna

la fachada. Aún perdura un pequeño claustro adjunto. Este se encuentra cubierto con pinturas realizadas por uno de los hermanos laicos, llamado Sánchez Cotán. Representan las torturas a las que estuvieron expuestos los cartujos en Inglaterra a manos de nuestro Enrique VIII. En el refectorio hay una gran cruz pintada por él mismo y tan admirablemente realizada que incluso los pájaros intentan posarse sobre ella, creyendo que estuviese hecha de madera, un trampantojo que los españoles consideran el triunfo del arte. La propia iglesia se encuentra sobrecargada de adornos. La sacristía es muy bonita y está adornada con los más ricos mármoles. Las puertas y cajoneras para las ropas de los sacerdotes están todas realizadas en carey, nácar y madreperla y profusamente talladas con incrustaciones de ébano, bordeadas de cedro, aunque contiene pocos cuadros. Se encuentra en la Sacristía una pequeña imagen de la Concepción realizada en cobre, atribuida a Murillo y una imagen que le hace pareja, que dicen que es de Cano. La iglesia ahora está mejor cuidada y en ella se dice una misa todos los domingos para beneficio de la población rural de las cercanías. En el Albaicín hay muchas casas viejas curiosas que aún conservan los rasgos de su origen árabe. Los palacios de los jefes moros ahora son las habitaciones más cochambrosas donde viven los habitantes más pobres de Granada y niños escuálidos y harapientos ahora pueblan los patios que una vez brillaban con guerreros armados. La población está decreciendo gradualmente y durante los últimos años muchas de las casas de este barrio han sido demolidas al considerar sus dueños que el terreno es más valioso si se convierte en jardines. Más allá de la Alcazaba se extiende la muralla exterior que bordea la ciudad y que sube hasta el cerro donde se encuentra la ermita de San Miguel Alto, donde gira y se deja caer hasta el valle del Darro. Estas murallas fueron construidas con una parte del rescate del belicoso arzobispo de Jaén, que fue hecho prisionero en una escaramuza en el reinado de Ismael, padre de Muley Hacén; el obispo pagó una fuerte suma, pero murió en cautiverio, antes de que llegara toda la recompensa.

Las vistas desde la placeta de San Miguel son muy extensas, y como esta tan elevada, se mira a la Alhambra desde arriba y se puede obtener una magnífica idea de la línea de murallas que rodean la ciudad.

Todo el cerro que desciende hasta el valle del Darro está cubierto de higos chumbos y al asomarse a mirar entre sus espesas hojas, se pueden ver las entradas a las cuevas, excavadas en la ladera de la montaña y que se encuentran principalmente habitadas por gitanos. El cerro es como un hormiguero de seres humanos que salen arrastrándose de los agujeros más sorprendentes cuando menos te lo esperas, ya que sus moradas están muy eficazmente ocultas por la espesura de cactus y áloes. Estas viviendas tienen la doble ventaja de ser frescas en verano y cálidas en invierno y a juzgar por la cantidad de niños que pululan por todos lados, no hay ningún peligro de que la población disminuya.

El paseo a caballo por el valle del Darro es muy bonito. A aproximadamente una legua río arriba se encuentran los grandes edificios que antiguamente estaban habitados por los discípulos de Loyola, los cuales mostraron tan buen juicio como buen gusto al escoger un lugar tan apartado, lejos del ruído y la confusión de la ciudad. Algunas veces el lecho del río se ve animado por la presencia de unos cuantos buscadores de oro de aspecto miserable, cuyas recompensas de ningún modo se corresponden con su perseverancia. La arena marrón oscura cuando se lava proporciona unos cuantos granos brillantes suficientes para probar los derechos del río a ser llamado el Dorado Darro y para pagar el trabajo de los pobres con unos cuantos reales al cabo del día. La manía por el oro se ha extendido últimamente a este lugar apartado y varias personas han estado especulando y se han formado compañías, pero todo con poco éxito puesto que el producto no es suficiente para pagar el coste de la maquinaria etc... Al principio parece que era más abundante, y a Carlos V cuando llegó a Granada le regalaron una corona hecha con el oro del Darro. El lecho del río ha ido excavando un canal a través de una romántica cañada atravesada por uno o dos puentes pintorescos. Sus escarpadas riberas en algunos lugares se juntan mucho una con la otra y están cubiertas por la más exuberante de las hiedras. El día de San Pedro todo el mundo viene aquí a disfrutar y atestan el lecho del río, paseando, riendo y charlando, aparentemente toda la diversión que ocupa a los españoles. En sus fiestas no se dedican a ningún tipo de juegos, una canción a la guitarra, o un baile, es la única variedad que rompe la rutina de su sencilla diversión.

Hay unos cuantos días de fiesta en los cuales la gente viene en tropel a lugares en particular. El día de San Pedro es uno de ellos. La noche de San Juan todo el mundo se reune en la Alameda del Genil a eso de las diez o las doce de la noche y pasean arriba y abajo hasta las dos o las tres de la madrugada. Las clases más bajas salen todas resueltamente en esta ocasión y cuando el reloj marca las doce las jóvenes se lavan la cara en cualquier fuente cercana para asegurarse un marido al año siguiente. ¡Ay de aquellas desgraciadas que no tienen un arroyo amigo cerca en el que llevar a cabo sus abluciones mientras que está dando la hora fatal! Un baño a la misma hora también se considera que da buena suerte a los niños, pero la generación que está creciendo no se queda satisfecha hasta que no llegan a la inmersión completa. La gran fuente circular a comienzos de la Alameda presenta un aspecto muy curioso cuando se tiran a ella uno tras otro y nadan o trepan a lo alto de la fuente y van salpicando a los que pasan cerca.

Las clases bajas aquí son bastante más adictas a la bebida que los habitantes de otros lugares de Andalucía; pero, aparte de los casos normales de las muertes a puñaladas, no parece que haya demasiada delincuencia entre la gente. Estas ofensas son terriblemente numerosas, a la menor provocación, sacan la navaja y deciden cada pelea de manera muy eficaz. Los celos y la venganza a menudo llevan a estos homicidios, pero también son el punto final de alguna discusión sobre los respectivos méritos de toreros, o cualquier otro tema igual de trivial, lo que puede llevar a una diferencia de opinión. Los crímenes de este tipo son generalmente castigados con dos o tres años de cárcel en alguno de los presidios, donde a los hombres se les emplea en diversos trabajos, algunos bastante sencillos como regar las calles, etc. En la Alhambra parece que llevan una vida bastante más placentera que en otros lugares. A los que tienen mejor comportamiento se les emplea como guardas de los paseos. Un día cuando estábamos subiendo echamos de menos a un joven que estaba a cargo del camino principal que había sido encarcelado durante dos o tres años por haber apuñalado y herido de gravedad a su propio primo a consecuencia de una provocación bastante leve. Cuando preguntamos que dónde se encontraba nos dijeron que la noche antes había sido asesinado. Parece ser que con ocasión de un día de fiesta, su madre había solicitado permiso del Gobernador para que su

hijo bajara y lo pasara en la ciudad, esta petición le fue concedida debido a su continua buena conducta; pero, por la noche, su primo le atacó y lo hirió de muerte, vengando de ese modo el intento que había cometido sobre su propia vida. Es difícil que pase una noche en Granada sin que se de algún caso de apuñalamiento y, durante los días de fiesta, la lista se incrementa con bastantes casos más. El castigo por ofensas aquí varía mucho ya que el dinero puede influir en la decisión y es difícil decir como se hace justicia. Una vez en prisión, después del arresto hay muchas facilidades para escapar del castigo. En el caso de algunos delincuentes determinados, como por ejemplo los bandidos, etc.. que el gobierno está verdaderamente ansioso de que sean castigados, los guardas generalmente reciben órdenes de dispararles antes de llevarlos a la ciudad, y cuando llegan, a la gente se le informa con frialdad que les dispararon cuando intentaron escapar.

Los soldados que forman aquí la policía son un cuerpo muy valiente; todos son hombres escogidos que normalmente cumplen con su deber, una cosa bastante poco común en España y han demostrado ser una fuerza de lo más eficaz. Fueron organizados por Narváez y llevan un uniforme que recuerda los viejos trajes franceses, con un sombrero de tres picos a estilo del de Napoleón. Por la noche las ciudades están guardadas por los vigilantes que interrumpen bastante el sueño de los que no están acostumbrados debido a las voces con las que van diciendo la hora, «Ave María purísima, las once y sereno,» la hora siempre está seguida por un informe sobre el estado del tiempo; y como por lo general el tiempo es bueno casi siempre, se les llama serenos, por esta causa, ya que exceptuando unas pocas veces, es la palabra con la que terminan su grito. Los serenos y la guardia civil son comunes en todas las ciudades españolas; pero un tipo de hombres más peculiares de Granada, y que no debo dejar de mencionar, son los Aguadores, que abundan en esta ciudad que tanto ama el agua.

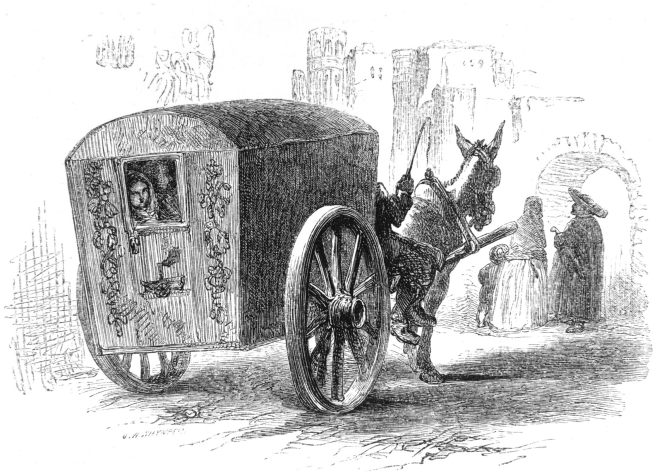
Hay dos o tres lugares de los que estos hombres cogen agua para vender en las plazas y por las calles. Uno es el Aljibe, que acabo de mencionar en la Alhambra y otra fuente favorita es la del Avellano, en el valle del Darro, un lugar con una fantástica sombra en un magnífico bosque de avellanos del que toma su nombre. Aquí, a todas horas del día,

se pueden ver los aguadores cogiendo agua en sus botijas. Algunos la llevan a la espalda en bidones de hojalata colocados en corcho, que han encontrado que actúa como refrigerador; otros que tienen una bestia de cuatro patas que les alivie de sus pesos, cargan a sus burros con dos botijas a cada lado, que cubiertas con hojas verdes para mantener el agua clara y fría, realmente tienen el aspecto de un bosque andando cuando van enterrados bajo el espeso follaje que les sobresale por encima. Los aguadores son una gente independiente e informal, hay alguno bastante divertido, y todos conocen infinidad de anécdotas.

Nunca ha habido un pueblo tan aficionado al agua como el español y la cantidad que ellos toman habría provocado la admiración del propio Priessnitz[27]. Poseen una gran variedad de expresiones para definir sus cualidades, perfectamente inexplicables para un extranjero que se esfuerza en vano en detectar las diferencias que califican el agua con epítetos tales como rica y pobre, gruesa y fina y cambio de aguas es aquí la frase corriente que equivale a la de cambio de aires, y el agua, como bebida, parece que se contempla con bastante veneración por los españoles ya que los moros la contemplaban como una forma de purificación; más tarde, los habitantes de Andalucía no hacen mucho uso de ella. El poco espacio que se dedica para el uso del agua externamente es bastante sorprendente para el viajero. Al viajar en diligencia puede darse cuenta de que se colocan dos o tres jofainas en el comedor, o el pasillo que conduce a este, para uso de los que llegan y desean permitirse el extraordinario lujo de lavarse las manos; pero esto ocurre sólo donde se ha alcanzado un alto grado de civismo. En las pequeñas ventas en pueblecillos alejados de las principales rutas, una palangana de barbero es a veces todo lo que se puede obtener para las abluciones y, aunque aquí se puede obtener agua para beber con bastante facilidad y más pura que en otros países, agua para lavarse es algo muy difícil de conseguir.

CAPÍTULO V

ALREDEDORES DE GRANADA – LA ZUBIA – SANTA FE – CRISTÓBAL COLÓN – SOTO DE ROMA – ESCENAS DE LA COSECHA – ELVIRA – CONCILIO DE ILÍBERIS – VÍZNAR – ALFACAR – PASEO BOTÁNICO – EXCURSIÓN A LA SIERRA – AMANECER EN LA MONTAÑA – MANANTIAL EN EL DORNAJO - EL PICACHO DE VELETA – BIVAQUEANDO EN LA SIERRA – MONACHÍL – LAS ALPUJARRAS – LA ÚLTIMA ESCARAMUZA DE LOS MOROS – PADÚL – MANERA DE HACER LAS CARRETERAS EN ESPAÑA – LANJARÓN – ÓRGIVA – EL MULHACÉN – POQUEIRA – VUELTA A GRANADA – SALIDA HACIA SEVILLA – LOJA – VIAJE SOLITARIO – LA GALERA - ALCALÁ DE GUADAIRA



A GALERA.

Sierras que cubre el sempiterno hielo,
Donde Darro y Genil beben su vida;
Valles salubres, transparente cielo
De la Alpujarra aún mal conocida.

ZORRILLA

It was a barren scene, and wild,
Where naked cliffs were rudely piled;
But ever and anon, between,
Lay velvet tufts of loveliest green.

SCOTT

Aparte de todo lo interesante que pueda ser la ciudad de Granada, sus alrededores ofrecen muchos puntos cargados de recuerdos del pasado. Las deliciosas tardes veraniegas pueden dedicarse a pasear a caballo por la Vega, mientras que los que disfruten recogiendo flores silvestres y estudiando la botánica o la geología del país en el que están residiendo, encontraran una rica cosecha en sus agrestes sierras.

A aproximadamente una legua de la ciudad y a los pies de Sierra Nevada, de cuyas laderas descienden numerosos torrentes que riegan la Vega con sus nieves fundidas, se encuentra un pueblecillo llamado La Zubia. El blanco campanario de su iglesia se levanta por encima de los olivares y huertos que la rodean. La Zubia, para aquellos a los que no importa el pasado no es más que uno de los tantos pueblecillos que salpican la Vega. Está formado por casas pequeñas blanqueadas agrupadas alrededor de la iglesia y cruzado por acequias a través de las cuales son guiados los torrentes para fertilizar la llanura. En sus calles se pueden ver derrumbándose los muros de alguna antigua mansión, en otros tiempos residencia de orgullosos nobles castellanos, cuyas armas, talladas

en piedra sobre la clave de los arcos de herradura, parecen colocadas como el sello de la Reconquista sobre las moradas del derrotado enemigo.

Para los que aman las historias del pasado este pueblo, ahora muy abandonado, nos trae a la memoria una página brillante en la historia de Granada. A la izquierda conforme se entra en el pueblo hay un gran jardín que una vez perteneció al convento de los franciscanos y que ahora ha sido convertido en una huerta; el dueño les conducirá a un pequeño templo abierto al lado de un gigantesco laurel y les dirá que aquí la Reina Isabel se sentó cuando vino a ver Granada desde más cerca de lo que se podía ver desde el campamento de las huestes cristianas. Cuando fuimos allí por primera vez hacía una tarde deliciosa el sol se estaba poniendo con un torrente de dorada luz por detrás de las montañas de Elvira y Parapanda. Ante nosotros se levantaba Granada, en su anfiteatro de colinas coronadas por las torres de su palacio-fortaleza; a nuestra derecha, el Picacho aún estaba recubierto por su nevado manto; hacia atrás, en la lejanía, la colina donde Boabdil suspiró al decir su último adiós al hogar de sus antecesores; y por todos lados ¡La Vega! protegida por su corona de montañas, cuyos campos en esta estación están llenos de vida. Los hombres estaban trabajando en las cosechas y el tono amarillo de los rastrojos contrastaba con el verde del cáñamo ya crecido.

Aquí, en este mismo lugar, la incomparable Isabel, rodeada por la flor y nata de sus caballerescas huestes, contempló la ciudad que había codiciado durante tanto tiempo y que pronto sería la recompensa de su incansable energía y perseverancia; la joya más brillante en la corona de las dos Castillas, ya que la conquista de Granada, que unió bajo un soberano todos los reinos separados de España, consolidó la monarquía española. Incluso esta unión, lejos de colocar los cimientos del bienestar del reino, parece que sólo fue el preludio de su caída. Las energías que se habían concentrado en expulsar a los musulmanes no les dejaron tiempo para dedicarse a la mejora de sus territorios recientemente adquiridos. Distraídos por la visión dorada del Nuevo Mundo, paralizados por la desafortunada influencia de la Inquisición, el estado interno de España difícilmente de podría decir que materialmente había mejorado desde este período.

La Vega de Granada ahora está bien cultivada, pero sus habitantes sólo se han aprovechado del admirable sistema de regadío que les fue legado por los moros. En muchos casos lo han abandonado en lugar de mejorarlo; y mucho de lo que fue como un jardín en sus manos se ha convertido en un desierto árido bajo sus conquistadores.

Con una población completamente desproporcionada a la extensión de terreno en la Península, los habitantes pueden obtener fácilmente de la tierra suficiente para su subsistencia. Satisfechos con poco, sus deseos pronto se ven colmados y apenas tienen estímulo para esforzarse. Con gobiernos cuyos miembros solamente piensan en enriquecerse a expensas de la gente, ¿cómo puede esperarse que mejore el estado de las cosas? Cambian, pero ¿de qué sirve el cambio cuando lo malo sólo se cambia por peor? Un cargo en este país es una mera gratificación a la ambición personal. El avance de una pequeña camarilla que contempla su propio beneficio personal, y una vez instalados en el poder abandonan los principios que utilizaron como plataforma de lanzamiento. En España no existe lo que podríamos llamar espíritu cívico; sus revoluciones no son la expresión de un sentimiento popular. Se sublevan sólo algunos partidos por despecho ante cualquier insulto que han recibido o por envidia a sus adversarios que han venido disfrutando durante mucho tiempo de las ventajas materiales de estar en el poder; pero, desgraciadamente en la actualidad todo parece estar tan corrompido que un hombre honesto deja de serlo tan pronto como es engullido en la fatal vorágine de la Corte. Si Isabel pudiera contemplar el estado actual de las cosas bajo el reinado de su homónima[28]; si ella, que tanto se acercó a la perfección como soberana y como mujer pudiera ver los acontecimientos que están ocurriendo en la actualidad, ella, de cuyos ministros se puede decir verdaderamente como el mayor de los cumplidos que eran merecedores de su real señora; ella que supervisó el bienestar de todos sus súbditos con incansable celo; ¿qué sentiría al ver la España de hoy día? Debemos correr un velo sobre tan doloroso pensamiento y no buscar la comparación entre los reinados de la primera y segunda Isabel.

La presencia de los Reyes Católicos tan cerca de la ciudad provocó a los caballeros moros a una insignificante escaramuza que terminó en un conflicto serio. Para conmemorar los

acontecimientos del día se construyó un convento en el lugar desde el que la reina contempló Granada: el edificio aún existe, pero echaron a sus ocupantes en 1835; aunque su actual dueño aún conserva el laurel plantado, como dicen, por sus propias manos. Desde la Zubia, un paseo a caballo cruzando la Vega lleva hasta Santa Fe, pueblo que fue construido después del incendio que destruyó el campamento cristiano para dejar claro a los habitantes de Granada que los planes de sus enemigos eran firmes e inalterables. Los muros de lona rápidamente fueron convertidos en murallas de ladrillo y piedra y aquí fue firmado el tratado de Capitulación; un tratado hecho para ser violado por los cristianos que debieron haber sido los primeros en dar ejemplo de mejor fe.

Aquí supo Cristóbal Colón de labios de Isabel que la corona de Castilla arriesgaría mucho para la puesta en marcha de sus proyectos de descubrimientos; aquí, la realización de sus esperanzas incrementó su entusiasmo y su corazón se llenó de alegría al encontrar a alguien que estuvo de acuerdo con sus ideas y que no pensó que eran los sueños de un loco; y aquí Torquemada sugirió la expulsión de los judíos de los dominios españoles, decreto que finalmente fue firmado y sellado dentro de los muros de Granada. Difícilmente podemos imaginar la suave mano de la humana y compasiva Isabel firmando un decreto que hundiría a miles en la miseria, e incluso, esa misma mano ordenaría también el establecimiento de la Inquisición. El fanatismo puede pervertir tanto las mentes de incluso los más puros que estos son capaces de llegar a sancionar las más viles crueldades bajo la idea equivocada de incrementar una religión que predicaba la paz sobre la tierra y la buena voluntad hacia los hombres.

En Santa Fe no quedan vestigios de haber sido testigo de acontecimientos tan importantes de la historia. Es un pueblo horrible con cuatro calles rectas que se cruzan, que salen de la Plaza en cuyo centro se alza una iglesia, cuyos torreones sobresalen y se pueden ver desde cualquier lugar de la Vega. Entre ellos se encuentra la cabeza del moro, de piedra, traspasada por una lanza, que conmemora el heroico combate de Garcilaso de la Vega contra Tarfe, el jefe moro. Una hora a caballo desde Santa Fe atravesando la llanura nos lleva hasta el Soto de Roma, finca que el Gobierno español regaló a

Wellington como recompensa a los servicios que la nación parece muy poco dispuesta a reconocer. La gran deuda de gratitud es difícil de pagar y las deudas españolas, por lo general, no son famosas precisamente por el hecho de ser normalmente liquidadas. No hay nada que ver en el Soto de Roma más allá del estilo de los pueblos españoles y ni siquiera la propiedad del Duque tiene un aspecto bastante más próspero que las de sus vecinos.

Este es un paseo a caballo delicioso para una tarde de julio cuando comienza la cosecha; en estos momentos todo es vida y animación en la Vega; ya se ha recolectado el grano y las gentes se encuentran muy atareadas en los campos, trillándolo en las eras, cuyos suelos de piedras están pensados para este fin. Se levantan pequeñas cabañas con gruesas esteras sostenidas por palos formando un refugio para protegerse de los rayos del sol y un lugar para dormir para los que se quedan por la noche guardando el cereal. Cerca de este cobertizo están agrupados los alegres campesinos, las mujeres y los niños preparando el gazpacho, plato muy apreciado, hecho con pepinos, pan, ajo aceite vinagre y agua que refresca a los sedientos trabajadores. Llevan a los potros dando vueltas una y otra vez para enseñarles el trabajo para el que están destinados; todo forma un cuadro de disfrute y actividad rural que no se ve muy a menudo en esta tierra del *dolce far niente*. La propia operación es muy peculiar: los hombres se ponen de pie en pequeñas planchas de madera que llevan por debajo afilados dientes de hierro y, al guiar a sus caballos dando vueltas con rapidez sobre las mazorcas de maíz que se encuentran colocadas sobre la era, van soltando el grano, que posteriormente es aventado al ser lanzado al aire. A veces la plancha de madera se sustituye por un cochecillo, sobre el que se pueden sentar dos. Esto proporciona una gran diversión a los jovenes; el ir dando vueltas una y otra vez y sobre todo cuando algún vuelco de vez en cuando les hace caer sobre el grano, cosa que divierte mucho al grupo. La escena se completa con las grandes carretas que constantemente van llegando a traer el cereal, arrastradas por los pacientes bueyes que nunca varían el paso siguiendo a su guía, que va caminando delante de ellos con una vara larga cruzándole por los hombros, con la que los va guiando para que le sigan en todo momento; todo esto se combina para ofrecer

una escena de la vida rural encantadora, llena de color por los alegres atuendos de los campesinos y por el resplandor de una tierra del sur. Se les vé contentos y felices y las guitarras animan el conjunto con sus alegres notas. Y luego, cuando va anocheciendo, toda la naturaleza parece que se alegra con el frescor del aire de la noche. Ahora llega el momento de la diversión. Estas noches son verdaderamente deliciosas, sobre todo si cuando se va volviendo a caballo, sale la luna con toda su gloria, brillando en el oscuro firmamento y extendiendo su dulce y tenue luz que calma los sentidos después del calor abrasador del día. El bello contorno de la Sierra se levanta al frente, las luces de la ciudad a lo lejos brillan como estrellas, y por todos lados, la Vega está ardiendo. El rastrojo se quema sobre los campos una vez que se han llevado el grano; se van levantando espesas humaredas, unas veces echando llamaradas, otras ardiendo lentamente en la llanura y aunque esto denota que los hombres están activamente dedicados a preparar los campos para plantar una segunda cosecha, toda la naturaleza parece disfrutar de una gran paz después del calor y el resplandor del día.

Después de que el madure el maíz y de que se haya cortado el cáñamo, la Vega comienza a tomar un aspecto quemado y calcinado, un castigo del que incluso estas llanuras bien irrigadas no están exentas, expuestas como lo están a un sol casi tropical. En septiembre madura el maíz, pero las grandes superficies de verdor de este elegante cultivo no son suficientes para teñir la Vega de verde una vez más. El efecto de esta bella planta se ve bastante deteriorado por la costumbre de cortarle las hojas de arriba para alimentar a los caballos antes incluso de que el grano madure.

Al volver del Soto de Roma la carretera va bordeando la base de la montaña volcánica de Sierra Elvira que se levanta como un centinela en la llanura exenta y aislada de las demás montañas. Sus áridas cumbres contrastan con la alegre vega alrededor e incluso aquí, en su cara sur, se levantó la gran ciudad romana de Illiberis. Gradualmente fue declinando ante las mayores ventajas que ofrecía la floreciente ciudad de Granada y ahora ha desaparecido completamente y no existe ni un sólo vestigio que marque el lugar en el que se encontraba.

En un lugar elevado, detrás del cual se supone que se encontraba la ciudad, se descubrió un gran cementerio hace unos cuantos años; fueron abiertas más de doscientas sepulturas y se descubrieron algunos restos de los cimientos de antiguos edificios. La mayoría de los sepulcros contenían esqueletos. Se descubrieron anillos de sello, magníficos brazaletes de oro y plata, ánforas y otros objetos. Todo esto, sin embargo ha desaparecido. Los campesinos de los pueblos del alrededor han encontrado en los joyeros el modo más lucrativo de disponer de sus tesoros y estos a cambio los han fundido para hacer adornos modernos, sin tener en cuenta otra cosa aparte de su valor intrínseco. Los sepulcros al haber sido profanados, han proporcionado una ventajosa ocupación durante un año de sequía, los han vuelto a tapar con tierra, y para el que pasa por allí, difícilmente puede ver algo de interés en los pequeños agujeros que están salpicados sobre un trozo de terreno baldío sin que existan viviendas en los alrededores, salvo el horrible pueblo de Atarfe, a cierta distancia sobre el borde de la Vega.

En Illiberis tuvo lugar el primer Concilio de la iglesia cristiana en España. Se supone que tuvo lugar a principios del siglo IV. A este asistió Osio, Obispo de Córdoba, el mismo que presidió en el año 325 el famoso Concilio de Niza. Estuvieron presentes diecinueve obispos españoles. Muchos de sus decretos fueron muy rigurosos y algunos se podrían aplicar a los habitantes actuales de la Península con gran acierto. La costumbre de encender velas en los cementerios durante ciertos aniversarios y la de postrarse ante imágenes y cuadros fueron estrictamente prohibidas en sus canones, especialmente esta última, ya que tendía a hacer revivir las supersticiones paganas. Los primeros padres de la iglesia vieron esto y sabiamente prohibieron la introducción o la pervivencia de una costumbre que en las mentes de los incultos, podría degenerar y sin lugar a dudas ha degenerado en este país, llegando a enormes abusos.

Uno de los paseos a caballo más bonitos de los alrededores de Granada es a Víznar, un pueblecillo en la ladera de uno de los montes al norte de la ciudad. Aquí, hacia el final del siglo pasado, uno de los arzobispos de Granada se construyó un palacio rural en un enclave magnífico, aunque no se puede contemplar Granada desde este debido a que

la tapa un monte que sobresale. Las habitaciones son grandes y espaciosas y la fachada que da al jardín está pintada con los frescos más bastos que pueda imaginarse y que representan escenas de la vida de Don Quijote. Actualmente pertenece a un particular. La carretera que se levanta por encima de Víznar serpentea por las laderas de la Sierra de Alfacar hasta la Fuente Grande, como se llama el nacimiento que fluye de la montaña, y es difícil encontrar un nacimiento de agua más bonito que este. El agua va brotando de un lecho de arenisca tan pura y fresca como la que podría desear cualquier español amante del agua y va bajando por las acequias para fertilizar por todos lados, regando la tierra sedienta en su curso hacia Granada, que se suministra en gran medida de este cristalino caudal.

Esta Fuente Grande es un lugar delicioso. Por encima se levantan los escarpados picos de la sierra, desnudos y pelados, aunque hay muchas flores raras que nacen por entre las rocas. Por debajo del manantial la escena cambia. Todo está lleno de verdor; los olivos cubren las laderas y todo se encuentra cubierto por la más exuberante vegetación ya que el agua es aquí la magia que tocando con su barita convierte, un desierto en un paraiso.

A los que les interesen las flores les aconsejo que no se detengan en la fuente sino que continúen trepando por las cumbres de aspecto árido y su esfuerzo no quedará sin recompensa. En las grietas de las rocas viven y mueren las más exquisitas florecillas sin que nadie se de cuenta, mientras que la más llamativa de las peonías exhibe sus brillantes y llamativas flores, cuyo color carmesí ofrece un bello contraste con las piedras grises entre las que florece.

Estas son algunas de las muchas excursiones que pueden realizar todos los que tengan tiempo suficiente para permanecer en Granada y, en las que todos pueden encontrar algo a que dedicarse o alguien con quien pasar los dulces días de primavera disfrutando de las bellezas que la naturaleza ha prodigado en esta tierra deliciosa y donde la historia ha convertido cada palmo de terreno en algo sagrado para el espíritu del viajero.

Cuando va avanzando el verano, se puede hacer una excursión a la Sierra. El Picacho del Veleta no es el pico más alto de la sierra pero es el de más fácil acceso desde Granada. Es el que se visita con más frecuencia ya que la subida al Mulhacén exige subir cruzando las Alpujarras, una comarca montañosa agreste y bellísima que ocupa la cara sur de Sierra Nevada. Los que se aventuren a subir al Picacho deben mentalizarse a pasar una noche al aire libre a una elevación de unos 8000 pies, donde, incluso en julio y agosto, el frío es bastante desagradable. Nosotros fuimos preparados para todo tipo de aventuras y, así pues, salimos hacia allí, una mañana acompañados por dos guías. Dejamos Granada a eso de las dos en punto de la madrugada. Todo estaba envuelto en la más profunda oscuridad cuando cruzamos la ciudad y subimos la pendiente que hay más allá. Al despuntar el día ya habíamos alcanzado una altura considerable; la Vega se extendía como un mapa detrás de nosotros. Entonces salió el sol y no había palabras para describir la belleza del espectáculo que se nos presentó cuando extendió sus brillantes tonos sobre cada objeto; primero tiñiendo las lejanas montañas, luego desplazandose suavemente sobre la Vega empujando hacia adelante las frías sombras de la mañana, infundiendo luz y vida cuando iba avanzando, hasta que por fin penetró en cada rincón, e iluminó las rojas torres del palacio árabe.

Detrás de nosotros la exuberante llanura; enfrente las escarpadas cumbres y, por todo alrededor tan lejos como alcanza la vista hacia el lado opuesto del curso del Genil, un perfecto mar de montañas que levantan sus redondeadas cumbres unas por encima de otras como las olas de un océano bravío cruzado por varios barrancos abiertos por torrentes según bajan impetuosos al valle. Unos cuantos cortijos o casas de campo salpicados aquí y allá, alivian el aspecto de soledad que ofrecen las montañas de apariencia tan árida y después de tres horas cabalgando, una escarpada vereda de áridas rocas calizas, nos llevó hasta el Purche. Es una especie de caldera rodeada por estériles cumbres y cubierta por campos de maíz, muestra de la laboriosidad del hombre en estas zonas tan elevadas. Por detrás queda la garganta por la que corre el río Monachil a fertilizar la Vega. Ante nosotros se levantan los escarpados picos del Dornajo cuyos riscos de piedra caliza dan cobijo a flores muy raras y bellas. Por debajo un profundo valle va descendiendo gradualmente

hasta el lecho del Monachil, donde hay un cortijillo. Más allá de este valle se levanta un anfiteatro de magníficas montañas con la cumbre piramidal del Trevenque que se asoma por encima de ellas, y aún más alta, la propia cumbre del Veleta. Las blancas manchas de nieve aún relucientes sobre sus grises rocas formadas por esquistos.

Desde el Purche se va ascendiendo gradualmente hacia el Dornajo y la vegetación se va haciendo más alpina. En el camino, un pequeño manantial con poca agua tienta al viajero a descansar y refrescarse porque, aunque es pequeño, ya no se encuentra ningún otro antes de llegar a la cumbre. Aquí uno se debe abastecer de agua suficiente para la noche, ya que si no, se tendrá que contentar con beber nieve derretida del ventisquero más cercano. Aquí las rocas calcáreas están cubiertas por manojos de plantas alpinas de rígidos pinchos como la Erinácea hispánica, cuyas flores de color morado intenso cubren el terreno, o el *Astragalus créticus*. Aquí paramos para desayunar. Nuestro guía era bastante original, no uno de esos acostumbrados a agasajar a los viajeros, sino un genuino ejemplar de rudo montañero; alto y fornido, era prácticamente imposible cansarlo andando. Francisco había estado siempre empleado por un botánico de Granada para que lo acompañase en sus excursiones y ha adquirido un conocimiento bastante completo de flores, reconociendo la mayoría por su nombre latino y te puede llevar en un instante al lugar donde se pueden encontrar los ejemplares más raros. Solía venir a visitarnos muy a menudo y nos traía algunos ejemplares que encontraba en sus paseos, entrando en el cuarto de estar con su cigarro en la boca, y sentándose de la forma menos ceremoniosa imaginable. Un tipo genuino de campesino andaluz, siempre en casa, pero al mismo tiempo nunca permitiendo que su fácil familiaridad le llevase más allá de los límites del mayor respeto.

Cuando terminamos de desayunar seguimos nuestro camino subiendo las laderas del Dornajo donde las hojas plateadas de un convólvulo enano formaban casi una alfombra sobre las piedras. Aquí cambia el aspecto de la sierra, dejamos las rocas calizas y entramos en las oscuras formaciones parecidas a la pizarra[29] que forman la parte de la cordillera más alta. La vereda va a lo largo de la cresta y pasa bajo los escarpados Peñones

de San Francisco hasta que por fin llegamos a la choza que sirve de refugio a los viajeros para pasar la noche. Se ha construido apoyada en una gran roca una pequeña cabaña de piedras más pequeñas, en la que dos personas pueden entrar arrastrándose y tumbarse, mientras que dos o tres piedras enormes forman un muro para proteger al resto del grupo de la violencia de los vientos.

Este refugio lo han hecho los neveros, hombres que suben todas las noches desde Granada a buscar la nieve que se necesita para el consumo de la ciudad y es aquí donde suelen descansar.

Este constante subir y bajar debe ser en verdad bastante agotador ya que nunca encuentran a ningún ser humano en la subida desde Granada hasta las cumbres, salvo de vez en cuando a uno o dos campesinos miserables que van andando por las áridas cumbres de aquí para allá durante horas, para recoger unos cuantos puñados de manzanilla real Artemisia *granatensis*. Esta pequeña planta es muy apreciada por sus cualidades medicinales y se ven compensados con unos cuantos reales por su larga y fatigosa caminata. El día era maravilloso y preferimos subir del todo para ver la puesta de sol desde la cumbre en lugar de esperar hasta la mañana siguiente y ver la salida; así pues, continuamos nuestro camino dejando en la choza nuestras cosas preparadas para pasar la noche. Después del refugio la vereda comienza a no ser tan buena y va descendiendo hacia una hoya donde varias charcas pequeñas se dignifican con el nombre de lagunillas. El agua clara mana del humedo suelo que se cubre con un manto de verdor a todo alrededor y donde la hierba resplandece por entre los pequeños ranúnculos blancos y amarillos.

Luego el camino continúa por la cara de un precipicio de pizarra, cruzando ventisqueros llenos de nieve a lo largo de cuyos bordes florecen las pequeñas violetas que se asoman por entre las piedras haciéndonos recordar nuestra tierra en primavera. El camino llega a la cresta de un tremendo precipicio y desde allí se ve un profundo cráter llamado el Corral del Veleta, rodeado por los escarpados riscos de las cumbres más elevadas de la cordillera. Enfrente se levanta el Picacho que forma un muro de roca casi perpendicular

que llega hasta el Mulhacén y los picos de la Alcazaba cuya base se encuentra bordeada por el ondulante hielo de un glaciar. Las aguas del deshielo alimentan el Genil que nace en este barranco. Aquí dejamos los caballos y continuamos la expedición a pie. Las laderas de la parte oeste descienden gradualmente, pero es una caminata bastante cansada ya que el terreno, formado por grandes bloques de pizarras micáceas, se va desmoronando, esparciéndose por todos lados, y que caían unos sobre otros, ofreciendo un paso muy poco seguro. Aunque estas rocas a cierta distancia tienen un aspecto desnudo y monótono sus grietas están llenas de flores de alegres colores que florecen en la soledad alpina más allá del alcance de la vegetación. El liquen anaranjado da un tono brillante a las oscuras piedras, mientras que entre ellas crecen espesos manojos de una margarita rosa brillante Erigeron *frigidum*, y se agrupan por todas las grietas ramilletes de una bellísima linaria, Linaria *glacialis*. Pequeñas y de muy poca altura, como todas las plantas que florecen en una zona tan elevada, buscan el refugio de la roca protectora y justo esperan que la nieve vaya desapareciendo, para florecer, mientras que sus raíces se extienden por entre las piedras sueltas en busca de una pequeña porción de tierra que las alimente. El camino serpentea por la cuerda de vertiginosos precipicios que descienden completamente hacia el Corral del Veleta, que se extiende como un inmenso y lúgubre golfo a varios miles de pies por debajo.

Por fin llegamos a la cumbre, y desde aquí, desde uno de los picos más altos se puede mirar el mundo allí abajo. El sol se estaba poniendo. La lejana Vega, que parecía una mera mancha se perdía en una densa neblina a través de la que los rayos del sol inútilmente intentaban romper y todas las montañas más allá estaban cubiertas igualmente. El mar azul se extendía en el lejano horizonte y el oscuro pico del Mulhacén, unos cuantos cientos de pies más alto, se levantaba ante nosotros, unido por una cordillera de rocas micáceas cuya escarpada cresta es bastante infranqueable. Inclinándose gradualmente hacia los lados del sur y del oeste, estas montañas descienden formando abruptos precipicios hacia el norte y el este con alturas perpendiculares y hasta los más audaces temen aproximarse al vertiginoso borde. Hay algo inexplicablemente grandioso y solemne al encontrarse a una altitud como esta, tan por encima y tan lejos del

mundo habitado. Por encima el brillante cielo sin una sola nube y la tierra alejándose; al estar subidos a uno de estos elevadísimos promontorios el hombre siente su pequeñez comparado con las inmensas obras de la naturaleza que se extienden por debajo y alrededor de él. Pero el sol se estaba poniendo y la noche se acercaba, el mundo más bajo se estaba perdiendo entre las sombras. Abruptos picos dibujaban sus demacradas y fantasmagóricas formas sobre el cielo y nos dimos cuenta de que era hora de abandonar nuestra elevada posición y volvernos sobre las sueltas e inestables rocas antes de que la noche se nos echara encima. Sin embargo, no tuvimos éxito, y con gran dificultad tuvimos luz suficiente para encontrar el camino de vuelta. Preferimos seguir a pie ya que la noche era oscura, solamente iluminada por las estrellas y el camino para nuestras bestias no era precisamente de lo más seguro. No sé como ocurrió pero nos perdimos y estuvimos una o dos horas sin tener la más remota idea de donde nos encontrábamos; nada podía ser peor ya que, si es difícil subir por este tipo de rocas sueltas de día, por la noche no es en absoluto agradable. Dado el conocimiento que nuestro guía tenía de la montaña, nos las arreglamos al final para llegar hasta la choza aunque no sin haber recibido magulladuras en nuestros esfuerzos de bajar las escarpadas laderas. No lamentamos el haber alcanzado nuestro refugio otra vez y lo recibimos con tanta alegría como podría haberlo hecho cualquier viajero ante la más lujosa de las posadas. Todo es comparable y la fatigosa caminata que nos tuvimos que dar nos hizo agradecer el ver el resplandeciente fuego alrededor del cual nuestros guías se encontraban agrupados de forma pintoresca.

Aquella noche nuestro campamento estaba bastante desorganizado; dos de los integrantes de nuestro grupo se acomodaron en la pequeña cabaña, mientras que el resto extendieron sus mantas cerca del abrigo de las rocas y se dispusieron a dormir lo mejor que pudieron. Los matojos secos de enebros que habían recogido algunos de los guías durante nuestra ausencia, rápidamente prendieron y las llamas lanzaban su misterioso resplandor por todos lados, iluminando las rocas con todo tipo de formas fantásticas. Que raro este cuadro con tales escenas y qué nuevos los sentimientos que provocan 8.000 pies por encima del nivel del mar, con las estrellas brillando sobre la

oscura cúpula del firmamento; nosotros, los únicos seres humanos en esta enorme zona montañosa; los hombres, liados en sus mantas, intentando entrar en calor arrimandose al fuego; sus sombras, danzando entre las rocas como visitantes sobrenaturales y una quietud tan profunda que casi era sofocante. Pasamos la noche sin sufrir ningún percance, incluso sin frío. Afortunadamente no hacía viento, ya que si no, no hubiésemos podido encontrar nuestro aireado refugio tan agradable. El despuntar del día nos avisó para que nos levantásemos y viésemos el glorioso sol cuando va saliendo gradualmente desde detrás de las lejanas montañas; a la cumbre del Picacho fue donde primero llegaron los rayos del sol, el primero en saludarlo y el último en decirle adiós. Pronto la luz se fue difuminando por todos sitios, incluso por la lejana Vega y, apresurándonos en desayunar, comenzamos nuestro regreso ya que nos esperaba una larga caminata de todo el día. Cruzamos el ventisquero lleno de nieve que hay cerca y giramos a la derecha, bordeando las laderas más occidentales del Picacho y dirigimos nuestros pasos hacia uno de esos pequeños y bonitos lagos que abundan en estas zonas alpinas. Pasamos por el nacimiento del Monachil, rodeado por una zona de hierba que marca todos estos manantiales. Un poco después, al torcer alrededor de unas cuantas rocas, llegamos a un pastizal, verde como un prado inglés, cuya suave hierba se mezclaba con las vistosas flores de la violeta de genciana. Cerca de esta zona de hierba una bella charca reflejaba en su cristalina superficie los picos nevados de las montañas de alrededor. Esa laguna estaba tan extrañamente quieta y era tan bella que casi nos sobresaltamos con la esbelta figura de un hombre sentado en una de las rocas al otro lado del agua. La claridad del aire le hacía parecer tan cerca y tan grande que más bien parecía el espíritu del escenario guardando las cristalinas aguas de todos los intrusos del mundo de abajo. Estaba cruzando con su rebaño de cabras, esperando mientras que se paraban a pacer en un lugar tan tentador. El camino que cruza a las Alpujarras pasa por este lugar tan apartado. En las grietas de las rocas crecen los helechos y se amontona la nieve sobre los picos de alrededor. Hay varias lagunas como esta en Sierra Nevada que el deshielo mantiene bien provistas y cuyas aguas alimentan los arroyos que descienden de sus alturas. El agua estaba fría como el hielo y muchos ventisqueros aún brillaban con el sol.

Nos volvimos y cruzamos la cumbre del monte, cuyas laderas descienden hacia el valle del Monachil, que lo separa del Dornajo y de la carretera por la que habíamos ascendido el día antes. Estas montañas eran en verdad completamente áridas, piedras sueltas que hacían muy peligroso el caminar de los caballos y que tenían un aspecto indescriptiblemente lúgubre. Por fin descendimos a un valle donde empezaba a haber indicios de cultivos. Los arbustos y flores que crecían alrededor denotaban que habíamos alcanzado la cota donde había una vegetación exuberante y que decíamos adiós a las plantas bajas de las zonas más elevadas. Al salir de este valle pudimos contemplar unas magníficas vistas. El Trevenque se levantaba enfrente, una montaña de forma piramidal completamente pelada cuyas desnudas rocas aparentemente le privaban de todo verdor. Un enorme robledal se extendía por su base y contrastaba con los riscos de un blanco deslumbrante. El Trevenque se levanta a una altura de unos 6.500 pies por encima del nivel del mar y su cumbre parece casi inaccesible.

Almorzamos en un bonito valle a sus pies bajo la sombra de unas acacias[30]. Casi parecía un oasis en el desierto; las montañas que rodean este valle son tan blancas, que casi daña a la vista mirarlas, y se recortan contra el cielo azul con un contraste sorprendente. Otra vez a caballo dejamos la espléndida garganta del Dilar a nuestra izquierda bordeando la cara de las montañas que miran hacia la Vega. Aquí pasamos por uno o dos cortijos famosos por haber sido guarida de ladrones hace tiempo. Después de un largo recorrido a caballo llegamos detrás de la Zubia y era muy tarde por la noche cuando llegamos a Granada y nuestras caras no habían mejorado con el sol abrasador que habíamos recibido.

Hicimos varias excursiones a Sierra Nevada y permanecimos durante dos o tres días en uno de los cortijos en el valle del Monachil. Nuestro alojamiento en esta apartada zona no era de lo más acogedor: una especie de pajar, y en todo lo alto estaba mi habitación. Cuando me echaba por la noche, mientras permanecía despierta, podía ver las estrellas que se asomaban furtivamente a través de las vigas y casi llegué a pensar que la noche al aire libre de la choza era preferible a alojamientos de este tipo. Estuvimos trepando por las montañas y fuimos por todo el valle principalmente en busca de flores. En muy po-

cas ocasiones he visto algo más bonito que el prado de las Yeguas, la larga pendiente que desciende desde los Peñones de San Francisco hasta el Valle del Monachil. Aquí traen para pastar un gran número de caballos durante los meses de verano y pasean sobre los verdes pastos, bebiendo en los manantiales que brotan por todos lados. Durante el mes de junio, todo este lugar está esmaltado de flores de muchos colores; plantas bajas de retama amarilla, la «jara pringosa», el bérberis amarillo, y las espléndidas flores de una magnífica madreselva, todas mezcladas con una gran profusión de color. ¡Una perfecta profusión de formas y tonalidades! Estas praderas se encuentran cubiertas por la nieve durante seis meses al año. Hay dos o tres cortijos salpicados por aquí y por allá donde la gente vive en verano para cuidar los rebaños que vienen a alimentarse a los pastos de estas montañas, ingeniandoselas al mismo tiempo para arrancarle al suelo unas escasas cosechas de maíz. Hay sólo unos cuantos pueblos en las laderas norte de Sierra Nevada, mientras que las del sur están llenas de pueblos que fueron el último reducto de los moros después de su expulsión de Granada.

Las Alpujarras, como se les llama, miran al soleado Mediterráneo. Las zonas más bajas de sus laderas están cubiertas por naranjos y limoneros, mientras que por encima enormes bosques de castaños ofrecen un paisaje agradable y romántico. Hicimos una excursión deliciosa a estos románticos valles, donde el espíritu audaz e independiente de los hombres de la montaña desafió durante mucho tiempo a las huestes de Felipe II y al valiente Don Juan de Austria. La bondad de Talavera, el buen arzobispo de Granada, les ayudó y aseguró a los moros que los tratados firmados por los cristianos no serían violados; pero el cruel e inflexible espíritu de Ximenes o de Cisneros, como suele llamarsele en España, pronto cambió el aspecto de los asuntos, y su dureza y ardor por convertirlos al cristianismo, llevó a fatales consecuencias. Los tratados que les habían garantizado que podían seguir su culto, conservar sus ropas, etc. fueron uno por uno olvidados y la opresión y crueldad les llevó a rebelarse contra sus conquistadores.

Carlos V continuó la labor que Ximenes había comenzado y pretendió forzarlos a que se convirtieran al cristianismo por cualquier medio que podía sugerir el espíritu que

reinaba bajo la Inquisición. Se rompieron todas las promesas, cada uno de los convenios fue violado; sus atuendos se prohibieron, e incluso fueron desposeídos del uso de sus baños. Pero la persecución nunca consigue sus fines. Un espíritu de descontento se fue fomentando gradualmente y por último, en 1568, volvieron a surgir las llamas de la rebelión que ya estaban apagadas. Se dió la señal y los Moriscos se levantaron en armas desde todos los confines de las Alpujarras. El espíritu de independencia aún perduraba en lo más intrincado de estas montañas y la naturaleza inaccesible de este terreno hizo la contienda bastante difícil para las tropas cristianas.

En ambos lados se perpetraron las mayores atrocidades sin que ninguna de las partes obtuviera una ventaja decisiva y, por fin, el estado del país llamó la atención del soberano, que nombró a Don Juan de Austria para que guiara las tropas. Este príncipe valiente y galante, sin querer arriesgarse a empañar los laureles que acababa de ganar, rehusó tomar el campo hasta que sus tropas estuviesen en un estado en el que se le prometiera el éxito. Perdieron mucho tiempo pero finalmente terminó la rebelión con la expulsión de los Moriscos, y los industriosos pueblos y los cultivados campos se vieron privados de sus habitantes, y las ciudades que habían estado llenas de vida y laboriosidad se quedaron desiertas. Un silencio como el del desierto se apoderó de las tierras mientras que cientos de miles eran expulsados por orden del fanático tirano y el país no se ha recuperado de la pérdida que soportó entonces. Esas habilidosas manos no pudieron ser reemplazadas pronto; los jardines se convirtieron en tristes yermos y la expulsión de los moros y de los judíos, que privó al país de sus habitantes más emprendedores, fue fatal para su bienestar futuro.

El camino hacia las Alpujarras es doblemente interesante ya que fue el que tomó Boabdil por última vez cuando abandonó su hogar y reino. Después de cruzar la vega y de pasar Alhendín, un pueblo que participó en el gran drama que tuvo lugar aquí. La carretera sube a una de las colinas que aquí forman los límites de la llanura. En la cumbre el guía te dice que mires hacia atrás, ya que este es el «Último Suspiro del Moro», donde Boabdil dio su mirada de adiós y se marchó para siempre de su sin par Granada. Esta

vista es hasta aquí digna de mención, ya que es el punto donde la ciudad se deja de ver. Todo lo que hay en dirección a la ciudad y a la vega es bello, mientras que no existe nada más monótono que la vista que se presenta hacia las Alpujarras; el contraste no puede ser mayor. Nada pudo haber sido más poco prometedor que la zona que se extendía ante el rey moro, cuando cruzó el paso y vio el desierto que se extendía ante él, triste como su propio oscuro hado, sin que ningún rayo de esperanza hiciese brillar el futuro.

Padúl está situado en un valle profusamente cultivado famoso además por haber sido testigo de muchas sangrientas batallas. Las montañas de Sierra Nevada ahora se levantan a nuestra izquierda y el valle de Dúrcal presenta una bella garganta. Se está construyendo una carretera magnífica por aquí desde Granada a Motril, que será muy beneficiosa para la primera al proporcionarle una comunicación directa con la costa. El trazado sigue un plan estupendo que muestra un gran trabajo de ingeniería y cortes dignos de cualquier ferrocarril; todo sin tener en cuenta el gasto, como suele ocurrir al principio con todos los proyectos: comenzados a escala de grandeza innecesaria y por supuesto, que se dejan sin terminar. Ocurre lo siguiente: Se dice que Málaga intenta evitar que se termine, temiendo que pudiera ir en detrimento de sus intereses y así que ahí está. Trabajos que podrían aprovecharse bien en una línea de ferrocarril se están desperdiciando en una carretera por la que no pasan más que récuas de mulas de un lado para otro, llevando el pescado de Motril a Granada y la fruta que madura en estas costas del sur un poco antes de lo que lo hace en las tierras de la Vega. La carretera cruza una magnífica garganta, un profundo tajo en las estériles rocas, sin que exista ni un solo arbusto en el que pueda descansar la vista, abarcado sólo por un único arco que une los lados opuestos de este desfiladero en las montañas. Hacía muchísimo calor y todo parecía como si estuviese ardiendo; las chicharras hacían un ruido ensordecedor.

La vereda ahora dejó la carretera de Motril que se bifurca hacia la costa y a través de los pasos de las montañas lejanas pudimos ver la inmensidad azul. El camino a caballo era cansino, el calor insoportable y no lamentamos en absoluto cuando al girar por la cumbre de un cerro, vimos ante nosotros Lanjarón que se extendía en la ladera de una

montaña protegida por la elevada cordillera de la Sierra. Delante del pueblo se levanta el viejo castillo árabe encaramado sobre una escarpada roca que sale del valle que se extiende por debajo. Al otro lado escarpados riscos limitan el paisaje. Una vista más bonita que esta es algo que muy pocas veces pueda contemplarse ya que coinciden muchas circunstancias para otorgarle una singular belleza. Las elevadas montañas bajan como si fuesen directamente al valle que hay debajo, donde, de un vistazo, se puede ver la inmensa variedad de vegetación que cubre la Sierra. Por encima las áridas rocas parecidas a la pizarra; luego, ondulantes campos de maíz; luego inmensos bosques de castaños, salpicados por almendros y olivos. Luego aparece el pueblo con sus casas blancas de tejados planos, cada una de las paratas que hay debajo, está cubierta por los productos de climas tropicales; naranjos, limoneros y granados que exhiben su follaje verde brillante. En invierno el contraste debe ser verdaderamente extraño entre la nieve resplandeciente por encima y la dorada fruta de los árboles por abajo.

Lanjarón es un balneario famoso muy frecuentado por los granadinos durante el verano; su agua mineral fue descubierta en el siglo pasado y hay mucha gente que va allí durante la época de baños. Si estuviera en otro país sería uno de los lugares más bonitos del mundo ya que el arte habría ofrecido su ayuda para completar e incrementar los encantos de la naturaleza; pero aquí el hombre no ha hecho nada. Los baños son lugares miserables frecuentados por enfermos y en lo que se refiere a hotel, no se puede decir que en el pueblo haya alguno decente. Paramos en el único que había y tuvimos suerte al conseguir habitaciones. Estaba bastante limpio, pero si exceptuamos una cama y una silla en la habitación no había ningún mueble más. Lanjarón es una larga calle. Todas las casas están abarrotadas en verano y las vistas desde sus tejados planos son magníficas. Hay muchos paseos bonitos tanto por encima como por debajo del pueblo. Es delicioso durante el bochornoso calor del día pasear por las veredas serpenteantes bajo la refrescante sombra del denso follaje del castaño español, con nacimientos de agua que fluyen por todos los rincones y las musgosas piedras mojadas cubiertas por helechos. Cada centímetro de la ladera está lleno de jardines con higueras, olivos y almendros. Por debajo del pueblo se desciende a un valle a través de una masa de naranjos que crecen

LANJARÓN

exuberantes en las laderas rocosas mientras que las gigantescas piedras que están salpicadas aquí y allá en el lecho del río, están cubiertas por parras que trepan por encima y alrededor cubriéndolas de un manto esmeralda. Los enormes racimos de uvas maduran sobre las piedras que brillan bajo el fuerte calor del ardiente sol. Molinos pintorescos completan la escena. Poco es lo que queda del castillo árabe. Sufrió muchos asedios y fue tomado por el propio Fernando cuando avanzó contra él en 1500.

No pudimos pasar más que un día en este bello paraje donde uno podría quedarse durante un mes y encontrar algo bello cada día. Nuestro camino nos condujo a través del valle. Estuvimos vagando sin rumbo fijo durante dos leguas por las estériles montañas de aspecto blanquecino hasta que descendimos al valle de Orgiva, otro oasis en el desierto, ya que, ciertamente, estos bellos parajes en las Alpujarras se les denomina así con justicia. El aspecto general es en cierto grado estéril y monótono; la blanca luz deslumbradora, no mitigada por verdor, daña bastante la vista, pero de vez en cuando se llega a lugares de insuperable belleza; anchos valles rodeados de montañas o pequeños escondrijos donde el agua que fluye en todas direcciones lo fertiliza a todo alrededor. Orgiva, que se ve desde todos lados debido a las dos altas torres de su iglesia, está situada en uno de esos valles abiertos. Sus olivos son magníficos en lo que a tamaño se refiere; los viejos troncos crecen con las formas más raras que se pueda imaginar y tienen unas dimensiones gigantescas; sus antiquísimas y retorcidas ramas aún están cargadas de frutos. Nosotros sólo atravesamos el pueblo, ya que estábamos ansiosos de pasar por un desfiladero llamado las Angosturas del Río. Pronto entramos en el arenoso lecho del río, ahora sólo un mero arroyo insignificante, y continuamos hacia arriba por su ancho pero desierto canal, cuyas riberas estaban bordeadas de adelfas, lentiscos y tarajes[31]. Las rocas llegan hasta ambas orillas del cauce y forman un abrupto paso por el que corre el arroyo. Uno de nuestros guías fue a un inmenso viñedo que había enfrente para coger unas cuantas uvas mientras que nosotros parábamos para desayunar. Aquí, como en Lanjarón, las vides se entrelazan por entre las rocas. Luego subimos a un terreno más árido y rocoso dejando el paso a través del que habíamos estado cabalgando para cruzar el gran valle que desciende directamente desde las laderas del Mulhacén. Después de

un largo y difícil recorrido a caballo a lo largo de la cresta de la montaña, descendimos por un escarpado precipicio y cruzamos un puente sobre un abismo. La vista aquí era magnífica; las aguas de una inmensa rueda, después de alimentar el molino, corren precipitadamente por el barranco, en cuya base el río iba entre enormes peñascos. Después de un breve descanso, volvimos a montar y subimos los montes del otro lado entre bosques de castaños y moredas.

Pasamos uno o dos pueblos, y por último llegamos a Pórtugos, desde donde habíamos decidido realizar el ascenso al Mulhacén. Trevélez, a una o dos leguas más allá, es generalmente el punto que se escoge para comenzar, pero como la subida se puede hacer también desde Pórtugos, no vimos la necesidad de seguir hasta allí. Todos los pueblos de la ladera sur de la sierra tienen el mismo aspecto. Casas bajas construidas de barro con tejados planos, que por lo general tienen sólo una planta, presentan un parecido con los pueblos árabes que no dejan de sorprender al viajero aquí en el último reducto de los moros, donde él, naturalmente busca encontrar algunos vestigios de la raza. Las calles, si es que se les puede llamar calles, están muy sucias y son casi impracticables tanto para hombres como para bestias. Son tan sinuosas y empinadas que difícilmente se pueden distinguir cuando se las observa desde las terrazas de las casas. Las mujeres también tienen un sello oriental en sus rostros bastante acentuado debido al modo en que se colocan los pañuelos en la cabeza. Portugos no ofrece ningún tipo de alojamiento tentador, pero por fin, pudimos obtener dos habitaciones vacías y camas, aunque no eran suficientes para todos los del grupo. Las provisiones tampoco podíamos decir que fueran abundantes en este lugar apartado que se levantaba bastante por encima de la cota de civilización. Los campesinos por la noche vinieron en tropel para observarnos, pero de buen humor y civilizados, como son siempre los campesinos españoles. Todos nos miraban por turnos como los magníficos extranjeros a los que les ha costado tanto trabajo llegar a estar tan incómodos.

Salimos con el sol y pronto pudimos contemplar desde arriba los planos tejados de Pórtugos y las rojas torres de las iglesias que se destacaban en todos los pueblos de las

montañas. La primera parte de nuestro camino nos condujo a través de uno de los escenarios más románticos formado por extensos bosques de encinas entremezclados con maleza, pero pronto llegamos a los límites de tal vegetación y cuando la montaña se nos hacía cada vez más alta a nuestro alrededor, nosotros seguíamos subiendo sobre montañas de escarpadas rocas. Cuanto más subíamos el viento era más fuerte y el frío se hizo tan intenso que difícilmente sabíamos como protegernos de sus penetrantes ráfagas. Completamente desesperados nos refugiamos detrás de unas rocas donde, protegidos del viento, pudimos notar el intenso calor del sol cuyos rayos no parecía que perdieran intensidad incluso a esta altura. Aquí desayunamos y nos refrescamos antes de atrevernos otra vez a enfrentarnos al cortante viento.

Fue muy desagradable tener que dejar nuestro cómodo refugio, pero cuando ya nos encontrábamos en camino, no tenía sentido desesperarnos, así que seguimos. Por fin llegamos cerca de la cumbre y dejando nuestros caballos, subimos al pico más alto, donde permanecimos durante una o dos horas disfrutando muchísimo del panorama que teníamos delante. El sentimiento de estar en ese momento en la cumbre más alta de toda la cordillera puede que influyera, pero sin lugar a dudas, la vista desde el Mulhacén es mucho mejor que la que se obtiene desde el Veleta; el Picacho se ve más grandioso desde este punto de lo que parece el Mulhacén desde su rival.

La cumbre del Mulhacén esta formada por una estrecha meseta que se va inclinando gradualmente en todas direcciones salvo hacia el noroeste, donde termina en un precipicio. Escarpados barrancos unen el Mulhacén con la Alcazaba. Todas estas amenazadoras cumbres son las que rodean el cráter del Corral del Veleta, de donde nace el Genil. El Mulhacén, de acuerdo con las mediciones hechas por Boissier[32] tiene 10.980 pies. Sólo unas pocas flores prosperan a esta enorme altitud; sin embargo crece, en grandes cantidades entre las rocas, la pequeña amapola amarilla *P. pyrenaicum*. Nos quedamos durante algún tiempo disfrutando del panorama que teníamos ante nuestros ojos, pero tuvimos un largo camino de vuelta y las sombras de la noche se nos echaron encima

mucho antes de que nos encontráramos establecidos una vez más en nuestro agradable alojamiento de Pórtugos.

Al día siguiente volvimos a Orgiva por otra carretera a través del bello barranco de Poqueira. Este es uno de esos lugares bonitos que se encuentran de vez en cuando para refrescar al fatigado viajero por España. Poqueira es un pueblo extraño, construido en una ladera tan pendiente que los tejados planos de las casas sirven casi como calle a los habitantes de las casas que hay más arriba. Pero, ¡qué suciedad, que confraternización entre los cerdos y los niños! Por debajo de Poqueira el agua corre por un molino con uno de esos bonitos puentes de montaña a su lado. Los impresionantes árboles hacen que la garganta esté envuelta en la más profunda penumbra. Estos lugares son verdaderamente refrescantes en el calor abrasador del sol de junio. Aquí masas de verdor calman la vista y helechos y musgo cubren cada una de las piedras que caen sobre los lados de la cascada y mezclan sus hojas salpicadas de rocío con las de la parra y la higuera. Aquí teníamos abundancia de esas dos cosas que generalmente faltan para hacer un paraiso de la soleada Andalucía y que son doblemente apreciadas por su propia escasez. Teníamos, sin embargo que dejar la sombreada cañada y los cristalinos manantiales que fluyen con energía en todas direcciones y volver a cruzar estas áridas montañas castigadas por los rayos del sol con una fuerza diez veces mayor. Pasamos Orgiva otra vez y regresamos a Lanjarón desde donde nos dirigimos a Granada.

Habíamos explorado sólo una pequeña parte de las Alpujarras, pero por desgracia no podíamos extender nuestro recorrido. Lamentamos mucho no haber podido visitar los viejos pueblos de Baeza y Úbeda cuyas calles están repletas de antiguas fachadas de viejas mansiones de la nobleza, o las antiguas torres de Purchena, a donde se retiró Boabdil cuando dejó Granada. Pero se estaba acercando el momento de dejar este paraiso de los moros y fue en verdad triste tener que decir adiós a nuestro jardín y su paseo empedrado. Cuando nos fuimos se encontraba en todo su esplendor. Las lustrosas uvas colgaban de las parras; en racimos verdes y morados los granados, cargados de frutos formaban una imagen perfecta. Sus semillas carmesí salían de su jaula dorada. No hay casi naranjos en

Granada, aunque crecen a la misma altura que en Lanjarón, sin embargo no florecen aquí en la ladera norte de la Sierra. El sentimiento de que jamás volveríamos a visitarla nos hizo entristecernos: una de las penalidades de viajar es tener que arrancarse uno mismo de lugares cuya belleza nos había cautivado, de lugares en los que la naturaleza ha prodigado sus encantos tan profusamente. Teníamos, sin embargo, una leve idea de que podríamos una vez más volver a visitar este bello lugar y disfrutar unas cuantas noches de verano más entre sus deliciosos bosques y encantados patios. Estábamos obligados a estar en Sevilla un día concreto y ya que la enfermedad había retrasado nuestra salida de Granada, nos vimos obligados a dejar el viaje pasando por Córdoba y tomar la ruta más corta. Terminamos nuestros preparativos y nos aventuramos por la Puerta de Elvira y continuamos camino cruzando la Vega hacia Loja y Osuna: ¡Qué viaje más cansado! sobre todo en particular en estos meses de otoño cuando todo esta seco y agostado.

Alguien que no haya recorrido España a caballo dificilmente puede hacerse una idea exacta del aspecto general de este agreste país. Sus enormes y monótonas llanuras, sus agrestes cadenas montañosas donde todo es grandioso en su soledad y desolación; zonas completas del país despobladas y sin cultivar cubiertas sólo por matorrales sin signos de seres humanos, salvo quizás a lo lejos en el horizonte, donde se puede descubrir algún pueblecillo que promete refugio para pasar la noche. Tienen más el aspecto de paisajes africanos o asiáticos que de paisajes europeos y hay ocasiones en que no faltan más que las largas caravanas de camellos desplazándose lentamente para completar el parecido. Te cruzas de vez en cuando con algunos muleros solitarios y sigues para encontrarte una vez más como la única ocupante de las llanuras que te rodean sin ni un sólo árbol.

El contraste entre el mismo país en primavera o en otoño es sorprendente. A principios de la primavera la tierra está verde, está naciendo el maíz nuevo, la hierba crece por los caminos, los arbustos acaban de brotar y, aunque no se ven árboles madereros, toda la naturaleza ostenta un verde manto. Las flores silvestres se visten de miles de colores, el iris azul está salpicado por todas partes y flores que serían el orgullo de muchos arriates, florecen sobre las enormes dehesas, entrelazadas entre las rígidas hojas del palmito. Pero

al cruzar la misma zona en otoño, después de que haya estado expuesta durante meses a la terrible acción del sol, sin que haya tenido ninguna suave lluvia que mitigara la intensidad de sus rayos, de repente está convertida en un desierto. No queda ni un sólo vestigio de verde. Se ha cortado el maíz y sólo queda el rastrojo; cada brizna de hierba está seca, calcinada y amarilla; las plantas crujen bajo las patas de los caballos; todo esta seco, blanquecino y cubierto de polvo que se levanta formando nubes con cada una de las ráfagas de viento.

La vegetación está tomándose un descanso, preparándose para brotar de nuevo, cuando las lluvias de noviembre le proporcionen su suave alimento. No hay demasiada alegría en esta estación y uno no puede lamentar que el intenso calor obligue a descansar durante el día y proseguir el camino por la noche.

En llegar hasta Loja a caballo se tardan unas nueve horas. Es un camino pesado que va a lo largo de una ancha carretera para carros que mantienen en buen estado, al menos para ser España. Parece que a la propia Loja la han mejorado y embellecido considerablemente hace poco tiempo. La razón de que haya sido tan favorecida es que es la residencia de Narváez, que mientras que gobierna el país con mano de hierro, no olvida beneficiar a su propio pueblo y cuidar sus intereses. Cuando pasamos por Loja el Duque de Valencia estaba residiendo allí en una especie de retiro tranquilo lejos de las intrigas de la Corte, aunque esperando la oportunidad de aparecer otra vez en escena.

La posada de Loja decididamente no es la mejor de España. Tiene muchas habitaciones y camas pero el comedor, no presenta ningún atractivo. La ciudad fue en la antigüedad una de las llaves del Reino de Granada, situada en el paso entre dos escarpados cerros coronados por sus viejos castillos. Aquí vivió el Gran Capitán Gonzalo de Córdova, cuando intentaba olvidar, entre el esplendor de su propia Corte en miniatura, el olvido y la ingratitud de su soberano. Intentamos subir al tejado del castillo y nos invitaron cordialmente a entrar y después de trepar por unas cuantas escaleras desvencijadas, nos encontramos en un teatro cuidadosamente arreglado. Sin embargo no había modo de

disfrutar de las vistas, y cuando pregunté si no habría alguna ventana por la que pudiésemos mirar, el hombre se disgustó bastante, evidentemente había imaginado que la fama del teatro era lo que nos había atraido hasta allí.

Al día siguiente por la tarde nos cruzamos con la galera que iba con sus ocho mulas desde Loja a Antequera. Es completamente un misterio como estos enormes y pesados vehículos pueden atravesar carreteras que a veces parecen casi impracticables para caballos, y mucho más para vehículos de ese tipo. Pero es una de las maravillas de viajar por España el que estas mulas arrastran carros y carretas por todo el país con toda naturalidad. Aquellas galeras, van a paso de tortuga, pero van y en general suelen llegar a su destino a la hora establecida.

Seguimos cabalgando por la noche, pasamos el monte de Archidona en cuya cara sur se encuentra el pueblo. Las salinas de Antequera quedan a nuestra izquierda y pasamos por Alameda y sus robledales. Los cortijos de esta zona solían ser famosos como guaridas de ladrones y bandidos en los días del formidable José María[33]. Las cosas han cambiado desde entonces, como lo prueba suficientemente el que cabalgásemos por la noche, estando formado nuestro grupo, sólo por Mr. T, el hombre al que pertenecían los caballos y yo. Hay algo tremendamente solitario en estos baldíos españoles por la noche, sin ni siquiera la luna de vez en cuando para iluminar la escena alrededor. La negra bóveda por encima, iluminada sólo por el brillo de las estrellas. Ningún sonido a excepción del ladrido de algún perro pastor de vez en cuando que nos hablaba de la existencia de vida. Todo tranquilo y oscuro, la más pura esencia de silencio y soledad, y cuando te adentras en los robledales hay una oscuridad y tranquilidad misteriosa que te hace ponerte alerta al más leve sonido. En verdad, estos lugares son apropiados como guarida de bandoleros y uno no puede dejar de imaginarse que el espíritu de algún el jefe de la banda, danzando detrás de los entrelazados troncos de los robles, esté esperando para saltar sobre su presa. Ya que el viajero, cuya imaginación ha deseado fervientemente tener alguna aventura, mientras explora esta tierra encantada llamada España, no puede lograr sus expectativas con facilidad, se le debe permitir al menos la inocente distracción de llenar estas agres-

tes dehesas de ladrones con los ojos de su imaginación. Aunque, incluso hoy día, hay muchos que no cabalgarían como nosotros lo hicimos. Ciertamente no lo habría hecho una dama inglesa que conocí en una ocasión, la cual, después de realizar el viaje entre Granada y Málaga, sana y salva en una diligencia, declaró que fue magnífico como ellos se habían librado de ser atracados, ya que veía bandidos colocados en cada una de las rocas del camino. ¡Pobre gente! Es una pena que honestos campesinos españoles tengan aspecto pintoresco y parezcan ladrones y que de ese modo den lugar a una desilusión tan nefasta sobre el buen carácter de su país. Sin duda el melodrama tiene mucho que ver con esto ya que con sus capas echadas sobre los hombros, sus sombreros con sus resabiadas borlas de seda a un lado, sus negros bigotes, sus oscuros y brillantes ojos y el mosquetón en el que se apoyan para mirar a los viajeros cuando pasan, todos ellos parecen los grandes héroes de una escena teatral. ¿Cómo puede el viajero saber cuando los ve con esas ropas tan sospechosas, si sus armas están preparadas para asesinar o para objetivos más pacíficos? Es un hecho singular, pero yo casi nunca me encontré viajeros en España que no hayan tenido alguna escapada milagrosa; que no hayan pasado media hora antes de que hubiesen sido atacados, o media hora después de que los ladrones hubiesen abandonado su emboscada, pero no he encontrado aún a uno que llegara justo en el momento cuando los ladrones hubiesen estado preparados para recibirle; y lo que es aún más extraño es que nosotros estábamos destinados a sumarnos a esta importante lista. Pero no me debo anticipar.

Sin embargo, aunque ellos no atacan a viajeros a menudo, no hay duda de que en Andalucía aún existen los ladrones, aunque se ha extinguido la raza de los que eran muy caballeros. Ya no hay más José Marías que venían y visitaban a las gentes importantes de Sevilla y de otras ciudades y que intercambiaban cordiales saludos cuando se encontraban inesperadamente en los caminos. Muchas y divertidas son las anécdotas que aún se cuentan de estos corteses caballeros. En una ocasión un grupo de ladrones atacó una diligencia en la que dio la casualidad que viajaba un Grande de España que siempre que su influencia había servido para algo había favorecido a los ladrones. Pero su benevolencia en esta ocasión no le salvó. Él llevaba una suma de dinero considerable que se

la apropiaron completamente. Su excelencia era un gran devoto y un fiel muy peculiar de la Señora de las Angustias, patrona de Granada. Él siempre llevaba un medallón de oro colgado al cuello y los ladrones descubrieron este botín, pero cuando les explicó su significado, se lo devolvieron con la mayor educación y cortesía y le rogaron que se lo quedara, diciéndole que debía cuidarlo y protegerlo de todos los ladrones.

Desde Alameda se continúa hacia Osuna pero, aunque hicimos el camino completamente a salvo, no le recomendaría a nadie que pudiera evitarlo que siguiera nuestros pasos. Nunca había hecho un viaje más pesado. No había nada de interés en la carretera. Un camino a caballo que incluso en primavera ofrecería poco interés y que en esta época del año era completamente detestable. Es muchísimo mejor ir por Ronda o por Córdoba. Yo nunca he estado más contenta que cuando llegamos a Alcalá de Guadaira, un pueblo a eso de dos leguas de Sevilla y donde cogimos la carretera que va desde esta ciudad a Madrid. El sol estaba saliendo justo cuando pasamos y ante nosotros se extendía una llanura de color verde oliva, con una torre que se alzaba en la distancia. Esa torre era la Giralda cuya majestuosa fábrica cuadrada y de aspecto macizo no prometía a esa distancia, idea de su belleza y elegancia. Cruzamos por una pequeña vereda a través de los olivos dejando la carretera a nuestra derecha. Los blancos cortijos nos anunciaban que nos estábamos aproximando a la ciudad y en la Cruz del Campo, ya pudimos ver como se extendía ante nosotros. Llegamos allí bastante pronto, y por fin nos encontramos serpenteando a través de sus estrechas calles de un blanco deslumbrante y de repente, nos sorprendimos por el aspecto oriental que le daban los toldos que se extendían entre casa y casa para dar sombra a las calles. ¡Estábamos en Sevilla! la ciudad rival de Granada y que bien merece una peregrinación sólo por su catedral y su torre.

CAPÍTULO VI

SEVILLA – PECULIARIDADES SORPRENDENTES – LA GIRALDA – LA CAMPANERA – PAISAJE – EFECTOS DE LA DISTANCIA SOBRE LA CONCIENCIA – ARQUITECTURA ÁRABE Y CRISTIANA – LA CATEDRAL – DOMINGO DE RESURRECCIÓN – SAN FERNANDO – IMÁGENES MILAGROSAS – PINTURAS – TUMBA DE CRISTOBAL COLÓN – LOS TESOROS DE LA IGLESIA – LOS SÉISES – SERMONES – BULA DE LA SANTA CRUZADA – ESTADO DE LA RELIGIÓN – EL CLERO – RENACIMIENTO DE LOS CONVENTOS – VOTOS DE UNA MONJA

LA CAMPANERA.

Insigne Catedral donde Dios vive
Eternamente, donde el cuerpo santo
Del rey conquistador culto recibe;
Dó yace el sabio rey, dó brilla tanto
Trofeo de victoria,
Encanto, iglesia, monumento, historia.
Mientras más te contemplo y más te admiro,
Más entusiasmo y pura fé respiro…
Salve portento santo sin segundo,
Gloria de España, admiración del mundo.

DUQUE DE RIVAS

La primera cosa que llama la atención del viajero al entrar en Sevilla en verano es el carácter singular que presenta la ciudad. Tiene un gran encanto sobre todo debido a su originalidad ya que soy consciente de que no hay ninguna otra a la que se pueda comparar, ciertamente no la hay en Europa, donde es una ciudad única. Todas las casas, en su mayoría sólo de dos plantas están blanqueadas, su deslumbrante luminosidad resulta bastante perjudicial para la vista sobre todo bajo el resplandor del sol andaluz. Al pasar por las estrechas y sinuosas callejuelas te impresiona el modo en que todo el mundo parece que estuviera viviendo en público, abiertos a la mirada de todos los transeuntes; ves los enormes portones de madera completamente de par en par y un pequeño portal que termina en una elaborada cancela de hierro forjado que permite ver en su totalidad el exquisito patio de mármol que hay dentro. Estos patios, como se les llama, por regla general estan llenos de flores de brillantes colores, arbustos de arrayán o boj y altos naranjos que se elevan en medio de todo esto con sus dorados frutos; en el centro, una fuente con su brillante agua que va proporcionando frescor alrededor. El pa-

tio está rodeado por una galería sostenida por esbeltas columnas de mármol blanco bajo la cual la familia pasa el tiempo en verano. De una parte a otra del tejado se extiende una gruesa lona que hace que no entre el aire caliente y los implacables rayos del sol, y bajo este toldo que se agradece reposa la familia y disfruta de la refrescante sombra. Pero aquí todos están en público, no hay nada entre ellos y la calle, a excepción de la cancela. El intenso calor del verano hace que muchas personas no salgan durante el día, pero al caer la tarde las calles de Sevilla presentan un espectáculo bastante de ensueño – los patios de mármol con las brillantes luces de lamparas colgantes reluciendo entre las flores, las figuras de sus ocupantes sentados alrededor en animada conversación o rasgando de vez en cuando las cuerdas de la guitarra cuyas salvajes notas acompañan las todavía más salvajes canciones, el sonido de las castañuelas que llevaba el ritmo del alegre baile, todos disfrutando en el delicioso frescor de la tarde. Este es un reflejo de la vida que ciertamente debe considerarse como peculiar de Sevilla, otorgando por su rareza un matiz de romanticismo oriental a esta bella ciudad, y de hecho, si lo pensamos durante un momento, no hay nada más opuesto a las costumbres orientales que una vida como esta. Las naciones orientales viven ocultas en el interior de sus casas bastante apartadas de la mirada pública; evitando cuidadosamente evitando que ninguna mirada pueda penetrar en su ámbito doméstico; permaneciendo en los lugares más recónditos de sus moradas; un modo de vida completamente opuesto al de los habitantes de Sevilla. Así es Sevilla y sólo Sevilla, ya que en ningún otro lugar existe algo parecido. El estilo de las casas, a decir verdad, recuerda más la distribución de las casas de Pompeya que ninguna otra que yo haya visto alguna vez; y, ¿no pudo haber sido copiada en primer lugar de la vecina ciudad de Itálica mucho antes de que los moros pusieran un pié en España? Sea como sea, estas tienen un aspecto muy agradable que de hecho, se pierde el viajero que sólo ve la ciudad en invierno ya que la vida en el patio finaliza en septiembre y no se vuelve a comenzar hasta mayo.

Las familias que viven en las primeras plantas durante el invierno emigran a la planta baja cuando comienza el calor llevándose todos los muebles que se colocan en las habitaciones que se abren al patio; incluso las puertas y ventanas también se trasladan

en muchos casos, puesto que se hacen para que se puedan utilizar en ambas plantas. Muchos de los palacios más grandes de la nobleza tienen jardines así como patios donde los naranjos y arrayanes florecen con gran exuberancia, los primeros perfumando el aire durante la primavera con el delicioso aroma de sus níveas flores.

Teníamos una casa espléndida en lo que respecta al tamaño del patio, el jardín y las habitaciones. Había permanecido deshabitada durante muchos años y estaba muy abandonada pero era muy agradable como residencia de invierno. Tenía una gran terraza que se asomaba a un jardín lleno de naranjos donde el sol a menudo quemaba demasiado incluso en el invierno como para aventurarse a sentarse allí a mediodía. La mayor parte de las casas tienen una terraza en el tejado aunque estos no son generalmente planos como en Cádiz, y desde la nuestra podíamos asomarnos y ver abajo la plaza de toros y alcanzar a ver un poco de la arena – una visión lejana suficiente para aquellas personas que no hayan aprendido a armar de valor sus corazones para soportar tales horrores. Nosotros podíamos oír los gritos que acompañaban las corridas cada día de fiesta y podíamos comentar sucesivamente cada uno de los tercios por los sonidos de la música.

Es casi tan difícil conseguir casa en Sevilla como en cualquier otro lugar de España. No se encuentran casas amuebladas y las que están sin muebles es díficil que se puedan conseguir para menos de un año. En Sevilla, al igual que ocurre en otros climas cálidos, el enfermo necesita habitaciones a las que les dé el sol ya que las calles tan estrechas, deliciosas como lo son en verano, resultan de lo más frío y húmedo en invierno. Nosotros nos estábamos instalando allí para una residencia prolongada y como es natural tuvimos que dedicarnos a la aburrida tarea de buscar con más tranquilidad que las aves de paso que tienen que ver todos los lugares de interés en el espacio de veinticuatro horas – un período de tiempo que he escuchado decir a algunos viajeros que es suficiente para ver toda Sevilla. Tiempo suficiente, ciertamente, para obtener una vista general de la ciudad desde todo lo alto de la Giralda; pero los tesoros artísticos que posee harán que el viajero permanezca durante muchos días dentro de sus murallas.

El orgullo y la gloria de Sevilla atestiguan el dominio tanto de moros como de cristianos. La Giralda y la Catedral tienen el sello de sus respectivos arquitectos, cada una única y sin igual. En primer lugar dirigimos nuestros pasos a la famosa torre desde la que la llamada a la oración en su día resonaba por mil minaretes y donde hoy las campanas cristianas convocan a los creyentes a sus devociones. ¡La incomparable Giralda! ¡La maravilla de Sevilla, la «maravilla» de la que está tan justamente orgullosa! Comenzada por los moros fue finalizada por los cristianos y milagrosamente lo que le agregaron incrementa su elegancia en lugar de reducirla. Fue construida en 1196 por uno de los gobernantes de los Almohades y fue muy apreciada por los moros. Cuando la ciudad fue asediada por los cristianos sus habitantes pidieron, como una de las condiciones para rendirse, que se les debía permitir destruir tanto la Mezquita como su torre, pero el Infante, llamado con posterioridad Alfonso el Sabio, declaró que si tocaban uno de sus ladrillos él los pasaría a todos por las armas –una amenaza que ha conservado para la posteridad una de las más bellas torres del mundo.

La construcción árabe es cuadrada, de unos 240 piés de altura con sus laterales decorados con los arcos entrelazados tan generalizados en todas las torres árabes, tanto aquí como en Toledo. Se llega a todo lo alto por medio de una sucesión de planos inclinados que giran treinta y cinco veces y que suponen una subida bastante fácil. La luz entra por unas ventanas árabes que dan lugar a unos huecos de tamaño considerable. Una de ellas está arreglada como hornacina para la Virgen, una muchacha de ojos negros, la sobrina del viejo guarda de la torre, está encargada de cuidarla. Sentada en el hueco que hay enfrente, o asomada al balcón, se puede ver diariamente a la hija de la Giralda bordando túnicas para vestir la sagrada imagen o preparando sus propios vestidos para su ocupación vespertina –ya que «la campanera» es bailarina en la Ópera.

En 1568 la actual torre se subió otros 100 pies y en todo lo alto se colocó una gigantesca figura de bronce representando la Fe, en pie, sobre un globo terráqueo, sosteniendo en la mano una bandera que hace que la figura gire con el viento. Aquí se han puesto innumerables campanas todas ellas con el nombre de algún santo, de acuerdo con la costum-

bre tradicional. La vista desde esta torre es muy bonita aunque no tiene la grandiosidad de un paisaje con montañas. Ofrece una brillante y soleada imagen y desde allí se pueden ver muchos lugares de gran interés. Por debajo y pegada a los mismos muros de la Giralda se encuentra la Catedral con sus arbotantes y sus adornados pináculos y a todo alrededor, se puede ver un verdadero laberinto de tejados entremezclados con terrazas. Aquí y allá se puede distinguir un espacio abierto que indica que hay una plaza pero no se ve ni una sola calle ya que debido a su estrechez extrema lo único se se puede percibir es una pequeña división entre las casas. La ciudad se encuentra situada en una extensa llanura en la márgen izquierda del río que corre formando numerosos meandros con sus orillas cubiertas de olivos. El barrio de enfrente, Triana, está conectado con Sevilla por un puente de hierro que se ha terminado hace muy poco tiempo. Más allá de Triana se elevan una serie de pequeñas colinas bien cultivadas cubiertas por pueblecillos blancos como la nieve. San Juan de Alfarache[34], con su convento en ruinas que se asoma al río; Castilleja de la Cuesta, donde Hernán Cortés exhaló su último suspiro; Santi Ponce, con su monasterio dilapidado, donde reposan las cenizas de Guzmán el Bueno; Itálica, lugar de nacimiento de Trajano y Adriano con su anfiteatro, que es lo único que queda para hablarnos de sus fundadores romanos; más allá, las lejanas llanuras bordeadas por el imperceptible perfíl de Sierra Morena. La vista recorre la llanura que está rodeada por un terreno que se va elevando y donde se encuentran las níveas casas de Carmona; más cerca las torres del viejo castillo árabe de Alcalá de Guadaira coronan las alturas; a lo lejos el irregular perfil de la Serranía de Ronda y aún mucho más lejos, en el horizonte azul hacia poniente, donde parece que se unen el cielo y la tierra, el río se pierde en las planicies que se extienden hasta la costa. Todo el terreno alrededor está cubierto de olivares y naranjales hasta las mismísimas murallas de Sevilla. Justo fuera de ellas hay un espacio abierto – El campo santo, ahora abarrotado en primavera con un alegre gentío que se reune para la feria; sin imaginar las escenas que acontecieron en el pasado y ajenos al hecho de que ahí representaba la Inquisición sus Autos de Fe.

Este es el agradable panorama que da la bienvenida al viajero cuando contempla el paisaje que se extiende alrededor desde la célebre Giralda. Desde esta altura se puede ver a lo

lejos en miniatura la plaza de toros. Es un puesto de observación apropiado para aquellos cuya susceptibilidad o principios les impiden estar presentes en un espectáculo como una corrida de toros pero que con todo y con eso desean ver gratificada su curiosidad. Desde aquí la pueden ver despojada de sus horrores. Yo he conocido a más de un viajero y a un monton de eclesiásticos quienes considerando inapropiado asistir en domingo a un espectáculo de este tipo, se han encaramado hasta aquí para poderla ver desde esta elevada torre. Aquí, en todo lo alto de la Giralda la mente retrocede para meditar sobre la historia de esta famosísima ciudad, en la que cada uno de los sucesivos pobladores han dejado alguna impronta de su dominio, y la vista vaga por el paisaje y se detiene en los distintos lugares que se ven alrededor y la mente puede leer un relato en todos los edificios que se abren a nuestra vista y ve los diferentes cambios en estas páginas vivas de la historia.

Sevilla fue una ciudad romana convertida en capital por Julio César que se dice que fue quien levantó sus murallas y quien le dio el nombre de Romula. Cuando fueron los Godos los que dominaron en la Península fue el lugar de residencia preferido por los soberanos. Pero ellos se extinguieron y fueron sucedidos por los musulmanes que han dejado su sello en los edificios de alrededor. La propia Torre de la Giralda y muchas otras que se levantan sobre el amasijo de tejados de la ciudad hablan de su gobierno; ellos también han desaparecido pero han dejado muchos vestigios de su dominio. Córdoba fue su capital, pero después de la caída de la dinastía Omeya, Sevilla se convirtió en el centro de uno de esos reinos independientes que surgieron cuando las disputas se extendieron entre ellos. Cuando la vista mira hacia abajo desde la Giralda se detiene sobre tracerías árabes y arcos de herradura, mientras que por encima se pueden contemplar las partes añadidas por los cristianos, coronadas por una estatua que representa la Fe. Este edificio, comenzado por los seguidores de Mahoma, coronado y terminado por los siervos de Cristo, nos trae a la memoria el tiempo en el que el gran San Fernando se sentó con todas sus huestes ante las murallas de Sevillla. Fue en 1247cuando el rey de Castilla, eufórico con la conquista de Córdoba y otras ciudades, asedió Sevilla y después de que se hubieron llevado a cabo muchas hazañas heroicas, la ciudad se rindió el 23 de noviembre de 1248.

Allí, en el mismo lugar en el que en su día estuvo la Mezquita, ahora se levanta un templo dedicado a la fe del conquistador, el magnífico edificio que el hombre ha construido para rendir culto a su Creador. Allí estan, una al lado de la otra –el triunfo de los cristianos y el de los moros. La vista más sorprendente del exterior de la Catedral se obtiene desde la puerta del Alcazar, que está al lado, y cuya arquitectura oriental vuelve a hablar de la dominación de ambas razas en esta ciudad; sus patios árabes y sus tracerías parecidas a las de la Alhambra todavía despiertan la admiración del viajero. Otro gran edificio cuadrado que se levanta justo detrás de la Catedral, señala otra época en la historia de España –la Lonja, una obra maestra de Herrera, levantada durante el reinado de Felipe II, cuando el floreciente comercio que se mantenía con el Nuevo Mundo obligó a los comerciantes a buscar un lugar de reunión. Era entonces cuando Sevilla prosperaba; pero desde ese período su esplendor ha ido decayendo y el edificio de San Telmo, de bastante mal gusto, con sus plomizos tejados elevándose por encima de los árboles del magnífico paseo, nos habla de la progresiva decadencia del buen gusto en el siglo XVIII. ¿Qué monumento se construirá en el diecinueve? ¡Qué pena de la poesía y el romance! Una estación de ferrocarril probablemente la señalará con su mano de hierro y las altas chimeneas de alguna fábrica de gas o de productos químicos se elevarán para rivalizar con la Giralda, al menos en altura.

Tristemente esta es nuestra realidad actual y, ¿Quién puede decir cuales fueron los más sabios en su generación, los pueblos pasados o los presentes; aquellos que dedicaron sus fortunas y sus vidas a levantar edificios religiosos e iglesias sin igual, o aquellos que, sólo preocupandose de ganar dinero, lo sacrifican todo poniéndose a los pies del dinero? Todo tiene sus extremos y, ¿No es cierto que ahora estámos decantándonos demasiado por lo segundo? «La gente amaba más a Dios en aquellos días de lo que lo hacen ahora» me dijo un día un viejo campesino castellano mientras yo estaba admirando la soberbia fachada del ahora dilapidado convento. Había mucho más sentido en esa frase de lo que él podía imaginar. Sin embargo España debe seguir hacia delante, porque ahora se encuentra en un estado de transición; no tiene ni la piedad y devoción de épocas pasadas ni el sentido de iniciativa empresarial del presente. No hay nada que pueda contribuir

más a mejorar el país que la construcción de las principales líneas ferreas y el trazado de buenas carreteras en zonas que ahora son casi inalcanzables por la falta de vías de comunicación. Tiene inmensas riquezas en los innumerables minerales de sus Sierras y en los abundantes productos de sus tierras en las que abundan el cereal y el aceite; pero le falta – hablando con franqueza – algún modo de desarrollar sus recursos bajo la supervisión de un gobierno sensato y honesto. Esta mirada a épocas pasadas desde lo más alto de la Giralda nos lleva a una reflexión sobre el presente ciñiéndonos a los hechos; y la disertación que había comenzado con las obras de Julio César ha terminado con las de Stephenson. Aunque, sin embargo, estas últimas aún no se han levantado sobre las primeras; y mientras que los españoles están hablando de todas las carreteras que van a unir los extremos de la península con una red de ferrocarriles, nosotros también podemos contentarnos con contemplar Sevilla tal y como es, sin hacer conjeturas en lo que podría o llegará a ser de aquí en adelante.

La enorme manzana de edificios que forma la Catedral, la Giralda, el Sagrario o iglesia parroquial y las capillas se levanta en una especie de plataforma rodeada de unas ámplias aceras a las que se asciende por medio de unos escalones. Una antigua puerta árabe, llamada La Puerta del Perdón, pintada, no blanca sino amarilla, y decorada con santos cristianos, da al patio de los naranjos que antiguamente adornaba la entrada a la Mezquita. Todavía existe la fuente utilizada por los árabes y a uno de los lados hay un púlpito desde el que solía predicar San Vicente de Ferrer, el gran santo valenciano. Una puerta lateral bajo una galería cubierta da a la Catedral. Al entrar desde la excesiva claridad exterior, parece casi imposible ver en la oscuridad que reina en todo este magnífico edificio; pero es suficiente un momento para que se vaya haciendo cada vez más visible, y luego gradualmente se nos ofrece con todo su esplendor.

Por fin la vista, al ir acostumbrándose, comienza a percibir las naves laterales debilmente iluminadas; las enormes columnas que sostienen su techo abovedado se van haciendo visibles y aparecen nítidas entre la oscuridad que las rodea; las doradas rejas del altar y del coro, el suelo de mármol formando cuadrados, se comienzan a ver las capillas latera-

les bajo los elevados arcos; y la mente, que no se ve perturbada por ornamentos ampulosos o detalles frívolos, la contempla como un todo. Sobrecogidas y maravilladas por la solemne grandiosidad de esta Catedral incomparable, permanezco de pie y contemplo el juego de luces que se forma en las naves laterales cuando los rayos del sol atraviesan las fantásticas ventanas de cristal pintado, iluminando con tonalidades de arco iris los lugares a los que llega su luz. Frío, en verdad, debe ser el corazón que no sienta que aquí puede venerar a Dios en un templo digno de su fe. Las enormes proporciones del edificio, el color oscuro de la piedra, la ausencia de todo ornamento o detalle, la misteriosa luz que inunda todo el edificio, todo se une para producir una impresión que permanecerá en la memoria grabada con caracteres indelebles.

Las formas de la arquitectura gótica que elevan la mente hacia el firmamento siempre parecen armonizar mejor con la fe cristiana que con ninguna otra, y un templo como este provoca en la mente sentimientos que nunca se han experimentado antes, ni siquiera bajo la majestuosa cúpula de San Pedro. Los altísimos pilares, los arcos ojivales que se pierden en las bóvedas de arista que hay por encima se acentúan mucho más en la oscuridad que reina en la Catedral de Sevilla, haciendo que cada objeto sea bastante imperceptible y dejando rienda suelta a la imaginación como para detenernos en todos y cada una de las interpretaciones que podamos imaginar; llenando de espiritualidad cada una de las lineas y descubriendo mil significados que ni siquiera el propio arquitecto habría imaginado.

Y ¿quién levantó este edificio? La historia no ha conservado su nombre. El nombre del arquitecto que diseñó los planos sigue sin conocerse aunque se menciona a varios que supervisaron los trabajos durante su construcción. En 1401 el Dean y Capítulo y otros dignatarios de la Catedral de Sevilla se reunieron para decidir la construcción de una nueva iglesia, puesto que la que tenían, la antigua Mezquita, estaba amenazando con derrumbarse. Después de las debidas deliberaciones decidieron construír una catedral tan bella y magnífica que no tuviera igual; y si las rentas no fueran suficientes para su construcción ellos darían todo lo que fuese necesario y de ese modo dedicarían sus

LA CATEDRAL, SEVILLA

fortunas al servicio de su Dios. Su construcción duró más de cien años y no estuvo finalizada hasta 1519.

La nave se eleva a una altura de 146 pies. Hay seis naves laterales; cuatro tienen la misma altura aunque ninguna es tan elevada como la nave central y esta circumstancia es una de las peculiaridades que contribuye a la grandiosidad de la Catedral. Las dos naves laterales están separadas con rejas y divididas en capillas. Su planta no tiene forma de cruz sino que es un simple paralelogramo, la forma que tenía la Mezquita sobre cuyo solar se levantó. No está coronada por una cúpula como lo suelen estar estos edificios, pero las aristas del techo abovedado entre el altar mayor y el coro, que aquí se eleva a una altura de 170 piés, están elaboradamente decoradas con magnífica tracería gótica y el resto permanece bastante liso. Como suele ocurrir, la longitud y la anchura está lamentablemente interrumpida por el coro que al estar situado en el centro de la nave, intercepta la vista y hace imposible obtener una visión completa. El altar mayor está rodeado por una bonita reja de hierro magníficamente dorada; fue terminado en 1533 y es obra del fraile Francisco de Salamanca. A la gente no le está permitido entrar a este recinto, pero en las grandes ocasiones cuando asisten los miembros del Ayuntamiento, estos tienen asientos dentro de las rejas; este era el lugar que antiguamente ocupaba el Tribunal de la Inquisición. Cuando la Infanta, asiste a algún acto religioso en la Catedral tiene un trono erigido para ella al lado derecho del altar, también dentro de la reja. Detrás del altar mayor se levanta uno de los retablos más esplendidos de España. Está tallado en alerce, una madera que solía ser abundante aunque ahora ha desaparecido por completo de la faz del país. Es de arquitectura gótica, dividido en treinta y seis espacios como hornacinas y en cada una de ellas se representan escenas de la vida de Nuestro Salvador; las figuras son casi a tamaño natural y están esculpidas de manera exquisita. Es un triunfo del arte pero desafortunadamente la oscuridad que inunda el edificio impide que se puedan contemplar con detalle.

Hay algo indescriptiblemente grandioso en este templo; no hay imágenes chabacanas – ninguna decoración de oropel le resta simplicidad. Siempre y a todas horas del día

nos revela una nueva belleza – por la mañana temprano, cuando el sol naciente proyecta sus rayos a través de las vidrieras, dorando aquí y allá alguna gigantesca columna, y unos cuantos fieles madrugadores están salpicados por los laterales oyendo las misas celebradas en las distintas capillas. A mediodía cuando las puertas están cerradas y aparece mostrando sus espléndidas proporciones, sin una sola persona que perturbe la tranquila grandiosidad de la escena; y al crepúsculo cuando las distintas tonalidades del sol poniente que entran por las vidrieras, la hacen brillar con la luz de las piedras preciosas como esmeraldas y rubies y el propio edificio se va envolviendo en una paulatina oscuridad.

En festividades tales como el Domingo de Resurrección, cuando la iglesia despliega toda su pompa y ceremonial, el espectáculo durante la misa concelebrada no tiene rival. Entonces los estremecedores sonidos del órgano llegan a los oídos con tonos profundamente piadosos resonando a través de sus elevadas naves; la luz del sol que entra ilumina el crucifijo que hay encima del retablo, mientras nubes de incienso ascienden hasta el abovedado techo y la gran multitud que hay por todas partes, permanece arrodillada en muda y silenciosa plegaria en el momento de la consagración. Y luego, cuando la sagrada Forma es expuesta y el altar está decorado con sus ricas estatuas y con su espléndido retablo de plata maciza, iluminado por infinidad de velas y coronado por su custodia cubierta de piedras preciosas, el efecto es mágico, ya que el resto del edificio está envuelto en la más profunda penumbra y el propio altar se destaca como una pirámide de luz entre la oscuridad que lo rodea. Es bello en todo momento; lleva a la mente a la meditación; un sentimiento de sobrecogimiento religioso se apodera del alma y sientes que es un privilegio poder rezar al Todopoderoso en un templo como este.

Detrás de la Capilla Mayor, en una capilla grande y noble pero que no es de arquitectua gótica, reposan los restos de San Fernando, quien le arrebató Sevilla a los moros. El murió aquí poco después de la Reconquista en 1552. Su hijo Alfonso X el Sabio está asimismo enterrado aquí al igual que María de Padilla, la famosa amante de Pedro el Cruel. El cuerpo de San Fernando está situado delante del altar mayor y en el retablo

hay colocada una imagen de la Virgen de los Reyes, la protectora preferida del piadoso monarca. Otra pequeña imagen de la Virgen llamada Santa María de la Sede, a la que está dedicada la Catedral, se encuentra en la Capilla Mayor. Se dice que la Virgen de los Reyes tuvo un origen milagroso.

Durante el asedio San Fernando soñó con una bella estatua de la Virgen y mandó llamar a todos los artistas de su corte para que hicieran realidad la visión de belleza celestial que se le había aparecido a él. Muchos fueron los que intentaron satisfacer a su soberano pero fue en vano; por último uno se presentó y prometió realizar una estatua tal y como él la deseaba. El acordó que tendría que tener una casa para él y provisiones para quince días y que nadie debería molestarlo durante ese período. Pasó el tiempo estipulado, incluso algo más, pero no hubo ninguna señal del escultor y el impaciente soberano ordenó que irrumpieran en la casa; allí se encontraron las provisiones intactas y la imagen de la Virgen terminada, idéntica a la que se le había aparecido a San Fernando en su sueño. Pero el artista se había marchado y no se pudo encontrar ninguna pista de él, y la conclusión natural a la que se llegó fue que había sido obra de manos sobrenaturales y por consiguiente la imagen comenzó a ser venerada. Nadie se ha atrevido jamás a examinar esa estatua para descubrir de qué material está hecha y aunque los españoles se sienten bastante libres y confiados ante tales imágenes en general, ellos han dejado esta sin tocar. Sin embargo, los chismosos comentan que en una ocasión, un inquisitivo canónigo lleno de curiosidad, de manera muy injusta considerada un atributo esencial del sexo débil, realmente se atrevió a mirarla de manera pecaminosa y tocó la bordada túnica; su temeridad fue castigada con una ceguera repentina que puso un eficaz final a sus descubrimientos.

En la capilla contigua de San Pedro hay un retablo que tiene algunas bellas pinturas de Zurbarán, pero esta parte de la Catedral, en particular, se encuentra tan terriblemente oscura, que es practicamente imposible verlas de manera adecuada. Un pequeño altar en el crucero norte, cerca de la entrada principal desde el Patio de los Naranjos, tiene un bonito cuadro de la Virgen y el Niño realizado por Cano. Esta es una de las joyas de la

Catedral – una divina Virgen llena de espiritualidad parecida a las Vírgenes de la escuela italiana ideal y bella; un rostro tal como para ser la bendita madre de nuestro Señor. En el mismo lado, en la capilla donde se encuentra la pila bautismal, está el famoso San Antonio de Murillo, considerado por muchos su obra maestra. El Niño Jesús se aparece al Santo entre una gloria de querubines, bellísimo, como suelen ser por lo general todas las creaciones de Murillo; el Santo está arrodillado ante la divina visión.

Sobre un altar cerca de la entrada principal hay una bonita pintura del mismo gran maestro: el Ángel de la Guarda, que lleva un niño de la mano. El niño es exquisito, con una dulce y confiada expresión, mira hacia arriba al Ángel que le va señalando al cielo con la mano. Sin embargo, ninguna de estas pinturas puede realmente verse ni examinarse; la oscuridad en la Catedral contribuye a su grandiosidad de conjunto, pero realmente impide que se pueda contemplar la belleza de las pinturas que adornan las capillas. También hay dos cuadros dignos de mención realizados por Luis de Vargas uno de la Natividad y el otro llamado «La Generación» en el que se representa a Adán y los patriarcas mirando hacia arriba a la Virgen que aparece con su Hijo entre las nubes. Se le conoce mejor por el nombre de «La Gamba» por el magistral escorzo de la pierna de Adán. Vargas había nacido en 1502 y estudió durante muchos años en Italia; él es uno de los primeros pintores de renombre en la Escuela de Sevilla y sus obras tienen el sello del estilo italiano más evidente que las del resto de maestros españoles.

Un San Cristobal gigantesco adorna el muro cerca del altar sobre el que está pintada la Gamba. Es obra de Mateo Perey Alesio y tiene más de treinta pies de altura. Este Santo siempre se representa cruzando un río con una rama de palmera en la mano derecha y llevando al Niño Jesús sobre el hombro y con una ermita que se ve a lo lejos. La figura de este Santo aparece frecuentemente pintada a la entrada de las iglesias ya que cuando San Cristobal fue martirizado, rogó para que todo aquél que estuviera presente y que creyera en el Salvador no sufriera a causa de la tempestad, los terremotos y el fuego. De ahí surgió la superstición de que, «Cualquiera que contemple la imagen de San Cristobal, durante ese día estará sano y salvo». La leyenda que ha dado lugar al modo en el

que se le representa por lo general es quizás una de las más bellas alegorías expresadas por el arte cristiano. Está maravillosamente bien descrita por la Señora Jameson en su obra *Sacred and Legendary Art*.

Es extraño las pocas personas que se interesan por estas leyendas de los albores de la Cristiandad y como pasamos haciendo caso omiso a temas que han fascinado el lápiz de los más grandes pintores, con la reflexión satisfactoria de que «ellos prefieren algunos santos a otros» sin preocuparnos nunca de saber el origen de la leyenda, o estar al tanto de qué bella alegoría puede estar oculta bajo la historia que estas pinturas intentan representar.

Una capilla muy bonita está dedicada a la Virgen de la Antigua. Las rejas de plata y otros ornamentos del altar son muy costosos. En el retablo hay una vieja pintura bizantina que se dice que había estado en la Mezquita durante toda la dominación árabe. En una capilla contigua hay un viejo sepulcro de un prelado y el retablo está decorado con una estatua de San Hermenegildo obra de Montañés.

En la nave, entre la entrada principal y el coro, en esa parte de la iglesia que en España llaman el trascoro, están depositadas las cenizas de Fernando, el hijo de Cristobal Colón. En una losa de mármol incrustada en el pavimento hay un epitafio en latín y por debajo el escudo con la conocida inscripción de «A Castilla y a León Nuevo Mundo dió Colón». Estas palabras han dado lugar a la archirrepetida afirmación de que el propio Colón fue enterrado aquí, si bien sus huesos descansan en La Havana, en el Nuevo Mundo que él descubrió. A cada uno de los lados de la lápida hay grabados dos barcos de extraña apariencia, copias de las carabelas que llevaron al gran navegante a través de las aguas del Atlántico.

Estos son pues algunos de los principales objetos de interés de los que este maravilloso edificio puede presumir; y además de estos está la Sala Capitular y la Sacristía. En esta última aún se puede encontrar lo poco que queda de los tesoros que antes tenía de jo-

yas, oro y plateados, antes de que la mano del invasor despojara las iglesias de todas sus riquezas. La Sacristía es un bonito edificio estilo greco-romano. Aquí se guarda la bella Custodia de plata de Juan de Arfe. Tiene forma de templo y de exquisito trabajo de artesanía. Los Arfes fueron los Cellinis de España. Ellos prosperaron en Valladolid aproximadamente a mediados del siglo dieciséis. En casi todas las catedrales se conservan algunos vestigios de sus obras de artesanía. Sin embargo fue mucho lo que se destruyó durante la invasión francesa cuando obras maestras que jamás podrán ser reemplazadas fueron fundidas o se las llevaron. La Custodia es el tabernáculo en el cual se deposita la Sagrada Foma el Jueves Santo y donde se lleva en procesión por las calles en la festividad del Corpus. Hay varios calices muy bonitos y relicarios de elaborada factura; y entre muchos objetos muy valiosos, los más interesantes son las llaves entregadas a San Fernando cuando Sevilla se rindió.

La llave idéntica que se dice que fue entregada por el jefe musulmán está hecha de hierro y tiene la siguiente inscripción en árabe: «Permita Allah que el imperio del Islán perdure en esta ciudad para siempre». Antiguas autoridades dicen que la afirmación de la inscripción es la misma que la que está escrita en la llave de plata y que dice en español: «Diós abrirá, Rey entrará». Está última fue entregada a Fernando por los judíos después de la Reconquista. La primera interpretación parece bastante más en consonancia con una inscripción árabe y así también ha sido decidido - que esto es correcto - por el célebre erudito Don Pascual de Gayangos, de acuerdo con la afirmación de Amador de Ríos en su «Sevilla Pintoresca».

Entre las cosas que merece la pena observar en este museo del arte hay una magnífica cruz utilizada para grandes ceremonias, el espléndido candelabro para las velas utilizado en los maitines durante los tres últimos días de la Semana Santa, y los maravillosos ornamentos del clero con los retablos del altar. La Sala Capitular es un bello salón plateresco de la misma época de la Sacristía y está adornado con pinturas de Murillo, Céspedes y Pacheco. En la esquina opuesta de la Catedral se encuentra el Sagrario o iglesia parroquial. Es un gran edificio alargado que no destaca por nada en particular.

En esta Catedral tiene lugar una ceremonia muy singular y que es bastante peculiar de Sevilla – se trata del baile ante el altar mayor durante la octava de la festividad del Corpus y de la Concepción y los tres últimos días del carnaval. Los actores principales en esta extraordinaria escena son los Séises; niños que pertenecen a la catedral cuyo número originalmente era de seis, como su propio nombre indica, pero que en realidad son diez. Se sitúan en el espacio que hay delante del altar mayor dentro de las rejas. Hay cinco de pie a cada lado, unos enfrente de otros y comienzan con un lento y controlado movimiento, cantando himnos a la patrona de España y llevan el ritmo con sus castañuelas de marfil, que son un extraño acompañamiento a la orquesta y que sorprende como algo bastante discordante con la santidad del edificio. Danzan durante aproximadamente media hora y luego los formidables órganos emiten sus elegantes notas que se extienden por sus abovedadas naves. La cortina oculta la Sagrada Forma y las campanas de la Giralda tocan mientras que la muchedumbre que se ha reunido para contemplar el baile abandona la Catedral. Estos niños están vestidos con trajes del siglo diecisiete. Llevan túnicas de seda blanca y azul, sus sombreros tienen un penacho de plumas, llevan sujeto un echarpe que se extiende sobre sus hombros y un manto de seda les cuelga por detrás.

La Catedral de Sevilla presume de ser la única donde se permite la danza, pero no parece que exista ninguna versión auténtica de cómo se originó una costumbre tan singular. Una tradición en la ciudad los hace remontarse a la conquista de Sevilla por los moros; dicen que cuando los infieles entraron en la iglesia, un grupo de jóvenes comenzó a bailar delante de ellos y continuaron danzando hasta que llegaron al altar mayor de donde uno de ellos cogió la Sagrada Forma y escondiéndola en sus ropajes se las ingenió de ese modo para salvarla de las manos de los musulmanes; y en su recuerdo a ellos se les ha permitido bailar delante de ella. Esta es, sin embargo, una leyenda muy dudosa; esta práctica de manera más general se supone que sea un vestigio de las danzas que acompañaban la Procesión del Corpus en sus comienzos. Se menciona que ya existían en la Catedral, en una Bula papal fechada en 1439.

Otra historia dice que un arzobispo de Sevilla que vivió a finales del siglo diecisiete, tenía mucho interés en suprimir la danza de los Séises al considerarla una exhibición impropia de la santidad de la Catedral. El Deán y el Cabildo estaban tan indignados que los enviaron a todos en un barco a Roma para que bailasen delante de Su Santidad para que él pudiese juzgar por medio de la experiencia personal si existía algo indecoroso en sus actuaciones. A ellos les permitieron continuar y se les confirmó su privilegio de poder bailar con las cabezas cubiertas delante del Santísimo Sacramento; pero este privilegio sólo continuaría mientras durasen los trajes que entonces ellos llevaban, razón por la cual sus ropas nunca son completamente renovadas manteniendo todavía algún trozo de los viejos trajes.

Sea como sea allí continuan bailando con la música de las castañuelas delante del altar de la Catedral cada vez que hay una festividad. Pertenecen principalmente a la clase media y suelen ser hijos de comerciantes. Ninguno puede aspirar a formar parte de los seises después de haber cumplido los diez años de edad; parece que en el Cabildo ya no son tan buenos expertos en música como solían serlo ya que las voces de los seises ahora no reflejan mucho rigor en lo que respecta a su selección y eso que ellos solían ser las mejores voces del coro.

Los actos religiosos en la Catedral se llevan a cabo con toda solemnidad. Hay generalmente un sermón que se dice los domingos por la mañana durante la misa concelebrada: estos discursos son muy buenos por regla general y el texto casi siempre se saca del evangelio del día sin que el sacerdote toque casi nunca ningún tema polémico. Los sermones de este último tipo por regla general se reservan para los Novenarios, o celebración de nueve días de festividades particulares, momento en el que se escogen los más elocuentes predicadores. De todas las lenguas europeas, es probable que la lengua española sea la que más sorprende al oido por ser la más noble desde el púlpito. La grandiosidad de su sonido, sus frases altisonantes, la gravedad y solemnidad de su tono, la hacen de hecho la lengua de la oratoria. El estilo completamente grandilocuente que a oidos ingleses suena tan absurdo en los asuntos cotidianos de la vida, se convierte en una belleza adicional del ferviente discurso. Algunos de sus predicadores pueden presumir de una magnífica elocuencia; ellos inciden en la imaginación a través de su lenguaje entusiasta y poético que

en ese momento te transporta, aunque, cuando reflexionas, hay bastante poca enjundia en sus sermones. De hecho, lo crítico y lo polémico no se adecuan a la influencia del lenguaje. Todos se dicen como si se estuvieran improvisando, pero en muchos casos se preparan con gran cuidado y mucho estudio. Durante el año hay dos sermones históricos muy interesantes, uno en el aniversario de la rendición de Sevilla y el otro el domingo siguiente a la proclamación de la Bula de la Santa Cruzada. Estas dos ocasiones le dan al sacerdote una buena oportunidad para extenderse sobre las antiguas glorias de España, el triunfo de los ejércitos castellanos, y el infatigable zelo que nunca relajó sus esfuerzos hasta que la Media Luna fue derrotada y que hizo obtener para sus habitantes privilegios que no se habían otorgado a ninguna otra nación de Europa. La Bula de la Santa Cruzada fue otorgada por Inocencio III a los cruzados españoles y es una dispensa que permite a los españoles comer carne en Cuaresma y en otros días de fiesta. Esta suele comprarse en general por la enorme suma de cinco reales, casi un chelín, pero la cantidad puede variar de acuerdo con los ingresos. Al principio, el dinero que se conseguía por este medio se enviaba para lograr los objetivos de la cruzada y posteriormente a la iglesia; pero en la actualidad supone una partida a tener en cuenta en el presupuesto anual, hinchando de forma considerable las arcas del estado. Un español ha definido esta Bula como que es «el peor papel y el más caro vendido en España».

El clero puede presumir desde sus púlpitos de la forma en la que España aún conserva la fe de sus antepasados. ¡De palabra, es verdad que lo hace, pero de hecho, qué pena! ¡Qué poco queda de esta pureza! Entre las clases más bajas aún parece que queda algo, y por las mañanas todavía se puede ver que las iglesias rurales están llenas de devotos, pero en las ciudades y entre las clases media y alta, todo sentimiento verdaderamente religioso parece estar casi muerto. En lo que a ceremonial externo se refiere ellos aún parece que siguen las directrices de la iglesia, pero en cuanto a la fe y a la verdadera creencia, es muy poco lo que queda; la influencia del clero ha desaparecido y los españoles que nunca se han resistido a reirse a carcajadas de los sacerdotes, han terminado contemplando la propia religión con indiferencia. El tono de su conversación es triste de oír. Muchas pueden haber sido las causas, pero sin lugar a dudas muchas de estas deben atribuirse al propio clero; si su con-

ducta hubiese sido la que tendría que haber sido, si ellos hubiesen inculcado el espiritu de su fe por medio de sus palabras y lo hubieran ilustrado con sus actos, no habrían caído tan bajo como lo han hecho y no habrían provocado tal descrédito en la religión que profesan. Por supuesto yo me estoy refiriendo a la institución ya que, sin lugar a dudas, siempre ha habido entre ellos y todavía hay muchos hombres dignos de estima.

El espíritu de intolerancia que ha prohibido el ejercicio público de cualquiera de las creencias a excepción del credo dominante en España, ha obligado a todos aquellos que no pueden asumir sus doctrinas con verdadera fe a convertirse en personas bastante incrédulas, ocultando su falta de fe por medio de una aceptación de todo el ceremonial externo, mientras que el escepticismo ha tomado posesión de sus corazones. Dejemos que a todos se les permita el libre ejercicio de sus opiniones y el país ganará en muchos aspectos. El clero debería ser más cauto en su conducta y abandonar miles de ceremonias vanales que desfiguran la Iglesia de España. Ellos están completamente equivocados si imaginan que alentando estas cosas ellos ganan más predicamento entre la gente, incluso dejando aparte la inmoralidad del engaño. Ellos pueden estar por encima del ignorante que cree todo lo que le han dicho, pero todos aquellos que tienen sentido común y su propio juicio, comienzan a dudar, y cuando la duda ha entrado una vez en la mente humana, ¿quién puede decir dónde se va a detener? ¿se contentarán alguna vez con eliminar de un plumazo todas las ceremonias vacías y dejar la escena intacta? El gobierno de Bravo Murillo ha estado intentando volver, al menos en cierto grado, al anterior estado de cosas y restaurar el poder del clero restableciendo las órdenes eclesiásticas. Para este fin se ha firmado la paz con Roma, cuyo Romano Pontífice no había contemplado a España con mirada favorable desde el período en el que las propiedades de la Iglesia fueron confiscadas. Se ha firmado un Concordato; conventos y monasterios van a permitirse en España y los conventos van a volver a recibir monjas y frailes dentro de sus muros.

Una verdadera mania ha hecho mella en todas las jóvenes desde que se otorgó este último permiso y ahora los conventos se están llenando muy rápidamente. Sólo en Sevilla han entrado entre trescientas y cuatrocientas aunque cuantas permanecerán para tomar sus

votos definitivos es algo que aún queda por ver. Las monjas que estaban en los conventos en el momento de su disolución es probable que se hayan ido y que volvieran al mundo, pero casi ninguna a lo largo y ancho de España se aprovechó de este permiso. A las que lo hicieron se les concedió una peseta al día, apenas un chelín, pocos son los que pueden hacerse una idea del sufrimiento que tuvieron que soportar dentro de aquellos muros durante varios años después; su reducido estipendio en ocasiones ni siquiera se les pagaba y muchas de ellas que no tenían parientes bondadosos a los que poder recurrir en busca de ayuda, estaban medio muertas de hambre. Pero aún así permanecieron en sus conventos, y verdaderamente tristes debieron haber sido los sentimientos de las desgraciadas monjas al encontrarse de ese modo reducidas a la mendicidad; muchas de las cuales, incluso, habiéndo aportado pingües dotes. Los conventos comenzaron a quedarse desiertos ya que las monjas fueron muriendo y no se permitió que entrase ninguna más; sin embargo ahora su número se está incrementando con rapidez. Todas las que hacen sus votos están obligadas a tener una fortuna de catorce mil reales, unas ciento cincuenta libras.

Nosotros fuimos a ver a una hacer sus votos de novicia en el convento de Santa Paula, que en otros tiempos había sido rico y en que sólo se permitía que entrasen las jóvenes de sangre noble. La entrada de la iglesia es muy bonita y curiosa, una especie de arquitectura gótica, todo rodeado por una fila de azulejos y el «Tanto Monta» lema de los Reyes Católicos. La iglesia del convento tiene un interior muy bonito; la reja que divide la parte asignada al público de la reservada a las monjas está delante del altar mayor. Sólo había unas cuantas personas presentes puesto que el acto ya no es tan novedoso. La propia novicia estaba vestida de blanco y por cierto iba muy mal vestida. Ella entró en el convento justo al llegar, mientras que sus amistades y parientes permanecieron fuera en la iglesia. Había una orquesta que estaba tocando polkas y la cortina que se había bajado por delante de la reja impedía que se pudiese ver nada de lo que estaba ocurriendo en el interior. Cuando se corrió la cortina, vimos una escena muy poco iluminada y misteriosa detrás de la reja; las monjas con sus velos negros se colocaron a ambos lados de la capilla del convento, cada una con una vela en la mano; las novicias con sus velos blancos estaban colocadas en el centro; detrás de ellas había una mesa en la que

estaba colocada una figura pequeña del Niño Jesús, rodeada de flores y de todo tipo de ornamentos. La propia joven se iba moviendo y se acercó varias veces hacia la reja con una vela en la mano; el órgano tocaba y las monjas parecía que estaban cantando pero la música realmente ahogaba sus voces. La cortina se cerró y luego se volvió a abrir y comenzó el segundo acto; la novicia apareció vestida con el hábito de la orden, con una enorme corona plateada y rosas en la cabeza. Ella se despidió de sus amistades y luego se cerró la puerta y ella se dirigió a las monjas para abrazarlas.

Hay algo triste y solemne en ese beso, esa bienvenida como si fuera una nueva vida, esa ruptura de todas las ataduras terrenales, en esa completa y absuluta devoción al alma de Dios. Es una visión impresionante y no se puede evitar meditar si la principal actriz de la escena ha pensado en serio sobre la vida a la que está a punto de entrar; y con todo y con eso nadie de los presentes parecía que contemplaba el hecho de una manera solemne.Todos estaban riendo, hablando y haciendo distintos comentarios sobre todo lo que les rodeaba; en particular, la atención de las mujeres estaba dividida entre el vestido de novicia y el que llevaba la imagen que había en el centro. De todas formas, su noviciado estaba justo comenzando y ella aún tiene tiempo de volver al mundo si se da cuenta de que esta vida de aislamiento no le es agradable. Una joven que entró en el convento como novicia hace poco tiempo ¡dejó el convento a los cuatro días! De todos modos las monjas parecen muy felices e incluso disfrutan del cotilleo más que cualquier persona que yo haya visto en mi vida. El regocijo cuando llegan visitantes no tiene límites y estoy segura de que ellas conocen todos los escándalos de la ciudad mejor que los que viven en ella. Su conversación es divertidamente simple y pueden explayarse toda una hora sobre las túnicas que hacen para sus imágenes y sobre el modo en el que decoran el altar; de hecho el tono general de su comportamiento es pueril y frívolo. Una monja a la que fui a visitar un día me tuvo durante una hora hablándome de la belleza de una imagen de no sé que santo que la congregación había comprado en la tienda de un prestamista. Habían oído hablar de ella y la compraron por cuarenta reales, y luego ella añadió: «Ahora lo hemos vestido con un traje nuevo, no se puede usted hacer idea del aspecto tan atractivo y bonito que tiene».

CAPÍTULO VII

PINTURAS – IGLESIA DE SAN ISIDORO – MUSEO – LA CARIDAD – LA CASA DE MURILLO – EL DEAN CEPERO – LA IGLESIA DE LA UNIVERSIDAD – EL ALCÁZAR – LA LONJA – HURTOS A LOS TURISTAS INGLESES – BIBLIOTECA DE LA CATEDRAL – SAN TELMO – LAS DELICIAS – TORRE DEL ORO – TRIANA – GITANOS – BAILES – PLAZAS – RETRATO DE LA REINA – CASA DE PILATOS – SOCIEDAD – HABLANDO EN LA REJA - MATRIMONIOS – EL TEATRO – FÁBRICA DE TABACO – INSTITUCIONES DE CARIDAD – LA INFANTA.

TALKING AT THE REJA.

Magnífico es el Alcazar
Con que se ilustra Sevilla
Deliciosos sus jardines
Su escelsa portada rica.

DUQUE DE RIVAS

La iglesia de San Isidro tiene una obra maestra de Roelas que representa un santo moribundo en la iglesia de San Vicente. Es una composición espléndida pero está iluminada con una luz que hace difícil apreciar toda su belleza. Roelas fue uno de los primeros grandes pintores de la Escuela Sevillana. Nació aproximadamente en 1560 y como muchos otros que dieron lustre a las artes y literatura españolas, él pertenecía a la iglesia y tenía un prebendado en la iglesia colegiata de Olivarez[35]. Muchas de las mejores pinturas que estaban en los conventos de Sevilla se han reunido en el convento de La Merded, ahora convertido en museo, cuyos muros están adornados por algunas de las obras más escogidas de Murillo. Durante algún tiempo estuvieron guardadas en la Catedral, pero en 1480 fueron trasladadas al convento que había sido preparado para recibirlas. Algunos cuadros se han colocado en la vieja iglesia que tiene el edificio pero la mayor parte están colocados en algunas salas de la planta superior. El convento de la Merced fue construido por San Fernando; tiene dos bellos patios y en el centro del más grande hay varios sauces llorones gigantescos. La sala a la que los viajeros

obviamente se dirijen con paso impaciente es a la que contiene las joyas de la magistral mano de Murillo y que suman diecisiete.

Aquí los muros resplandecen con sus pinturas que en justicia son consideradas el orgullo de Sevilla. Aquí pueden verse las distintas formas de belleza con las que el gran maestro disfrutaba pintar a la Vírgen; la podemos contemplar arrodillada con una sumisa y humilde resignación escuchando la buena nueva que el ángel le llevaba a la sierva del Señor; en otra ocasión aparece con el rostro vuelto hacia un santo arrodillado con un glorioso halo de luz y vida, como la reina de los cielos, rodeada por querubines como sólo Murillo podía representarlos. Allí hay también un San Francisco sosteniendo a Nuestro Salvador mientras estaba moribundo en la Cruz, una obra maestra del dibujo; la mano del Redentor descansa sobre el hombro del santo cuyos ojos están fijos en la cruz con una mirada de estática devoción.

Aquí está colgado el lienzo preferido del propio Murillo, un Santo Tomás de Villanueva; es verdaderamente una obra espléndida – la dignidad del prelado contrasta de un modo muy convincente con la mísera pobreza de los que están esperando sus donativos; ese niño mendigo delante, el buen obispo, cuyo rostro no se puede contemplar sin un sentimiento de amor y el mendigo, que parece tener vida, arrodillado a sus pies y esperando con avidez la mano abierta. Luego la vista se detiene sobre la tenue y neblinosa imagen de San Félix de Cantalicio, una obra exquisita al igual que la de San Antonio arrodillado ante una roca en la que aparece el Niño Jesús sentado sobre un libro abierto, señalando a la celestial visión que se aparece por arriba. Las dos santas patronas de Sevilla son dos figuras bellas y robustas, como no podía ser de otra forma, teniendo en cuenta que entre las dos están cogiendo la Giralda, una carga demasiado pesada de manejar para las manos de dos bellas damiselas; ellas llevan la hoja del palmera – emblema del martirio – y los jarrones de barro a sus pies recuerdan su trabajo como vendedoras de cerámica de Triana. Representada realmente con toda expresividad, hay una pequeña Vírgen con el Niño más conocida como La Servilleta, puesto que fue pintada en una servilleta y ofrecida como regalo de despedida al cocinero del convento de los Capu-

chinos. El propio Niño parece que se sale del lienzo, pero genial como es el colorido de este famoso cuadro, pienso que nadie lo admirará a menos que lo llamen con cualquier otro nombre. No hay nada celestial en la expresión de la Virgen, por el contrario, todo en ella es terrenal.

Hay otras muchas pinturas repartidas por entre los distintos muros del convento, pero casi ninguna de ellas llama la atención. Algunas son irresistiblemente ridículas, representando todas las tristes tentaciones a las que tanto el pobre San Francisco como otros fueron expuestos durante su vida en «este mundo de aflicción». Sería difícil reprimir una sonrisa ante algunas de estas extrañas obras, donde los santos aparecen perseguidos por su Sátanica Majestad disfrazado de todo lo que se pueda imaginar, siendo muy frecuente que se represente vestido de mujer quien «con una mirada azul completamente pecaminosa», se esfuerza en distraer su atención. También el vestuario de estas extraordinarias obras no es la parte menos divertida ya que esos primeros pintores dejan a un lado cualquier consideración en cuanto a la época, y tanto el tiempo como la vestimenta siempre y de forma indiscriminada aparece limitada a los trajes de la época caballeresca y otras cosas igualmente ridículas, como por ejemplo, en un cuadro de la Anunciación atribuido a Pacheco en el que la Virgen tenía un rosario y un par de gafas colgadas en la pared.

En la iglesia que ahora ya no se utiliza hay dos o tres cuadros muy buenos. Uno es la famosa Apoteosis de Santo Tomás de Aquino, considerado como la obra maestra de Zurbarán. Este pintor había nacido en Extremadura en 1598; fue discípulo de Roelas y pintó a los fráiles de la orden de los cartujos con tanta pasión como lo hizo su maestro con los de Loyola. En cuanto a su composición, el cuadro no es agradable; está dividido en dos partes; en la parte superior aparece el santo y por debajo de él se pueden ver a los cuatro doctores de la Iglesia Católica sentados sobre nubes mientras que en la parte inferior de la obra se ve a Carlos V arrodillado ante una mesa rodeada de obispos y cortesanos. La transición entre las partes superior e inferior es violenta. Aquí falta el tono aéreo de Murillo; pero el colorido es espléndido y los ropajes del César *Imperator* son

dignos de la Escuela Veneciana. Hay otras obras del mismo maestro y un bonito martirio de San Andrés de Roelas. Por encima del Zurbarán cuelga una gran Concepción de Murillo de tamaño colosal.

De todas formas ahora en el museo venden un catálogo pequeño que ilustra a la gente en lo que se refiere a los nombres de los cuadros y sus autores, de hecho esta información no se podía conseguir hace varios años. Aquí hay unos cuantos ejemplos de escultura policromada; el San Jerónimo de Torrigiano y el Santo Domingo de Montañés, el primero en terracota y el segundo de madera. Torrigiano fue el mismo que realizó el sepulcro de nuestro Enrique VII en la Abadía de Westminster. El murió en las mazmorras de la Inquisición en Sevilla a las que fue arrojado por haber despertado la ira de uno de los nobles de esta ciudad. Montañés había nacido en Alcalá[36] a finales del siglo dieciseis. En Sevilla se pueden ver muchas pruebas de su extraordinario talento como escultor. Una de sus obras más famosas fue un Cristo llevando la Cruz que él mismo admiraba tanto que siempre se colocaba en la esquina de una calle para verlo pasar cuando lo sacaban en procesión. Antiguamente pertenecía a este convento y ahora se encuentra adornando la iglesia de San Miguel. También hay aquí algunas sillas magníficamente talladas que estaban en el coro del convento de la Cartuja. El museo sólo está abierto al público los domingos y los días de fiesta pero los viajeros pueden visitarlo siempre que soliciten una entrada.

En el hospital de la Caridad aún se conservan unas pocas obras maestras de Murillo. Este es un establecimiento para las personas postradas en cama fundado en el siglo diecisiete por un devoto y pio caballero de Calatrava llamado Mañara. Él fue enterrado en una bóveda en el edificio y respetando su deseo, hay una inscripción en una placa en la puerta de la iglesia recordando que «allí yacen los huesos y las cenizas del peor hombre que haya vivido jamás». La bonita capilla estaba decorada con muchas joyas de Murillo y aunque algunos de los cuadros se los llevaron para adornar los muros de la mansión de Soult en París aún quedan unos cuantos. Los dos más famosos son Moisés golpeando la Roca y el Milagro de los Panes y los Peces. En este último la figura de Nuestro Salvador

no está lo suficientemente destacada. No hay nada que pueda ser más majestuoso que la figura de Moisés y toda la composición es maravillosa.

Uno no puede evitar sorprenderse ante el sigular parecido que presenta la roca con la que aún le muestran a los viajeros los monjes del Sinaí como escenario del milagro. Estos cuadros, de todas formas se ven bastante mal, colgados como están, a una gran distancia de la vista y sin que en ningún caso tengan un colorido tan brillante como el que en general tienen los de Murillo. El cuadro enorme de San Juan de Dios es una obra con mucha fuerza; la oscura figura del santo y el enfermo que él lleva con gran dificultad, aparecen en sombra, mientras que toda la luz se concentra en el ángel que llega a ayudarle. Esta institución está admirablemente gestionada y los pacientes son atendidos por las Hermanas de la Caridad. Un día cuando nos entretuvimos en la iglesia todas las hermanas estaban dedicadas a sus devociones. Al ver a aquellas mujeres piadosas arrodilladas ante el altar de Él a cuyo servicio habían dedicado sus vidas, había algo muy sosegado y de una gran santidad en la escena en ese templo levantado por la mano de la caridad, adornado con el triunfo del arte. La Hermandad de la Caridad es ciertamente una de las instituciones más admirables del mundo y sería de desear que puedan encontrar personas devotas para engrosar sus filas para que durante mucho tiempo puedan continuar llevando a cabo las buenas obras para las que San Vicente de Paul estableció su orden.

Todavía hay otro lugar de peregrinación que hay que visitar en Sevilla, la casa donde murió Murillo, habitada ahora por el Dean, Don Manuél Cepero, un hombre que se ha esforzado para conservar cualquier vestigio de arte antiguo que aún honra la ciudad de Sevilla. De hecho casi todo lo que se ha hecho en los últimos años le debe a él. El evitó que los Murillos fuesen destruidos guardándolos en la Catedral, y fue él quien hizo que la iglesia que pertenecía a la Universidad, antiguamente Casa Profesal de los Jesuitas, se adecuara para acoger algunas de las tumbas que estuvieron a punto de compartir la suerte del convento en el que habían sido levantadas. La iglesia de la Universidad es un templo muy bonito que presenta en cierto modo el estilo esplén-

dido y clásico de Herrera a quien ha sido atribuida; aunque generalmente se supone que fue levantada por un Jesuita, Bustamante, quien prosperó en el siglo dieciséis. Cuando los seguidores de Ignacio fueron expulsados de España por Carlos III en 1767, el edificio fue entregado a la Universidad; las mejores pinturas se sacaron de la iglesia y fueron llevadas al Alcázar, y allí permanecieron abandonadas hasta que el Deán pensó en convertirlo en un museo de arte. Los retablos churrigueresco que adornaban sus muros fueron desmontados y reemplazados por bellos monumentos de la Cartuja y otros edificios monásticos; y aquí hay muchos sepulcros de la familia Ribera, Marqueses de Tarifa, que ahora están representados por la casa de Medina Celi. Aquí también se puede ver la tumba del gran Marqués, Duque de Cádiz, que había sido enterrado en el convento de los Agustinos de esta ciudad. El nombre de Ponce de León trae a la memoria muchos pasajes en la conquista de Granada; una inscripción que recoge la fecha de su muerte y el traslado de sus restos a esta iglesia financiado por el actual Duque de Osuna, en el que el título de Duque de Arcos se ha perdido. Esta iglesia posee un bello retablo de Roelas en el que se represnta la Sagrada Familia con San Ignacio Martir y San Ignacio de Loyola, los patrones de la orden. Sobre el retablo hay una Anunciación de Pacheco. En la iglesia también hay un púlpito de madera maravillosamente tallado.

El gusto por las bellas artes que impulsó al Deán a restaurar la iglesia de la Universidad le ha llevado a estar muy orgulloso de la casa en la que él reside y donde se piensa que murió Murillo. Está muy cerca de la muralla de la ciudad y sobre la cancela que da a un bonito patio hay colocado un retrato de Murillo con una inscripción en la que se lee que en esa casa murió. No hay nada que pueda superar la amabilidad y la generosidad con la que el Deán acompaña a los viajeros por la casa que él ha llenado de cuadros algunos de gran mérito aunque quizás de dudosa autenticidad. Murillo nació en Sevilla en 1617; pronto mostró gran afición por el dibujo y fue alumno de Castillo. Solía pintar cuadros para venderlos en la feria semanal que aún tiene lugar cada jueves cerca de la Alameda y donde se vende todo tipo de antigüedades entre multitud de golfillos, los verdaderos modelos de los mendigos de Murillo.

Decidido a mejorar viajando y viendo las obras de arte de los artistas extranjeros, él comenzó por Madrid donde pronto avanzó bajo la protección de su gran paisano Velázquez, quién, al igual que él, había nacido en Sevilla. Pero él pronto volvió a su ciudad de origen y comenzó su carrera de gloria realizando las conocidas pinturas del Convento de los Franciscanos. Ahora su fama ya estaba establecida y con el tiempo el dio un gran paso hacia delante para la promoción del arte fundando una academia para pintar en Sevilla de la que él fue el primer director. Murió en 1682 después de una larga vida dedicada a su arte.

Sin embargo, el manto de Murillo no ha caído sobre la moderna escuela de Sevilla; sus pintores en la actualidad no se distinguen por su talento. Algunos de ellos copian bien las obras de su gran maestro pero el gusto por el arte en España no está pensado para suscitar y alentar la genialidad. España nunca ha dado buenos paisajistas. Es extraño que aquí en el sur donde la tierra y el cielo son tan bellos, los hombres nunca hayan intentado copiar las escenas que tienen ante sí, mientras que en las tierras del norte, bajo cielos nublados, el estudio del paisaje se haya desarrollado con tanta pasión. El arte español, más que el de cualquier otro país, se ha dedicado casi exclusivamente a temas religiosos. Las bellezas naturales de su tierra, la gran cantidad de espléndidos edificios que encierran sus ciudades, la pintoresca apariencia de sus habitantes y de sus moradas, no han encontrado a nadie que traslade todos sus distintos detalles al lienzo. Es en verdad cierto que esa devoción a la naturaleza parece más innata en las tierras en la que es menos espléndida con sus dones. Es quizás, que la naturaleza es tan maravillosa en estos climas meridionales que nadie se atreve a imitarla.

Uno de los primeros lugares que por regla general visitan los viajeros después de haber visto la Catedral y las principales pinturas de Sevilla es el Alcázar o Palacio. Originalmente construido por los conquistadores árabes de Sevilla, fue aquí donde el jóven Abdelasis, gobernador de Andalucía, dio su mano a la viuda de Rodrigo y expió con su vida la locura de intentar convertirse en un soberano independiente. Pero el actual palacio tiene poco que ver con sus fundadores. Aunque de arquitectura árabe, fue cons-

truido bajo la supervisión de los cristianos y tiene un sello distinto al de la Alhambra. Más grande y macizo en sus proporciones, no puede presumir de la exquisita elegancia y belleza en miniatura del palacio de Granada, y por mucho que pueda encantar en una primera visita a Andalucía, este parece burdo e interminado para cualquiera que conozca bien los mágicos patios de la Alhambra. El Alcázar fue construido por Pedro el Cruel quien, apasionadamente aficionado a todo lo árabe, envió a buscar a los principales arquitectos de Granada para que viniesen y adornasen el palacio en su amada Sevilla.

Casi todos los soberanos españoles que en un momento u otro de sus vidas han residido aquí, le han ido añadiendo algo. El patio es muy bonito y está rodeado de azulejos preciosos. El Salón de Embajadores se abre a este patio y es la sala más refinada del Alcázar; el techo es magnífico, está tan nuevo como si hubiese sido ayer cuando lo doraron, aunque está bastante estropeado a causa de una fila de retratos de los reyes españoles que fueron colocados aquí por Felipe II cubriendo y desfigurando la belleza de la decoración árabe. Hay un patio muy bonito llamado De las Muñecas que está siendo restaurado en su totalidad, de hecho, lo han hecho todo nuevo, pero, al igual que ocurre en la Alhambra, estas restauraciones van muy lentas y parecen tan interminables como la mayor parte de las cosas de España. Algunas de las salas están completamente echadas a perder debido a las modernas restauraciones, otras a causa de los arreglos que les hicieron anteriores monarcas. En la planta alta hay una preciosa capillita de azulejos construida por la Reina Isabel y desde una de las salas del centro se obtiene una bonita vista de la Giralda, que es como un precioso cuadro, vista como si estuviese enmarcada por bonitos arcos de herradura y las delicadas columnas que los sostienen. Una preciosa serie de habitaciones se abre a los jardines pero están estropeadas por chimeneas –elementos que jamás habrían imaginado los arquitectos árabes. Estos muros podrían contar bastantes historias de terror ya que aquí se cometieron muchos de los más crueles asesinatos de Pedro el Cruel, en particular el de su hermano el Maestre de Santiago que ha sido tema de muchos poemas.

Los jardines del Alcázar son tan espléndidos como sólo los naranjos y el agua puede hacerlos, bajo un sol y un cielo como estos; protegidos de cualquier viento, se achicharran

con el calor del mediodía, cuando incluso en Navidad uno se alegra de buscar la refrescante sombra de los naranjos. Hay un bonito pabellón de tiempos de Carlos V todo de azulejos, donde hay asientos frescos y tentadores y es un placer simplemente sentarse y no hacer nada en un clima como este; una alegría para vivir y disfrutar de la existencia. En invierno los naranjos están cargados con sus dorados frutos y en primavera el aire está impregnado con el perfume de sus flores.

Sin embargo sólo hay muy pocas flores puesto que el clima de Sevilla hace muy difícil que se puedan cultivar debido al intenso calor y a la sequedad de los meses estivales; pero con todo y con eso, no hay duda de que si se preocuparan por ellas y comprendieran su cultivo, los sevillanos podrían convertir estos jardines en un Paraíso terrenal, sobre todo con la abundancia de agua de la que disponen. Así pués, deben su encanto a los naranjos y limoneros cuya fruta no se recoje hasta el mes de enero. Aquí he visto flores preciosas durante la Navidad pero eran tan raras como bonitas. Un muro alto, decorado con basta mampostería, rodea estos jardines; hay un paseo a lo largo de la parte superior y asientos en el extremo donde se pueden pasar muchas horas agradables entre los meses de abril y mayo, disfrutando del frescor de la tarde y aspirando el perfume de las níveas flores que hay abajo.

El Alcázar está muy cerca de la Catedral; un pequeño pero bonito paseo con árboles ocupa el espacio que hay entre ambos. Al lado se encuentra La Lonja, su estilo espléndido y simple, señala nada más verlo a Herrera como su arquitecto, el mismo que levantó la enorme estructura del Escorial. La Lonja fue construida para proporcionar un lugar para que los comerciantes se pudiesen reunir y hacer sus negocios de transación, cuando las riquezas del Nuevo Mundo llegaban al puerto de Sevilla. Al no tener un edificio específico para ellos, parece que se reunían en la Catedral, donde, como apunta un viejo autor español, estaban obligados a ir a escuchar las noticias y hablar de asuntos mercantiles «de manera que para lo de Dios y para lo del mundo, parece que es un hombre obligado a venir a esta Iglesia una vez al día». El respetable arzobispo hizo suyo el asunto con bastante seriedad y convenció a Felipe II para que pusiera fin a tal escándalo. Los

comerciantes como era de esperar desearon construir un edificio y encargaron los planos a Juan de Herrera; se finalizó en 1598.

La Lonja, como la vemos ahora, es un símbolo del estado actual de España; sus salas están desiertas, sin que por ahí haya el más mínimo signo de vida. Tiene un patio muy bonito pavimentado con mármol. Una escalera de mármol pulimentado lleva a una magnífica galería que rodea tres lados del edificio repleta de documentos de la pasada grandeza de España. Aquí se encuentran ordenados en estanterías los archivos del Nuevo Mundo desde la época del descubrimiento. Pero la galería está desierta, y legajos de papel blanco y azul, etiquetados y numerados aparecen fríos y sordos, y no parece que haya nadie dispuesto a estudiar sus documentos. Hay algunos muy curiosos relativos a Cervantes y su solicitud al gobierno para que se le concediera algún puesto en América, petición que le fue denegada. En ellos se exponen todos los sufrimientos de su vida, sus guerras y su cautiverio en Argelia; pero hicieron oídos sordos a su petición y el permaneció en España para escribir Don Quijote e inmortalizar su nombre. Muchos de estos interesantes manuscritos antigüamente solían enseñarse a los extranjeros pero las vitrinas que ahora los guardan ya no se volverán a abrir nunca más gracias a los hechos de uno de nuestros propios compatriotas quien un día se las ingenió para arrancar una página de esta valiosa colección como un bonito recuerdo de Cervantes.

Es imposible encontrar palabras lo suficientemente duras como para reprender una conducta como esta – conducta en la que nuestros compatriotas son muy aficionados a caer. Hace enrojecer a cualquiera escuchar, estando en el extranjero, que una cosa como esta ya no se puede exhibir nunca más porque algunos ingleses se llevaron una parte. Aunque nosotros podamos culpar a los españoles por no valorar suficientemente sus reliquias del pasado, nosotros las reverenciamos hasta extremos insospechados. Es de hecho una manía que suele tener el inglés medio, que nunca parece valorar nada a menos que él pueda obtener algo de eso. Cuanto mayor es la cantidad de objetos sustraídos que saca a la vuelta del continente, mayor es la satisfacción.

El acto de mirar cosas parece que les proporciona poco placer a menos que puedan llevarse un trozo como recuerdo. No hay nada que esté a salvo de las manos de algunos viajeros. Ellos no se arredran ante ningún pequeño robo, con objeto de mostrar un variopinto catálogo de objetos entre los que pueden encontrarse quizás la esquina de un jeroglífico egipcio, el dedo de alguna estátua griega, mosaicos de la cúpula de San Pedro, un trozo de yesería árabe de la Alhambra, un trozo de seda arrancado a algún estandarte histórico, la página de un manuscrito ilustrado o incluso un trozo de las cortinas que tapizaban la carroza de algún personaje notable.

La colección de manuscritos en la Lonja es muy interesante debido a que están relacionados con el Nuevo Mundo, pero la biblioteca legada a la Catedral por Fernando Colón nos hace que pensemos con más intensidad en el descubridor. Aquí se conservan algunos libros que se dice que pertenecieron al propio Cristobal Colón, con muchas anotaciones en los márgenes de su puño y letra. Hay varias ediciones de obras muy valiosas y algunas Biblias y Misales bellamente ilustrados. Todo el que lo desee puede pedir permiso para entrar y poder leer en esta biblioteca. Por encima de las estanterías de libros los muros están cubiertos por una fila de retratos muy buenos de sevillanos distinguidos y de otros que han figurado en la historia de España. En uno de los extremos hay un cuadro de San Fernando realizado por Murillo y en el otro una gran pintura de Cristobal Colón de un artista francés moderno regalado al Dean y Cabildo por Luis Felipe. Entre los más modernos se puede ver un retrato del Cardenal Wiseman de quien los sevillanos se sienten muy orgullosos ya que él había nacido en esta ciudad.

El objeto más importante de la biblioteca es quizás la espada de Fernán González, la que, de acuerdo con algunos versos que tiene grabados, parece haber sido traida a Sevilla por García Pérez de Vargas. El modo en el que llegó aquí parece que no se conoce con exactitud, a menos que, como sugiere su viejo custodio, fuese enterrada con García Pérez y desenterrada cuando la vieja mezquita fue derrumbada para construir la actual Catedral en el lugar que ocupaba.

La Colombina, como se llama esta biblioteca, está situada en una larga galería que va desde el Patio de los Naranjos hacia la izquierda cuando se entra desde la Puerta del Perdón. Casi enfrente se encuentra el palacio del Arzobispo, un edificio construido a comienzos del siglo pasado que no tiene nada para recomendarlo. Soult vivió en este lugar durante su estancia en Sevilla. La escalera, dicen ellos, se comenzó a una escala de gran majestuosidad por el entonces arzobispo, quien se gastó en ella el dinero que estaba destinado a obras de caridad. No obstante, un bufón hizo que suspendiera su trabajo reprochándole su actitud en un implacable discurso: «En una ocasión las piedras fueron convertidas en pan para alimentar a los pobres, pero Su Eminencia está haciendo algo aún más increible ya que está convirtiendo el pan en piedra».

Desde la Lonja el paseo no se encuentra demasiado lejos. Dejas la ciudad por la Puerta de Jeréz en la que una inscripción resume la historia de Sevilla, en pocas palabras, desde Hércules a Fernando III el Santo. La enorme estructura de la fábrica de tabaco se levanta a la izquierda, mientras que enfrente, un ancho paseo pasa por delante de un palacio de muy mal gusto, antiguamente la escuela naval de San Telmo, ahora residencia de la Infanta Luisa Fernanda. El Duque y la Duquesa de Montpensier han fijado su residencia en Sevilla y la Infanta mantiene casi un ceremonial majestuoso. Ellos viven muy tranquilos y retirados recibiendo muy pocas visitas en el palacio limitando su entretenimiento como mucho a uno o dos conciertos formales durante la temporada de invierno. El Duque pasa su tiempo cuidando su propiedad y supervisando las mejoras que se están llevando a cabo en el palacio y en los jardines. La Infanta es muy amistosa y caritativa pero reservada y muy aficionada a la etiqueta. Ella es casi la Reina de Sevilla y su hermana no puede ser tratada con más protocolo del que se le da a ella cuando asiste a cualquier ceremonia que pueda tener lugar en la Catedral o en cualquier otro lugar.

El edificio en el que ella reside ahora se construyó hacia finales del siglo diecisiete. Su fachada es un ejemplar muy característico de la decadencia del gusto español por la arquitectura, siendo lo que comúnmente se llamó Churrigueresco, por Churriguera. La portada es un derroche de mal gusto y todo el edificio aún se ha empeorado debido

al color rojo brillante con el que ahora está pintado, destacando sus blancas columnas dóricas como contraste. Todo el edificio está rodeado de una verja completamente dorada siguiendo el estilo francés. Los alumnos de la escuela naval han sido forzados a irse y ahora el palacio se encuentra magníficamente amueblado, aunque en él se ve más riqueza que buen gusto; las habitaciones están excesivamente decoradas y están muy recargadas. La situación es muy bonita; está junto a una de las orillas del Guadalquivir y delante tiene un paseo. Los jardines cubren una gran extensión de terreno y están plantados de naranjos y resplandecen llenos de flores tropicales. Se ha gastado mucho dinero en hacer montículos artificiales, lagos, cenadores, pajareras, grutas y templetes. Los jardines acaban de plantarlos por lo que aún no se pueden ver en todo su esplendor.

El Duque tenía cercado con un muro un buen trozo de terreno a lo largo del paseo pero el Ayuntamiento no debió permitir esas tapias ya que estropeaban el paseo público. Por esta razón el terreno está rodeado de una valla de hierro sostenida por enormes pilares blanqueados. El paseo es precioso y es merecedor de su nombre, paseo de Las Delicias, con los jardines de San Telmo a un lado y el río que corre al otro lado; una o dos elegantes palmeras en la orilla opuesta le dan un aspecto bastante oriental al paisaje. Gran parte de este está plantado con naranjos y limoneros. Es un lugar muy visitado en invierno; aquí la gente viene a «tomar el sol» como dicen los españoles; aquí sus efectos se sienten con más intensidad e incluso en invierno a veces es desagradablemente caluroso, sobre todo a mediodía. En el paseo la gente bien de Sevilla exhibe sus vestidos de llamativos colores y aquí y en el teatro son los dos únicos lugares donde un extranjero tiene la posibilidad de ver a los sevillanos. Los abanicos están cediendo su puesto rapidamente a las sombrillas pero los sombreros parece que aún no están tan de moda como en Madrid y en otros lugares; por ahora se ven muy pocos como para llamar la atención y contribuyen a resaltar la belleza de la mantilla por el contraste.

A veces, toca una banda militar algunos domingos y días de fiesta, y eso hace que se reuna mucha más gente de lo habitual. A los extranjeros siempre les sorprende la apariencia de los paseantes siempre tan elegantes en el vestir, ellas llevan unos vestidos de

seda rosa y azul muy llamativos mientras que las alegres cintas en el pelo y el velo negro en la cabeza las hace parecer como si estuvieran listas para una fiesta de gala. Aunque de hecho, las que siguen fieles a los trajes antiguos y van vestidas de negro, tienen un aspecto mucho más bonito puesto que los tonos oscuros combinan mucho mejor con la mantilla. Sin embargo, a las sevillanas se les deben perdonar sus alegres atuendos mañaneros ya que al no haber aquí ningún tipo de vida social, es la única oportunidad que tienen para lucir sus mejores vestidos. También, por otro lado, los colores brillantes armonizan mejor con la intensidad de la luz del sol y con la claridad de la atmósfera, de lo que ocurriría bajo nuestro gris y nublado cielo.

No son menos característicos de la escena los puestos de refrescos o casetas de madera pintadas que están salpicadas a lo largo de las orillas del río y en las que se vende agua, leche de almendras y varios tipos de bebidas refrescantes. Estos puestos se pueden ver por toda Sevilla, en las esquinas de las calles, en las plazas y en cualquier lugar en el que la gente suele reunirse. Por lo general estaban pintados de color verde y algunos estaban decorados de manera llamativa y con mucho gusto. Hay grandes botijas de agua colocadas en la parte de atrás y delante hay peceras con peces dorados y plateados intercaladas con montones de naranjas y ramos de rosas y otras flores.

El edificio que más llama la atención en la orilla del río es la Torre del Oro, una gran torre cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos y del que todos mantienen su propia opinión y el honor de haberla construido ha sido atribuido tanto a romanos como a mahometanos. Su nombre es singular, derivándose, dicen algunos, de haber sido el lugar donde Pedro el Cruel guardaba sus tesoros. En la antigüedad estaba conectada con el Alcázar, pero esos muros fueron derribados ya hace mucho tiempo y ahora se encuentra aislada en la orilla del Guadalquivir.

Pero el gran orgullo de los sevillanos es el nuevo puente de hierro que conecta Triana y que ha remplazado el antiguo puente de barcos que desde el tiempo de los romanos suponía el único medio de comunicación. Se terminó el año pasado bajo la supervisión de

un ingeniero francés y es una estructura bastante bonita; las respetables gentes de aquí piensan que es muy raro que los viajeros tengan tan mal gusto como para no escogerlo como modelo para sus dibujos en lugar de preferir pintar todas las cosas viejas que hay en las calles y que a ellos les gustan tanto – ya que el puente es mucho más bonito.

Triana es un barrio muy grande al otro lado del río y en el que hay algunas casas muy buenas aunque la mayor parte está habitado por gitanos que suman entre dos o tres mil y que tienen aquí sus cuarteles generales. Algunos de los palacios medio en ruinas en los que ellos viven son deliciosamente pintorescos, siempre que una ilimitada cantidad de basura y de muros en ruinas puedan tener el derecho de recibir esa apelación. Pero son en verdad lugares muy interesantes para un pintor, con las enredaderas trepando por ellos, y los atezados hijos e hijas de Oriente apiñados en grupos de aspecto bastante salvaje mientras permanecen sentados en los patios. Los hombres con su cabello largo y fino, el cutis de un tono marrón oscuro, dientes blancos como la nieve y los labios gruesos, inmediatamente proclaman su origen oriental. El aspecto tristemente incivilizado de las mujeres, con sus ojos negros como el azabache, su encrespado pelo negro como ala de cuervo descuidadamente recogido detrás y adornado con las más brillantes flores y con cualquier peineta de bisutería o pasadores que pueden colocarse juntos, el «abandono» de sus figuras – todo eso nos habla de Oriente. Las ropas ordinarias con las que les encanta vestirse, los vulgares vestidos de algodón con grandes volantes, los mantones de crepê de china echados sobre los hombros, siempre de colores muy chillones, contrastan con su piel cetrina que el sol y la suciedad contribuyen a ennegrecer aún más. Son una raza extraña y misteriosa. Aunque se han asentado aquí en ciudades y están obligados, exteriormente al menos, a adoptar la religión mayoritaria del país, ellos conservan inalterables sus propias características distintivas y se mantienen separados de los españoles como si pertenecieran a otro país.

Adiestrados desde su más tierna infancia para robar y engañar, se dedican a todo tipo de hurtos durante el resto de sus vidas, la única desgracia que les espera a estos es que los descubran. Ellos mendigan y te embaucan hablando de la manera más agobiante;

BAILE GITANO

pero, mientras ellos están elogiándote, es probable que lo único que estén haciendo es esperar su oportunidad para birlar, y para esto su extraordinaria astucia los adapta admirablemente. Ellos nunca roban con violencia; sólo se llevan los bienes del vecino con sigilo, sin hacer ruido y de manera furtiva. Y con todo y con eso, en sus propias relaciones domésticas tienen virtudes que podrían adornar la clase social más elevada; la entrega de las mujeres a sus maridos y a sus hijos no tiene límites, y se cuentan muchas historias de la forma en la que ellas muestran esta unión. Cuando sus maridos están en la cárcel, algo que ocurre muy amenudo, los sacrificios que ellas hacen, las dificultades que ellas soportan para hacerles más llevadero su destino o reducir, en lo posible su cautiverio, son en verdad sorprendentes. Muchas de sus costumbres son muy peculiares y todavía se esfuerzan en persuadir a la gente para que crea en la brujería y en el poder de los encantamientos, etc. Celebran sus funerales, sobre todo los de los niños, con mucha alegría y con gran júbilo y se pasan la noche bailando y cantando.

Sus más sorprendentes características se pueden ver en sus bailes que presentan una escena muy curiosa, salvaje y casi primitiva. Sus movimientos te transportan en un momento a Oriente. Las contorsiones de sus cuerpos – ya que ellos bailan más con el cuerpo que con los pies – el modo con el cual los espectadores llevan el ritmo con las manos mientras que otros cantan o mejor dicho dan alaridos, hasta que todos se entusiasman hasta llegar a un estado de frenesí y los que bailan se van animando cada vez más hasta que todo adquiere un carácter de excitación casi salvaje. Cada movimiento tiene un significado, cada gesto una expresión, cada destello de su ardiente mirada transmite mucho más de lo que las palabras pueden expresar. Los propios bailes son ordinarios y desagradables pero todo el conjunto ofrece un magnífico tema para un artista – las distintas expresiones de los rostros de los grupos de alrededor, las muchachas jóvenes con sus resplandecientes miradas, y las mujeres mayores con sus rostros marchitos y arrugados que sólo son reflejo de una baja y despiadada maldad. Luego llega el turno del «vito» el baile más animado de todos; este lo baila sólo una mujer. Ella se pone un pañuelo por encima de los hombros como si fuese un chal, se pone un sombrero en la cabeza que lo único que hace es incrementar el aspecto insolente que todas tienen, y

comienza con sus usuales movimientos. Los espectadores llevan el ritmo haciendo palmas, un acompañamiento que en los bailes gitanos sustituye a las castañuelas; se pide que también participen la pandereta y la guitarra y comienza la canción que siempre acompaña este baile.

Las mozitas son de oro;
Las casadas son de plata;
Las viudas son de cobre;
Las viejas de hojalata,
Por el Vito – el Vito, el Vito,
Por el Vito, etc, etc…

El baile concluye cuando ella se fija en alguno de los del grupo ante el cual baila, y al cual mira con sus brillantes ojos, luego le tira el pañuelo y espera a que le sea devuelto con una resplandeciente peseta en la esquina. Todos aquellos que no puedan ver estos bailes mientras recorren las zonas más meridionales, pueden verlos este año en los muros de la Academia; ya que han sido pintados con un gran realismo por un tal Mister Phillip, el artista que pasó algún tiempo en Sevilla y al que nosotros debemos las oportunidades que tuvimos de ver algo de esta extraña raza.

En Triana hay dos o tres iglesias, una de ellas está dedicada de forma bastante extraña a la Virgen de la O. No me ha sido posible conocer el origen de este nombre tan singular aunque en Triana es la patrona preferida y a muchas jóvenes se las llama como a ella, con el nombre de extraño sonido de María de la O. Una iglesia en Triana ha sufrido una lamentable metamorfósis; ahora la han convertido en teatro, uno de los peores de Sevilla; y la misma piedra del altar mayor aún sigue detrás del escenario.

Aunque la Alameda en invierno está atestada de personas a la moda, en las noches de verano esta alegre muchedumbre generalmente se dirige hacia la Plaza del Duque, una pequeña plaza con muchos árboles en el centro de la ciudad. El Casino o club se encuentra en uno

de los lados de esta plaza y en sus alrededores se encuentran algunas de las calles más de moda de Sevilla tales como la calle de las Armas, San Vicente, etc. Otra plaza muy pequeña y bonita es la Plaza de la Magdalena que al igual que las otras tiene sus acacias, una fuente, bancos de mármol y puestos de aguadores que venden bebidas refrescantes. En esta plaza está la Fonda de Madrid, sin duda el mejor hotel de Sevilla, pero también el más caro.

Ahora, por supuesto, la plaza más grande de la ciudad se le llama Plaza de la Constitución. Se puede ver una magnífica muestra de arquitectura plateresca en las Casas Capitulares, un edificio sorprendente que estuvo a punto de ser derribado hace unos meses. El Ayuntamiento quería echarlas abajo con objeto de hacer una bonita plaza como las de París, pero por fortuna lo pudieron evitar y ahora acaban de comenzar a hacer una nueva plaza a espaldas en el lugar en el que había un viejo convento Franciscano. Promete ser tan fea como puede esperarse si tenemos en cuenta el gusto de las Corporaciones españolas en estos días. Durante el cumpleaños y la onomástica de la Reina su retrato y el del Rey se cuelgan frente a las Casas Capitulares y se colocan centinelas a cada lado y una banda de música da serenatas a los retratos por la tarde, tratándolos como si Sus Majestades estuvieran realmente presentes – una costumbre bastante curiosa y que se practica en todas partes, tanto en las iglesias como en los teatros con ocasión de cualquier «función importante» especialmente cuando se trata de la reina. Su retrato figura en el palco real en su lugar y recibe los mismos honores que se le harían a ella si estuviera allí. En Madrid, durante todos los grandes actos religiosos en las iglesias cuando se entonaban los *Te Deum* en agradecimiento por haber sido liberada de la mano del asesino en la época en la que Merino atentó contra su vida, su retrato se colocaba en el espacio abierto que hay delante del altar mayor con guardias rodeándolo.

Algunas de las casas de la plaza son muy pintorescas, con una galería de arcos cubierta en la parte de abajo y la vista de la Giralda desde este lugar es muy bonita, sobre todo a la puesta de sol cuando adquiere ese tono rosado que resplandece como si fuese fuego. Cerca de esta plaza está la calle de los orfebres, donde venden todos esos botoncitos de plata y de oro que adornan las chaquetas de los majos andaluces, aunque sin embargo,

estos están muy rudamente trabajados. Aquí también hay rosarios y una gran variedad de ornamentos de filigrana de plata pero son bastante inferiores a los que se hacen en Malta y Génova. En Sevilla aún se mantiene la costumbre de tener calles separadas para comercios en particular, pero es algo que está desapareciendo con rapidez y una llamativa tienda llena de artículos de galvanoplástia ha hecho su aparición en la calle de Génova, penetrando en un dominio antiguamente perteneciente en exclusiva a los libreros. La mayor parte de las tiendas de Sevilla están bastante abiertas a la calle; no tienen cristales, sino que están casi invariablemente sostenidas por aquellas esbeltas pilastras de mármol que abundan en esta ciudad de diminutas columnas.

Hay varias casas viejas en Sevilla las cuales aunque no son exactamente de origen árabe, tienen rasgos de haber sido construidas a imitación del estilo de arquitectura árabe. Una aún se conserva en perfecto estado y es comunmente conocida por el nombre de Casa de Pilatos y pertenece a la casa ducal de Medina Celi. Se dice que fue construida a imitación de la Casa de Pilatos en Jerusalem por uno de los Riberas quien había ido en peregrinación hasta allí en 1519. Sea como sea, la casa, aunque construida a comienzos del siglo dieciseis, es una copia del Alcázar y algunos de sus salones y techos son muy bonitos. Su escalera es magnífica y única en su estilo, estándo sus muros cubiertos por unos azulejos preciosos. La casa del Duque de Alba tiene también rasgos de arquitectura árabe, pero se encuentra tan dilapidada que le queda muy poco que pueda hablar de su antigua grandiosidad. Ambas casas se encuentran muy descuidadas por sus dueños quienes, al vivir en Madrid, puede decirse que las han abandonado completamente. Algunas de las iglesias también conservan sus torres árabes y la de San Marcos y Santa Catalina son bastante pintorescas. En el interior no tienen mucho interés. No son dignas de mención ni por sus méritos arquitectónicos ni por los objetos artísticos que poseen. Son muy pocas las pinturas buenas que ahora se pueden encontrar allí, y los pasos, las imágenes de madera, son quizás su mayor atractivo.

En Sevilla hay aún menos vida social que en cualquier otra ciudad de Andalucía. No hay ningún tipo de baile o de fiesta y la gente muy pocas veces se reune a excepción de en

el teatro o en los paseos. Cada familia tiene su reducido círculo propio que consiste en dos o tres parientes o amigos quienes vienen y se sientan juntos por las tardes o también tienen un palco en el teatro y van allí noche tras noche. Todo esto está muy bien para los habitantes puesto que tienen sus propios parientes y amigos, pero para los extranjeros esto es de todo menos animado, y es algo que hay que lamentar en Sevilla, donde existen todos los elementos necesarios para una vida social agradable. Hay muchas familias pertenecientes a la nobleza que residen aquí; todas tienen casas estupendas, admirablemente acondicionadas para recibir y bajo ningún concepto tienen escasez económica. Pero a ellos no les preocupa; no están acostumbrados a esto; recibir requiere demasiado esfuerzo y prefieren seguir con la misma rutina. Algunas personas te dirán que existe un espíritu de rivalidad en cuanto a la forma de vestir que hace que se evite organizar bailes y fiestas ya que cada una se esfuerza por superar a la otra en la ostentación de su arreglo, y como no todas pueden permitirse ser derrochadoras por igual, gradualmente van dejando de aparecer en cualquiera de las fiestas que algunas personas más emprendedoras que el resto, puede que se esfuerzen en ofrecer, y al final los saloness permanecen desiertos.

Esta es una de las muchas razones que dan los propios sevillanos y, aunque pueda parecer bastante absurda, yo creo que no está muy alejada de la realidad. Ellos se reunen en el teatro, se ven todos en el paseo y las muchachas jovenes, cuando están prometidas para casarse, encuentran más agradable hablar con sus amados en las rejas que provocar sus celos aceptando las atenciones de otros en una sala de baile llena de gente. Como a la gente joven bajo tales circumstancias no se les permite por lo general permanecer juntos sin la presencia de alguna tercera persona, que nosotros debemos presuponer que es muy desagradable, la muchacha se situa en la ventana de la planta baja, y allí, con la celosía entre ella y su amado, puede hablar a su antojo mientras que el permanece en la calle enbozado en su capa. Y allí conversan durante horas y susurran tan bajo que ni siquiera los transeuntes pueden oír el más mínimo sonido de sus voces.

«Qué frío deben estar pasando» me dijo una dama francesa una noche cuando volvíamos del teatro al pasar al lado de un héroe que siempre estaba en su puesto incluso du-

rante el comparativo frío de la Navidad. Pero los españoles no sienten frío, el magnífico clima de Sevilla hace que el permanecer en la calle sea menos castigo de lo que sería en Francia o en Inglaterra. Ellos ciertamente dan muestras de una maravillosa paciencia al permanecer allí durante horas, noche tras noche y eso durante un período de tiempo que casi agotaría la paciencia de una raza que fuese menos oriental.

Los niños en este país son bastante más independientes de sus padres de lo que lo son en el nuestro. El padre está obligado a dar a su primogénito una cierta parte de su fortuna cuando este se casa, incluso aunque lo haga sin su consentimiento. Un Grande de España debe obtener este permiso del Soberano, pero los jovenes, cuyos padres se oponen a su boda sólo tienen que dirigirse a las autoridades civiles y exponer sus quejas. Si no se pueden argumentar objeciones racionales, el alcalde saca, ya sea al joven o a la muchacha de la casa de sus padres y los deposita, como suelen llamarlo, bajo el techo de algún pariente o amigo, lugar en el que permanecen hasta que se celebre la boda, sin que los padres tengan poder para evitar que se lleve a cabo la ceremonia. Una mujer en España mantiene su propia fortuna cuando se casa, y es en todos los aspectos, en lo que respecta al dinero, mucho más independiente de lo que es una mujer casada en Inglaterra. El marido, incluso por muy derrochador que este sea, nunca puede tocar la propiedad de su mujer, y es muy divertido escuchar a los españoles hablar de este tema ya que ellos mantienen la idea de que las mujeres en Inglaterra son meros ceros a la izquierda en sus propias casas y nunca pierden la oportunidad de impresionarnos con el hecho de que ellas son bastante independientes y que ellas mismas son las que manejan sus hogares y todo lo relacionado con ellos.

Como no hay ningún tipo de vida social en Sevilla, la relación de un extranjero con los españoles está casi limitada a visitas matutinas puesto que son muy pocos los que llegan a tener la suficiente intimidad como para unirse al selecto cículo que se reune alrededor del brasero en las tardes de invierno o en verano entre las flores del patio. Las señoras no gastan demasiado dinero en su atuendo – a menos que esté reservado para el paseo. En

su propio círculo doméstico a ellas parece no importarles nunca lo que llevan puesto; en la casa, el traje más sencillo puede servir ya que sus defectos se pueden ocultar bajo la enorme toquilla con la que se abrigan con sus manos metidas bajo ella de la manera más cómoda posible.

El teatro aquí no es digno de una ciudad tan grande y los actores son por regla general muy mediocres. La fila inferior de palcos es la más cotizada y presenta un aspecto muy peculiar puesto que sólo tiene delante una baranda de hierro. En invierno hay una Opera además de una compañía dramática. Al igual que ocurre en la mayor parte de las ciudades de provincias ellos no pueden permitirse pagar cantantes de primera fila y tienen que conformarse con los que acaban de hacer su début sobre el escenario o con aquellos cuyas carreras ya están llegando a su fin. En España no hay verdadero gusto por música y ni los cantantes ni los músicos encuentran que este sea un país rentable como para honrarlo con su presencia. Es prácticamente imposible organizar un concierto, ya que nadie compraría entradas; a ellos les divierte mucho más el teatro donde los precios son más bajos y hay más que ver.

La Compañía de Teatro no está mal; muy a menudo ofrecen las típicas piezas andaluzas, en particular los días de fiesta y en las ocasiones en las que predomina la gente de clase baja. Ellos son todavía muy aficionados a las obras en las que se ponen de manifiesto las virtudes de los bandoleros y en las que a tales personajes se les confiere un heroísmo y un encanto tendente a incrementar la admiración de la gente por aquellos que mantienen una profesión en la que se roba a los ricos sólo para beneficiar a los pobres, y a los transeuntes se les priva de sus bolsas para pagar las misas por las almas de los compañeros de los atracadores que han muerto. Algunas de sus farsas son muy divertidas, pero las obras dramáticas son muy pesadas, suelen estar sobrecargadas de largos monólogos sin casi ninguna acción o cambio de escenario. En cuanto a las tragedias, estrictamente hablando, hay muy poco que ver. Los españoles no suelen ir al teatro para sentirse desdichados y abatidos cuando hieren sus sentimientos. Ellos suelen ir para reír y para pasar una noche agradable y no para llorar; en consecuencia,

obras que tratan incluso de trágicos incidentes muy conocidos tienen el argumento modificado de infinidad de maneras para evitar un final triste y aportar bienestar y felicidad a todos los implicados.

Un incidente a propósito de esto apareció en uno de los periódicos en el que se pone de manifiesto el buen corazón de los habitantes de Múrcia. Después de la primera representación de «Marino Faliero[37]» el final disgustó al público hasta tal punto que antes de la segunda representación apareció en el programa la siguiente nota: «Se hace saber que esta noche el pueblo triunfará y que el Concilio de los Diez sucumbirá». Pero esto fue superado por el efecto que produjo «Adrienne Lecouvreur»[38]. Esto hirió tanto los sentimientos de los murcianos que el director publicó una ordenanza que decía lo siguiente: «Habiéndo observado que el público que muestra gran interés por Adrianne se sintió profundamente herido ante la trágica muerte de la heroina, el director se ha dejado aconsejar por personas competentes y ha decidido que en el futuro tendrá un final feliz con el matrimonio de Adriana y Mauricio de Sajonia. Si esta leve variación cuenta con la aprobación de la ilustrada gente de Murcia, los esfuerzos hechos para complacerles se verán ámpliamente recompensados. Las representaciones terminarán, como es usual, con los bailes nacionales».

El periódico español que recoje este interesante episodio en la historia del teatro expresaba: «¿Qué otro final más trágico podría acontecer a un dramaturgo que el que sus obras se representen en los escenarios de Múrcia? Los sevillanos no tienen tan buen corazón; ellos permitirán traducciones para terminar como en el original, pero ciertamente en obras genuínamente españolas casi nunca se encuentra a nadie que muera o sea asesinado en el escenario. Los domingos y los días de fiesta hacen dos funciones, una a las cuatro a la que por lo general asisten las clases bajas y otra a las ocho dedicada a los sectores más aristocráticos de la sociedad. Por regla general ofrecen uno o dos bailes nacionales o como final o entre actos. En Sevilla hay varias bailarinas bastante pasables; una de las mejores es a la que ya nos hemos referido como la bailarina que vive en la Giralda, motivo este por el que se le llama «La Campanera».

Las clases más bajas son gentes alegres y felices que se expresan con todo el ingenio y rapidez de respuesta por el que los andaluces son célebres. Son bastante propensos a las peleas y están constantemente cayendo víctimas de su impetuosidad y del frecuente uso de la navaja que se saca a la menor provocación. Un día cuando estábamos atravesando por la puerta de Triana, había un gran gentío alrededor de un hombre que acababa de ser apuñalado. A alguien se le había caido una moneda de dos cuartos – menos de un penique – y cuatro o cinco personas comenzaron a pelear por ella, pero en el transcurso de la riña uno ofendió al otro, sacaron las navajas y pronto pusieron fin a la discusión. Sin embargo, los andaluces son considerados más dados al juego límpio que los habitantes de otras provincias; los valencianos por lo general matan por la espalda, pero aquí al menos en la mayor parte de los casos lo hacen cara a cara.

Orgullosos e indolentes, son reacios al esfuerzo y siempre parecen bastante dispuestos a sentarse tranquilamente disfrutando, mientras que los habitantes de Galicia y de Asturias están trabajando y ganando un sueldo. Pero con todos sus defectos, hay algo que tienen los andaluces que no podemos evitar que nos guste; hay muchas cosas que son divertidas, hay mucho ingenio natural unido a un cierto grado de poesía – lo que ellos llaman «la sal de Andalucía» que no se puede explicar en ninguna otra lengua que no sea la suya. Son extremadamente fanfarrones y se permiten exageraciones que han llegado a ser proverbiales. Les encanta sentarse al sol con un cigarro en la boca, ese indispensable aditamento que tanto reconforta a todos los españoles. Un cigarro hace matar el tiempo, hace que las horas pasen tranquilamente, y es el fiel compañero de todas las clases sociales; en el comedor de la fonda, en la diligencia, en el paseo y entre el círculo de familiares, el andaluz nunca está sin su mejor amigo. Es una de las primeras cosas para las que las damas tienen que preparar su mente para resignarse cuando emprenden un viaje por España; es algo que se da tan por hecho, que pocos españoles piensan que es necesario disculparse por fumar en presencia de una dama, aunque sólo sea eso.

Repartir unos cuantos cigarros puede arreglar cualquier dificultad mientras se está viajando y ofrecer uno en el momento oportuno ablandará el corazón más obstinado. El

gobierno no obstante se aprovecha de la manera más injusta de esta pasión generalizada, y se contenta con la reflexión de que no hay ninguna tasa que la gente esté más dispuesta a pagar que la impuesta sobre el tabaco, ya que cae completamente sobre la gratificación de un simple capricho. Es, sin lugar a dudas, un artículo en los ingresos que no se puede desechar a la ligera o que no se puede reducir sin la certeza de poder encontrar cualquier ventajoso sustituto. El gobierno español francamente reconoció en el último estudio anual de ingresos que los monopolios del gobierno tienen muchos inconvenientes, pero que no sería prudente abandonar un artículo que genera dos millones de libras esterlinas al año. Ellos mantienen sin embargo, con la más celosa vigilancia, un monopolio que les permite vender un artículo de muy baja calidad a cualquier precio que les convenga. La gente se queja de que los cigarros van siendo peores cada año – pero, «no hay remedio» los españoles sólo tienen una alternativa –fumar lo que les venden o dejarlo completamente. Ellos hacen lo primero y se vengan diciendo y escribiendo todo tipo de amargas críticas contra el gobierno; ya que un español es libre de abusar, siempre que él no se perjudique, para decidir como remediar los males contra los que él está arremetiendo tan acaloradamente.

El tabaco llegó por primera vez a Sevilla aproximadamente a mediados del siglo dieciséis desde Cuba y Santo Domingo y fue convertido en monopolio real en 1636. Hay dos o tres grandes fábricas de tabaco en España. La que hay en Sevilla fue construida por orden de Felipe V expresamente para este fin. Su tamaño es el rasgo más notable ya que no puede presumir de ningún tipo de belleza arquitectónica. Aquí los aficionados a fumar pueden ver las distintas operaciones de liado de su lujo favorito en forma de cigarros puros. Hay más de cuatro mil mujeres empleadas aquí y la enorme galería en la que permanecen sentadas ofrece un curioso espectáculo. Está sostenida por sólidas y enormes columnas alrededor de las cuales hay estantes sobre los que se colocan los pequeños paquetes cuando ya los han terminado, mientras que las mujeres están agrupadas en mesas bajas, con sus dedos afanosamente empleados en enrollar la preciosa hierba para dar forma a los cigarros y sus lenguas manteniendo un simultáneo acompañamiento todo el tiempo. Estas cigarreras están rigurosamente vigiladas, por si acaso alguna se

atreve a emprender un pequeño comercio de cigarros sustrayendo tabaco. Aquí asimismo se fabrica el rapé y la maquinaria utilizada en el proceso es de lo más anticuado que se pueda imaginar.

Hay muchas instituciones de caridad en Sevilla y la mayor parte de ellas están muy bien dirigidas. En los últimos años se ha llevado a cabo una gran mejora a este respecto. El Hospital de la Inclusa que solía ser una vergüenza para Sevilla ahora es un modelo de orden y limpieza. Está bajo la dirección de una junta de señoras que han confiado la dirección de él a las Hermanas de la Caridad bajo cuya supervisión está admirablemente gestionado. Cuando se solicita la admisión de un niño durante el día, una de las Hermanas recibe a la indefensa criatura en silencio sin que se haga la más mínima pregunta; por la noche, un «torno» los recibe. Los niños permanecen en la institución hasta que tienen seis años de edad, momento en el que son trasladados al Asilo donde reciben unos rudimentos de educación y se les enseñan distintos oficios útiles. Cuando fuimos a ver el edificio, allí sólo había unos cuantos niños. Primero nos condujeron a una gran sala en la que había colocadas algunas cunas a cada lado de la misma todas con un aspecto tan limpio y ordenado como es posible, con sus níveas cortinas de muselina y sus bien cuidadas mantitas; nos enseñaron a un pobre niño que habían recibido esa misma mañana y en verdad, al mirar la pálida y demacrada carita, con sus enormes y apagados ojos, parecía como si sólo hubiese sido enviado allí para terminar su corta existencia sobre la tierra – cada uno de sus rasgos parecía llevar grabado el signo de la muerte.

Luego vimos los dormitorios de los niños mayores, todos igualmente bien organizados, con habitaciones separadas para los niños y las niñas, cada cama tenía su número y una silla colocada a los pies de ella. En el «comedor» estaba la mesa preparada para la cena; y a juzgar por los comentarios que nos hicieron, unido a la apariencia saludable de los niños, tengo que decir que no se podría hacer ninguna crítica de la forma en la que son tratados. Nunca vi un grupo de criaturitas más alegre y más ruidoso que el formado por los más mayores. Estaban correteando disfrutando mientras jugaban a revolcarse, con sus mofletudas caritas y brillantes miradas, que dicen mucho a favor del cuidado

que les ofrecen las buenas Hermanas de la Caridad. Muchos de ellos son enviados fuera para que los crien y son mantenidos a expensas de la institución. Nosotros estuvimos muy interesados en ver los armarios donde se guardaba la ropa de distintos tamaños, toda hecha por las manos de las Hermanas y tan perfectamente colocada en los distintos compartimentos que casi daba pena tocarla; de hecho, cada uno de los armarios está admirablemente ordenado por esas dulces monjas que encarnan la personificación de la bondad. Cuantas tristes historias verídicas, bastante más extrañas que la ficción, se podrían contar de muchos de los pequeños internos abandonados en esta institución, si es que se pudiera desvelar el misterio que cada uno esconde. Abandonados por sus padres, ellos crecen sin ningún tipo de lazo que les ate al mundo, sin ningún ser por quien se preocupen o que los quiera; su propia existencia parece como si casi fuera una desgracia.

La Infanta ha creado aquí una asociación de caridad entre las señoras que está completamente bajo su supervisión. Cada uno de los miembros contribuye con una peseta al mes (aproximadamente un chelín) y entre la gran cantidad de personas que contribuyen y con las donaciones de distintos estamentos ellas suelen recaudar entre dos y tres mil libras al año. La propia Infanta es la directora y responsable y cada una de las parroquias en Sevilla, tiene a su vez una directora, subdirectora y secretaria, etc… El día uno de enero hay una gran reunión de todas las personas que hacen contribuciones en la que preside la Infanta y en la que se reeligen las directoras o se escogen otras para sustituir a las anteriores; se trata el estado general de las finanzas y también se discuten otros detalles relacionados con la sociedad. Este año yo asistí y participé en la reunión. La Infanta inauguró la reunión con un discurso que pronunció con mucha gracia. Tiene una voz bastante ronca – algo que desafortunadamente es muy usual en España – pero su actitud tenía una gran dignidad y la expresión de su semblante es muy dulce. Las negociaciones se llevaron a cabo de forma bastante oficial; pero las señoras parecían estar desesperadamente confusas a la hora de emitir sus votos; de todos modos, la reunión por fin terminó de manera muy satisfactoria y todo el grupo se sentó para almorzar, momento en el que el Duque se unió a nosotras. Algunos dicen que esta asociación

hace mucho bien, mientras que otros murmuran que los índices de pobreza se han incrementado considerablemente desde que fue creada debido al modo indiscriminado en el que las damas administran los fondos que les tienen encomendados a su cargo. Sea esto verdad o no, este es un paso en la dirección correcta, dándo a las damas, de cualquier modo, una ocupación de alguna utilidad y haciéndo que ellas se interesen por los pobres. La Infanta supone para ellas un buen ejemplo; no hay nada que pueda superar su amabilidad y caridad, y no hay petición en nombre de alguna persona pobre o aflijida que se le haga en vano.

CAPÍTULO VIII

SEMANA SANTA – COFRADÍAS – IMÁGENES – PROCESIONES – EL MONUMENTO – LA FERIA – MAJAS - BUÑUELOS – EXTRANJEROS – CORRIDAS DE TOROS – LAS CARRERAS – ALREDEDORES – SAN JUÁN DE AZNALFARACHE – ITÁLICA – SANTI PONCE – LA CARTUJA - ALCALÁ DE GUADAIRA – SEVILLA COMO RESIDENCIA – CLIMA – SALIDA DE SEVILLA – RÍO – SANLÚCAR – CÁDIZ – LA CATEDRAL – CONVENTO DE CAPUCHINOS – LA BAHÍA – LAS CARRACA.

PROCESSION IN CHURCH.

And slow up the dim aisle afar,
With sable cowl and scapular,
And snow-white stoles, in order due,
The holy fathers, two and two,
In long procession came;
Taper, and host, and book they bare,
And holy banners flourished fair,
With the Redeemer´s name.

SCOTT

Es durante la Semana Santa cuando Sevilla está más atestada de forasteros que se reunen procedentes de todas partes para ver las procesiones que son un aspecto digno de tener en cuenta en su celebración. Los extranjeros vienen de todos los paises, y los españoles llegan de todos los rincones de la Península para ser testigos de lo que algunos sevillanos llaman de manera un tanto irreverente pero en absoluto inapropiada, el «Carnaval Divino». Esta y la feria, son las dos épocas que los habitantes esperan con ansiedad como las únicas ocasiones en las que hay alguna posibilidad de que la ciudad tenga un poco más de vida de la que usualmente tiene.

Los actos religiosos en la Catedral son muy bonitos; y en Jueves Santo, cuando el Monumento está iluminado, ciertamente presenta uno de los escenarios religiosos más grandiosos en el mundo – mucho más bonito que cualquier cosa que se pueda ver en Roma, ahora que ya no se permite la iluminación de la Cruz en San Pedro. La característica peculiar de Sevilla es el número de procesiones que llevan imágenes representando distintas escenas en la vida de Nuestro Salvador y de la Virgen. Durante la

Semana Santa estas procesiones hacen sus estaciones, como se les llama. Las imágenes o «pasos» pertenecen a ciertas asociaciones religiosas llamadas Cofradías. Fueron fundadas en tiempos inmemoriales cuando la fe movía a la gente a verlas y contemplarlas con sentimientos de respeto y recogimiento; pero ese espíritu ha desaparecido y ahora están principalmente respaldadas económicamente por los posaderos y los comerciantes de la ciudad que contribuyen bastante a su financiación, no por celo devocional, sino como una fuente de beneficios económicos y a sabiendas de que atraen una gran multitud de autóctonos y de extranjeros, y eso les proporciona una oportunidad de mejorar sus intereses temporales considerablemente.

La fecha exacta de la fundación de estas Cofradías no se conoce; su origen se pierde en la oscuridad de los tiempos, pero es probable que surgieran en el siglo catorce. Al principio parece que eran simples asociaciones de hombres que se reunían para llevar a cabo algunos actos religiosos, visitaban las distintas capillas durante la Semana Santa en procesión y realizaban penitencia en público flagelándose con todas sus fuerzas al ir caminando, mientras que algunos de los miembros llevaban velas en las manos alrededor del Crucifijo. De ahí que fuesen llamadas Cofradías de Penitencia, Sangre y Luz. Algunos aseguran que San Vicente de Ferrer fue uno de los primeros en establecer la disciplina de la penitencia en las Cofradías cuando visitó Sevilla en 1408; otros niegan que puedan presumir de una antigüedad tan remota. Una cosa es cierta, que en aquellos primeros días no llevaban ninguna estatua; sólo Crucifíjos y estandartes en los cuales se representaban los incidentes de la Pasión.

No fue hasta comienzos del siglo diecisiete cuando las imágenes comienzan a formar parte de las procesiones; y una vez que se introdujeron, cada hermandad intentaba superar a la otra en la grandiosidad de sus estatuas y en el talento de los escultores de primera línea que llamaban para realizarlas; de ahí el gran número de imágenes policromadas que abundan en las iglesias. En el año 1777 un decreto real prohibió cualquier tipo de penitencia pública en las calles y sólo se permitía acompañar a los pasos a los miembros que llevaban las velas. Con el transcurrir de los años sus reglas y normas se han visto

considerablemente alteradas. En la mayoría de los casos han sustituido la cruz por el estandarte que suele precederlas, y como los verdaderos penitentes han desaparecido, las imágenes ahora están acompañadas por hombres vestidos con largas túnicas blancas o negras y con unos capirotes puntiagudos, con las caras tapadas, y con sólo dos agujeros recortados para los ojos. A estos hombres ahora les llaman Nazarenos.

Durante la invasión francesa, cuando las iglesias fueron desvalijadas y saqueadas de todos sus tesoros, estas hermandades perdieron la mayor parte de sus riquezas; robaron los suntuosos vestidos de las imágenes; el costoso enchapado en plata que adornaba el trono en el que se llevaba la figura de la Virgen fue fundido, e incluso no ha sido hasta hace muy pocos años cuando se han podido recuperar parcialmente de los efectos de esta completa expoliación. Las guerras civiles sucesivas que desolaron la Península evitaron durante algún tiempo la restauración de las Cofradías, pero desde hace unos años estas han vuelto a organizar sus procesiones. La Infanta y su esposo pertenecen a varias; y el evidente beneficio que estas le confieren la ciudad al ser una atracción tan grande para los extranjeros estimula a los miembros a honrar sus pasos con toda la grandiosidad posible. Ahora salen entre doce y catorce cada Semana Santa y cada una tiene establecidos su día y hora.

Además de estas Estaciones celebran una conmemoración anual con gran ceremonia antes de la Pascua. En estas ocasiones se expone la Sagrada Forma y los pasos que pertenecen a la Cofradía, cuya festividad se está celebrando, se colocan delante del altar entre una brillante despliegue de luces. Los rezos son seguidos por un sermón y los sacerdotes son siempre escogidos entre los de más talento y los más elocuentes de Sevilla. Tambien aquellas Cofradias cuyos miembros han jurado para defender la doctrina de la Inmaculada Concepción asisten a una misa concelebrada y renuevan sus votos con toda solemnidad. Una vez finalizado el sermón que suele ser el apropiado para la ocasión, un miembro de la hermandad sube al púlpito y lee el juramento hecho de defender la creencia de que la Virgen estaba libre de toda mancha del pecado original, incluso hasta la última gota de su sangre. Entonces el sacerdote que oficia va recibiendo sucesivamen-

PROCESIONES EN SEMANA SANTA

te el voto de cada uno de los miembros, y después de que concluya esta ceremonia, la misa continua.

Antes de cualquiera de estas grandes «funciones» – «función» es una palabra que se aplica en España a cualquier ceremonia importante, ya sea en la iglesia, en el teatro o en la plaza de toros – las imágenes de la Virgen y los santos son por regla general vestidas con cuidado con trajes esplendidamente bordados. Cuando alguna persona devota regala un nuevo vestido es inmensa la conmoción que eso despierta entre las señoras que realizan la función de Camarera Mayor. Algunas veces van a la iglesia y en otras ocasiones se llevan la figura a sus propias casas con objeto de poder arreglarla con menos prisas. Luego las señoras de la familia se entretienen afanosamente bordando y haciendo los más simples y sencillos artículos para el arreglo puesto que estas imágenes no sólo tienen los vestidos exteriores, sino también los que están ocultos a la mirada grosera. Una vez que la figura está vestida se vuelve a enviar a la iglesia desde donde sale para despertar una ilimitada admiración. Por otro lado, esta ocupación generalmente se contempla como una de las especialmente adaptadas para señoras de cierta edad. Mas que para los miembros juveniles de la sociedad; y «buena para vestir imágenes» se ha convertido en una frase que se aplica en España a la clase de personas más respetables que en Inglaterra se conocen por el nombre de solteronas.

Volviendo a la Semana Santa. Un poco tiempo antes de que llegue se distribuyen unas hojas impresas anunciando las distintas procesiones que van a ir a la catedral con el día y la hora. Algunas salen al amanecer, otras al caer la tarde; y como por lo general siempre suelen ir con retraso, muchas no llegan allí hasta mucho después del ocaso. Cuando se ven por la noche, el efecto de todo el conjunto está considerablemente realzado; las luces resultan mucho más bonitas y los detalles desagradables están parcialmente ocultos. La más impresionante de todas es el Santo Entierro, que sólo sale cada tres años; pero la procesión que se muestra en el dibujo que se incluye en este libro es la que sale de la iglesia de San Miguel y lleva el magnífico crucifijo de Montañés llamado el Amor de Cristo.

Primero van los Nazarenos con sus extraños atuendos; luego el paso que representa la entrada de Nuestro Salvador en Jerusalem. Este consiste en un grupo de varias figuras de gran tamaño: El Salvador seguido por tres de los Apóstoles mientras que algunos judíos tiran las capas a sus pies y todo el conjunto está ensombrecido por las ramas de una majestuosa palmera. Todas estas figuras están agrupadas sobre un trono que llevan varios hombres para los que, de hecho, debe ser una verdadera penitencia transportar tal peso por las calles. A este paso lo siguen otros Nazarenos; luego va el Crucifijo de Montañés, una de esas obras maestras de madera policromada que de hecho le hacen a una experimentar un sentimiento de sobrecogimiento religioso cuando esta representación figurativa de los sufrimientos de Nuestro Redentor se pone de manifiesto. Pero el objeto que por sí mismo podría inspirar sentimientos de devoción pasa – pasa desapercibido y la gente le hace caso omiso, aún siendo ante el cual uno podría quedarse más gustosamente contemplandolo: una ráfaga de luz aparece en la distancia, llega al oído una música militar y la anxiedad con la que todas las miradas se vuelven hacia el paso que se acerca indica que el puesto de honor de la procesión está reservado para Ella, que es objeto de más veneración de Sevilla, la «Sin Pecado Concebida».

Un palio de terciopelo morado cubre la figura de Nuestra Señora del Socorro; va vestida con una túnica negra rícamente bordada, rodeada de jarrones de plata llenos de flores y candelabros resplandecientes de luz. ¿Y qué efecto tiene todo esto sobre la atareada multitud que está pasando por las calles? ¿Sugiere esto pensamientos adecuados al momento sagrado dedicado por la Iglesia a la conmemoración de los sufrimientos de Nuestro Salvador? ¡Lamentablemente, no! Toda esta multitud está muy poco ocupada en estas reflexiones; ellos están disfrutando el Carnaval Divino; están criticando los vestidos de las imágenes – están discutiendo sus bordados. «Qué bonito pañuelo lleva la Virgen hoy» exclama uno, ya que los españoles nunca dicen la imagen de la Virgen, o de un Santo, siempre hablan de ellos como si fueran realidades. «Qué tocado más bonito» dice otro, «¡Que favorecedor es! Y dan lugar a miles de comentarios similares que se convierten en el principal tema de conversación cuando van pasando las distintas procesiones. Los

propios Nazarenos que acompañan los pasos no es que sean más reverentes. Cuando van por las calles por regla general llevan una pequeña cesta llena de caramelos que reparten entre sus amigos. A veces se quedan rezagados para encender un cigarro para lo cual se ven obligados a quitarse el capirote.

Todo esto es muy triste, pero desafortunadamente es una gran verdad, y pienso que cualquiera que haya pasado una Semana Santa en Sevilla y que comprenda el idioma reconocerá que no he exagerado. Y esta es la pureza de fe que sus fieles están siempre alardeando que se ha conservado ¡por encima de todas otras naciones! ¡Esta es la devoción que ahora anima la tierra que dio una Reina Isabel y un Mendoza – un Ximenez y un Talavera!

Pero debemos dejar las escenas que se representan en las calles y que deben entristecer los corazones de toda persona de buenos sentimientos o de mentalidad religiosa, ya sea católico o protestante, y entremos en el glorioso templo donde los actos religiosos de Semana Santa se llevan a cabo con gran solemnidad. Pero incluso aquí, la congregación considera muchos de ellos como meros espectáculos, y el alboroto y la impresión al rasgarse el velo, indica que la gente se ha reunido más para ver qué es lo que pasa que para rezar. Eso de todos modos no importa mucho; dentro de este glorioso mamotreto siempre se puede encontrar un rincón apartado lejos de la muchedumbre.

El Jueves Santo, cuando el Monumento se ilumina, la Catedral presenta un espectáculo de ceremonial religioso insuperable e inigualable. Este es un templete enorme de madera policromada y de arquitectura griega adornado con estatuas, preparado para recibir la Sagrada Forma que está reservada para la misa del Viernes Santo. Se levanta sobre la tumba de Fernando Colón y ocupa una parte bastante grande del espacio que hay entre la entrada y el trascoro. Se levanta todos los años con un gran costo y durante cierto tiempo le resta considerablemente belleza a la catedral, puesto que su arquitectura desentona con el edificio gótico bajo cuyo techo se encuentra. Pero una vez que se ilumina, se perdona el desagradable efecto que se había producido antes. Es verdaderamente una

escena espléndida cuando la procesión deja el Altar Mayor y se va moviendo hacia el Monumento, cuando los sonidos del «Pange Lingua gloriosis» resuenan por las abovedadas naves y la gran multitud que hay a todo alrededor se arrodilla con el ceremonial que la Iglesia de Roma sabe tan bien como desplegar.

Pero yo la prefiero cuando todo ya ha pasado – por la noche; cuando ha terminado el Miserere y el gentío ha salido del edificio. Entonces es verdaderamente sublime. Ese enorme templo de luz que se pierde en la oscura bóveda que hay por encima, haciéndo que la intensa noche que reina en la enorme catedral sea incluso más oscura – la Hostia consagrada descansa en el centro dentro de su custodia de plata – y a todo alrededor todo está tranquilo y silencioso. No había ningún sonido que interrumpiera; la santidad de la escena; unas cuantas fieles arrodilladas que se habían quedado rezagadas hasta que pudieran continuar sus devociones sin ser molestadas, con sus velos negros y sus capas echadas hacia atrás, no hacen más que acentuar el misterio y la solemnidad del momento.

El Miserere aquí no es de ningún modo digno de una catedral como esta. Tienen una gran orquesta situada dentro del Altar Mayor y las voces se ahogan completamente con el acompañamiento instrumental, que en todos los casos es bastante malo, pero más en particular en este solemne acto religioso que debe su gran belleza a los cánticos. Los españoles parece que tienen animadversión al órgano; en cualquier ceremonia en particular siempre lo substituyen por una orquesta. Esto es algo que hay que lamentar, en especial donde tienen órganos de tal fuerza y dulzura como los de Sevilla. El comportamiento piadoso de los españoles en la iglesia ha hecho necesario dividir la catedral durante el rezo del Miserere desde hace unos cuantos años ya que este no comienza hasta despues del atardecer; los hombres se colocan a un lado, las mujeres al otro. Así es pués la Semana Santa en Sevilla, donde la religión se convierte en un mero espectáculo y donde alegres multitudes se reunen para divertirse todos juntos – cualquier excusa es buena. Y las calles repletas de gente no pueden estar más animadas y todo tiene un aspecto lleno de vida y de júbilo. Los balcones están llenos de espectadores y las ceremo-

nias de la Semana Santa resultan ser un buen negocio para aquellos que tienen ventanas para alquilar a lo largo del recorrido de la procesión.

Después de que se haya extinguido el entusiasmo de la Semana Santa, los pensamientos de la gente están concentrados en la feria, el siguiente gran acontecimiento que sirve para romper la monotonía de la vida de Sevilla. Esta feria siempre tiene lugar a mediados de abril. A veces cae durante la semana de Pascua, pero los sevillanos prefieren que sea un poco después puesto que de ese modo los extranjeros se ven forzados a prolongar su estancia y donde hay tan pocas oportunidades para la diversión, es decididamente una pena que ambas lleguen tan juntas. La feria se ha celebrado en Sevilla sólo desde hace unos pocos años. Antes solía hacerse en Mairena, que era el gran centro de atracción; pero ahora Mairena se encuentra comparativamente desierta. Si la gente espera ver en una feria en Andalucía cualquier parecido con una feria inglesa, ellos se sentirán profundamente decepcionados. No hay espectáculos que te inciten a contemplar magníficos gigantes, o enanos aún más milagrosos, aquí no se van a encontrar monstruosidades de ningún tipo, tampoco preciosos puestos llenos de toda clase de cosas bonitas, donde se pueden comprar caretas para tus amigos y pan de jengibre para tí – ¡No! En Andalucía la gente se dedica a diversiones menos caras, principalmente a la más económica de todas – andar de un lado a otro para ver a sus amigos y para dejarse ver. El hecho es que estas son en realidad ferias de ganado donde se llevan caballos y vacas, ovejas y cerdos para su venta.

La Feria de Sevilla se monta en un gran espacio abierto fuera de la Puerta de San Fernando donde hace tiempo sufrían martirio las víctimas de la Inquisición. Desde aquí son muy bonitas las vistas de las murallas, con la Giralda elevándose por encima y los pináculos y contrafuertes de la catedral coronada por las ligeras y elegantes cruces de hierro que parecen suspendidas en el aire. Toda esta gran explanada en esta época festiva rebosa vida. La calle de San Fernando que lleva hasta allí es casi la única calle larga y recta de Sevilla. En esta ocasión está cubierta con un toldo de lona para proteger a los transeuntes de los abrasadores rayos del sol y está llena de puestos para vender todo

LA FERIA DE SEVILLA

tipo de dulces. Justo fuera de la puerta hay una lotería a beneficio de una de las muchas instituciones de caridad auspiciadas por la Infanta, donde todo el rango y la moda de Sevilla atraen a la gente para que compren boletos que pueden resultar premiados y que indefectiblemente están en blanco.

A todo lo largo, junto a las murallas, se encuentra el paseo de moda; aquí, por la mañana temprano y con el fresco de la tarde, se puede ver a la gente andando de aquí para allá pavoneándose arriba y abajo y aparecen un gran número de carruajes que nunca antes se habían visto. La multitud es tan densa que es casi imposible poderse mover; pero esto le gusta a los españoles que se siguen los unos a los otros arriba y abajo riendo, hablando sintiéndose contentos. Todos los alegres vestidos que se pueden lucir resplandecen en esta ocasión; las más brillantes flores están destinadas a embellecer el cabello negro azabache y la elegante mantilla de blanca blonda reemplaza a la negra de todos los días.

De hecho, después de todo, el grupo, en ciertos aspectos es muy similar al que podría haber en cualquier otro país. A excepción de la mantilla, todos los trajes típicos han desaparecido de entre las clases más altas. Ya no se ven ojos negros, que hablan de cosas inenarrables, brillar bajo sombreros como los que llevan los bandoleros con la enorme capa que esconde la figura; entre las damas ya no se ven alegres vestidos resplandeciendo con lentejuelas. Todo esto se ha terminado. Aquí y allá se puede ver alguna Maja suelta, alguna muchacha célebre por su belleza, quien con intención de atraer más atención se pone este atuendo ahora abandonado. Es un vestidito muy coqueto, pero debe llevarse con cierta «gracia» algo que nadie, a excepción de la andaluza, puede esperar tener jamás. Esta palabra no tiene traducción ya que nosotros en inglés no tenemos equivalente, de modo que no tiene sentido intentar buscarla en las páginas del diccionario. Significa un cierto grado de indescriptible actitud picante, una especie de gracioso descaro que tiene que verse para poderse comprender.

Mientras la Maja se va moviendo, a ella la van saludando por todos lados con cumplidos y parrafadas de exagerados elogios, llenos siempre de originalidad poética que los hom-

bres ofrecen a toda mujer cuyo vestido, cara o carruaje tenga algo que les guste. Este tipo de comentarios aquí no se consideran insultos, por el contrario, son el homenaje que los hombres pensarían que son groseros si no los ofrecen. Un gran número de sillas se colocan a lo largo del paseo y aquellas personas que se sienten fatigadas de tanto andar pueden descansar y criticar a la gente que ven pasar; mientras que muchos a los que no les apetece volver a la ciudad durante las horas de calor del día, tienen sus casetas montadas donde pueden desayunar, cenar y pasar el día, manteniendo de hecho las puertas abiertas a todos durante la feria.

Sin embargo debemos dejar el sector aristocrático de la Feria y centrarnos en la bulliciosa escena en la que la mayor parte de la gente participa, y donde aún se pueden ver las peculiaridades de los atuendos típicos españoles y las costumbres. Esto ofrece el mayor atractivo para los extranjeros. La vista descansa primero en una larga fila de casetas de gitanos cada una decorada con la bandera de España roja y gualda, donde esta extraña gente, todos ellos ataviados con sus mejores galas se sientan a las puertas de las casetas haciendo «buñuelos» una mezcla de agua y harina con la que se hace una masa que se fríe en aceite. Comer estos buñuelos en la feria de Sevilla es algo tan indispensable como morralla en una cena en Greenwich, y cuando pasamos, cada uno de los gitanos, se extiende sobre el tema de su propia superioridad y nos invita a entrar y descansar en su caseta cuidadosamente ordenada.

Todas están decoradas con cortinas rosas y azules y mesitas muy limpias donde se pueden tomar refrescos y donde te dicen la buenaventura, aunque en esto último ellas no parecen ser tan expertas como sus «morenas» hermanas de Inglaterra. Por la noche estas casetas están iluminadas y llenas de gente bailando que permanecen allí hasta muy tarde. Por todos lados hay un caos de sonidos de naturaleza de lo más discordante, el parloteo de los gitanos, las voces de los hombres que están vendiendo y comprando, discutiendo y regateando, mezclándose con los variopintos ruidos provenientes de la gran cantidad de animales que allí se concentran. Los más selectos corceles de las célebres llanuras de Córdoba, toros bravos de las dehesas que hay a lo largo del Gua-

dalquivir, gran cantidad de mulos y burros o cabras y ovejas están esparcidos en la feria por todos lados. El barullo y el ajetreo está más allá de toda descripción: no es sólo con la voz con lo que los hombres conversan, sus manos son tan elocuentes como sus lenguas y sus centelleantes ojos y sus vehementes gesticulaciones conforman una escena de confusión mayúscula, algo que en nuestras frías tierras septentrionales dificilmente podría imaginarse.

De vez en cuando la escena se anima con la llegada de un Majo o dandy, alegremente ataviado, con su amada montando a la grupa detrás de él; el corcel enjaezado con vivos colores, con su manta mulera de rayas rojas y amarillas y sus bordes con flecos. El propio Majo va con su chaqueta bordada y con los botones dorados y plateados. Sus dos pañuelos son indispensables y sobresalen de sus bolsillos a cada uno de los lados y sus polainas bordadas curiosamamente repujadas en cuero. La muchedumbre se aparta para que pase una calesa que se parece a los viejos vehículos que aún se utilizan en Nápoles, pintados con los colores más chillones que se puedan imaginar; el hombre que va conduciendo con gran dificultad, sentado en su banco, va abriéndose paso entre la multitud que se da cuenta de su llegada por el tintineo de las campanillas del caballo. Entre toda esta masa de seres humanos que se concentra hablando, riendo, peleando y cantando, los gitanos intentan atraer a la gente para que les compre caballos que han sido preparados y arreglados para la ocasión, mientras que en otros lugares ellos se esfuerzan sigilosamente para apropiarse de alguna cabra extraviada o algún tentador cerdo que desaparece como por arte de mágia de entre sus compañeros, mientras que su dueño busca en vano al activo y astuto culpable.

Gran cantidad de extranjeros pueden verse abriéndose paso entre la multitud, intentando ver todo lo que ocurre: gentes procedentes de todas las naciones; el serio y formal alemán; el alegre francés dispuesto a divertirse, entrando en todos lados, completamente ajeno al entretenimiento que el supone para otros mientras que el mismo se divierte; y por último son muy numerosos nuestros propios compatriotas, con su forma de vestir independiente que les hace visibles desde cualquier distancia, y el grito de «¡Inglés!

Inglés!» con el que siempre los saludan al pasar, con tanta seguridad como si llevaran la palabra impresa en sus tipicos sombreros «Wide-awake» de alas levantadas y copa redondeada y en sus chaquetas de caza, haciendo que su identidad sea incluso más inconfundible cuando intentan esconderla bajo el «sombrero calañés» y la «calesera andaluza». ¡Y qué diferentes tipos de caracteres! ¡Con qué sentimientos tan distintos miran ellos la animada escena que los rodea! Aquí hay un grupo de oficiales procedentes de Gibraltar que se han precipitado a «hacer» Sevilla y la feria y la Semana Santa y las corridas de toros, todo a reglón seguido. Allí también se puede ver otro individuo frío y envuelto en su propia formalidad inglesa, mirándolo todo con gravedad y preguntándose como la gente puede divertirse con todas esas tonterías; mientras que otro, poniendo a un lado todos sus delirios de grandeza se mezcla en todo y piensa que todo es divertidísimo, y se sienta para ayudar a las Gitanas a hacer sus buñuelos. Luego le llega el turno a algunos americanos, sintiendo desdén por la gente que encontraba tanta novedad en una feria española, asegurándoles que sólo con que fuesen a los Estados Unidos encontrarían algo digno de ver.

Allí también eran muy numerosas las damas inglesas paseando arriba y abajo entre sus atezadas rivales, algunas estudiando cada uno de los rasgos de la escena e intentando reflejar sus distintos episodios en las páginas de sus cuadernos de dibujo. Sonrientes golfillos con ojos resplandeciendo de maldad se estaban disputando el honor de sentarse como modelos; alguno autonombrándose guarda de honor y evitando que otros molestaran al artista, casi olvidando que él era el más impertinente de todos ellos. Una señora inglesa más sentimental que el resto, casi ni se enteró del alboroto de tan ocupada como estaba en recordar las espantosas hogueras de la Inquisición y esforzándose en vano en determinar el lugar exacto donde las víctimas eran sacrificadas. Allí había también un joven entusiasta, uno que había estado buscando inspiración poética y empapándose de cultura, pero que se encontraba fuera de su elemento entre esta desconcertante multitud; él buscó aislamiento y retiro en los poéticos reinos de Granada, y cuando nos volvimos a encontrar, estaba viviendo en los patios de la Alhambra, buscando lo que él mismo llamaba «lo intangible».

La feria dura tres días y entre sus principales diversiones, no es necesario decir, están las corridas de toros, las «corridas» lugar en el que se puede ver a los andaluces en todo su esplendor. Aquí ejercen su reinado supremo; dentro de estos recintos todo se somete al deseo del pueblo soberano; dentro de su sanguinario coso reinan sin que nadie les perturbe. El gobierno legisla con puño de hierro, pero en el umbral de la plaza de toros su autoridad cesa y aquí, de hecho, se puede encontrar esa libertad de la que ellos siempre están haciendo gala. «Todos los españoles son iguales ante la ley» es el primer artículo de esa Constitución que en este mismo momento está temblando por su existencia y el extranjero que obtiene su primera impresión del país cuando asiste a una «corrida» se sentirá predispuesto a suscribir la veracidad de esta proposición. El hecho es que la libertad que existe dentro de la plaza de toros está exactamente en proporción inversa a la que reina fuera. Cuanto más absolutista es el gobierno, más se adapta a seguirle la corriente al pueblo; y siempre que el díscolo y travieso niño no se entremeta en política, sino que pague sus impuestos y mantenga la boca cerrada, no es posible que exista ninguna objección a que este se divierta del modo más agradable que se le ocurra.

Es de lamentar que haya tanta brutalidad en las corridas de toros ya que como espectáculo son bellas y la habilidad y destreza puesta de manifiesto por los toreros merece la más alta cota de elogios. ¿Qué puede ser más animado que una plaza de toros antes de que comience la corrida? – el gran coso abarrotado de miles de personas con sus ropas más alegres, el brillante sol, el cielo de intenso azul por encima, el sonido poco armonioso de las bandas de música, el ruido de la impaciente multitud, todo esto se une para ofrecer la escena más atractiva y fascinante. Cuando la «cuadrilla» entra haciendo el paseillo y los «picadores» ocupan su posición y los incansables «chulos», con sus trajes relucientes se dispersan sobre la arena con sus «capas» multicolores revoloteando en el aire, es imposible no sentir la excitación del momento, cuando suena un clarin, las puertas se abren de par y la bestia salvaje, el héroe del espectáculo, entra corriendo hasta el centro. ¡Pero, qué rápido cambia el panorama! Quién sino un español puede mirar sin horror y repugnancia las barbaridades a las que se sometía a los desdichados caballos? Desgarrados y destrozados, con el jinete encima hasta que perdían las fuerzas o abando-

nados allí para morir, con sus cuerpos desparramados por todos lados en cada una de las fases de la expiración – ¡es demasiado horrible! Es verdad que muchos cierran los ojos a estos detalles y todas las damas hacen uso de su abanico para no ver los incidentes más trágicos; pero estos ocurren de modo inevitable y de hecho no se pueden separar de los actos del día. Hubo un tiempo en el que el «picador» montaba un espléndido corcel y ponía en práctica toda su habilidad para salvarlo; y por lo tanto el número de caballos muertos durante la «corrida» era un criterio seguro de la bravura de los toros, y de que se incrementara el entusiasmo del espectáculo. Esto, sin lugar a dudas llevó a la práctica actual de seleccionar los caballos de menos valor que, en lugar de hacer algún esfuerzo para salvarlos, son sacrificados deliberadamente para proporcionar una ficticia apariencia de bravura a los toros. El alivio que sienten los espectadores es indescriptible cuando el cambio de tercio pone fin a la crueldad que se inflinge a los caballos y el «matador» entra solo y sin ningún tipo de ayuda, sin otra cosa que su estoque y su muleta, su habilidad y su valor para enfrentarse a la enloquecida bestia en la pugna final. Nadie puede dejar de admirar la gracia y serenidad desplegada por un primer «espada»: su paso firme aunque elástico, su mano rápida, la fría mirada con la que juega con su terrible enemigo y con la que lo desafía para que embista hasta el momento final, cuando a mitad de camino en su enfurecida embestida la astuta estocada lo hace pararse de repente y cae sin vida a los pies de su agresor.

Cuando se reflexiona acerca de las costumbres y actitudes del país, acerca del sentimiento de crueldad que parece haber invadido casi de forma natural a las clases más bajas en todos los países, una no puede sorprenderse ante la admiración que los españoles sienten por un pasatiempo en el que hay tanto que despierta la imaginación y en el que se hace una gran exhibición de destreza. En este país no hay ninguna sociedad que impida la crueldad a los animales, y a la gente nunca se le enseña nada acerca de la maldad de torturarlos. Desde la infancia se les lleva a ver esta diversión que tanto gusta a todas las clases sociales y por consiguiente están acostumbrados a ver los crueles actos del espectáculo antes de que la mente sea lo suficiente madura como para permitirles razonar sobre el tema; de hecho, va creciendo con ellos y no pueden comprender su atrocidad.

Incluso cuando asiste la Infanta ella se lleva a sus niños. De todos modos la gente no debe imaginar que en España sólo existe una opinión con respecto a las corridas de toros. Muchos españoles pertenecientes a las clases más altas las condenan con tanta fuerza como podamos hacerlo nosotros; e incluso entre la gente del pueblo he oído a varios declarar que ellos no las aprobaban.

Un gran cambio debe tener lugar en muchos aspectos antes de que las corridas de toros dejen de ser la diversión preferida de los españoles. De todos modos, a excepción de Madrid, no son ni mucho menos frecuentes, no más de tres o cuatro corridas importantes tienen lugar al cabo del año. Montes, el famoso espada, el príncipe de los toreros, cuya gracia y elegancia eran insuperables, murió hace unos doce meses. Él dejó dos herederos que se disputaban los laureles de la superioridad – Arjona y Redondo, más conocidos por los nombres de Cúchares y Chiclanero. Unos prefieren a uno, otros al otro; los caballeros por regla general aseguran la superioridad del primero, mientras que las damas tenían al segundo bajo su protección especial, puesto que su apariencia personal era bastante más atractiva que la de su rival. Pero ahora ya se ha terminado la rivalidad; la reciente muerte de Chiclanero, que murió de tisis en Madrid durante la primavera pasada, ha dejado a Cúchares como él único señor de la arena. Suele residir en Sevilla, lugar en el que nació. Ha amasado una fortuna considerable y tiene fama de ser un hombre de gran corazón y muy caritativo.

La Plaza de Toros de Sevilla es una de las más grandes de España; como es usual, permanece inacabada, pero el espacio abierto que de hecho dejaron permite una vista de la Giralda, algo que contribuye bastante a la belleza del espectáculo.

Aunque los alrededores de Sevilla no ofrecen los mismos atractivos que el paisaje montañoso que rodea Granada, se pueden hacer muchas excursiones a caballo a través de sus llanuras cubiertas de olivos; en particular a lo largo de la serie de colinas que se elevan al otro lado, en la orilla derecha del Guadalquivir. La iglesia del convento de San Juan de Aznalfarache, ahora en ruinas, corona uno de estos montículos y se puede ver desde

cualquier lado. Delante hay una explanada desde la que se puede disfrutar de una magnífica vista de Sevilla con sus níveas casas, sus torres, sus iglesias, su catedral y la Giralda. Los restos de las murallas de la antigua fortaleza se pueden ver a lo largo del filo del precipicio bajo el cual serpentea el río lleno de gráciles velas.

Este es uno de los lugares preferidos para pasar los domingos o los días de fiesta, cuando la gente viene y baila en esta explanada. El Guadalquivir está lleno de barcas y la música de la guitarra y las castañuelas, con las salvajes seguidillas, resuenan a lo largo de sus aguas. No puedo decir que sean cristalinas puesto que el clásico Betis es uno de los ríos más turbios que uno pueda ver. Va serpenteando formando los más fantásticos meandros, y aunque San Juan se encuentra a sólo a un corto paseo andando atravesando los campos de Triana, la larga curva que hace el río hace que parezca que está a una distancia considerable para aquellos que van por el agua. Este convento perteneció a los franciscanos que por primera vez se establecieron en 1398 en los edificios que luego fueron ocupados por los Cartujos en Santa María de las Cuevas. Sus patios ahora están desiertos y un anciano guarda la llave de la iglesia en la que alguna vez se dice una misa. Hay un retablo muy sobrecargado de ornamentación pero que tiene algunas pinturas pasables. También hay una pila bautismal milagrosa que suele llenarse por sí misma cada año durante el Sábado de Resurrección.

Una buena carretera muy ancha que va por la llanura que hay detrás de Triana lleva al pueblo de Santi Ponce y las ruinas de Itálica; o también se puede variar la ruta por la que cabalgar manteniéndose en las tierras altas y pasando Castilleja de la Cuesta. Una inscripción sobre la puerta de una casita en este pueblo señala el lugar donde murió Hernán Cortés, el conquistador de Méjico, y una de las muchas víctimas de la ingratitud española. Poco es lo que ahora queda de Ítaca; un pequeño anfiteatro completamente en ruinas todavía atestigüa que esta fue en su día una ciudad romana, pero el lugar de nacimiento de Trajano está ahora un poco mejor que una cantera que suministraría materiales para los edificios adyacentes. Esta es la utilidad que los españoles le dan a las ruinas. Las piedras están cortadas y preparadas justo a mano y pueden perfectamente

volver a ser utilizadas. Se utilizan para construir otros edificios que a su vez podrán utilizarse como canteras por las generaciones futuras.

El cercano convento de San Isidoro del Campo fue parcialmente construído con las piedras procedentes de Itálica, y ahora a su vez este es una mera ruina. Medio fortaleza, medio convento, aún mantiene vestigios del antigüo esplendor de los Guzmanes y desde allí se obtiene una magnífica vista de la zona que lo rodea. Fue fundado por Guzmán el Bueno, uno de los principales héroes de la historia de España en el lugar donde se han descubierto los huesos de San Isidoro, el erudito Obispo de Sevilla. Estaba dotado de enormes posesiones y de jurisdicción territorial y perteneció a los Jerónimos. Ahora presenta un lamentable estado de desolación; y no hay nada que pueda ser más triste que sus solitarios claustros, todos cubiertos de una tonalidad húmeda y llena de musgo.

La iglesia está formada por dos naves; en la principal, que fue construida por Guzmán, están enterrados él y su esposa a cada uno de los lados del altar mayor.

Aquí yace el intrépido capitán, quien, con una fortaleza mayor que la de los espartanos, vió como asesinaron a su hijo delante de su propia cara antes de entregar la fortaleza de Tarifa, que él había ayudado a su soberano a rescatar de los moros. El fue un gran servidor de su país y finalmente cayó en una refriega cerca de Gaucín en el año 1309. Su hijo y su nuera están enterrados en la capilla contigua. El retablo es de Montañés y contiene una bella estátua de San Jerónimo realizada por este célebre escultor.

Volviendo a Triana se pasa por el monasterio cartujo de Santa María de las Cuevas, en su día conocido por su riqueza, ahora convertido en una fábrica de porcelana bajo la dirección de un inglés. Las maravillosas tallas del coro se han trasladado al museo, aunque una pequeña parte todavía permanece en una capilla que Mr. Pickman mantiene consagrada a su función original. La gran iglesia se ha convertido en taller y ahora los hombres están fabricando porcelana dentro del recinto. Los jardines que son muy extensos están llenos de naranjos y en una de las esquinas están enterrados los ingleses que mueren en Sevilla

puesto que aquí los protestantes no tienen un cementerio propio y nadie aparte de los que profesan la religión oficial del país puede recibir sepultura en el cementerio.

La corporación de Sevilla acaba de proyectar un nuevo cementerio en la zona norte de la ciudad, aparentemente para beneficio de los habitantes que estaban expuestos en verano a los vientos que esparcían sobre la ciudad la malaria desde el viejo cementerio. En realidad, sin embargo, un deseo de agradar a las altas esferas ha tenido algo que ver en el extremo interés mostrado en este caso por la salud pública. La Infanta y el Duque no aprueban la cercanía del antiguo cementerio con los jardines del Palacio.

Las viejas murallas de Sevilla en algunas partes se encuentran muy bien conservadas y algunas de las torres cuadradas aún tienen un aspecto imponente. Algunas partes son bastante pintorescas en particular las que se encuentran cerca de Caños de Carmona: un aqueducto a través del cual se lleva el agua desde Alcalá de Guadaira hasta la ciudad. Este pueblo se encuentra en la carretera principal que va a Madrid a eso de dos leguas desde Sevilla y se puede hacer una excursión muy agradable hasta allí. Alcalá está principalmente habitada por panaderos, siendo aquí donde se hace todo el pan que se consume en Sevilla. El trigo se prepara con sumo cuidado y el amasado se lleva a cabo con gran perfección; y ciertamente su trabajo no se hace en vano, ya que el pan español es de primera calidad, muy blanco y apretado.

Alcalá presume de tener los restos de uno de los castillos árabes más grandes de Andalucía. Es una ruina muy pintoresca, un lugar delicioso para ir de merienda; con sombríos patios llenos de hierba, bellos paños de viejas murallas para trepar por ellos, unas vistas que compensarán a aquellos que tengan la suficiente iniciativa como para subir a sus torres. El Guadaira corre por la base de la colina en la que se encuentra, mientras que la Giralda, destacándose en la distancia, señala el lugar en el que está Sevilla.

Se pueden dar paseos a caballo muy agradables por las llanuras que rodean Sevilla, y que con las excursiones que se pueden hacer en los alrededores y todas las cosas interesantes

que hay dentro de las murallas, pueden pasar un invierno muy agradable aquellos a los que no preocupa la vida social puesto que a este respecto, como ya he mencionado, Sevilla no ofrece nada que tiente al viajero. Pero tiene sus encantos; sus bonitas casas y su buen clima la convierten en un lugar en el que se puede vivir bien y su cercanía a Cádiz hace que el acceso sea muy fácil.

Aquí casi no hay invierno; un sol radiante y un cielo sin una sola nube te alegran incluso en Navidad. Febrero es por regla general la peor época, húmeda, fría e incómoda, pero no dura mucho y el clima es infinitamente preferible al de Málaga. Es ciertamente más húmeda y llueve más que en Málaga, aunque incluso aquí son muy pocos los días de lluvia, pero aquí no soplan los secos y fríos vientos y el polvo insoportable que hace esta última ciudad tan desagradable; hay una mayor suavidad y templanza en el aire y sus bonitos paseos a lo largo de las orillas del río siempre son encantadores. Pero el invierno y la primavera son los meses que más se pueden disfrutar; en verano el calor es insoportable. Incluso en el mes de mayo las calles se convierten en hornos; y toda la gente que puede abandonar la ciudad se refugia en la costa y emigra para disfrutar la brisa del mar en San Lucar y Cádiz; y todos los que se ven obligados a quedarse durante los meses de verano se van a las salas bajas y viven bajo la sombra de los toldos entre las fuentes y flores de sus patios, donde permanecen encerrados durante todo el día, saliendo sólo bien entrada la noche para disfrutar del aire fresco.

Sevilla es muy cara para ser una ciudad española, pero con todo y con eso, vivir aquí es bastante moderado y no hay nada que induzca a la gente a gastar dinero a excepción de los artículos de primera necesidad de la vida. Las estrechas calles y la mala pavimentación convierten casi en un castigo salir en carruage y las malas carreteras en los alrededores te hacen desistir de conducir en el campo. Por el contrario, los caballos se consiguen con facilidad y también son excelentes, briosos aunque nobles, como suelen ser los caballos andaluces. En las tiendas hay muy pocas cosas que inviten a comprar, al contrario de las numerosas tentaciones que se ofrecen al viajero en todas las ciudades italianas, aquí es casi imposible conseguir algún objeto que pueda servir incluso como recuerdo del lugar.

Es sorprendente que Sevilla no sea más frecuentada por turistas de lo que es. No hay duda de que la dificultad de conseguir pisos amueblados es un gran inconveniente para los extranjeros, sobre todo para los enfermos. Hay algunos médicos que tienen buena reputación por su buen hacer y sin lugar a dudas se ha obrado una considerable mejora en las antiguas ideas españolas de la ciencia médica, cuando la sangría era considerada el remedio infalible para cualquier enfermedad a la que cualquier mortal está expuesto. Algunos de los integrantes de esta escuela que está surgiendo se han formado en París y los enfermos pueden poner bastante más confianza en ellos y sentir bastante más seguridad de lo que les llevaría a imaginar que generalmente se cuanta de los médicos españoles. Es, de todos modos, muy difícil despojarse de los viejos prejuicios y como la gente ha estado acostumbrada durante tanto tiempo a escuchar el bajo estado de la profesión médica en España, se olvidan de que sus miembros pueden mejorar al igual que lo hace otra gente. Asimismo el sistema que ellos adoptan, tiende a desanimar a visitantes ingleses y les infunde una falta de confianza; ya que acostumbrados como están a las fuertes medicinas y remedios violentos empleados en nuestro país, ellos se ven completamente capacitados para contemplar con gran disgusto, que digo, casi con desprecio, las prescripciones que están principalmente compuestas de infusiones de malvas, violetas «caldo blanco» y tales remedios inocentes que sin embargo resultan ser tan eficaces en este caluroso clima. Sería interesante, quizás, que los extranjeros recordasen que en estas tierras meridionales los médicos del país tienen muchas más probabilidades de comprender que tratamiento puede ser apropiado para afecciones sin importancia que los que son a su vez ajenos al clima, al aire y, de hecho a cualquier peculiaridad local.

A pesar de la ausencia de vida social y otros inconvenientes nadie puede residir durante algún tiempo en Sevilla sin atesorar placenteros recuerdos de muchas y agradables horas pasadas bajo su cielo azul, durante sus soleados meses de invierno. Sus calles y sus casas tienen un aspecto muy alegre, y nadie puede evitar que les gusten sus agradables y buenas gentes, quienes, a pesar de sus muchos defectos, tienen un gran atractivo que les es peculiar.

Hay una comunicación constante entre Sevilla y Cádiz a través de los barcos a vapor que van y vienen casi a diario. Las tarifas son elevadas, pero la gente de aquí aún no ha aprendido a comprender que las tarifas bajas incrementan el número de pasajeros. La vista de Sevilla desde el río es preciosa, pero una vez pasado San Juan de Aznalfarache y los naranjales que hay al otro lado, no hay nada que sea menos interesante y más aburrido que todo el curso del Guadalquivir hasta llegar al mar. Extensas llanuras, casi a nivel del agua es lo único que se ve, donde enormes rebaños de ganado se ven pastando sin que nadie les moleste y donde el efecto de los espejismos se va repitiendo en cada una de las curvas del río, mientras que bandadas de aves salvajes se sostienen en el aire. El agua se eleva desde el río a las pocas aldeas que hay a lo largo de sus orillas de un modo bastante parecido al utilizado en el Nilo, por medio de un poste con un cubo en uno de sus extremos. No hay nada que mitigue la monotonía hasta que los enormes pinares de San Lúcar de Barrameda ofrecen una ligera variación. Aquí, a corta distancia desde San Lúcar, en un lugar llamado Bonanza, los barcos a vapor se detienen para desembarcar a aquellos pasajeros que prefieren cruzar por tierra hasta Cádiz. A veces es muy peligroso ir por encima de esta barra y muchos aprovechan este modo de evitar este tramo de viaje que va por el mar.

San Lúcar es un lugar que atrae a muchos habitantes de Sevilla durante el verano y la Infanta ahora se está construyendo aquí un palacio. Cruzando la barra, se sale a mar abierto. A la izquierda se encuentra la blanca iglesia de N.S. de Regla en el arenal de Chipiona. Este santuario antiguamente pertenecía a los Agustinos y en él hay una imagen milagrosa de la Virgen muy venerada por los marineros. Pronto las blancas casas de la ciudad rodeada por el mar se elevan por encima de la superficie del oceano, protegidas de su tormentosa furia por murallas contra las cuales la fuerza del oleaje rompe formando grandes superficies de espuma y los elevados mástiles de los barcos ofrecen signos de vida y comercio.

Cadiz se puede ver en varias horas; tiene muy poco interés; y aunque de hecho es la más antigua, parece la más moderna de las ciudades españolas. Las calles son estrechas pero todas son mantenidas en perfecto orden; las casas son muy altas, con tejados planos y majestuosos miradores desde los cuales se pueden obtener unas vistas magníficas de la

bahía, de las lejanas montañas y de las azules aguas del Atlántico, salpicadas de diminutas velas. Debido a su emplazamiento, la ciudad, está naturalmente limitada en cuanto a su extensión; está situada sobre una península conectada con la zona continental por un largo y estrecho itsmo, sobre el cual el mar rompe durante las tormentas. Está fortificada tanto por tierra como por la zona que da al mar y sus murallas tienen un aspecto bastante monumental, con todo lo abandonadas y poco eficaces que puedan ser en realidad. Cádiz es una especie de prisión a gran escala ya que a excepción de por mar, no hay más que un camino por el que se puede salir de la ciudad y que va a lo largo del estrecho itsmo que acabo de mencionar, lugar en el que están situados los cementerios. Aquí hay uno para los ingleses con un trazado muy bonito. Hay varias plazas preciosas. La Alameda corre paralela a las murallas, con vistas al mar y la bahía, y aquí es donde los habitantes tienen que pasear por falta de un lugar más grande. El suministro de agua para Cádiz es muy malo y el agua que tienen es la que pueden conseguir recogiéndola de los tejados de las casas durante la época de lluvias y que se mantiene en bidones. Las calles están iluminadas con farolas de gas algo bastante novedoso en España.

Hay un teatro muy bonito y bastante más vida social aquí que en Sevilla, incluso en invierno, y en verano está muy animada con toda la gente que viene para disfrutar de los baños de mar. La catedral es una estructura muy moderna, repleta de mármoles muy costosos pero que ostenta más riqueza que buen gusto. Fue construida casi completamente a expensas del último obispo quien dedicó todos sus recursos a este fin. Él fue muy querido por todos y murió igual que vivió, casi en la pobreza. El edificio más interesante de Cádiz es el antiguo Convento Capuchino ahora convertido en un colegio de niños. En sus jardines se encuentran algunas de las más bellas palmeras de Andalucía y entre ellas pude ver la palmera doum[39] que crece en el Alto Egipto. En la iglesia hay varios cuadros de Murillo muy bonitos y nadie puede contemplar el retablo de «El Matrimonio de Santa Catalina» sin interesarse por esta última obra del artista que fue en realidad la causa de su muerte. El se cayó desde el andamio mientras estaba pintando y sus heridas fueron tan graves que fue trasladado a Sevilla donde murió muy poco tiempo después. Este retablo fue terminado por uno de sus discípulos.

Alrededor de la bahía se puede dar un placentero paseo en barco. Las tierras bajas que se encuentran en el extremo superior presentan una curiosa apariencia debido a las pirámides de sal que resplandecen con el sol; se obtienen grandes cantidades con la simple evaporación bajo los rayos del sol. La sal es otro de los monopolios del gobierno español. Ellos llevan el miedo a que obstaculizen esto hasta tal extremo, que no permiten que se saque nada de agua del mar no sea que puedan extraerse de ella unos cuantos granos de sal. Para procurarse un baño de agua salada se debe obtener un permiso firmado por un médico u ofrecer una moderada suma en el lugar apropiado. ¡Menuda protección! No están satisfechos con su intento de proteger el producto cuando ya está en tierra, sino que intentan extender su dominio sobre las mismísimas aguas del oceano!.

Se debe visitar la Carraca, antiguamente el gran arsenal naval, pero ahora sus talleres están sin arrendatarios y desiertos. El país que tenía la primera flota del mundo, cuyos galeones traían el tributo de nuevos mundos a sus costas nunca se ha recuperado de la terrible Batalla de Trafalgar, cuando España pagó por su alianza con Francia por la destrucción de su flota. Por mucho que uno pueda quejarse sobre las ruinas de majestuosos edificios cuya belleza arquitectónica pueda haber sido destrozada por la locura revolucionaria o por la furia de ejércitos invasores, todavía existe algo aún más triste en restos tales como estos, donde una vez resonó el continuo zumbido de la actividad industrial. Las primeras hablan de la riqueza o la piedad e individuos privados; pero las últimas hablan de la riqueza y poderío de una nación – atestiguando el dominio que antes ejercía – de la grandeza de un imperio que ha desaparecido. Bien, de hecho, puede España exclamar en las palabras de su poeta:

Aprended, flores, de mi
Lo que va de ayer a hoy;
Que ayer maravilla fue
Y hoy sombra mia, no soy.

CAPÍTULO IX

UN VIAJE A GRANADA A CABALLO[40] – PUERTO DE SANTA MARÍA – JERÉZ – LA CARTUJA – SUPRESIÓN DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS – RUINAS MONÁSTICAS – SALIDA DESDE JERÉZ – ARCOS – HOSPITALIDAD – UN PAISAJE ESPLÉNDIDO – A CABALLO A TRAVÉS DE UN BOSQUE – PARADA DE MEDIODÍA – AUSENCIA DE LOS PROPIETARIOS – EL BOSQUE – MÁS HOSPITALIDAD – BENI MOHAMED – GRAZALEMA – NADA DE PARTICULAR – EL TEATRO – FORASTEROS – UNA CLARA NOVEDAD – CAMINO A RONDA.

MANTILLA DE TIRO.

Las sagradas luces de las velas han desaparecido,
Gris musgo ha cubierto la piedra del altar,
Han tirado la santa imagen,
    Las campanas han cesado de tañir.
Los pasillos de largas nervaduras han reventado y se han encogido,
Las sagradas hornacinas están convertidas en ruinas,
El pio monje ha partido,
    ¡Dios ha bendecido su alma!

REDIVIVA

Fue en uno de esos deliciosos días de primavera que llenan de alegría el mes de mayo en este clima divino, cuando íbamos a bordo del vapor que mavega entre Cádiz y el Puerto de Santa María, o «el Puerto», como le llaman con énfasis los habitantes de los pueblos de alrededor. La bahía nunca tuvo un aspecto más bonito; la nívea ciudad se levantaba sobre las azules aguas con sus verdes balcones tan limpios y relucientes, y en la distancia, los altos picos de la Serranía de Ronda hacia donde estábamos a punto de dirigir nuestros pasos.

Todo era precioso y también nuestros espíritus irradiaban optimismo animados por el espectáculo que se abría a nuestro alrededor y la perspectiva de una gran expedición ante nosotros – una buena y difícil subida a las agrestes Sierras. Nadie que no haya hecho este tipo de excursión puede comprender todo el goce que esta produce – un placer que aquellos que sólo estudian el modo de viajar con el mayor grado de confort nunca pueden apreciar. Que no viaje nadie por Andalucía cuya idea del viaje y de sus delicias las asocie con rodar sobre una carretera principal en un lujoso carruaje tirado

por cuatro veloces caballos, y que todo el rato va esperando que llegue el momento de la cena magníficamente preparada y una habitación bien caldeada, todo listo a la espera de su llegada, - que no viaje nadie que considere estas cosas como un acompañamiento indispensable en el viaje cuando emprenda una excursión por los montes de Andalucía. Pero para aquellos que durante un tiempo pueden postponer los lujos personales para dedicarse a la contemplación de las bellezas de la naturaleza, que les gusta ver algo de las costumbres y hábitos de las gentes por cuya tierra están viajando, que no se preocupan por las fatigas e incomodidades con las que se tendrán que encontrar, sino que están preparados para sentirse satisfechos con todo y tomarse todo lo que pueda sucederles con tranquilidad y una alegre risa, un viaje a caballo es uno de esos acontecimientos placenteros que sólo aquellos que lo han experimentado pueden apreciarlo a fondo.

Qué puede ser más excitante que el aire fresco de la montaña; el levantarte muy temprano, la vida en libertad de ir a donde quieras y detenerte cuando te plazca; la parada del mediodía para tomar un refrigerio en algún lugar en sombra donde el aire está fresco gracias a algún arroyo, la vuelta a la montura que nos va ofreciendo a cada paso preciosos paisajes siempre cambiantes, siempre distintos; y luego la llegada; los preparativos para la cena y para pasar la noche de la manera más confortable que los medios nos permitan, proporcionándonos una interminable fuente de diversión; los grupos dispersados alrededor del fuego en las ventas de los caminos; la relación constante con las gentes entre las que te vés completamente inmerso y el conocimiento de sus costumbres que esto te aporta, los planes que se organizan para el día siguiente, todo esto se une para proporcionar un encanto peculiar a las excursiones a caballo en estos climas meridionales. El brillante cielo sin una sola nube le infunde a uno una nueva vida y energía, y después de este tipo de expediciones cualquier otro modo de viajar parece aburrido y poco interesante.

Nuestro vapor no era en absoluto el ejemplar más ortodoxo de ingeniería naval, pero hacía todo lo que se le pedía que hiciera y llevaba a sus pasajeros de un lado a otro tres o cuatro veces al día bajo la supervisión de un ingeniero irlandés quién arreglaba la

maquinaria siempre que se averiaba y quien declaraba que este iba «tan bien, o mejor» que cuando estaba nuevo. Myles Cogan era el nombre del ángel custodio que había sido responsable de las válvulas de seguridad de este viejo cacharro durante más de seis años; y era un ejemplar de su raza muy característico, con su astucia, con su risa, su gris mirada, su boca de oreja a oreja, y todo su rostro que transmitía una gran bondad. El había tomado como esposa a una española, y su joven retoño presumía de ser descendiente de O'Cogan y del Cid «el trébol de Erin y la oliva de España». El estuvo encantado al comprobar que había varios compatriotas a bordo y nos ofreció sus servicios a la manera de su tierra de adopción; al mismo tiempo sensatamente se retiró para realizar su trabajo lo mejor que pudo, es decir, llevarnos sanos y salvos hasta el fondeadero del Puerto de Santa María.

Los oficiales de la aduana cuando vieron que nuestro equipaje no contenía demasiados artículos de contrabando, se contentaron con dejarnos pasar sin importunarnos; y después de haber contratado plazas en la diligencia que cubre el trayecto entre este lugar y Jeréz, fuimos a refrescarnos en la acogedora mansión de un amigo donde fuimos recibidos con gran afecto y amabilidad. Este lugar es muy poco interesante, pero en verano es muy frecuentado por toda la gente que huye de los calores de Sevilla y de los pueblos de alrededor; asimismo hay algunas familias adineradas que tienen aquí su residencia, el comercio del vino se lleva a cabo de forma tan extensa aquí como en Jeréz, para el que este último pueblo sirve como punto de exportación.

Nuestra diligencia salió muy puntual y pronto estuvimos instalados en el interior ¡Con qué dos compañeras! Dos perfectos especímenes de las mujeres más viejas, más gordas y más feas de esta tierra – que, dicho sea de paso, no escasea en ejemplares como estos. En estos sofocantes climas la belleza pronto desaparece; y ciertamente, las personas de más edad de la población, ya sean hombres o mujeres, retienen muy poco del buen aspecto del que pudieron haber gozado en sus días juveniles. Una de nuestras amigas estaba dotada de un apéndice de lo más notable, que le otorgaba un encanto adicional a su rostro, en forma de un par de negros, hirsutos bigotes, cuya abundancia habría avergonzado

a cualquiera de los jóvenes aspirantes a tales honores. El calor era intenso y se hacía aún más insoportable por el polvo – esa maldición de esta seca y sedienta tierra que te envuelve en la carretera principal y que supone un aspecto importante que añadir a los muchos inconvenientes que conlleva el viajar en diligencia por la Península.

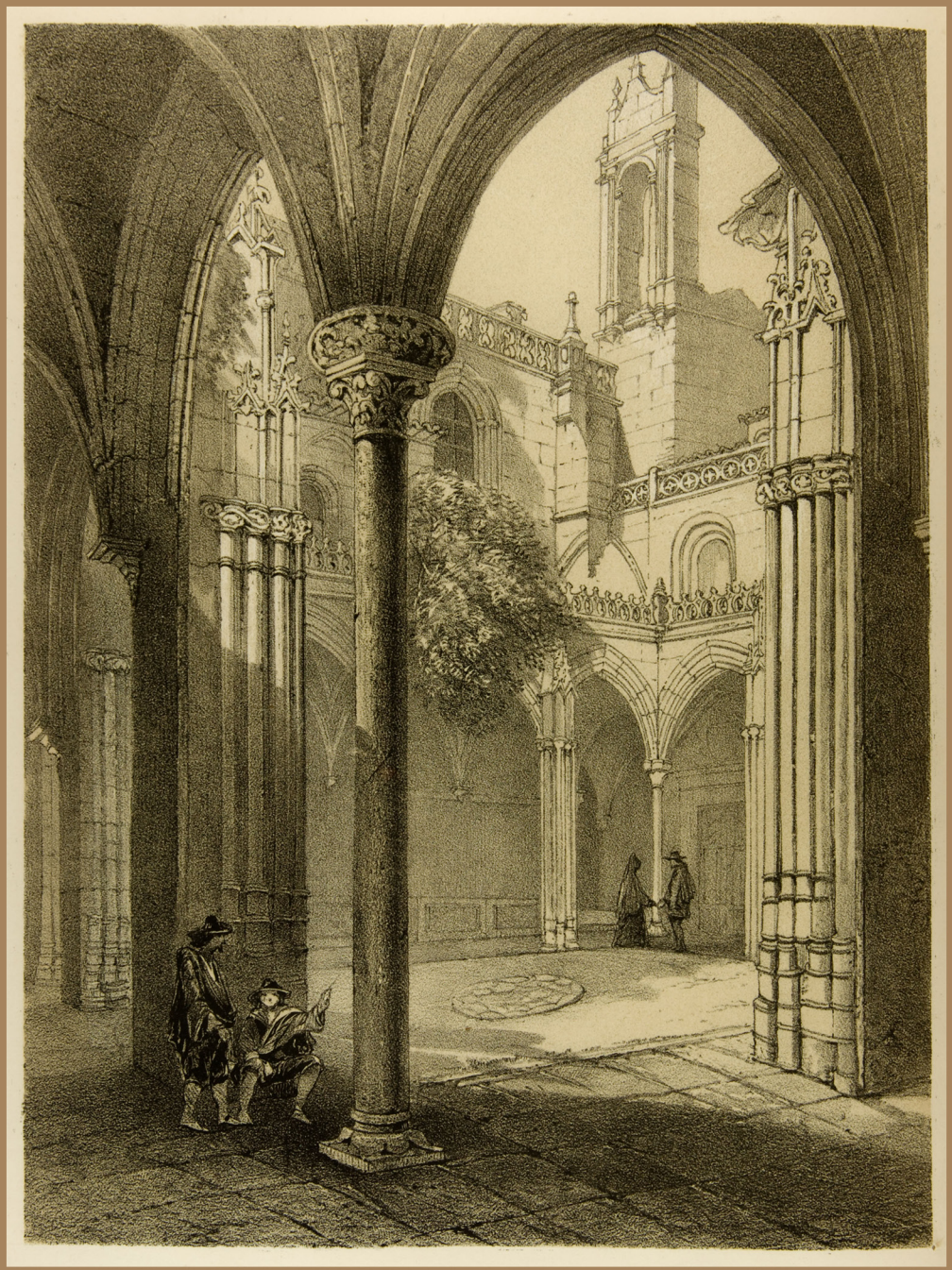
El campo estaba cubierto por un manto verde esmeralda, el trigo estaba a punto para la cosecha – y de hecho mucho ya había sido cortado – la carretera estaba en perfecto estado y las vistas sobre la bahía desde un pequeño montículo eran realmente impresionantes. La lejana ciudad no parecía una indigna rival de la majestuosa Venecia, mientras se levantaba desde el oceano, con sus murallas rodeadas por el mar y sus casas blancas como la nieve, y desde esa distancia tenía un aspecto tan bonito que la orgullosa Reina del Adriático, no podría haberse sentido ofendida por la comparación. Cerca de la carretera, a aproximadamente la mitad de camino de Jeréz, un pequeño castillo en ruinas rodeado de árboles se señala como la prisión de la bella Blanca de Borbón, la agraviada y perseguida esposa de Pedro el Cruel. Aquí, dice, que fue asesinada por orden de su esposo quien, después de la muerte de su favorita, María de Padilla, sin tener ya ninguna excusa para tratarla con el antiguo abandono con el que siempre la trató, decidió quitarla de su camino con objeto de liberarse de una alianza que siempre había contemplado con horror. No sé por qué la tradición habría escogido este lugar como la escena de este nauseabundo crimen ya que los historiadores parecen bastante de acuerdo en que ella fue asesinada en Medina Sidonia, en la fortaleza en la que durante algún tiempo estuvo prisionera. El bondadoso gobernador rehusó obedecer tal mandato, pero un tirano siempre encuentra subalternos dispuestos a ocuparse de su crueldad; y Ortíz de Zúñiga fue rápidamente reemplazado por uno que consintió en sacrificar a la dulce y virtuosa reina por orden de su real señor.

Tanto si este lugar es o no el escenario donde la desventurada Blanca terminó una vida de sufrimientos, las llanuras que se extienden por debajo son un territorio clásico en la historia de España. Por ellas se puede ver un plateado río haciendo meandros, unas veces con sus aguas resplandeciendo con el sol, otras ocultas, viéndose su cauce sólo

marcado por las velas de pequeños barcos que están llevando su carga de vino desde Jeréz hasta el Puerto. Este río es el Guadalete que hace mil cien años corría por el mismo cauce, rojo con la sangre de enfrentados ejércitos; y en esas llanuras se decidió la suerte del imperio de los Godos en España.

En las tierras bajas que hay entre este río y el pueblo de Medina Sidonia se enfrentaron los ejércitos musulmanes y cristianos. Después de ocho días de continua contienda la Cruz fue pisoteada en la tierra y los Califas de Oriente reclamaron como suya una de las provincias más bellas de Europa. Lo que quedaba de las huestes cristianas huyó a las apartadas tierras de Asturias, desde donde los descendientes de Pelayo fueron saliendo gradualmente para reconquistar el reino que Rodrigo había perdido. El siglo quince fue testigo de la destrucción final del poder musulmán en Europa occidental; pero ese mismo siglo vió como se estableció en Oriente y las banderas del Islám ondearon sobre las murallas de Constantinopla unos cuantos años antes de que fuera arriada de la ciudadela de Granada.

En un lugar llamado El Portal, los vinos de Jeréz se embarcan para transportarlos río abajo hasta el Puerto, donde el Guadalete desemboca en la bahía. De todos modos ahora se está construyendo un ferrocarril entre Jeréz y Cádiz y queda muy poco tiempo para que esté finalizado. Cuando llegamos el pueblo tenía un aspecto alegre y animado; era el día de la Ascención y había muchos grupos divirtiéndose diseminados por la Plaza. Al igual que muchas ciudades de Andalucía, este pueblo está límpio y tiene un aspecto muy alegre; las casas blanqueadas y los balcones verdes le proporcionan el mismo carácter peculiar que posee Sevilla. Tiene muchas casas muy bonitas, algunas habitadas por rancias familias nobles, otras pertenecientes a aquellos acaudalados comerciantes cuyas fortunas descansan en sus colinas cubiertas de viñedos. En cuanto a monumentos arquitectónicos no tiene mucho interés. Los enormes almacenes de vino o «bodegas» son su principal atractivo y son los «lugares importantes» generalmente visitados por los viajeros. Aquí en enormes edificios de tejado abovedado y a nivel del suelo, están ordenados cientos de miles de toneles llenos de vinos de distintos precios y calidades



LA CARTUJA,
JERÉZ

que le proporcionan al entendido un interesante estudio, aprendiendo como debido a las frecuentes y hábiles mezclas de la producción de distintos viñedos, los famosos vinos de Jeréz se preparan para el mercado extranjero.

La iglesia de San Miguel es magnífica, el exterior es extremadamente bonito; pero las columnas de estilo gótico, profusamente decoradas, están completamente estropeadas a causa de la gran cantidad de capas de cal, de modo que no queda casi nada de su belleza. La iglesia de la Colegiata no tiene mucho que recomendar; y no parecía que estuviera muy frecuentada ya que nosotros estuvimos allí durante la celebración de una misa concelebrada y allí no había más de media docena de ancianas; pero aquel día no era ni domingo ni día de precepto.

Lo más interesante en los alrededores de Jeréz es la famosa Cartuja o monasterio de Cartujos que está situado en un promontorio a eso de una legua del pueblo asomándose al Guadalete y desde donde se dominan los viñedos y campos de cereal de la zona que lo rodea, muchos de los cuales pertenecían a sus antiguos propietarios. Allí pasamos todo el día dibujando y recorriendo sus salas desiertas y sus claustros. El carruaje que nos llevó hasta ese lugar era uno de esos anticuados vehículos que podría haber sido el orgullo de nuestros antepasados hace unos cien años. Estaba tirado por cinco caballos que se las arreglaron para hacernos pasar por los peligros de la carretera sin ninguna aventura digna de hacer constar; tirando de nosotros y de nuestro pesado vehículo a buen paso a través del polvo tan profundo que casi llegaba hasta el eje, y sobre unos surcos que habrían hecho volcar cualquier carruaje que no fuese un carruaje español, conducido por un español y tirado por caballos españoles.

Como todos los conventos de los cartujos, este es un edificio espléndido y enorme. Aquí los seguidores de San Bruno, si sus enemigos dicen la verdad, corrigieron la severidad de las reglas que les habían sido impuestas por su fundador, disfrutando de todos los lujos que la riqueza puede proporcionar. Enormes patios ahora todos cubiertos de hierbajos conducen a una sucesión de patios y claustros con columnas, adornados con fuentes de

mármol o altos y sombríos cipreses. Desde el claustro más grande –un magnífico cuadrado de cien pasos – da paso a las celdas de los monjes, dispuestas con todo tipo de comodidad y orden. Están divididas en habitaciones de verano y de invierno y con un pequeño jardin detrás de cada una desde donde se disfrutan unas vistas magníficas. Desde allí podían mirar sus extensas tierras y contemplar los soberbios caballos correteando a través de los pastizales en las llanuras que se extienden abajo. Estos contribuyeron a mantener la magnífica raza de caballos andaluces por la que la Cartuja era célebre, una actividad que, por otro lado, con lo incongruente que pueda parecer con una vida de meditación religiosa, suponía una de las más importantes y lucrativas ocupaciones de los honorables monjes. Yo no me atrevo a ir tan lejos como un escritor español que declara que nunca jamás un peregrino ha visitado este monasterio sin expresar su deseo de terminar sus días en un lugar tan agradable como este; pero es muy bonito y es verdaderamente triste la apariencia que ahora tiene en su estado actual de abandono. Nunca jamás en mi vida he contemplado una escena más triste que estos patios desiertos donde el silencio de los monjes ha dado paso al silencio de la desolación, donde los desmoronados muros y profanados altares dan testimonio de las sacrílegas manos que han invadido estos santos lugares.

Escenas tales como estas nos hacen pensar en los días cuando lo mismo pudo haberse visto en nuestro propio país. Nosotros ahora contemplamos con placer y admiración las ruinas de los monasterios de Inglaterra; el tiempo que ha transcurrido desde su destrucción ha suavizado las duras y dolorosas características de su caida; y los contemplamos cautivados por su pintoresca apariencia y olvidamos que ellos debieron ofrecer un aspecto tan triste como el que nosotros ahora tenemos delante, cuando en la primera furia del zelo religioso, sus altares fueron destruidos y profanados; pero aquí todo es demasiado reciente, demasiado presente para que incluso el viajero que las mira de pasada pueda contemplar estas desoladas escenas sin conmoverse. No podemos dejar de lamentar el fanatismo ciego, o mejor dicho, la cruel política que ni siquiera pudo respetar las consagradas moradas, cuando esta arrojo a sus desgraciados moradores de los conventos que habían levantado con tanto esmero y laboriosidad. Y aquí los ataques a la propiedad religiosa ni siquiera han tenido la disculpa de un cambio de credo; no ha

llegado de aquellos que estaban buscando anular la religión establecida desde tiempos inmemoriales en esta tierra. Ha venido de sus propios hijos – de aquellos que, aunque seguían profesando obediencia a la Iglesia, privaron a su clero de todas sus rentas. Las órdenes regulares fueron prácticamente abolidas y un cierto número de clérigos seculares fueron equiparados con los cuerpos de la armada y los militares y recibieron y aún siguen recibiendo un estipendio anual del gobierno.

Fue en 1835 cuando en España tuvo lugar este importante cambio – un cambio que, aunque al final pueda resultar beneficioso, en su momento estuvo acompañado por muchas privaciones, sufrimientos e injusticias. Un intenso sentimiento contra las órdenes religiosas ha estado durante cierto tiempo arraigando en la mente de las gentes. Los abusos que existían en muchos conventos, la conducta de los propios clérigos y el modo en el que los hombres que habían dedicado sus vidas a la meditación religiosa y a vivir apartados del mundo olvidaron sus votos entre la riqueza y el lujo de los que disfrutaban, había predispuesto a todas las clases sociales a contemplarlos con una mirada no demasiado amistosa; y este sentimiento contra ellos se fue incrementando rápidamente por la situación de los partidos políticos en la Península en aquel momento. Con la excusa de que apoyaban la causa de Don Carlos – de quien, no hay la menor duda, la gran mayoría eran sus más devotos seguidores – los preparativos para el inminente golpe se hicieron echando leña al fuego y provocando la furia del pueblo contra ellos. Se dijo que los conventos y monasterios eran los únicos asilos donde los partidarios del Pretendiente encontraban un inmediato refugio y una calurosa bienvenida. Muchos de los informes se extendieron en todas direcciones, incluso circuló rápidamente el rumor de que los pozos habían sido envenenados. Al final se desató la furia popular. En Barcelona, Zaragoza y otras ciudades, los conventos fueron atacados por la población enfurecida sin que los frailes pudieran ponerse a salvo de su venganza, incluso a los pies de los altares, que se tiñieron con su sangre; muchos cayeron víctimas de la furia de sus enemigos mientras que otros pudieron con dificultad ponerse a salvo huyendo. El gobierno existente parecía doblegarse ante la expresión general del sentimiento popular; ellos renunciaron al poder que fue a caer en manos de Mendizabal bajo cuyo ministerio se presentó el

decreto. Fueron confiscadas las vastas propiedades del clero y los que vivían en los monasterios y los conventos fueron arrojados a un mundo del que ellos desde hacía mucho tiempo se habían apartado. Errantes y sin techo fueron obligados a comenzar una vida de nuevo recibiendo una pequeña asignación que casi no les llegaba para su sustento.

Muchos encontraron refugio en tierras extranjeras, otros se retiraron a sus hogares, otros aceptaron hacerse cargo de alguna parroquia cercana mientras que algunos pocos permanecieron en sus abandonados conventos. Ha debido ser muy trise para estos últimos pasear por sus destruidos claustros, por aquellos fríos y lóbregos pasadizos habitados en su día por su comunidad y mirar hacia abajo a los fructíferos huertos y magníficas tierras que una vez les pertenecieron – ahora transferidas a las manos de desconocidos que se enriquecen con lo que producen mientras residen en algún lugar alejado. Las ventas de estas inmensas posesiones no beneficiaron las arcas del estado tanto como habían previsto aquellos que estaban tan impacientes de provocar todo el tema de la expoliación. Muchos tuvieron miedo de invertir dinero debido a un sentimiento de inseguridad – un temor de que algún gobierno futuro movido por distintos motivos pudiera contemplar la idea de restituir la propiedad confiscada a sus legítimos propietarios. La mayor parte de lo que se compró se pagó con déuda pública emitida por el gobierno y algunos pocos pueden, quizás, haber desistido debido a un sentimiento de respeto reverencial a apropiarse de las posesiones que tan recientemente pertenecían a la Iglesia.

Nadie podrá negar que el clero poseía demasiadas riquezas en este país. El gran número de ruinas de monasterios que abundan en todas las ciudades y pueblos de España dan fe de lo bien establecidos que estaban a lo largo y ancho del territorio. Donde quiera que el viajero dirija sus pasos, encontrará algún convento palaciego, elevando su cabeza en las vetustas capitales de los muchos reinos de España; o si recorre las zonas montañosas, encontrará un monasterio enclavado en las profundidades de un tranquilo valle o coronando con sus hoscas almenas, los rojizos riscos de una solitaria sierra. ¡Nada más que ruinas! España es de hecho una tierra de ruinas que habla del poder del clero en tiempos pasados y de su completa desaparición en estos. Su poder se ha esfumado como

si nunca hubiese existido; y el país donde tanto se ha hecho en nombre de la religión, es ahora más indiferente a esta que en cualquier otra nación. Aunque mucho se pueda haber ganado poniendo tantas propiedades en circulación entre una clase que le sacará mayor partido y que repartirá sus beneficios de manera más general – a pesar de que de forma más generalizada esto pueda haber beneficiado al país, individualmente esto debe haber sido un terrible golpe para miles de pobres gentes, tanto en las ciudades como en las zonas rurales que estaban empleados por las comunidades religiosas, o que dependían de ellas para ayuda y auxilio en su sufrimiento y afflicción. Aquí los grandes propietarios rara vez visitan sus posesiones; en los pueblos no hay nadie a quién los pobres puedan recurrir en busca de amistad y protección. Esta carencia, en cierta medida, era suplida por los conventos; un gran número de necesitados se agrupaban alrededor de estos edificios y sus moradores siempre estaban dispuestos a ayudar a los pobres y ofrecer limosnas a los necesitados. Si sus posesiones eran extensas, ellos eran al menos señores que las vivían y que gastaban sus rentas entre las gentes de las que procedían. A nadie se le echaba fuera de su hospitalario techo, pero ahora solo quedan enormes mamotretos con sus muros casi en ruinas para recordarles que sus benefactores han sido arrojados de ellos; todo es silencio donde la dulce voz de la caridad les ofrecía los medios para mitigar sus miserias en este mundo, mientras que el clérigo estaba siempre dispuesto a tranquilizarlos con palabras de consuelo para el otro.

Todos los grandes y repentinos cambios deben estar acompañados por el sufrimiento para algunos y los beneficios para otros y en este caso se puede encontrar a muchos que son entusiastas en su aprobación de la extinción de las ordenes religiosas, al igual que hay otros que condenarán este acto de forma vehemente. Pero, aunque haya mucho que se pueda decir en su favor y también mucho en contra – en tanto en cuanto afecte al estado político o al religioso del país – aunque haya mucho que elogiar y mucho que culpar, todavía se puede mantener una opinión en lo que respecta al insensato espíritu de destrucción que ha arrasado algunas de las más gloriosas evidencias de fe y piedad de días pasados llevando a los moradores y a sus conventos a una completa destrucción. La conservación de sus moradas no tendría que haber supuesto necesariamente la vuelta de

los monjes; estas podrían haber sido adaptadas para otros fines, se les podría haber dado algún uso que hubiera asegurado su conservación; y algunas que tenían gran valor como joyas arrquitectónicas o que eran célebres por haber sido lugares clásicos en la historia de España, podrían haber sido protegidas por su valor intrínseco. La mayoría de los conventos están convertidos en barracones o en prisiones donde los soldados y los galeotes destruyen los venerables monumentos y profanan el claustro y la iglesia, mientras que otros han sido vendidos por el valor de sus materiales y se consiguen unos cuantos miles de reales por joyas arquitectónicas que habría costado millones construir. Las bibliotecas se han dividido o se han ido pudriendo al estar desprotegidas; los cuadros que adornaban las iglesias han sido repartidos entre colecciones extranjeras y muchos han sido pintarrajeados y se han perdido; algunos de los coros laboriosamente tallados han sido trasladados a museos pero muchos se están pudriendo en las desmoronadas iglesias; las cenizas de los muertos han sido sacadas de sus tumbas y esparcidas al viento, y los costosos mausoleos que el orgullo y la piedad de generaciones pasadas les llevó a erigir sobre las sepulturas de sus parientes, han sido mutilados o destruidos.

Es desafortunadamente una gran verdad – pero sin embargo es así – que donde quiera que el viajero dirija su mirada en España, él no podrá hacer otra cosa más que exclamar: «¡Qué triste! ¡Que melancolía! ¡Que pena que todo esto se haya dejado destruir!» Él tiene que expresar un incesante lamento para quejarse de todo lo que está viendo ya que todo habla de abandono, deterioro y ruina. Los mismos lamentos pueden resonar en cualquier pueblo o ciudad que él visita. Un espíritu de utilitarismo se ha apoderado de la Península, y mientras los españoles están suspirando por ferrocarriles y otras evidencias de civilización del siglo diecinueve, están permitiendo que todos los restos del pasado desaparezcan de la faz de la tierra, olvidando que podrían combinar los dos y que mientras que intentan tener un presente digno de otras naciones, podrían valorar todo lo que les recordara con orgullo la memoria del pasado.

Pero volvamos a la Cartuja cuyas desmoronadas murallas han dado lugar a las reflexiones a las que me acabo de referir. Este monasterio fue fundado en 1475 por un genovés,

Alvaro Oberto de Valeto y su pórtico dórico fue construido por Andrés de Rivera. La fachada ha sido bastante estropeada con modernas mejoras. Hay varios patios con fuentes en el centro y hay dos claustros, algo que siempre es un rasgo muy característico de los edificios de arquitectura Gótica dedicados a los seguidores de San Bruno. La mano del tiempo ha teñido las bellas proporciones del más pequeño con un aspecto de humedad y ruina; y la higuera silvestre que crece sobre sus contrafuertes y que trepa a lo largo del decorado parapeto contrasta con los intensos colores de la piedra. Desde este claustro un corredor lleva a la iglesia. El tejado abovedado está pintado con estrellas azules y plateadas; todavía se conservan las tallas en madera del coro, y una reja, como suele ser costumbre, separa una parte para los legos. El altar mayor, desprovisto de todos sus ornamentos, permanece allí como si fuese un reproche de la profanación que se ha llevado a cabo por todos lados; su trazado es verdaderamente elegante y está realizado con mucho gusto formando rombos de mármol blanco y negro, con una sencilla cruz negra en el centro. Los altares de las capillas laterales, todas ellas de costosos mármoles, han sido destruidos y rotos – y hay algunos tirados por allí, mientras que otros se han vendido y se han convertido en frontales para chimeneas.

Detrás de la iglesia hay varias capillas más pequeñas y algunas habitaciones así como los hornos en los que se preparaba el pan para la consagración. El refectorio también se abre al claustro más interior – una dependencia muy poco utilizada por los cartujos – ya que las reglas de su orden sólo les permitía comer juntos los días de fiesta o cuando fallecía algún miembro de la comunidad, momento en que se reunian para consolarse los unos a los otros por la pérdida que habían sufrido. Una gran Cruz de basta madera está colocada sobre la pared en uno de los extremos. En el gran claustro más exterior están las celdas destinadas a los monjes a las que ya me he referido y donde cada uno tenía una celda individual con una apertura en el muro a través de la cual les pasaban la comida puesto que ellos siempre comían solos salvo en contadas ocasiones a las que me acabo de referir. El centro de este claustro exterior está lleno de cipreses y aquí era donde se enterraba a los monjes. Aunque es magnífico yo prefiero los pequeños y bajos muros del humilde cementerio de sus hermanos en la Cartuja de Miraflores cerca de

Burgos; parece que se adecúa más a aquellos que habían prescindido de las vanidades del mundo, un lugar de descanso eterno apropiado para hombres que pasaron sus vidas en oración. Y quizás, los cartujos de Miraflores hayan actuado en vida más de acuerdo con las reglas de su orden ya que ellos eran realmente pobres y no podían rivalizar en el esplendor de su monasterio con sus hermanos más acaudalados de las orillas del Guadalete.

Reflexionando sobre estos cambios estuvimos tranquilamente paseando por los patios donde hacía pocos años antes los pasos de una mujer provocaban consternación en las mentes de los respetables monjes y ponían en peligro su bienestar tanto presente como futuro. A ninguna mujer se le permite jamás entrar en el recinto de ningún edificio dedicado a los discípulos de San Bruno. Sin embargo en 1418 se suavizó tanto esta regla como para permitir que entrasen soberanas y miembros de las familias reinantes, pero los monjes de la Cartuja de Jeréz parecían no estar dispuestos ni siquiera a permitir esas excepciones ya que en una ocasión en la que la Reina Cristina estuvo en el pueblo y anunció su intención de visitarlos, la comunidad se sumió en un estado de espantosa consternación. Uno de los hermanos después de meditar ideó un plan por el cual el convento podría ser redimido de las consecuencias de la inminente calamidad, lo comunicó al prior y este inmediatamente aceptó su sugerencia.

La Reina llegó y fue acompañada a recorrer el edificio, pero tras ella caminaban dos monjes que iban mirando con sumo cuidado y preocupación los pasos que iba dando; en cada una de las piedras o ladrillos que la soberana pisó rápidamente hacían una marca blanca. Cuando finalizó la visita real, los repulsivos ladrillos fueron inmediatamente arrancados y arrojados al Guadalete; fueron sustituidos por otros y con esto se restableció la paz de espíritu a la comunidad. Qué lejos estaban entonces ellos de pensar que a los pocos años sus claustros se verían de hecho profanados, sus posesiones confiscadas y ellos mismos arrojados al mundo como desterrados. Subimos a la torre desde la que hay una vista muy bonita puesto que el edificio se encuentra en una explanada que se levanta por encima del río y que está casi aislada por sus sinuosos meandros. Los exten-

sos jardines bajan hasta sus orillas e incluso más allá de las colinas cubiertas de viñedos y de las ricas llanuras donde Rodrigo perdió su imperio y su vida. Ahora todo esto está cubierto con dorado trigo y verdes pastos.

Después de todo un largo día pintando y paseando por allí sin ningún guarda que controlara nuestros pasos, volvimos a Jeréz para cenar en la acogedora casa de un compatriota de cuya amabilidad nos sentimos en deuda durante nuestra estancia y que nos hizo de guía cuando fuimos a visitar la Cartuja.

Y ahora ya habíamos finalizado nuestros preparativos para el viaje a caballo; habíamos hecho todos los planes con el dueño de los caballos y una vez que estuvieron empaquetadas nuestras provisiones y todo lo necesario para el viaje nos pusimos en camino desde Jeréz por la carretera hacia Arcos. Al principio la puesta en marcha siempre conlleva muchas paradas, parte del equipaje es seguro que se va a caer de los caballos; los guías, como todavía no están acostumbrados a esto, no reparten el peso por igual, que es el gran secreto para hacer que los caballos lleven su peso con cierta comodidad; hay que arreglar y que volver a arreglar esto y aquello, pero al fin todo está perfecto, y uno se pone en marcha. El calor era muy intenso y al principio el polvo era insoportable ya que teníamos que ir por una especie de carretera durante una corta distancia con setos de cactus y de aloe guardando celosamente los ricos viñedos a cada lado con sus rígidas hojas como espadas y sus afiladas y punzantes espinas.

De todos modos pronto llegamos a campo abierto, y la carretera se fue haciendo cada vez más estrecha hasta convertirse casi en una mera vereda a través de palmitos y sotobosque. Ya sin polvo y refrescados por una leve brisa, atravesamos las dos leguas que nos llevaron hasta el Castillo del Moro, un viejo castillo en ruinas que se encuentra en lo alto de un cerro desde el que se ve la llanura en la que está situado Jerez y los viñedos que rodean el pueblo. Aquí entramos en un paisaje ondulado y pasamos por las extensas fincas de la Cartuja, famosas en su día por su raza de caballos. Aunque casi no se veía ni una sola casa la tierra parecía estar bien cultivada y de vez en cuando entre los extensos

campos de trigos de negras barbas y guisantes enanos, se podían ver pequeñas lomas cubiertas de hierba o de maleza y resplandeciendo con flores silvestres.

Gradualmente nos estábamos acercando a las montañas y por fin vimos el pueblo de Arcos; pero, debido a la transparencia de la atmósfera y a la naturaleza del terreno, intercalado como está por extraños barrancos, o mejor dicho simas, que obligan a dar todo tipo de «rodeos» para rodearlas, a menudo ves un lugar mucho antes de llegar hasta él, y es como el espejismo que atormenta al que va por el desierto, Arcos parecía alejarse cuanto más nos íbamos acercando. Seguimos subiendo y el cortante aire de la montaña nos avisaba de que habíamos dejado las zonas soleadas de las tierras bajas que rodean Jeréz.

Por fin un giro en el camino nos descubrió el pueblo de Arcos. Apareció muy pintoresco, coronando la cumbre de un precipicio escarpado y cortado a pico por cuya base corre el Guadalete. Una larga fila de casas coronaban los peñones y en uno de los extremos, donde la cadena terminaba de forma abrupta, se podía ver un pueblo más bajo recostado en el valle. No hay nada que pueda ser más sorprendente que la vista mientras avanzábamos, con el pueblo ante nosotros situado en las vertiginosas alturas, la exuberante vegetación de la llanura tachonada de blancas casas rodeadas de sus olivares con el elevado pico de San Cristobal más allá, y un anfiteatro de montañas que limitaban el paisaje, todo esto iluminado por una puesta de sol meridional que rielaba sobre el agua, mientras un intenso resplandor de luz permanecía sobre la amarillenta superficie del precipicio y sobre las cumbres de las lejanas montañas.

Llegamos tarde y nos detuvimos en una pequeña posada justo a la entrada del pueblo. Parecía estar limpia y las habitaciones estaban todas escrupulosamente blanqueadas pero en lo que a alojamiento se refiere, allí no había más que las cuatro paredes desnudas. Los viajeros que acudían a este lugar parece ser que no tienen costumbre de pedir camas puesto que nuestra posadera no contaba con esos lujos. Por fortuna nosotros, de todos modos, íbamos provistos de cartas de presentación para los distintos lugares a lo

largo de todo el camino, y una de ellas fue inmediatamente enviada al Alcalde con una de esas afectuosas y halagüeñas notas en tono de súplica que a los españoles tanto les gusta recibir y que sólo aquellos que han permanecido durante una larga temporada en España saben como escribir. Un llamamiento a la amabilidad y bondad de los españoles raramente se hace en vano, y el honorable Alcalde pronto hizo su aparición, ofreciéndonos todo lo que le pertenecía y pidiéndonos de todo corazón que nos alojásemos bajo su techo. Nosotros rehusamos a esto ya que habíamos deshecho el equipaje y habría sido un gran trastorno cambiarnos de alojamiento; pero aceptamos muy agradecidos que él nos enviase todo lo que necesitábamos. Al poco rato teníamos camas, ropa de cama y todo lo necesario para nuestro grupo y por medio de un apropiado reparto de tareas pronto organizamos nuestro alojamiento para pasar la noche. Estuvimos perfectamente satisfechos; nuestras habitaciones daban a una pequeña terraza donde bajo la brillante luz de las estrellas comentamos con una taza de café los placeres de ese día y los planes para el siguiente.

El emplazamiento de Arcos era el que frecuentemente se escogía para los viejos pueblos árabes; su situación aislada ofrecía muchas ventajas en lo que a defensa se refiere hasta que la invención de la pólvora hizo que estas fortalezas naturales dejaran de servir. A la mañana siguiente muy temprano di un paseo por el pueblo y entré en muchas de las iglesias que estaban llenas de piadosos fieles que estaban recibiendo el Santo Sacramento; los caracterizaba un aire de silenciosa devoción, algo raro de ver en las ciudades más grandes. La fachada de la principal iglesia es una muestra bastante buena del gótico español del siglo quince. El propio pueblo, construido monte arriba, tiene calles estrechas y sinuosas. No hay nada más pintoresco que la parte baja del pueblo y el modo en el que las casas están colgadas sobre pequeñas cornisas que sobresalen de las rocas. El río está bordeado de adelfas y un agreste y empinado sendero sube desde este a lo largo del precipicio.

Al salir de Arcos, va bajando hacia el río una escarpada y pedregosa vereda que se puede vadear a poca distancia por encima del pueblo. Desde aquí se puede ver muy bien;

elevándose sobre su montaña de forma cónica, parece como una perfecta pirámide de nieve recortándose sobre un cielo de intenso color azúl. Las orillas del río hasta que la vista puede alcanzar, estaban cubiertas por un exuberante verdor, mientras que los olivares salpicados de vez en cuando por densos matorrales de jara color rosa completamente florecidos, presentaban una imagen de selvática belleza dificil de superar. Pronto llegamos a una rocosa montaña por la que nos llevaba nuestra vereda. Mientras íbamos subiendo por sus resecas y erosionadas laderas, échamos de menos el bonito valle que estábamos dejando atrás. Sin embargo, al llegar al punto más alto ¡qué espectáculo se abrió ante nosotros! Distinto de hecho, pero bastante más esplendido. Magníficas vistas de las lejanas montañas delimitan el paisaje mientras que toda la zona alrededor, arriba y abajo, está cubierta por gigantescos árboles –una visión tan poco usual en España, tan estéril como es y tan desprovista de árboles como está y cuyo árido aspecto casi más parece pertenecer al mundo africano que al europeo. Pero de hecho, aquí hay bosques madereros. Magníficos árboles cuyas ramas no han sido tocadas por la mano del hombre; unas veces descansan sobre el suelo y otras se entrelazan unos con otros para volver a abrirse ofreciendo vistas de insuperable belleza. Y luego ese sol resplandeciente en los calveros del bosque y esas sombras tan oscuras bajo los árboles. La vereda había momentos que cruzaba un suelo arenoso y otros iba atravesando la abundante hierba que forma una alfombra bajo los cascos de los caballos, y en medio de los claros del bosque pastaban rebaños de enormes cabras, ramoneando de los árboles e imprudentemente tirando de las ramas que podían alcanzar. También esa mezcla de follaje; el verde intenso de algunos de los robles contrastando con las apagadas y monótonas tonalidades de la encina y el alcornoque cuyas hojas no tienen el brillo y el color de los árboles de hoja caduca, compensan su defecto manteniendo su manto de verdor durante todo el año. Las extrañas y fantásticas formas de los retorcidos y nudosos troncos del alcornoque, la gran variedad de maleza por todas partes, las brillantes flores de la jara, las banquecinas ramas del aromático espino, las comunes rosas caninas y cientos de pequeñas flores que sobresalían de la hierba, contribuían a proporcionar una gran belleza al paisaje. Así pues, durante horas seguimos cabalgando; el terreno se hizo más montañoso y obtuvimos en la distancia una primera vista de Zahara, el pueblo tan célebre en la historia de

los árabes por haber sido el primer pueblo tomado por Muley Hacén, siendo su ataque en realidad el comienzo de la guerra que terminó con la rendición de Granada.

Una romántica cañada, con un arroyo que corre tan claro como el cristal nos invitó ha hacer una parada de mediodía. Extendimos las mantas en el suelo bajo la sombra de una inmensa encina y mientras pastaban nuestros caballos el grupo, que parecía un grupo de gitanos, pronto se ensarzó en la discusión sobre las aves, un empleo del tiempo bastante poco romántico en un lugar tan bucólico. Los murmullos del cantarin arroyo que nos había incitado a descansar en sus orillas resultaron ser de lo más engañosos puesto que el intenso sabor ferruginoso de sus aguas las hacía no aptas para poderlas beber.

Descansamos durante largo rato disfrutando de la refrescante sombra y escuchando las canciones de los muleros mientras iban atravesando la cañada, al volver del lugar más animado de todos en Andalucia – la feria de Ronda. Avanzan, a veces caminando al lado de sus caballos, otras descansando sobre las alforjas o encaramados en lo alto de su carga, unas veces sentados de lado y otras cabalgando con sus mosquetones colgando a su lado, con sus alegres trajes, envueltos en sus capas, siempre cantando esa monótona cancioncilla la «Rondeña» cuya letra se suele improvisar para que se adapte a la ocasión o que consiste en algunos cuplés muy conocidos que parece que están desprovistos de todo significado; y así pasan con el saludo usual – el «Vaya usted con Dios» con el que te desean rapidez, paz y seguridad en el viaje.

Nosotros también continuamos nuestro camino y cuando paramos en un cortijo a pedir agua para rellenar nuestras cantimploras, provocamos la estupefacción en las mentes de las mujeres, que nunca jamás en su vida habían visto antes una manera tan novedosa de montar a caballo como la nuestra. Continuamos atravesando el mismo paisaje en el que las vistas se iban haciendo cada vez más bonitas al ir aproximándonos a las montañas. Había grandes claros rodeados por montañas cubiertos de bosques madereros y sin que casi se viera ni una sola casa, sólo un cortijo de vez en cuando, donde muchas espléndidas mansiones podrían adornar la tierra. Pero el propietario

de esta vasta extensión de tierra ¿Es que no está orgulloso de ella? ¿Es que no le gusta vivir en este magnífico paisaje? Todo lo contrario, el casi no sabe como es. Estas tierras pertenecen al Duque de Osuna quien jamás en su vida ha puesto un pie en Andalucía.

Esta inmensa franja de terreno antes estaba bajo el dominio de los Duques de Arcos, los grandes Ponces de León, cuyo título y propiedades, al igual que los del Infantado, Benavente y muchos otros, ahora están fusionados en la casa de Osuna. Es triste el modo en que los grandes nobles españoles pasan su tiempo y gastan sus fortunas exclusivamente en Madrid; sus una vez orgullosos palacios en las provincias ahora son meros montones de ruinas cuya existencia está casi olvidada por sus propietarios. Ellos casi no conocen la venerable antigüedad monumental que tienen algunas de estas mansiones feudales. Situadas en el centro de los pueblos, rodeadas por las más humildes casitas de sus vasallos, están desmoronándose rápidamente – desconocidas y a las que se hace caso omiso. Un Grande de España propietario de una de las más importantes ruinas de esta clase, cuando alguien le hizo un cumplido sobre la belleza de su vetusta residencia, declaró que él no era consciente de que tuviera nada de ese tipo; pero que a veces su administrador lo molestaba pidiéndole unos pocos de cientos de dólares para reparar una casa vieja que le pertenecía en algún pueblo.

Antigüamente estos grandes nobles terratenientes ejercían una autoridad que hacía temblar el trono ante el poder de sus vasallos y los soberanos de España intentaban por todos los medios reducir la influencia que Señores de tierras tan extensas necesariamente ejercían sobre sus vasallos, y gradualmente ese poder fue aplastado. Los propios nobles eran obligados a permanecer en la Corte; ellos fijaban allí su residencia y abandonaban sus espléndidas casas en sus propias tierras y entre su propia gente. Las guerras asolaron el país; lo que quedó fue destruido por los ejércitos invasores que barrieron la Península y ahora los antiguos castillos de los Albas e Infantados son montones de ruinas, desolados y desiertos y desmoronándose hasta quedar convertidos en polvo. Además de todo esto los españoles de hoy día tienen una completa indiferencia hacia las bellezas de la

naturaleza, o hacia el placer de la vida campestre. Ellos no pueden comprender esto; nunca lo han hecho; se morirían de aburrimiento alejados de sus teatros y de sus paseos, y tendrían que cambiar de una forma muy extraña antes de que esto se convietiera en algo típico de España. Muchas causas han contribuido a esto, pero naturalmente sus caracteres no son de los que pueden obtener gozo de tales placeres. Estudien su literatura y encontrarán muchas menos descripciones de los encantos del paisaje que en la literatura de cualquier otra nación, y por otro lado, la inseguridad del campo es siempre suficiente excusa para no permanecer allí. Pero, mientras tanto el estado de abandono de los pueblos dice mucho de las desventajas que la gente sufre debido a que sus señores no residan en ellos.

Nuestro segundo día de camino ahora casi estaba a punto de finalizar; pronto vimos a lo lejos el pueblecito de El Bosque colgado en la ladera de una boscosa colina a la entrada de un valle a través del cual un tranquilo riachuelo emitia su murmullo. La posada era incluso menos prometedora que la de Arcos, pero era un ejemplar característico de las de su clase. Las grandes puertas plegables daban a una gran habitación en uno de cuyos extremos estaba la cocina donde, alrededor de la alegre llama que ardía vivamente en la chimenea, todos se reunian a comentar los acontecimientos del día o a escuchar las historias de sus compañeros. Esta habitación sirve para todo, es dormitorio, cuarto de estar y cocina, todo en uno, ya que aquí, después de que hayan hablado lo suficiente y preparado sus caballos para pasar la noche, ellos se envuelven en sus mantas y duermen profundamente. En uno de los extremos había dos pequeñas habitaciones separadas por un tabique que no llegaba hasta el techo y fue aquí donde nuestro grupo se vio obligado a acomodarse, los caballeros a un lado y las damas al otro.

Aquí otra vez fuimos tratados muy amablemente y con la mayor hospitalidad por parte administrador del Duque de Osuna para el que habíamos traído cartas de presentación. El no pudo atendernos personalmente ya que su esposa se encontraba muy enferma, pero se nos proporcionó todo lo que necesitamos con una generosidad que parecía no tener límites. Camas, vino, licores, dulces, incluso un bote de perfume francés. Todo

esto fue apareciendo en una rápida sucesión siendo esta otra de las muchas pruebas de la verdadera bondad de los españoles. Después de nuestro largo día cabalgando no lamentamos retirarnos a nuestras habitaciones, pero, ¡ay Dios mío! El descanso fue imposible ya que teníamos tantos compañeros incansables, que dormir era en algo en lo que no podíamos pensar. Nuestros vecinos al otro lado de la pared estaban tan animados como nosotras, y ante la imposibilidad de poder dormir, mantuvimos una activa conversación que sin lugar a dudas debió molestar el sueño de todos los que estuvieran cerca de nuestras habitaciones.

Un buen paseo con el fresco de la mañana pronto nos hizo olvidar las penalidades de la noche anterior. Fuimos trepando hacia arriba por las laderas de la montaña hasta el Calvario desde donde las vistas eran verdaderamente muy bonitas. Por abajo se encuentra el sinuoso valle y el abigarrado pueblo; por encima los elevados picos envueltos entre las nubes que gradualmente se iban despejando y que al ir disipándose dejaban ver el rico follaje que salpicaba las montañas justo hasta la cumbre; a nuestra derecha bajaba un riachuelo corriendo impetuoso a través del enmarañado sotobosque, completamente cubierto otra vez por los enormes árboles del bosque.

Luego, guiados por un joven español, hijo del administrador del Duque, subimos hasta una ermita en el nacimiento de este pequeño arroyo. Dejamos nuestros caballos en un bonito cortijo rodeado por un jardin donde florecían de forma exuberante rosas de todos los colores debajo del emparrado; las vistas desde aquí son muy bonitas extendiéndose sobre los enormes bosques que habíamos estado atravesando y cuando preguntamos, nos aseguraron que cuando la atmósfera es clara, se puede ver Cádiz y el mar. Seguimos a pie hasta el manantial acompañados por una guía de rústica belleza quien se había colocado en las negras trenzas de su pelo las más alegres flores de su jardín. El agua brotaba dando lugar a una saltarina y reluciente cascada a través de un arco natural abierto en la roca, y va cayendo por la cañada formando una sucesión de pequeñas cascadas. Era un bonito paisaje de bosque y decía mucho del gusto del venerable anacoreta que había escogido un lugar como este para su recogimiento.

Bebimos de la fuente y no fue menos agradable el trago para los caballeros del grupo al haber sido ofrecido por una de las huries de ojos de azabache que nos estaba acompañando.

Mientras descendíamos, nos contaron con el estilo usual el inquietante relato de un robo y un asesinato que había tenido lugar en los alrededores la pasada noche y recibimos muchas advertencias para que fuésemos con cuidado. Los caballeros de nuestro grupo rápidamente pusieron fulminantes nuevos en sus pistolas con la orgullosa confianza de que estaban bastante a la altura de todos los bandoleros de Andalucía. El hijo de nuestro amigo y un sirviente de aspecto descuidado, con su mosquetón colgando a uno de los lados, aparentemente preparados para cualquier refriega, nos acompañaron una parte del camino desde el Bosque de Grazalema. Su padre nos despidió ofreciéndonos amablemente toda la ayuda que pudiésemos necesitar y nosotros le dijimos adiós a El Bosque, un rincon encantador, pero muy poco visitado y que bien merece ser incluido en cualquier excursión por estas Sierras.

Nuestro camino iba ascendiendo por el valle que gradualmente se iba estrechando hasta convertirse en una garganta entre elevadas y abruptas montañas. Las nubes que ocultaban los escarpados picos alrededor, de vez en cuando nos favorecían con un ligero chaparrón y luego el sol volvía a brillar otra vez con sus maravillosos matices de luces y sombras que incrementaban la belleza del agreste paisaje. La estrecha vereda nos llevaba a lo largo del filo de la pendiente. Por debajo estaba el angosto valle con su plateado arroyo serpenteando entre huertos y viñedos; por encima, de vez en cuando asomaban por entre las nubes los puntiagudos peñascos. Bajamos al río y pasamos Benimohammed, una diminuta aldea a eso de una legua y media del Bosque. Aquí el valle se bifurca formando dos gargantas en las montañas. Seguimos un cuarto de milla hacia arriba por un barranco para ver el nacimiento del río. Brota formando numerosos manantiales a los pies de un elevado precipicio. A lo largo de la cañada había muchos cortijos pintorescos con parras y otras plantas trepadoras enredadas por todas partes y formando exuberantes cenadores; todas las muchachas que salían a ver pasar a los extranjeros y que

GRAZALEMA

se preguntaban que podría haberles inducido a alejarse tanto como para llegar hasta su apartada aldea, tenían el pelo alegremente adornado con flores.

Aquí se despidió nuestro joven acompañante y volvió a su pueblo y nosotros continuamos camino. Pronto comenzamos a ascender de forma gradual pero el placer de nuestro paseo a caballo pronto se vió tristemente interrumpido por la lluvia que ahora comenzaba a caer de forma torrencial. Nos detuvimos bajo los árboles y mientras estábamos esperando vimos un viejo y venerable campesino bajando por la vereda tambaleándose «con pasos débiles y lentos» como si cada uno de estos fuese el último. El contaba «cinco dólares» según el extraño modo que tienen de decir sus edades en estas tierras, es decir, como hay veinte reales en un dólar, él quería decirnos que podía sumar cien años. El presentaba un sorprendente contraste con el paso ligero de un robusto muchachito de nueve años de edad que también se acercó a protegerse donde se había detenido nuestra carabana. El iba atravesando las montañas rumbo a Grazalema y en verdad era un golfillo alegre y hablador.

Al ir ascendiendo, cada paso que dábamos se hacía más agreste y el frío que ya se estaba haciendo sentir de forma bastante desagradable nos indicaba que estábamos alcanzando una considerable altitud. El camino serpentea alrededor del lado sureste del San Cristobal y la pedregosa vereda es escarpada y accidentada, pero la vegetación es muy exuberante; las ramas de los árboles se van entrelazando sobre nuestras cabezas, mientras que la encina y el olivo se elevan por encima del espeso sotobosque. Las nubes había veces en que parecían alejarse y nos desvelaban ocasionalmente una vista del mar con las zonas de bosque que había entre nosotros y el oceano azul; escarpadas paredes rocosas y enormes precipicios aparecían desnudos durante un momento sólo para desaparecer al instante dentro de la más profunda oscuridad. Pronto alcanzamos los límites de los arbustos y de los árboles y entonces los desnudos peñascos sólo estaban cubiertos por líquenes multicolores y unas cuantas florecillas, autóctonas de estas elevadas zonas. Todo era la viva imagen de la aridez cuando alcanzamos la zona más elevada de la carretera y, girando hacia el norte, comenzamos a descender sobre Grazalema. Los elevados y grises picos

se veían por todos lados, pero después de una hora de bajada, una gigantesca pirámide rocosa descollaba a nuestra derecha y por debajo estaba el pueblo de Grazalema extrañamente situado, colgado como un nido de águila con sus casas agrupadas a lo largo de la cuerda casi a la mitad de la ladera.

Bajamos al pueblo y con inquietud preguntamos por una casa situada en la Calle Arcos que nos habían recomendado mejor que la posada, esta última nos dijeron que tenía siempre más gente de lo que nos resultaría agradable. No hay nada que pueda superar el revuelo que se creó con nuestra llegada; éramos realmente algo novedoso; todo el mundo llegaba corriendo para vernos y para cuando llegamos a la puerta de la casa que habíamos estado buscando, las calles estaban abarrotadas de gente. Vimos un gran número de caras muy bonitas que nos miraban por todos lados; mujeres a caballo montando a la inglesa evidentemente nunca antes se habían visto en Grazalema. Después de algún retraso y bastante conversación, dos preliminares necesarios para organizar cualquier cosa en España, nos las arreglamos para instalarnos muy cómodamente. Nuestra anfitriona tuvo que vaciar sus propias habitaciones y algunos de los de nuestro grupo tuvieron el honor de ocupar una habitación donde había un pequeño oratorio en uno de los extremos con una imagen de la Virgen y una mariposa ardiendo delante de ella.

Mientras mis compañeros se estaban preparando para cenar, deshaciendo las alforjas etc… yo me instalé en el balcón para hacer un pequeño boceto de la calle con las rocas levantandose por encima de las casas. Esto llamó la atención de la multitud más que nunca; la calle se hizo intransitable y un chaval, más resuelto que el resto, hizo uso de una reja en la planta baja por la que trepó hasta el balcón en el que yo estaba sentada. Nada pudo ser más divertido que el tono de despectiva sorpresa con el que gritó a la muchedumbre: «Nada de particular ¡todo blanco!», una información que fue recibida por sus amigos con evidentes muestras de desagrado. La agitación se extendió incluso hasta las clases más altas de la sociedad de Grazalema y yo recibí una embajada de algunas jóvenes Señoritas que deseaban ver lo que yo había estado haciendo, una petición a la que realmente no pude acceder por la mejor de las razones, puesto que en aquel

primer esbozo realmente no había nada que ver. Nos sorprendimos considerablemente cuando comprobamos que un furor teatral había llegado hasta este apartado rincón del mundo y la pregunta de si pensábamos asistir a la función de teatro nos sorprendió casi tanto como nuestra llegada les sorprendió a ellos. Nosotros dijimos «si» por supuesto, y el director pronto llegó en persona y nos ofreció cuatro sillas de platea y cuatro entradas por la considerable suma de doce reales – ¡tres chelines!

El teatro estaba al lado de la iglesia y realmente se trataba de un lugar bastante extraño: evidentemente antes había sido un establo; la galería, el foso, los palcos, todo era uno; la orquesta consistía en una flauta, un par de platillos, un tambor y una guitarra; las luces, unos cuantos candiles; la audiencia, la que únicamente podíamos imaginar, se trataba de lo mejor de la sociedad de Grazalema. Comenzó la obra. «Amor maternal» era el tema que tenía que inspirar a los actores y actrices y realmente no se puede decir que estuviese mal interpretado; el héroe hizo su papel de manera admirable y sabía los papeles de los otros tan bien como el suyo propio, algo que ahorraba trabajo al apuntador. Por desgracia no puedo aventurarme a describir la obra porque una persona de nuestro grupo estaba bastante cansada y nos fuimos al final del primer acto. Lo poco que vimos fue muy halagador para nuestro orgullo patrio ya que, curiosamente la mitad de los personajes eran ingleses y sus conductas en actos de generosidad, valor y toda clase de buenas cualidades, mostraban el carácter de John Bull[41] de la manera más favorable que se pueda imaginar.

Las empinadas calles de Grazalema son muy pintorescas con preciosas fuentes aquí y allá alrededor de las cuales se agrupaban las mujeres con sus enaguas de alegres colores y sus «mantillas de tiro» como se llama el tocado de las clases más humildes. Una de esas fuentes era extremadamente bonita. Era de una preciosa piedra blanca teñida por el ténue matiz del tiempo, el agua salía de las bocas de un gran número de mascarones siempre de aspecto extraño y todo el conjunto estaba coronado por un frontón y una simple cruz de piedra. Las enredaderas trepan por los tejados de las casas adjacentes, que otra vez aparecían protegidas por los grises, fríos y yermos peñascos de extrañas formas.

Una pronunciada cuesta lleva hacia el cementerio que está situado en un lugar precioso cruzando el lecho de un torrente. Los matorrales salen de entre las piedras por todos lados y de forma apropiada unos cuantos cipreses muy altos señalan el lugar. Como es de esperar hay nichos para recibir los cuerpos y una capilla muy cuidada junto al cementerio. La vista de Grazalema desde este punto es grandiosa, con sus casas recostadas sobre la ladera de la montaña; algunas colgadas sobre el precipicio que hay a la izquierda y elevándose por detrás, el pico gigantesco que ellos llaman El Peñón Grande, cuya base rodeamos al llegar. Hacia la derecha se levanta el San Cristobal con tres mil trescientos pies de altura[42] pero todavía estaba cubierto de nubes de las que parece que muy pocas veces se libra; de hecho, según dice la gente, los días buenos aquí parece que son casi una excepción a la regla ya que parece que casi siempre está lloviendo. Una gran muchedumbre nos siguió desde el pueblo. Su sorpresa no tuvo límites cuando abrí mi sombrilla, y no hubo manera, por muchas objecciones por nuestra parte, de que volvieran al seno de sus familias. Ellos continuaban mirando y yo seguía dibujando, mis compañeros les aseguraban que deberían dispersarse, que no había nada que ver ya que éramos hombres y mujeres como ellos. Nosotros nos cambiamos a un lugar más romántico para poder obtener una vista general del pueblo y del precipicio y la escena ahora llegó a ser bastante curiosa. La gente estaba encaramada por todos lados sobre los peñascos mirándonos desde cada rincón desde donde pudiesen obtener una buena visión de los extranjeros. En los pueblos más apartados de Oriente dudo si los viajeron en alguna ocasión habrían despertado una mayor curiosidad. Al final esto se hizo tan molesto que nos vimos obligados a mandar buscar a nuestro «guardia» quien se ocupó de mantenerlos con algún grado de orden. Grande fue nuestra desilusión al no poder ascender al San Cristobal, pero las nubes todavía estaban muy densas en su cumbre y parecía casi imposible esperar que en Grazalema hiciese un buen día; así pues abandonamos el intento y nos preparamos para continuar nuestro camino hasta Ronda.

Una vez más el paisaje se hizo más boscoso; las adustas formas de los fantánticos alcornoques se elevaban a nuestro alrededor, algunos todavía protegidos por su curiosa corteza, otros a los que ya habían quitado esa provechosa capa de corcho. A nuestro alrededor

estábamos rodeados por un paisaje de bosques y montañas, de elevados picos y valles muy protegidos. De vez en cuando había un viejo castillo árabe coronando alguna imponente elevación con un enorme precipicio por debajo; Se veían gargantas por las que corrían pequeños arroyos y altísimos precipicios grises levantando sus cabezas con esteril grandiosidad. Los barrancos estaban cubiertos con extensas zonas de jara pringosa cuyas enormes flores blancas resplandecían bajo el sol, mientras que el intenso perfume de sus ramas impregnaba el aire.

Pero el aspecto de la zona cambió antes de llegar a Ronda. La vegetación fue disminuyendo progresivamente; todo se hizo pedregoso y yermo, desnudos peñascos se elevaban con escarpadas y fantásticas formas, y nosotros por fin llegamos, como por así decirlo, al extremo de la cadena montañosa por la cual habíamos estado viajando; una repentina y pronunciada bajada nos llevó al valle que había por abajo y un extenso panorama de áridas montañas y valles cubiertos de verdor se abrió ante nosotros. El agreste aspecto de toda la zona me recordó muy intensamente el paisaje montañoso de Jndea. En medio de la imagen pero casi sin que se pueda distinguir de los grisácesos picos la rodean, se encuentra el pueblo de Ronda. Desde esta distancia el viajero no puede hacerse una idea de su singular emplazamiento. Fuimos bajando por la resbaladiza cuesta y cruzando un claro arroyo entramos en un valle profusamente cultivado, lleno de árboles que daban todo tipo de fruta.

Una tediosa carretera sobre una colina pedregosa y arenosa ofrece una entrada muy poco prometedora al pueblo de Ronda. Los caballos casi no podían mantenerse en pie sobre el resbaladizo pavimento de la primera calle que cruzamos y que estaba formado por desnudas y toscas piedras sin pulir. El pueblo era blanco y estaba muy limpio. Cruzamos el puente sobre el Tajo – ese maravilloso abismo que es la gloria y el orgullo de Ronda – y que el viajero se encuentra inesperadamente tan de sopetón mientras atraviesa el pueblo cabalgando. Nos alojamos en una Casa de Pupilos muy cómoda propiedad de dos o tres señoras mayores en la Calle de San Pedro con las ventanas de atrás que se asomaban al mismísimo barranco.

Así pues, casi obtuvimos nuestra primera vista de este a la luz de la luna y realmente fue exquisita mientras la luna se elevaba por encima de nosotros iluminando algunas rocas salientes con su plateada luz; el oscuro perfíl del audaz puente que cruza la garganta permanecía en sombra a nuestra derecha y a lo lejos, mucho más abajo, un plateado hilillo, con la luna rielando sobre sus aguas, abriéndose camino entre peñascos, árboles y casas, cuyas luces en las lejanas ventanas parecían como gusanos de luz desde aquella elevada altura. En la distancia cerraban el horizonte los suaves perfiles de las rocósas cumbres que acabábamos de pasar. Todo parecía extraño e indefinido y en vano intentamos hacernos una idea clara de lo que estabamos contemplando.

CAPÍTULO X

RONDA – EL TAJO – CASAS ÁRABES – LA ALAMEDA – CASA DEL REY MORO – IGLESIAS – CUEVA DEL GATO – UN COMPAÑERO DE VIAJE – TEBA – CAMPILLOS – LA LAGUNA SALADA – ANTEQUERA – UN ALOJAMIENTO AGRADABLE – EL CASTILLO – EL ARCO DE LOS GIGANTES – ANTIGÜEDADES ROMANAS – BALADAS – IMAGEN MILAGROSA – DIPLOMACIA – CUEVA DE MENGA – PARECIDO ENTRE LOS RESTOS CELTAS EN ESPAÑA Y EN IRLANDA – SALIDA DE ANTEQUERA – PEÑA DE LOS ENAMORADOS – ARCHIDONA – EL CORREO DE SU MAJESTAD – LOJA – LLEGADA A GRANADA.

PATIO IN RONDA.

"Mientras ellos mantenian esta conversación fueron abordados por un caballero montado en una bella jaca llena de pulgas. Estaba vestido con una chaqueta de buen paño verde ribeteada de terciopelo, un sombrero de cazador de lo mismo. Los jaeces de su jaca eran rústicos. Cuando se encontró con ellos los saludó con amabilidad, y espoleando su jaca los fue dejando atrás. Acto seguido Don Quijote lo llamó: "Señor" gritó, "si no tiene mucha prisa nosotros estaríamos encantados de gozar de su compañía, siempre que vuesa merced esté pensando en viajar por esta carretera[43]"

DON QUIJOTE

Ronda es verdaderamente uno de esos lugares únicos. No conozco ninguno con el que pueda compararse. Algunas partes de su tajo, cerca del viejo puente, me recordaron la sima por la que se entra en Petra, pero no puede haber comparación entre la silenciosa ciudad del desierto y el tajo de Ronda lleno de vida y ruidoso ajetreo. El río –el río Verde, tan famoso en la historia árabe – va serpenteando a través de un terreno agradable y ondulante hacia el norte del pueblo, cuando de repente se encuentra, por así decirlo, una elevada montaña como si estuviera arrojada en medio de su curso; impaciente ante el obstáculo, se ha ido abriendo paso a través del precipicio formando una grieta por la cual atraviesa; gigantescos peñascos impiden su inexorable curso mientras que los lados se elevan escarpados unos trescientos pies; unas cuantas chumberas crecen desordenadamente cerca de la parte más alta, y muchas casas viejas y pintorescas sobresalen por encima de ellas, y avanza hasta que la propia garganta está cruzada por un gigantesco puente, bajo el cual corre; aqui el terreno cae unos trescientos pies y por abajo va corriendo el río formando tres sucesivas cascadas de belleza insuperable sobre enormes rocas que están diseminadas aquí y allá: a un lado los elevados acantilados aún

se elevan más, y en el otro una sucesión de pequeñas terrazas donde se agrupan unos cuantos molinos, uno debajo del otro, cuya incansable actividad da vida y animación a la escena mientras van cogiendo el agua por turnos del impetuoso y saltarín río que al final llega al valle y fluye pacífico y tranquilo a fertilizar los fructíferos huertos que cubren sus orillas.

Mirar hacia abajo desde el puente es algo grandioso más allá de toda descripción, e igualmente bonita es la vista desde el más bajo de los molinos; las casitas se levantan unas encima de otras y las cristalinas aguas llegan a cada una de ellas resplandeciendo entre una gran masa de vegetación que esta abundancia de agua hace que crezca de forma exuberante, mientras que la principal corriente de agua desciende como un hilo de plata entre esta mezcolanza de árboles y piedras. Las zarzas entrelazan sus ramas, las delicadas frondas de los helechos que necesitan tanta humedad caen desde las diminutas fisuras y la hiedra cubre las paredes mientras que miles de brillantes flores, algunas sin ser autóctonas en una zona tan montañosa, atraídas por la intensidad del sol contra estos muros de roca, crecen con intensos colores y contribuyen a proporcionar una gran belleza a este lugar incomparable. Y por encima, pareciendo desde aquí casi como una manchita, se ve el puente a aproximadamente trescientos pies de altura, uniendo los dos precipicios y las blancas casas del pueblo en miniatura se dibujan contra el cielo azul. Es en verdad una vista maravillosa de esas que ni pluma ni lápiz pueden reflejar con justicia. Aquí el artista puede encontrar muchos temas para pintar y pasar muchos días agradables en el Tajo; cada molino es un cuadro y todo el conjunto es tan extenso, que la vista casi no puede abarcar sus innumerables y variadas bellezas. En un lugar el agua va por una «acequia» por la cara del cerro y el único modo de pasar es por el filo con un precipicio por debajo; aquí se pueden ver un gran número de mujeres lavando con sus enaguas de color rojo intenso, sus níveos corpiños con las cabezas cubiertas por un pañuelo de los colores usuales y todas hablando hasta por los codos como sólo las lavanderas españolas pueden hacerlo. Con todo lo peculiar que es la escena y con una belleza más allá de toda descripción, cuando se ha visto y estudiado el Tajo, ya se ha visto todo lo que Ronda ofrece.

El majestuoso puente de sólida mampostería que conecta la zona moderna con el antiguo pueblo árabe fue construido el siglo pasado, pero el puente de San Miguel, aún más antiguo y que se encuentra al otro lado del tajo, es bastante más pintoresco. Una desvencijada y vieja escalera baja desde una casa que hay colindante hasta el fondo del precipicio; sus escalones de madera tienen unos peldaños bastante desvencijados mientras que su temblorosa baranda amenaza con desprenderse al menor toque. Hay muchos lugares pintorescos en Ronda, pequeñas puertas con su pequeña capillita sobre su arco; hornacinas donde el caminante puede detenerse para pedir que no le ocurra ningún percance durante su viaje antes de salir del pueblo, o arrodillarse a su llegada para dar gracias de los peligros de los que ha escapado. Hay asímismo muchas fuentes coronadas por sus blancas cruces alrededor de las cuales se reunen los siempre variopintos grupos de aguadores y animales sedientos, impacientes por saciar su sed de manera tan refrescante. Aún quedan unas cuantas casas árabes con sus patios cubiertos por emparrados y llenos de rosas. Una que fuimos a ver podía presumir de tener unos artesonados muy bonitos con las vigas que aún mantienen pintados sus arabescos. Su actual propietario era un artista aficionado; ¡Dios mio, qué pena sentí por la tierra de Murillo! Sus cuadros eran unas obras muy extrañas aunque él pensaba que era un hombre de muy buen gusto y estaba orgulloso de su casa, una cualidad que le podría eximir de muchos pecados, por lo raro que es ver algo de antaño valorado en este país.

El tenía una gran colección de monedas de cobre romanas que todavía hoy día podrían pasar por actuales «ochavos» e informó a uno de los integrantes de nuestro grupo sobre un altar romano que había en el patio de un amigo suyo y que ellos fueron a ver. Vieron que estaba siendo utilizado para tapar un pozo que había en el patio; estaba hueco, dejando que la cuerda lo atravesara. Era de mármol blanco con forma de campana, cuando le dieron la vuelta como la inscripción indicaba, pudieron leer con claridad las palabras «Martis Altare». Mientras que ellos permanecían viendo restos romanos, yo hice un dibujo del pequeño patio rodeada de un grupo de ruidosos niños. Dejaron de prestarme atención cuando llegó el párroco quien se sentó entre ellos y pronto se vió agobiado ante tanto ofrecimiento de «dulces» y pasteles de todo tipo.

RONDA

Las calles de la parte moderna de Ronda son rectas y limpias con la peculiaridad de las rejas que sobresalen en las calles con poyetes de piedra y pequeñas marquesinas, todo blanqueado, que, con la gran cantidad de flores que hay dentro de las rejas, le da al pueblo un aspecto de sorprendente frescor. La Alameda cuelga sobre el precipicio mientras va rodeando el Tajo y domina un panorama de las lejanas montañas coronadas por el pico San Cristobal, casi único en belleza. El mercado que se asoma al Tajo por encima del puente está escrupulosamente limpio y está lleno de las más deliciosas frutas. Los huertos de frutales que hay cerca de Ronda son famosos por sus productos en toda Andalucía. Hay un lugar muy antiguo e importante que bien merece una visita, la Casa del Rey Moro; la casa en sí no tiene nada que denote su antigüedad pero se baja hasta el lecho del río por medio de unas escaleras excavadas en la roca y al ir bajando se pasa por algunas amplias habitaciones todas excavadas en el sólido precipicio y que parece que hubieran sido hechas para ser mazmorras. Una puertecilla se abre al río pero los precipicios descienden tan perpendiculares que por allí sólo hay sitio para el torrente que corre entre ellos, eficazmente impidiendo cualquier salida en esa dirección.

Ronda es famosa por ser el cuartel general de todos los contrabandistas que antiguamente solían encontrar muy rentables las zonas cercanas a Gibraltar; pero tanto ellos como su comercio se están reduciendo. De todos modos la feria de Ronda y la multitud que va en tropel hacia ella se considera como algo que hay que ver en Andalucía, y sus corridas de toros son muy famosas. La población parece estar casi siempre dispuesta a pelearse si uno juzga por la gran cantidad de cruces que decoran los muros de las casas, recogiendo con la usual inscripción, la triste suerte de alguna víctima de la «navaja». Se dice que la iglesia principal fue una mezquita, pero ahora no presenta ninguna apariencia de haber sido obra de los árabes; es, sin embargo, evidentemente un edificio restaurado ya que al entrar parece que tiene dos altares mayores y casi no se puede saber cual es el principal. Queda muy poco del castillo. Ronda fue en tiempos la llave de este enclave montañoso desde donde sus habitantes podían salir para arrasar los ricos valles que se abren en dirección a Cádiz y luego batirse en retirada hacia su fortaleza sin ser molestados. Fue conquistada por Fernando en 1485, cuando su gobernador, el audaz Hamet el Zegri

estaba ausente; el mismo que luego tan galantemente defendió el Gibralfaro en Málaga. Este había ido en ayuda de Coín y cuando volvió encontró que su nido de águilas ya estaba en manos de los cristianos.

Desde Ronda se puede hacer una bonita excursión a la Cueva del Gato, una caverna a aproximadamente dos leguas de distancia. Salimos del pueblo por la misma sombría y monótona vereda por la que habíamos entrado en él; bajamos el valle que hay a la izquierda y bordeamos el río durante algún tiempo con una elevada montaña a nuestra izquierda. Una curva muy cerrada nos situó de repente delante de la cueva de la que un río brotaba desde las mismísimas entrañas de la montaña; la entrada, como una elevada galería, se encuentra en la cara de una pared perpendicular y a la que solamente se puede acceder trepando por peñascos bastante escarpados. La majestuosa flor del acanto crecía en todas las grietas con sus clásicas hojas cayendo sobre los grises peñascos y la mala hierba y la higuera entrelazaban sus ramas en la entrada. Nosotros penetramos unas cien yardas con el agua corriendo por debajo y a nuestro alrededor, la superficie en muchos lugares era muy poco segura. Los campesinos dicen que continua una legua hacia dentro de la montaña Del elevado techo cuelgan estalactitas y todo el conjunto presenta un aspecto grandioso y muy agreste. Desde el lugar más profundo al que entramos me senté para dibujar la entrada y allí se nos unió un atractivo campesino que comenzó a hablar con nosotros y nos estuvo contando muchas historias del modo en que estas cuevas han servido a la gente como refugio en tiempos de guerra. Era un tipo muy varonil y hablaba con esa calma e independencia, de hecho, casi con la caballeresca cortesía que caracteriza a estos campesinos andaluces. El río que sale de esta cueva corre hacia el río cuyo curso nosotros habíamos seguido; cuando se unen reciben otro afluente y luego, como nos informó nuestro compañero, desaparece en la tierra a eso de una legua hacia el sur, pero él no supo decir donde volvía a salir otra vez.

Llegó el día de nuestra partida; nos despedimos de Ronda y otra vez nos encontramos en la carretera. Los arcos de un acueducto árabe, ahora todo una pura ruina, estaban di-

seminados a lo largo de nuestra vereda. Ante nosotros teníamos un paseo muy poco interesante, soso, llano y monótono, después del magnífico paisaje de bosques por el que habíamos pasado entre Grazalema y Ronda. Pero estábamos bastante animados con la compañía de un español de aspecto quijotesco que viajaba en nuestra misma dirección. Al principio nos había adelantado, pero pronto unimos fuerzas y nos hicimos muy amigos de ese modo tan franco y tan fácil con el que uno se conoce en estos lugares tan poco frecuentados. En las agrestes montañas y en los lugares recónditos todos rápidamente se hacen amigos, e incluso nuestros propios compatriotas en estas zonas tan poco civilizadas se las ingenian para entablar conversación sin la formalidad de una presentación. El atuendo de nuestro amigo era singular: grandes mangas de cuero sujetas con cordones a una chaqueta de terciopelo verde muy raída y descolorida, rematado, tristemente por un sombrero *wide-awake* de redondeada copa y alas hacia arriba, en lugar de un «sombrero calañés», su capa atada con una correa delante de su silla, su escopeta de doble cañón colgada a uno de los lados de su brioso corcél de color gris, y un sirviente armado que le seguía en una mula llevando su equipaje.

El avanzaba tranquilamente a nuestro lado y la inhóspita y árida carretera se nos hizo más corta y menos aburrida por sus anécdotas de Ronda y sus alrededores.

Hicimos nuestra parada de mediodía en una venta a un lado del camino donde Don Rafael compartió nuestra comida, y parecía sorprendido ante la manera de comer de algunos del grupo; ¡Qué diferencia con el simple gazpacho con el que un español se refresca durante el calor de un sol de verano! Esa refrescante comida, que mucha gente al ver sus ingredientes piensa que son muy poco apetecibles, poco saben de lo exquisita que es hasta que se han despojado de sus prejuicios y ven como se agradece cuando están agotados por el calor de un sol meridional.

Los cerros de Teba, coronados por un castillo, aparecieron en una árida montaña en el valle delante de nosotros. Aquí nos dejó nuestro amigo y probablemente no volveremos a verlo jamás. Esto ocurre al viajar, se conoce gente, uno se reune en algún lugar lejano,

entablas amistad y se comparten todos los avatares que con seguridad ofrece un modo de vida tan nuevo; luego llega la partida, los amigos se separan y ya no vuelves a ver o a oír nada de aquellos con los que has pasado tantas horas agradables.

El pueblo de Teba casi no se veía, pero un camino de montaña iba subiendo hacia el mismo a lo largo de una garganta. El castillo fue tomado y retomado en infinidad de ocasiones durante las guerras árabes y en una singular ocasión fue escenario de la acción más notable de Rodrigo Narváez, el caballeresco gobernador de Antequera. Después de que se hubo conquistado esa plaza, se acordó una tregua durante cierto tiempo, cuando Teba estaba en manos cristianas. El día anterior a que diera comienzo la tregua, atacaron los moros y la tomaron por asalto. Narváez, que se enteró de esto la misma noche, y consciente de que el enemigo había sacado ventaja de que él no estaba allí para recuperarla, ya que la tregua comenzaba al día siguiente, salió al instante desde Antequera con unos cuantos caballeros escogidos. A media noche llegó ante Teba, cayó sobre la confiada guarnición que se rindió inmediatamente y al despuntar el día en el que iba a comenzar la tregua, Teba estaba una vez más en manos de los cristianos.

Pronto cambió el paisaje; otra vez el camino cruzaba prados llenos de verdor y serpenteaba a través de colinas coronadas por olivares. Una agradable cabalgada bajo la ténue luz de la luna nos llevó a Campillos donde encontramos una posada grande y límpia. Este es un pueblo pequeño con una calle ancha y recta y una iglesia grande singularmente bien conservada. El camino desde aquí hasta Antequera era de primer orden, pero el calor era intenso e íbamos casi asados al cruzar aquellas inmensas y desprotegidas llanuras cubiertas de ondulantes maizales. El famoso lago salado estaba en esa calurosísima zona como una inmensa capa de hielo en cuyos bordes la nieve estaba acumulada y dura. Este lago es fuente de pingües beneficios y se alimenta por dos arroyos muy impregnados de sal que nacen en las montañas cerca de Antequera. Esta sal siempre ha sido muy apreciada debido a su pureza y a la facilidad con la que se recoge y fue muy valorada por los árabes quienes comerciaban mucho con ella.

El paseo a caballo era abrasador. El escarpado risco de la Peña de los Enamorados se veía emerger en la distancia, pero el ondulado terreno nos impedía que pudiésemos ver Antequera hasta que nos hubimos aproximado bastante a ella. La situación es muy bonita. El pueblo está protegido por su viejo castillo árabe y por los grisaceos y escarpados picos montañosos que se levantan detrás. Nos alojamos en la Posada de la Castaña, la cual yo encomendaría a todos los viajeros futuros que tuviesen cuidado de evitar, aunque no puedo prometer que el pueblo ofrezca otra mejor. El patio de entrada presentaba el aspecto animado que suelen tener estos lugares, los muleros iban y venían, mientras que algunos estaban echando la siesta sobre los bancos, envueltos en sus alegres mantas.

Las habitaciones, como suele ocurrir, parecía que estaban límpias, pero las apariencias fueron engañosas y los sueños de algunos de nuestro grupo se vieron bastante alterados por la aparición de los más inoportunos compañeros. No se trataba de criaturas alegres y activas que van dando saltitos por todos lados sin parar un momento; sino de una horda constante y resuelta de bichos lentos horripilantes que avanzaba paulatinamente y con tranquilidad. Sin embargo pagaron caro su temeridad, no sabían muy bien la furia que habían desatado; fueron más perseguidos que perseguidores, al menos, si podemos fiarnos del relato de habilidad individual, ya que por la mañana una dama de nuestro grupo anunció que según sus cálculos, ochenta cabecillas habían muerto en el conflicto.

La comida era peor que el alojamiento, si es que eso era posible. El aceite y el ajo parecían ser los principales productos de Antequera y aderezaban los platos hasta un extremo raro incluso en esta tierra, haciendo aún más incomestibles los duros y fibrosos pollos. La desesperación de algunos de los del grupo llegó a su grado sumo cuando descubrieron que no podían conseguir ni incluso una gota de un vino que no fuese demasiado malo. Por regla general es difícil obtener un buen vino en las zonas del interior. Como el consumo es reducido se tiene poco cuidado en su elaboración, mientras que la falta de demanda para los de mejor calidad y las dificultades de transporte hacen casi imposible conseguir los vinos de Málaga o Jeréz a cualquier precio.

ANTEQUERA

Antequera, aunque evidentemente no ofrece grandes atractivos al amante de la buena mesa y tampoco es probable que tiente al viajero a una larga estancia por la comodidad de sus posadas, es un pueblo muy interesante, tanto para el anticuario[44] como para el enamorado del pintoresquismo. La vega también fue escenario de infinidad de valerosos encuentros entre los moros y los cristianos y algunas de las aventuras más románticas de aquellos días tuvieron lugar bajo la escarpada y grandiosa Peña de los Enamorados. El pueblo está agrupado a los pies de una colina en la que se encuentra el castillo en ruinas. Una empinada cuesta lleva hasta el viejo arco -El arco de los Gigantes- que da paso al recinto protegido por las murallas, ahora en ruinas. Este arco tiene un aspecto venerable que podría llevarle a uno a pensar a primera vista que se trata de algún vestigio de la época romana, cubierto como está con inscripciones en latín de gran antiguedad; pero sólo se remonta a 1585, cuando fue levantado por el Ayuntamiento, que de manera acertada lo ha aprovechado como medio de conservar algunas de las innumerables inscripciones romanas descubiertas en las cercanías. Estaría bien si algunas de las corporaciones españolas en estos días tomara el mismo plausible interés en conservar los valiosos monumentos que existen en sus ciudades.

La vista es muy bonita cuando se mira el pueblo hacia abajo a través de este arco; se convierte en un magnífico marco donde se pueden ver las curiosas torres rojas de la Iglesia de la Colegiata como tema principal de la imagen. Abajo se encuentran las desmoronadas murallas de la vieja fortaleza árabe, con su torre ahora convertida en campanario. Poco queda de todo esto, pero, sin embargo, la vista bien compensa el subir hasta allí. El pueblo está enfrente con su exuberante vega; en el centro se levanta el magnífico risco que sorprende a la vista desde cualquier punto del entorno; allí por detrás se pueden ver las elevadas montañas muy cerca con sus dentados picos de fría piedra gris y los desérticos y áridos barrancos que los cortan; el arroyo de montaña saltando sobre su pedregoso cauce y las elevadas siluetas de muchos conventos en ruinas, y en la distancia brilla el lago salado.

Antequera, como muchos otros pueblos españoles, declara a Tubal como su fundador, aunque uno de sus historiadores tiene la franqueza de admitir que es difícil autentificar

el hecho de que él hubiese realmente vivido allí en alguna ocasión. Pero los interesantes vestigios de un pueblo anterior, que precedió a los romanos, pueden verse en un túmulo, que tiene un gran interés para el anticuario; mientras que el enorme número de inscripciones latinas prueba que esta ha sido una ciudad de alguna importancia en tiempos de los romanos. Parece que ha habido varios pueblos juntos en esta zona; en un cortijo de por aquí se han descubierto inscripciones referentes a la romana Singilia, además de un gran número de enterramientos; y mientras se realizan las labores agrícolas, los campesinos siempre se están encontrando con restos romanos.

Antequera ha sido escenario de hazañas que aparecen en muchas baladas antiguas y, ¿quién puede dejar de sentir interés en recordar todas aquellas leyendas de noble gentileza y caballeresco honor en las que moros y cristianos pretendían rivalizar y competir los unos contra los otros? Todo aquel que ha leído alguna de estas recordará la generosa conducta de Rodrigo Narváez, cuando hizo prisionero a un jefe musulmán. Como cuando él oyó el relato de sus pesares y que estaba de camino para llevarse a una noble dama de Coín, cuyo afecto él se había ganado, le permitió continuar su camino y reclamar a su prometida bajo la condición de que regresaría y volvería a entregarse como prisionero; y él volvió acompañado por su bella Jarifa. Conmovido por esta honorable conducta del moro, Narváez le dió la libertad e incluso lo encomendó al especial cuidado del Rey de Granada, implorando perdón para los amantes. Y luego, la historia de Don Tello, aquel que se adelantó antes de que comenzara el asedio para retar en un combate cuerpo a cuerpo a algunos guerreros musulmanes; pero ninguno quiso aventurarse a tal encuentro hasta que Arabella, el valiente Alcalde de Ronda, que dió la casualidad que se encontraba dentro de la fortaleza, aceptó el reto, y dejó el pueblo para ir a luchar contra los cristianos. El moro fue derrotado y Don Tello, cuando vió a su adversario gravemente herido y a su merced, en lugar de matarle, saco vendajes y ungüentos para curarle sus heridas. Cuando vieron la derrota de su compañero, sus amigos salieron resueltamente para vengarlo; pero cuando Arabella les dijo que el cristiano era su amigo, y como, después de haberse enfrentado a el en un combate cuerpo a cuerpo, fue derrotado y hecho su prisionero, les imploró que lo tratasen con toda la gallardía que merececía un

enemigo y que lo escoltasen hacia el pueblo, donde permaneció Don Tello, respetado por sus enemigos, hasta el momento en que se hubieron curado las heridas del Alcalde de Ronda. Así son los incidentes inmortalizados en los romances españoles llenos de esa extraña nobleza, de esos rasgos caballerescos, que muestran como incluso la brutalidad de aquellas mortiferas guerras estaba atenuada por conductas dignas de la más refinada civilización.

En el cerro del Castillo se encuentra la vieja iglesia de Santa María, una de las primeras parroquias establecidas cuando se tomó el pueblo; fue notablemente agrandada y embellecida a principios del siglo dieciseis, cuando fue convertida en una Iglesia Colegiata; tiene un maravilloso techo de artesonado. De la iglesia de San Salvador ahora ya no queda ningún vestigio; esta fue la original mezquita consagrada por el arzobispo de Santiago en presencia del Infante Fernando, y aquí se cantó en agradecimiento el primer *Te Deum* por el triunfo que habían obtenido los ejércitos cristianos. Devastada por los franceses, se la dejó hasta que casi se derrumbó, como todo lo demás -siempre la misma historia. Antequera está llena de conventos abandonados que gradualmente se van desmoronando. En proporción al número de estos establecimientos que existían antes, ahora prevalece en los pueblos españoles un aire de desolación. Hay infinidad de conventos de monjas que aún están en pie, con sus ventanas de celosía dándoles un aspecto lúgubre a las calles donde alzan sus altos muros parecidos a los de las cárceles.

Incluso el convento de Nuestra Señora de los Remedios se está desmoronando con rapidez. Este presume de ser una de las mejores iglesias del pueblo. Se levantó en honor de una imagen que se aparecio a las buenas gentes de Antequera para compensar de esta forma la pérdida de los bienes robados. Un sacerdote piadoso que había fundado un convento en las cercanías de la ciudad en 1529 estaba buscando anhelante una imagen de la virgen, a quien el había dedicado su retiro, cuando un pastor que había por allí le ofreció una imagen de considerable belleza que guardaba con sumo cuidado en su casa como si fuese un tesoro. Pero el pastor ocultó el hecho de que la había robado de una ermita en Villaviciosa en las montañas cerca de Córdoba; un robo con astucia; ya que, habiendo

oído que otro pastor se la había llevado de un pueblo de Portugal y que había obtenido grandes beneficios en sus asuntos terrenales mientras tuvo la imagen, el discurrió con sabiduría que una segunda edición de un robo como ese podría beneficiarle también a él. Sin embargo, conmovido por los sobornos y súplicas del buen padre Martin, él se la cedió y fue la alegría y deleite del corazón del honrado sacerdote durante dos años, hasta que un fatídico día, ocurrió que un cordobés estuvo vagando por su iglesia y reconoció la imagen cuya desaparición había causado tanto dolor en Villaviciosa. Se llevaron a cabo las pruebas para comprobar su identidad; se la entregó y se devolvió a sus legítimos dueños. Fue grande el pesar de este buen padre, pero su aflicción duró poco ya que una agradable mañana se oyó llamar con fuerza a la puerta del convento, y cuando la abrieron, apareció un caballero, vestido de blanco sobre un fogoso corcel, abrazándo una imagen contra su pecho. El la puso en las manos del embelesado fraile, diciendo: «Ved, aquí está vuestro remedio y el de Antequera». El presente fue recibido con gratitud pero el caballero desapareció inmediatamente; con posterioridad se pensó que el propio Santiago debe haber sido el que ofreció un regalo tan celestial. La imagen fue colocada sobre el altar y algunos años más tarde fue trasladada al convento, donde todavía despierta la admiración de los piadosos bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios.

Nuestra curiosidad se había despertado por la descripción que habíamos oído de lo que era llamado un templo Druida, una cámara funeraria que existía en algún lugar de los alrededores y que, por la descripción que nos habían dado de ella, parecía que su construcción recordaba los mismos restos antiguos misteriosos que tanto abundan en nuestra propia isla. Pero, ¡Vaya por Dios! no había ningún guía en Antequera para llevar al viajero en un instante a los lugares que desea ver; y como nosotros habíamos olvidado el nombre por el cual se suele conocer la cueva, teníamos la agradable perspectiva de abandonar el pueblo sin alcanzar el principal objetivo de nuestra visita. Hicimos infinidad de preguntas; nos hablaron de numerosas cuevas, pero estas no habían sido hechas por la mano del hombre y no concordaban con nuestras expectativas. Nosotros habríamos podido, así mismo, buscar la maravillosa cueva de las Albarizas, esa galería subterránea que se abre desde el Castillo hasta la Vega y que durante el asedio a Antequera, servía a

los musulmanes, para mantener la comunicación con sus hermanos de Granada ya que permitía a los mensajeros salir a la Vega más allá del campamento cristiano.

«De Antequera sale el moro,
Por la cueva de las Albarizas»

Pero las antigüedades árabes eran cosas del ayer comparadas con lo que nosotros estábamos buscando. Deseábamos penetrar aún más allá en la oscuridad de los tiempos. Finalmente escribimos una atenta nota al Alcalde, algo verdaderamente español, en la que decíamos que habíamos venido a visitar esta tierra de María Santísima; como a cada paso nosotros nos habíamos ido entusiasmando con su belleza y con el encanto de sus habitantes, hasta que habíamos alcanzado el punto culminante de nuestra fascinación en «la muy noble ciudad de Antequera» y de qué forma estábamos buscando anhelantes un monumento que probaba que Antequera era más antigua que ninguna otra ciudad que se conociera en el mundo; y le dijimos como algunos de nuestro grupo, que habían profundizado en el conocimiento de tiempos remotos, habían venido desde las costas de una isla lejana a estudiar sus antigüedades.

¿Cómo una nota de tales características no iba a tener respuesta? Se había halagado el orgullo español y la amabilidad y la cortesía españolas están siempre dispuestas a devolver las gracias por el homenaje que se le ha rendido. El Alcalde llamó; la cueva y todo lo demás estaba a nuestra disposición, unicamente que, el no sabía nada de ella ni donde encontrarla. Sabía que se había escrito un folleto sobre el tema; el nos lo enviaría y nos mandaría un guía quien con toda probabilidad sabría algo acerca de ella. No pudo haber sido más cortés; pero su visita no nos sirvió de mucho. Nuestro guía llegó; el gran misterio estaba resuelto y después de todas nuestras preguntas nos encontrábamos de camino hacia la «Cueva de Mengal»[45] nombre por el que se conoce entre la gente.

Este monumento singular creo que es el único de su clase que hasta ahora se ha descubierto en la Península. Su sorprendente parecido en forma y dimensiones a aquellos

montículos cubiertos que existen en Irlanda y que en los últimos años han suscitado tanta atención, junto con el hecho de que hasta ahora no se había hecho mención alguna de esto en ningún trabajo en lengua inglesa, al menos, según mi leal saber y entender, me induce a dar aquí una descripción detallada de su tamaño y proporciones, cosa que me veo capacitada a hacer a partir de medidas exactas tomadas en el lugar por uno de los caballeros de nuestro grupo.

Aunque su existencia parece haber sido conocida desde tiempo inmemorial para las gentes de esta zona con el nombre de Cueva de Mengal, aún no se ha hecho referencia o alusión a ella en ningún libro español sobre la topografía o restos arqueológicos[46] del país, hasta que el señor Mitjana de Málaga publicó un pequeño folleto sobre el tema en 1847. En este pequeño tratado el autor comienza ofreciendo una breve historia de los primeros habitantes de la zona. De acuerdo con lo que él dice y con las autoridades que él cita, los celtíberos o celtas, después de cruzar los Pirineos ocuparon Navarra, Aragón, Galicia, Portugal, Castilla la Nueva y la Vieja, la Mancha, Extremadura, la mayor parte de Andalucía y la Serranía de Ronda, desde Gibraltar a Antequera. Aquí ellos lindaban con otra tribu, llamados los Turduli[47], quienes se extendieron sobre las tierras de Antequera, Archidona, Granada, Córdoba y Jaén y fueron ellos los que fundaron la ciudad de Antequera dos mil años antes de la Era Cristiana. Los primeros estaban dedicados al pastoreo; eran amantes de la guerra; constituían la espina dorsal de la nación; ellos fueron los que mucho después decidieron la victoria de Cannae y derrotaron a Escipión en más de una ocasión.

Los Turduli fueron expertos en agricultura y en los primeros rudimentos del arte; vivian en casas construidas con arcilla amasada y techadas con paja y cañas, ya que él explica, que según Plinio, los antiguos españoles no supieron trabajar con piedra y mortero hasta que lo aprendieron de los cartagineses. Tenían también alfabeto y una literatura propia lo mismo que la tenían los celtas; y dice que Estrabón afirma que ellos tenían libros y poemas muy antiguos y leyes escritas en verso que se habían ido transmitiendo desde la más remota antigüedad. Adoraban a la luna, a piedras sagradas y a otros ídolos

diversos y levantaban para su culto templos de inmensas y bastas piedras colocadas de punta sin enlucir, a veces recubiertas y a veces formando inmensos círculos abiertos. Termina su introducción ofreciendo una reseña sobre la religión de los druidas, conforme a las opiniones generalmente recibidas y tan comunes en otros países, pero cuyo relato parece haber tenido en España todo el encanto de la novedad.

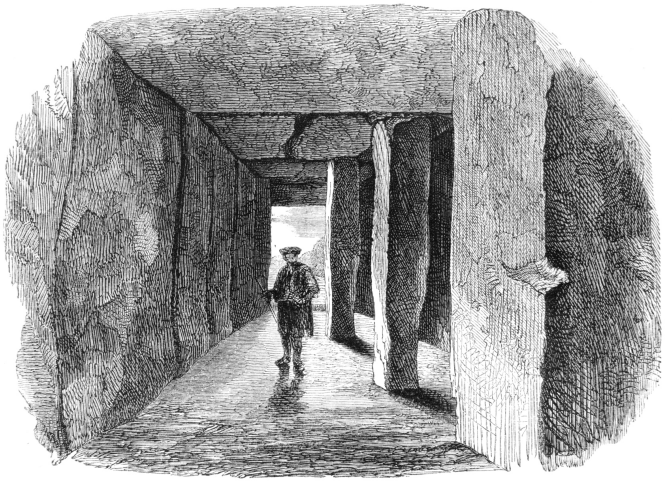
Luego él sigue diciendo que en el mes de abril de 1842, cuando le llamó la atención este lugar, en seguida se sorprendió por su apariencia, aunque entonces se encontraba lleno de barro y de todo tipo de basura. En el curso de sus numerables visitas pudo averiguar su verdadero carácter, y por fin, aunque con dificultad, pudo convencer al propietario del terreno y a los campesinos de las cercanías de que aquello no era «obra del azar» y así le ayudaron a vaciar el lugar y a mostrar al mundo lo que él denominó un templo druida.

Aunque puedan ser superficiales e inexactos los juicios y conclusiones del Señor Mitjana en algunos aspectos, (si bien yo no me aventuro a dar mi opinión sobre el tema) aún se le debe mucho a ese caballero por lo que ha hecho y por haber sido el primero entre sus compatriotas en llamar la atención acerca de este curiosísimo vestigio de tiempos tan remotos. Tanto si fue levantado para ser un templo o un túmulo, o para ambas cosas, dejo a los eruditos decidir y me doy por satisfecha con la descripción del lugar como lo encontramos el 3 de junio de 1852.

A eso de un cuarto de milla al este del pueblo en el camino que va a Archidona hay tres pequeñas colinas de forma cónica de entre unos sesenta y ochenta pies de altura que se encuentran cubiertas de olivos, dignas de mención por la regularidad de sus perfiles. Subiendo la que está más cerca del pueblo y casi en todo lo alto, te encuentras de frente con la entrada a la cueva. Tiene una galería perfecta de forma simétrica, aunque formada por toscas piedras gigantescas. Esta galería es un rectángulo de diecisiete pies de profundidad, nueve de ancho y ocho de alto. Su techo es una única piedra de casi quince pies cuadrados y de unos cuatro pies de altura y que el Señor Mitjana (que es arquitecto)

ha calculado que pesa unas cuatro mil seiscientas ocho arrobas o aproximadamente con nuestras medidas unas cincuenta y una toneladas. Este techo se encuentra sostenido por seis piedras, tres a cada lado, colocadas de punta, clavadas unos tres o cuatro pies en la tierra y con una anchura media de cuatro pies y medio. Al final de la galería dos piedras que sobresalen se juntan a unos siete pies una de otra y aquí aparece ante la vista una cámara interior, pero de una forma diferente. Es ovalada y de dimensiones bastante más grandes con una longitud de cincuenta y cuatro pies. Sus lados también formados por piedras colocadas de forma vertical, siete a cada lado, se van extendiendo gradualmente desde la entrada hasta conseguir una anchura de diecisiete pies en el centro y luego de forma gradual se va estrechando otra vez hasta tener una anchura de doce pies, donde una piedra inmensa cierra el final y le da una forma ovalada plana en los extremos.

El techo de esta cámara interior, que se encuentra a unos diez pies del suelo, está formado sólo por cuatro piedras, que se extienden de lado a lado y todas de mayor tamaño que la que cubre la galería. La que se encuentra más alejada de la entrada es la mayor



INTERIOR OF THE CAVE.

ya que es una piedra cuadrada de veintitres pies, de un grosor de cuatro pies, que se supone que tiene el enorme peso de ciento veinte toneladas -las cinco piedras forman toda la cubierta y pesan en total más de trescientas setenta y cinco toneladas. Además de los lados y de la piedra que se encuentra en el extremo, el techo de la cámara interior está sostenido también por tres piedras que hacen de pilares, que están a lo largo del centro y que, como no son del todo perpendiculares, daría la impresión de que fueron introducidas posteriormente como apoyos adicionales para el techo. Están colocadas de tal manera bajo los puntos de unión de las piedras que hay encima que así cada una contribuye a sostener dos de ellas. Estas piedras que forman los pilares tienen la superficie tosca y áspera, como un cuadrilátero bastante irregular y de dimensiones desiguales; la que está más cerca de la entrada sólo tiene ocho pies de circunferencia mientras que la que se encuentra a más profundidad mide catorce pies. En el techo de la cámara interior la segunda piedra desde la entrada parece que se hubiese partido en dos, o también, quizás, ante la imposibilidad de encontrar una piedra de proporciones tan gigantescas, los constructores adaptaron dos más pequeñas para conseguir su propósito. El dibujo que se acompaña representa la cueva como se ve desde el extremo interior.

Todas estas piedras en el exterior, donde se pueden ver, son deformes e irregulares; pero, en el interior, estan planas y son uniformes sin alisar. No parece que hayan sido cinceladas o talladas de ningún modo sino que presentan esa superficie basta aunque plana que puede verse con frecuencia en piedras en su estado natural. En ellas no hay señales de cinceles ni líneas de ningún tipo; tampoco hay restos de un círculo de piedras alrededor de la base de la colina como suele ocurrir en Irlanda. La estructura está justo bajo la superficie de la cumbre cuya forma cónica aún se conserva.

La longitud de la cueva es de setenta y un pies y tiene una orientación este - oeste; la entrada es por el este y mira a las otras dos colinas. Más allá, a casi una legua de distancia, se levanta otra vez en la llanura de forma abrupta la Peña de los Enamorados que desde aquí presenta su aspecto más pintoresco. El señor Mitjana cuando estaba buscando huesos, armas u otros restos, y quizás otras cámaras a más profundidad en la colina,

hizo que se excavara un pozo en el interior entre el tercer pilar y el extremo, pero no descubrió nada; y para darles luz a los que allí trabajaban, abrió un gran agujero al fondo, un cuadrado de cuatro o cinco pies, que perjudica considerablemente el efecto y la uniformidad del lugar. De todas maneras, por fortuna entra la luz, ya que de otro modo una visita a la cueva podría tener resultados peligrosos. El pozo de cinco pies de ancho por cuarenta y tres de profundidad está aún abierto y la tierra poco firme y en declive de la entrada podría hacer que un visitante imprudente se cayera con toda facilidad.

Por lo general se piensa que todos los cerros de la zona tienen monumentos de características similares, y es muy probable que eso sea cierto; pero hasta ahora nadie ha tenido la suficiente iniciativa para llevar a cabo tal investigación. Estos montículos no son enteramente artificiales, como los que hay en las riberas del Boyne, sino que en su mayor parte están formados por oscura piedra arenisca en su estado natural, y lo más probable es que fueran desmochados y reducidos hasta que tomaran la forma requerida. Sin embargo, entre los otros muchos puntos de semejanza, se ha averiguado que todas estas inmensas piedras eran traídas desde cierta distancia ya que no se ha encontrado en las inmediaciones ninguna piedra de esas características. Existen en la colina del Calvario a eso de media milla de distancia restos de una cantera del mismo tipo de piedra. ¿Cómo fueron extraídas de las canteras estas asombrosas moles? ¿Cómo las transportaron, subieron y colocaron con orden y precisión hace cuatro mil años? ¿Quiénes eran esas gentes? ¿Para qué levantaban esa curiosa estructura? ¡Extraños vestigios del pasado! Solos en esta zona montañosa, hablando de generaciones de hombres valerosos quiénes vivieron y murieron ante las legiones de Cartago o de Roma y cuyas hazañas llegaron a oídos del mundo.

Envuelto en un antiguo halo de misterio, cuya utilidad aún no se ha decidido ni se conoce, haciendo dificilísima la más paciente investigación –es un objeto de estudio para que las distintas generaciones aprendan a teorizar sobre él. Pero allí se alza, con una construcción basta pero obra de titanes, sobreviviendo a todos los espléndidos triunfos de la arquitectura: los magníficos edificios de Roma, las mágicas tracerías de las salas

árabes, los templos del arte cristiano se han convertido en montones de ruinas, el arado ha atravesado sus cimientos o la parra silvestre trepa alrededor de sus desmoronados muros, pero las cuevas de los druidas aún están en pie, como sin duda lo estuvieron, mil años antes de que se fundara Roma[48].

Pero ha llegado la hora de decirle adiós a Antequera y salir por la Cueva de Mengal que queda en la carretera a Archidona, despedirnos con un vistazo de sus cerros coronados por fortalezas y de sus escarpadas montañas y seguir avanzando para descansar durante un momento a los pies de la Peña de los Enamorados, a orillas del Guadalhorce, que corre impetuosamente por su base. Aunque no hay historias de hechos sobrenaturales relacionadas con este extraordinario pico, él tiene su leyenda correspondiente; una historia por supuesto de insólita devoción de un cristiano cautivo por una jóven árabe que termina con la muerte de ambos, el héroe y la heroína, quienes estuvieron dispuestos a compartir cada uno el destino del otro ante la propia mirada del implacable padre de la jóven, y así ellos mismos se arrojaron desde su vertiginosa cumbre. Esta es la historia como la cuenta Mariana[49], pero en Antequera tienen otra aún más romántica.

Parece ser que un caballero musulmán había amado en secreto durante mucho tiempo a la hija de un noble de Antequera, cuando esa ciudad aún estaba bajo el dominio de la Media Luna. Ellos se fugaron para librarla de que se convirtiera en la esposa de otro; y cuando llegaron a la Peña de los Enamorados, se detuvieron a descansar a orillas del Guadalhorce y le pidieron un poco de agua a algunos pastores que había por allí. Se la dieron. Pero los pastores, a quienes nunca les habían enseñado la conveniencia de ocuparse de sus propios asuntos y no preocuparse por los de sus vecinos, imaginándose que la dama era una víctima que no estaba allí por su voluntad, decidieron atacar a su amante, lo que así hicieron; y cuando el moro cayó, lleno de heridas, su dama cogio una daga y se la clavó dándose muerte. Su inerte cuerpo cayó a su lado. Ambos fueron enterrados donde murieron, a los pies de la Peña de los Enamorados; y la gente del pueblo, como nos informó un historiador de Antequera, sigue buscando su tumba con

tesón ya que la tradición dice que con ella enterraron sus joyas. Pero aunque es evidente que el nombre de esta roca ha tenido su origen en alguna historia como las que acabo de relatar, es curioso como un lugar montañoso en cualquier país tiene una Peña de los Enamorados y un Puente del Diablo.

A proposito, es algo curioso que no haya fantasmas en España; no hay leyendas de horribles apariciones que llegan con buenas o malas intenciones para andar entre ciertas familias y aterrorizar a las personas concienzudas. Las historias de milagros de imágenes y visiones de sus santos protectores parecen haber suplantado el género de tradición legendaria en que se deleitan las naciones septentrionales; todas sus supersticiones tienen un fondo de inclinación religiosa, pero de hadas y fantasmas nunca se oye una palabra. Es curioso que eso sea así ya que uno podría imaginarse que tendrían algunos recuerdos perdurables de los antiguos pobladores de la tierra; algunos vestigios que aún se pudiesen encontrar de un pueblo cuyo pasatiempo favorito era oír los cuentos de Las mil y una noches. Si los tuvieron, estos han sido sustituidos de forma muy eficaz por la gran cantidad de leyendas ligadas a las imágenes de los santos preferidos.

Un placentero paseo a caballo nos llevó hasta el pueblo de Archidona, un pueblecillo muy pobre situado en la ladera sur de un monte de aspecto singular. Sus tres picos desnudos se elevan sobre la cumbre con unos cortados entre ellos lo que le da apariencia de cráter de un volcán apagado. La subida a través del pueblo es empinada; forman las calles los estratos de sólida roca, desnudos y sin cubrir. Restos de la antigua muralla aún rodean sus inaccesibles cumbres y fue en la antiguedad una de las más inexpugnables fortalezas que tenían los árabes. Cayó en manos cristianas en 1462.

Después de pasar Archidona entramos una vez más en una zona boscosa y nos detuvimos a mediodía en un paraje selvático bajo la sombra de una encina. Un trozo de hierba rodeado de rosas silvestres y espinos. Las flores blancas del convólvulo *(Convolvulus lineatus)* cubrían el terreno. Un magnífico escenario para un campamento de gitanos tan placentero y agreste y tan alejado de cualquier población humana.

Agrestes y muy bonitas son estas Sierras y entre Archidona y Loja parece que han sido abandonadas por el hombre. Aunque sin embargo hay muestras de su existencia que se hacen evidentes por los extensos trigales que aparecen aquí y allá en los claros del bosque; pero, ¿de dónde vienen las manos que las cultivan? Deben tener que darse una buena caminata cuando tengan que preparar el terreno para la siembra y otra vez cuando la cosecha los llama para recoger los frutos de su trabajo. Este día nuestra jornada a caballo fue bonita aunque muy solitaria; toda la zona de bosque estaba completamente rodeada por elevadas montañas que resplandecían como si estuviesen ardiendo cuando la luz del sol poniente las bañaban con sus ricas tonalidades.

Durante todo el camino no nos encontramos con nadie a excepción del cartero que llevaba el correo de Su Católica Majestad, la extensa correspondencia que iba rumbo a Archidona y Antequera; el joven al que habían encargado llevarla montaba un lamentable jamelgo cuyas campanillas tintineaban y que estaba adornado con jaeces de colores chillones. Sus carteras iban colgando detrás de él y no parecían resultarle un gran estorbo. Justo después llegamos a la carretera que habíamos atravesado antes cuando fuimos cabalgando desde Granada hasta Sevilla. Se nos había echado la noche encima mucho antes de que llegásemos a nuestras antiguas habitaciones en la posada de Loja.

Al día siguiente atravesamos la misma carretera que conocíamos muy bien en nuestro camino a Granada y las nevadas cumbres de Sierra Nevada nos volvieron a avisar una vez más de nuestra proximidad a esta ciudad maravillosa. La carretera nos resultó larga y cansada y se hizo de noche mucho antes de que llegásemos al final de nuestra peregrinación. Brillaba la luna con toda su belleza mientras cada uno de los paisajes conocidos reaparecían ante nuestros ojos, y a la mañana siguiente nos volvimos a encontrar una vez mas instalados en Granada donde íbamos a pasar los abrasadores meses de verano entre sus cristalinas aguas y sombreados bosquecillos. Una vez más nuestros pasos vagaban entre las mágicas salas de su palacio árabe, y fui plenamente consciente de la veracidad de la observación de Dumas, cuando dijo que aunque uno de los mayores placeres de la vida pueda ser la primera vista de Granada, hay todavía un placer mayor, el de visitarla una segunda vez.

CAPÍTULO XI

EXCURSIÓN A LA SIERRA – NOCHE EN EL PICACHO – INFORMACIÓN AGRADABLE – LADRONES O NO LADRONES – UNA ESCAPADA AFORTUNADA – EL CHATO – VISITAS DE DESPEDIDA – UNA DILIGENCIA ESPAÑOLA – MENGIBAR – BAILÉN – CASTAÑOS .

A BARBER'S SHOP.

"Había[50] anochecido antes de que nuestros viajeros llegaran a la zona más desierta de la montaña; donde Sancho aconsejó a su señor que se quedaran algunos días, al menos mientras les quedaran provisiones; y por consiguiente esa noche ellos se refugiaron entre dos rocas pero la suerte dirigió a Ginés de Pasamonte, ese maestro en granujería hasta esta zona de la montaña"

DON QUIJOTE

"El cura y el barbero del pueblo, ambos amigos íntimos de Don Quijote, resultó que estaban allí en aquel cruce de caminos"

IB

Otra vez estábamos establecidos en Granada y pasaban los meses de verano lo más rápido que podían pasar. Otra vez nos deleitábamos disfrutando de sus bellas vistas y nos dirigimos a la verde Vega visitando cada uno de nuestros lugares favoritos con renovado placer. Los días iban pasando tan apaciblemente como lo hacen generalmente los días en esta tierra medio oriental donde el tiempo se desliza de forma tan imperceptible.

Al final nos tentaron para subir al Picacho por segunda vez y hacer los honores de Sierra Nevada y a algunas personas que acababan de llegar y que estaban deseosas de explorar el inmenso paisaje montañoso de alrededor. Habíamos quedado tan encantados con nuestra primera visita que necesitaron pocas dotes de persuasión para convencernos de realizar una segunda expedición. Así pues, salimos una bella mañana a las tres en punto. Todo en nuestra subida fue «color de rosa» y encontramos la choza un refugio tan acogedor como en la primera ocasión. Pero, recordando nuestra aventura cuando tuvimos que bajar por la noche, en esta ocasión decidimos esperar hasta por la mañana y alcanzar

la cumbre a tiempo de ver la salida del sol. Estos planes nos permitieron recorrer las zonas rocosas donde estaba la choza y volver a visitar algunos lugares interesantes. La puesta de sol fue espléndida ya que a una altitud de más de 8.000 pies estábamos lo suficientemente altos como para ver enrojecerse con sus tonos del atardecer todas las cumbres de las montañas que había por debajo. Cuando llegaron las sombras de la noche, el suave gris del crepúsculo que a esta altura era notoriamente claro, nos alegramos de formar una especie de corro gitano alrededor de un brillante fuego que extendiendo su calor nos hizo estar completamente despreocupados del frío. De hecho, pasamos una tarde muy alegre, hablando y charlando y nuestros guías nos contaron muchas y divertidas anécdotas. Cuando estábamos en medio de una maravillosa historia se nos unieron dos pobres campesinos que estaban buscando esa hierba medicinal, la manzanilla, que es tan recomendada y generalmente tan usada por la clase médica en España. Los pobres estaban bastante contentos de poder sentarse cerca del fuego y nosotros comenzamos a preparar nuestro aireado canapé; pasamos una noche muy agradable bajo el dosel abovedado del firmamento, protegidos por la roca que nos refugiaba, con la única excepción sin embargo de que, como nos habían dicho en repetidas ocasiones que nos trajésemos bastante ropa de abrigo para protegernos del frío, nosotros habíamos caído en el extremo opuesto y a media noche todos exclamamos al unísono «realmente el calor es bastante sofocante» y, aunque pueda parecer extraño, no es más extraño que verdadero, que dos de los del grupo recurrieron al abanico en el más puro estilo español.

Nuestro viejo amigo Francisco estaba muy animado, diciendo que él quería la choza mucho más que a su pueblo ya que aquí se sentía «rey de todo lo que veía» y a esta altitud no había insectos inoportunos que molestaran su descanso y no había ni mujeres ni niños que le distrajesen. ¡Qué pena de mañana! Como era usual, nuestras intenciones se vieron frustradas, como se ven las de todas esas personas que se toman el trabajo de subir a una montaña para ver la salida del sol. En esta ocasión, el sol no salió, bueno, si lo hizo, pero detrás de una espesa capa de nubes por lo que, después de una acalorada discusión sobre el tema, decidimos no intentar el ascenso hasta que el día hubiese avanzado más. Era algo así como una conversación previa a salir de merienda en un día

nublado en Inglaterra donde la opinión de cada uno está de acuerdo con sus deseos, y contra la verdadera evidencia de sus sentidos. Algunos manteníamos que las nubes se disiparían, otros decían que no había esperanza; al final decidimos que era hora de hacer los preparativos para desayunar, y después de haber terminado satisfactoriamente este importantísimo comienzo de una excursión que sería fatigosa, salió el sol con todo su esplendor y nosotros comenzamos el ascenso a la cumbre. Otra vez estábamos en uno de los puntos más elevados de la Sierra con un panorama que irrumpía ante nosotros con toda su solemne grandiosidad.

Al haber ascendido ya a esta altura no debo detener a mis lectores una segunda vez así que, después de que hiciéramos numerosas observaciones con aneroide y termómetro, nos volvímos y pusimos rumbo hacia Granada. No había pasado más de una hora desde que dejamos la choza cuando nos encontramos con los neveros que subían a buscar su cargamento de nieve nocturno. Después del amistoso saludo ellos se pararon como si estuviesen dudosos de lo que iban a hacer; por fin llamando por señas a un lado a uno de los del grupo mantuvieron una misteriosa conversación en voz baja y nos dijeron que era mejor que no prosiguiéramos ya que una banda de «ladrones» nos estaba esperando en el Purche, un lugar bastante bien seleccionado como guarida de ladrones, a mitad de camino bajando de la Sierra. Que había dieciocho bandidos resueltos, bien armados, decididos a capturar a los «ricos ingleses» que habían estado tan locos como para aventurarse por zonas tan elevadas. También nos dijeron que unos pocos días antes habían capturado a un oficial que había ido de cacería a las montañas y que lo tuvieron durante diez días en una cueva de la que él se las arregló para escapar.

En resumen, los hombres estaban serios, y aunque todos nosotros éramos bastante incrédulos en todo lo referente a ladrones, comenzamos a sentir esa especie de sensación difícil de definir que sigue después de una historia de fantasmas bien contada. Comenzamos a pensar que podía haber algo de verdad en ello y terminamos completamente convencidos de que era verdad. Y entonces comenzó el gran concejo: ¿qué era lo que

íbamos a hacer? Después de todo, podía tratarse de una falsa alarma; no teníamos más que una alternativa, o enfrentarnos al peligro o hacer un rodeo por Güéjar, un pueblo en el valle del Genil, que era bastante seguro, pero con un camino desesperadamente malo y una vuelta bastante larga. Algunos pensaron que la carretera era muy mala y decidieron que era mejor enfrentarse al peligro; otros deseaban dar el rodeo; por un momento era mejor seguir y luego era mejor esperarse; en resumen, parecía como si nunca se fuera a resolver esta espinosa decisión, cuando uno de los caballeros audazmente tomando la responsabilidad de decidir nuestra suerte dijo que no deberíamos mostrar signos de cobardía, sino seguir sin más demora, solamente tomando la precaución de apresurarnos ya que deberíamos pasar por el temido lugar antes de que se hiciera de noche, puesto que ya se nos había hecho tarde.

Francisco, ágil como un ciervo y perfecto conocedor de cada uno de los rincones de la sierra salió flechado para estar de vigía, transmitiendonos su intención de buscar ayuda en los cortijos del Genil si veía personas sospechosas en la distancia. Todo estaba arreglado y proseguimos nuestro camino en solemne silencio especulando sobre la agradable posibilidad de pasar una semana en alguna cueva oscura. No teníamos nada que perder ya que no llevábamos dinero, en consecuencia un rescate tendría que ser su única esperanza de conseguir dinero. Todos teníamos nuestros propios pensamientos y ocupaciones y mi gentil compañera pensó en esconder su cadena de oro y sus gafas entre los pliegues de su vestido, así podría tener alguna posibilidad de conservar sus más preciados amigos en caso de accidente. Yo estaba calculando como nos valorarían, y en lo que respecta a nuestra escolta, tendré que decir con caridad, que el caballero estaba meditando la forma en que mejor podría proteger a las señoras que llevaba a su cargo. Seguimos y no vimos nada y no oímos nada y cuando llegamos al temido Purche, todo estaba extraordinariamente tranquilo. Todos nuestros miedos o esperanzas de una aventura finalizaron; pasamos el Rubicón, cuando, para nuestro horror, oímos a un hombre que llevaba uno de los caballos de delante exclamar «Aquí están». Una enorme roca nos los había ocultado, y en un momento supimos que habíamos sido descubiertos. Por un impulso involuntario retuvimos los caballos pero a continuación hicimos lo mejor

que pudimos y, echándole valor al asunto, en un momento estábamos cara a cara con el enemigo.

Y allí estaban ellos, con un aspecto tan deliciosamente pintoresco, eran unos veinte hombres apoyados en sus mosquetones, salpicados a lo largo de la carretera a la misma distancia unos de otros, evidentemente esperando nuestra llegada. Se nos acercaron de forma amistosa, tranquilamente pero con la determinación de impedir que siguiéramos avanzando. Intercambiamos nuestros más cariñosos saludos y luego nos preguntaron qué era lo que estábamos haciendo allí y qué dónde habíamos estado. Les aseguramos que sólo habíamos estado viendo la salida del sol desde el Picacho y al habérsenos frustrado nuestro propósito habíamos estado contemplando su maravillosa tierra a vista de pájaro y que estábamos volviendo a Granada tranquilamente. «Y... ¿quién era el hombre que había pasado hacía aproximadamente un cuarto de hora? ¿Pertenecía a su grupo?» «Era nuestro guía, contestó el dueño de los caballos que estaba temblando de miedo desde los pies a la cabeza. «El se adelantó a dar la señal de alarma ya que nos dijeron que una banda de ladrones nos estaba esperando aquí» «Y, ¿cómo fue que ustedes oyeron lo de los ladrones?» preguntó un hombre que evidentemente parecía el jefe de la banda. «Nos lo dijeron los neveros», contestamos nosotros, y «nuestro guía se adelantó a buscar ayuda». «Bien, es verdad» dijo el jefe, «Hay muchos ladrones por aquí». «Yo soy el Alcalde de Monachil que he subido con un grupo de hombres para buscar a esos ladrones; somos la Justicia y vamos a subir a la Sierra en su busca.»

¡Ay! y este iba a ser el final de nuestra aventura con ladrones. El encontrar el romanticismo del asunto convertido en la más simple realidad de unos cuantos campesinos del pueblo con su jefe magistrado a la cabeza recorriéndolo todo en busca de los bandoleros. Seguí hablando con el viejo que fue muy generoso al ofrecernos muy buenos consejos, al mismo tiempo que nos negaba cualquier ayuda y nos aseguraba que inevitablemente nos toparíamos con ellos más abajo en la montaña en nuestro camino hacia Granada. También nos informó que él y sus hombres iban a buscarlos más arriba. Esto parecía poco consistente; sin embargo, intercambiamos muchas fra-

NOCHE EN EL PICACHO

ses de cortesía y partimos diciéndonos mutuamente el «vayan ustedes con Dios» y a ellos pronto los perdimos de vista cuando iban subiendo por las rocas. No habían pasado ni cinco minutos cuando fuimos alcanzados por Francisco que venía sin aliento subiendo del valle del Genil, acompañado por varios hombres con sus mosquetones sobre los hombros. Esperaba habernos encontrado ya en poder de los ladrones, ya que nos dijo que cuando se dio la vuelta en la misma roca en la que los habíamos visto por primera vez, vio a dos hombres con mosquetones salir de una cueva, y sin esperar ninguna información más, se echó a correr para dar la voz de alarma. Le dispararon, pero erraron el tiro y voló con alas, no de amor, sino de miedo para despertar al pueblo. Ya había oscurecido bastante y aún teníamos ante nosotros algunas leguas de camino; los campesinos que habían venido en nuestra ayuda rehusaron acompañarnos prefiriendo quedarse y defender sus hogares y familias en lugar de arriesgar sus vidas para ayudar a unos extranjeros.

Nuestros guías nos ordenaron que fuesemos en silencio y volvimos a convertirnos en un grupo que bajaba serpenteando por aquellas escarpadas veredas a altas horas de la noche, temiendo que el más leve de los sonidos nos pudiera vender a los temibles bandidos que estarían sin duda esperando a que nos aproximaramos detrás de alguna roca oculta. Por fin llegamos a la Vega y nuestros valientes compañeros dijeron que ya estábamos fuera de peligro y que podíamos hablar completamente seguros y a medianoche llegamos a Granada. A la mañana siguiente Francisco nos informó que la gente que habíamos encontrado en el camino eran realmente los ladrones; pero que al oírnos decir que él había escapado y que se había dado la señal de alarma, ellos, muy astutos, habían dicho, que ellos mismos eran la «Justicia.»

Esto, por supuesto levantó una fuerte discusión. Había una irresistible fascinación en la idea de que nos habíamos topado con bandoleros vivos, los habíamos visto, hablado con ellos y lo que era más, que habíamos escapado de ellos. Cada uno defendió una visión diferente sobre la cuestión. Uno empezaba a contar este lado de la cuestión, otro, el otro, y el tema fue discutido tanto y durante tanto tiempo que terminamos sin que

ninguno de nosotros supiera realmente con que opinión quedarse. Consultamos con varios españoles que llegaron a la sabia conclusión de que con toda probabilidad era la «Justicia» la que encontramos, pero como la Justicia en España son casi tan ladrones como los propios bandidos, podíamos considerar que habíamos tenido muy buena fortuna al poder escapar.

Bromas aparte, habíamos escapado bien ya que no había duda de que había una importante banda de ladrones en las montañas en aquella época y además, al comentarle al Capitán General el asunto del oficial que había sido hecho prisionero, nos dijo que eso era verdad. Nos contó que este oficial se había ido de cacería solo y que cuando estaba cabalgando tranquilamente con su mosquetón en las rodillas, mientras se fumaba un cigarro, fue abordado por dos hombres que se presentaron diciendo que eran mineros; se ofrecieron a acompañarle ya que iban en la misma dirección y cuando uno de ellos le pidió fuego, el oficial dejó su mosquetón durante un momento mientras que el otro lo agarró y le dijo que estaba prisionero. Lo llevaron hasta una cueva y pidieron doce mil reales como recompensa que tenían que ser dejados en un lugar establecido y en el día fijado. Las autoridades mandaron con el dinero a un gran número de Guardias Civiles disfrazados; pero los ladrones, descubriendo el peligro, huyeron dejando al pobre hombre que se escapara y que volviera a Granada lo mejor que pudo.

Una repentina plaga de ladrones parecía que hubiera infestado Andalucía en estos momentos y el país se encontraba en el peor estado en el que había estado durante muchos años. El jefe de la banda era un hombre apodado el «Chato» que tenía aterrorizada toda la zona entre Córdoba y Ronda. Sin embargo, él apenas se dignaba a atacar a viajeros; bajaba y cobraba sus impuestos en los cortijos llevándose rehenes para el rescate de las sumas requeridas. Algunos de sus prisioneros pensaron que era muy edificante la forma devota en la que él y su banda observaban la Cuaresma ya que ayunaban religiosamente. Parecía casi imposible acabar con estos ladrones ya que muchos de los campesinos estaban conchabados con ellos y los enormes y deshabitados tramos y zonas de montaña les ofrecían inmejorables oportunidades para esconderse de sus perseguidores. Incluso la

clase más alta difícilmente se aventuraba a ayudar a capturarlos. Y, ya que sus posesiones en el país estaban a merced de estas bandas ilegales, encontraban menos dificultad en convivir en buena armonía con ellos, que en ayudar al Gobierno, cuyo ejército no era lo suficientemente fuerte como para protegerlos.

En este mismo otoño en Andalucía se impuso la Ley Marcial, pero ni siquiera con esto hubo éxito y Chato logró eludir la vigilancia. A los periódicos se les prohibió hacer alusión al tema ya que su larga existencia incontrolada reflejaba bastante el estado del Gobierno. De vez en cuando se extendían rumores de su captura, pero rápidamente se contradecían. En una ocasión dieron todos los detalles de que había sido asesinado por un compinche en una pelea y cuando su asesino fue arrestado y le preguntaron por qué le había disparado, él replicó con verdadera sangre fría «porque era muy ladrón». Sin embargo, unos cuantos días después, los periódicos anunciaron que el verdadero Chato había aparecido en Extremadura.

Nuestra estancia en Granada por fin llegó a su fin; pero tristemente esos ladrones interfirieron en nuestros planes y fueron muchas las discusiones que mantuvimos para decidir cual era el mejor medio de llegar a Córdoba, una distancia en realidad de sólo sesenta millas, y sin embargo el viaje hasta allí parecía lleno de dificultades casi tan insuperables como las del descubrimiento del Paso del noroeste[51]. Todas las carreteras en este país se bifurcan desde Madrid a las grandes ciudades de provincia y el realizar un viaje en diligencia entre un extremo y otro es algo bastante fácil, pero ir desde una ciudad intermedia a otra, es una cuestión que requiere una seria consideración para aquellos que no son jinetes demasiado buenos, al tener que recortar el camino a través de las montañas. El viaje entre Granada y Córdoba por Alcalá es bastante bueno para hacerlo a caballo pero en esta ocasión nos vimos frenados, no tanto por la fatiga, como por el pánico que le teníamos al Chato y a sus seguidores que se encontraban en esta zona y cuya aparición no hubiera sido en absoluto agradable para nuestro grupo de «mujeres desprotegidas.» Habíamos escapado hacía demasiado poco tiempo de correr el riesgo voluntariamente de encontrarnos con alguna aventura real.

La visión de una cueva en las montañas como residencia para incluso un período limitado, con el desagradable hecho de tener que desembolsar varios miles de reales o dólares para pagar un rescate antes de obtener permiso para poder continuar, no nos ofrecía una perspectiva demasiado tentadora. Además el Capitán-General no permitía que nos fuésemos sin una escolta; y como todas las tropas estaban dedicadas a perseguir bandoleros, él sólo podía ofrecernos uno o dos guardias y no podía garantizar nuestra seguridad a menos que nos mantuviésemos en la carretera general; así pues, tuvimos que dar un placentero y pequeño rodeo y hacer los dos lados de un triángulo – gracias al Chato.

También cabalgar por una polvorienta carretera principal es de todo menos divertido, sin embargo, puede ser encantador hacerlo por una zona agreste y montañosa. La dificultad de conseguir asientos en la diligencia que va a Bailén, unido a la incertidumbre de encontrar otros a nuestra llegada en la diligencia que baja desde Madrid a Córdoba nos hizo resignarnos a la desagradable alternativa. Hicimos todos los preparativos, llenamos debidamente las alforjas de provisiones, grandes sombrillas que se parecían mucho a juveniles paraguas, velos, también eran necesarios unos toldillos para proteger nuestro blanco cutis del sol abrasador y las jamugas o sillas utilizadas por las mujeres en este país, estaban preparadas con cojines y todo lo necesario que pudiera proporcionar comodidad a mis compañeras. Pero, ¡ay de mí! Todos estos cautelosos planes no sirvieron para nada; justo el día antes de nuestra partida llegaron noticias de que había habido una gran refriega entre varios bandoleros y la Guardia Civil, y como estos últimos fueron vencidos en la refriega, la prudencia aconsejaba que cambiásemos una vez más a la diligencia.

Estábamos justo en la época en la que todos los transportes públicos a Madrid estaban abarrotados con la gente que volvía de los baños donde habían permanecido durante los meses de verano. Para asegurarnos plazas para nuestro numeroso grupo hasta Bailén, pagamos el billete de todo el trayecto hasta Madrid, confiando ingenuamente en la promesa española de que si había gente que fuera a ir sólo desde Bailén a Madrid, nos

devolverían el dinero de ese trayecto. Después de decidido este importante asunto, ya que al haber pagado anticipadamente nos evitaba que la gente cambiara de opinión, esperamos con paciencia el día señalado, y mientras tanto, nos dedicamos a dar un último adiós a nuestros rincones preferidos. Nunca se hace el tiempo tan pesado como cuando se está en el intervalo entre que se terminan los preparativos y la salida, cuando todo está en las maletas y no te puedes permitir otra ocupación que el recurrir al único libro que se deja fuera para pasar las larguísimas horas de viaje. El continuo estado de ocio crea un sentimiento de tristeza, mucho más cuando uno está a punto de dejar quizás para siempre un lugar tan querido por muchos recuerdos.

Por fin llegó el día de nuestra partida y a las cinco en punto de la mañana nos encontramos colocados en el interior de una pesada diligencia rebotando sobre el adoquinado desigual de las calles granadinas con dos compañeros de viaje. Uno un granadino que iba a viajar por primera vez en su vida, es decir que iba a ir hasta Córdoba. El otro pasajero era una dulce hermana de la Caridad que volvía a Madrid. Pobrecilla, su asiento daba la espalda a los caballos, aunque nosotros intentamos en vano que se cambiara, cosa a la que no accedió. Ella iba sufriendo terriblemente pero llevaba este sufrimiento con tal resignación que parecía que se lo había tomado como si tal cosa y añadía sólo otra a las muchas penalidades que se había propuesto soportar en su vida. Ella estaba encomendada a la protección del mayoral o cochero, casi como si fuese un paquete, con cuidado de ser entregada sana y salva, y parecía que tenía muy poca idea de su viaje ya que cuando llegamos a Jaén me preguntó si estábamos ya cerca de Madrid. Una diligencia española es un extraño mamotreto inestable. Tirada por diez o doce mulas, su fuerza al unísono es a veces insuficiente para arrastrar la enorme máquina a través de los lechos de los ríos o ascender por empinadas pendientes. El mayoral tiene un sexto sentido que le hace conocer a todas las mulas por su nombre y cuando quiere que vayan a mayor velocidad salta del coche y por medio del látigo y de la voz les hace acelerar el paso corriendo a su lado. Los chillidos con los que él grita sus nombres es bastante eficaz para evitar que los pasajeros, al menos los que van el coupé, puedan disfrutar de algún tipo de reposo.

Nuestro camino cruzaba una zona de la vega plantada de vides y olivos, que había pertenecido a los frailes cartujos, pero que ahora estaba en manos de un rico capitalista, que esta invirtiendo mucho en ellas. Al pasar la Puerta de Cubillas le dijimos adiós a las tierras cultivadas y comenzamos a cruzar un territorio montañoso de lo más agreste. Sus pedregosas cumbres estaban salpicadas de vez en cuando por unos cuantos manojos de algunos arbustos, sin un sólo árbol que diera la menor sombra al polvoriento y calcinado suelo, todo del mismo color monótono. Una solitaria venta en uno de los desérticos valles donde cambiamos los caballos no aportó ninguna variedad al escenario, y desayunamos en el pequeño pueblo llamado Campillo de Arenas. Un poco más allá de Arenas una singular formación rocosa completamente desprovista de cualquier tipo de vegetación se puede ver a lo largo del valle con una profunda grieta perpendicular a través de la que corre un río, –es decir, cuando hay río, ya que ahora no se veía el agua por ninguna parte. Esto forma la entrada natural al Reino de Granada; la carretera a uno de los lados se va abriendo por entre las rocas y continua con el mismo aspecto hasta que al atravesar una polvorienta llanura, se ven las murallas del viejo castillo árabe de Jaén coronando las alturas, con la ciudad enclavada en una hondonada en su base. Hay dos cerros que se elevan por detrás de la ciudad; entre ambos el espacio está ocupado por las altas torres de la catedral, y para nuestro asombro, las dos están terminadas. Jaén no tiene nada digno de mención por lo tanto no lamentamos demasiado haber pasado por la ciudad sin detenernos.

Los dos cerros a los que me acabo de referir están protegidos por una cordillera más elevada mientras que hacia el sur parece que hay un bello paisaje de montaña; en primavera toda esta zona debe ser muy bonita pero ahora este lugar a todo alrededor tiene el mismo tono de arena amarillenta y, ni incluso el mismísimo desierto puede ser más aburrido y monótono que el trayecto desde aquí a Bailén. Interminables llanuras que se deslizaban sobre suaves y ondulantes colinas sin el más mínimo vestigio de verdor en toda su extensión. No había el menor indicio de que hubiese algún pueblo y no se vio ni una sola cabaña, sino que por todos lados se veía el mismo tono polvoriento. El único rastro de vegetación que nuestra vista alcanzó a ver fueron unos cuantos penachos de plantas de alca-

parra, algo que nos resultó peculiarmente refrescante debido a lo brillante de sus hojas de verde intenso y a sus enormes flores blancas; pero que aquí compartían la misma suerte de todo lo demás y estaban ocultos bajo la capa de polvo que lo cubría todo. Estaba oscureciendo cuando llegamos a Mengíbar, donde un puente colgante cruza el Guadalquivir, que aquí es un río importante que corre entre las profundas riberas arenosas.

En Jaén habíamos cambiado de compañeros de viaje y nuestro nuevo compañero nos dijo para consolarnos que este puente se pensaba que no era seguro. Nos dijo que costó cuatro millones de reales pero que el contratista sólo empleó la mitad de esa cantidad en el trabajo y que se embolsó el resto; y luego se permitió hacer los usuales comentarios que los españoles suelen hacer acerca del generalizado sistema de corrupción tan extendido en todas las transacciones públicas por todo el país. Todo el mundo parece consciente del estado de cosas, pero a este respecto el conocimiento del abuso no parece que lleve a ninguna mejora, porque ellos continúan haciendo lo mismo, todos aprovechando la primera oportunidad para poner en práctica todo lo que luego condenan con tanta elocuencia. Nuestro compañero se entretuvo el resto del viaje hasta Bailen con fantásticos relatos de hazañas de bandoleros, de escapadas por los pelos y extrañas aventuras suficientes como para ponernos los nervios de punta, teniendo en cuenta la oscuridad de la noche y lo solitario de la zona, si no hubiera sido porque la presencia de la Guardia Civil a lo largo de la carretera nos daba la certeza de que estábamos comparativamente seguros. A los españoles les encantan las historias de bandoleros y ahora que tienen alguna excusa para hablar de esto realmente lo convierten en el tema principal de la conversación. Llegamos a Bailén a medianoche, después de que nuestro amigo hubiera puesto debidamente su casa a nuestra entera disposición y nos hubiese hecho repetidos ofrecimientos de ayuda, algo que estoy segura que habría hecho con la mejor disposición si lo hubiésemos requerido.

Aunque de acuerdo con nuestra manera de pensar los españoles pueden no ser demasiado hospitalarios, no hay nadie que pueda estar más dispuesto a hacer una buena acción por otra persona y están siempre dispuestos a sacrificarse con gusto para complacerte.

Después de un mutuo intercambio de cumplidos fuimos al hotel donde encontramos una extraña mezcla de comodidad y miseria. Un camarero francés parecía prometer grandes cosas; sin embargo resultó que era canadiense y la causa por la cual había llegado hasta Bailén era un misterio que no pudimos comprender. El café lo trajeron en un servicio de porcelana francesa sorprendentemente bonito pero no había mesa en el que ponerlo y tuvimos que colocarlo todo sobre nuestras sillas a estilo picnic con algunas de las provisiones que por fortuna habíamos traído. Después de ciertas dificultades encontramos camas en las que reposar hasta que pasara la diligencia de Madrid a Sevilla en la que teníamos esperanza de encontrar plazas; pero, antes de retirarnos a descansar, tuve una discusión de lo más animado con el administrador de la diligencia ya que se negaba a reembolsarnos el dinero prometido en caso de que se ocuparan las plazas hasta Madrid algo que ocurrió en el mismo instante en el que nosotros llegamos. Él llamó ladrón al hombre de Granada y cuando yo protesté sobre lo inapropiado de que no cumplieran la promesa que me hicieron allí, él me dijo que no podía soportar tal lenguaje. Yo lo amenacé con contar todo lo ocurrido cuando llegara a la oficina de Madrid; y en justicia debo añadir que por medio de la intervención de un amigo que estaba allí, en realidad nos devolvieron parte del dinero.

A las tres en punto de la mañana nos despertaron de nuestro incómodo sueño con la agradable noticia de que había suficiente sitio en la diligencia y nos vimos aliviados del miedo de tener que pasar unos cuantos días en este animado lugar ya que Bailén es un pueblo que ni incluso los españoles escogerían como residencia aunque siempre estén alardeando y presumiendo de sus glorias. Continuamos hacia Córdoba, pero como nosotros volvimos sobre nuestros pasos a Bailén otra vez al mes siguiente para hacer una corta excursión por ambas Castillas, yo ahora continuaré con la ruta hacia Madrid y dejaré la descripción de Córdoba para más tarde ya que la volvimos a visitar a nuestra vuelta a Sevilla.

Bailén es famosa por la batalla que tuvo lugar aquí en 1808, batalla que de acuerdo con los historiadores españoles cambió el curso de la guerra en la Península y dio el primer

golpe a los ejércitos de Napoleón. El héroe de esta batalla, Castaños, duque de Bailén, murió el pasado mes de septiembre, pero unos pocos días después Inglaterra perdió al más grande de sus generales. Fue nombrado Grande de España pero por lo demás él no recibió demasiado de un país cuya gratitud se expresa sólo con buenas palabras. El vivió a veces en la más profunda pobreza y durante muchos períodos de su vida el no recibió su paga con regularidad, como él mismo menciona en su testamento. No hay nada que pueda ser menos pretensioso o más humilde que las cláusulas de su testamento. Deseó que no se hiciera ningún tipo de desfile; que su cuerpo fuese llevado por sus propios sirvientes a la iglesia de la parroquia donde él muriese y que lo llevasen al cementerio y lo pusieran en la tierra; que no lo metiesen en un nicho, pero que su tumba estuviese a los pies del nicho en el cual estaba enterrada su hermana. El terminaba dejando algunos bienes a sus sirvientes y subordinados. Pero el gobierno decidió honrarlo a su muerte y fue enterrado por decreto real en la Iglesia de Atocha con toda la pompa y el esplendor de un funeral de estado.

Desde Bailén la carretera continúa hasta La Carolina, un pueblo bien construido y poblado por colonos extranjeros a los que trajeron para cultivar las tierras que la expulsión de los moriscos había dejado desiertas. A eso de dos leguas de La Carolina se encuentra el escenario donde tuvo lugar la famosa batalla de las Navas de Tolosa en la que fue vencedor Alfonso VIII en 1212. Un pastor guió a los ejércitos a través de los desfiladeros de montaña, a quien el supersticioso entusiasmo de aquellos días convirtió en San Isidro, patrón de Madrid. Desde La Carolina la carretera va ascendiendo hasta Santa Helena, que se encuentra en una zona elevada desde donde hay una vista muy extensa. Luego pasa el esplendido desfiladero de Despeñaperros, un verdadero paso de montaña que se atraviesa por una magnífica carretera trazada en tiempos de Carlos III. Desde aquí se asciende a una elevada meseta, la gran meseta central española y aquí le decimos adiós a todos los maravillosos paisajes y nos dejamos atrás los naranjales y las montañas nevadas de Andalucía.

CATEDRAL CÓRDOBA

NOTAS

1 Se suele utilizar el término «Pérfida Albión»

2 Árbol también llamado Ombú. N.T.

3 A lo largo del texto Lady Tenison se refiere a este pico como San Cristobal o simplemente Cristobal. Me comenta Doña Ana Molina que por la zona se dice que este pico debe su nombre a que fue lo primero que vió Cristobal Colón al acercarse a las costas gaditanas. N.T.

4 En el texto Lady Tenison la llama pitcher-plant que se traduciría como planta en forma de jarro o cántaro. En la zona se les denomina candilicos. N.T.

5 Statice: nombre de numerosas especies pertenecientes al actual género Limonium. N.T.

6 En la zona es conocido como el boquete de Zafarraya. N.T.

7 Se refiere a Hernán Pérez del Pulgar, llamado el de Las Hazañas, capitán español (1451-1531). Alcanzó gran celebridad en las guerras de Granada. Nombrado Gentilhombre por los Reyes Católicos (1481). A lo largo del texto mantengo la grafía original. N.T.

8 Bayardo. Tomado de la figura francesa de Pierre Terrail, (1476-1524) llamado el caballero sin miedo y sin tacha. N.T.

9 Preux chevalier: Caballero valiente en la Edad Media. N.T.

10 La publicación a la que Lady Tenison hace referencia tuvo lugar en 1834. N.T.

11 Quiere decir Zegríes N.T.

12 Quiere decir Zenete N.T.

13 Irving, W.: *Tales of the Alhambra to which are added Legends of the Conquest of Spain*. París, 1840.

14 Ford, R.: *A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home. Describing the Country and Cities, the Natives and their Manners with notices on Spanish History*. London, 1845.

15 Quiere decir Cuesta de Gomérez. N.T.

16 La leyenda más difundida refiere que se apoderó del carro de Helio, pero que no supo conducir los caballos, y el carro, demasiado cerca de la Tierra, estuvo a punto de provocar una catástrofe. Zeus fulminó a Faetón y lo precipitó en el Erídano. N.T.

17 Froissart, Jean. Cronista francés 1333 ó 1337 y 1400. Clérigo ilustrado. Vivió en ambientes nobiliarios y cortesanos. Fue secretario de la Reina de Inglaterra. Viajó mucho. A partir de 1384 Canónigo de Chimay. Redactó entonces sus Crónicas en las que narraba los acontecimientos ocurridos en Europa entre 1325 y 1400. Lo más característico de la obra es la amplitud de la información y las numerosas noticias pintorescas incluidas en ella. N.T.

18 Quiere decir Ginés Pérez de Hita autor de: *Guerras civiles de Granada*, en dos partes, cuyo título completo es: *Historia de los vandos de los Zegries y Abencerrages, Cavalleros moros de Granada, y de las guerras que hubo en ella,* la primera parte se imprimió en Zaragoza en 1595. Se trata de una novela histórica, en la que la ficción y la realidad se entremezclan hábilmente. A imitación de los libros de caballerías, Pérez de Hita dice traducir de un original árabe del historiador Abenhamín, personaje inexistente; sus fuentes son los historiadores de los siglos XV y XVI que tratan de Granada, como Pulgar y Garibay, romances fronterizos y moriscos y tradiciones locales, que el autor demuestra conocer bien. La segunda parte narra la rebelión de los moriscos en la Alpujarra, pese a haber sido testigo, el elemento ficticio aparece casi con la misma intensidad que en la primera parte. (*Gran Enciclopedia Larousse*). Por otro lado Izquierdo, Francisco: *Guía de las Guías de Granada*. Madrid 1976. Nos dice que: Pérez de Hita, Ginés. Fue el traductor de la obra: *Historia de los vandos de los Zegríes y Abencerrages, Cavalleros moros de Granada, y de las Civiles Guerras que huvo en ella, hasta que el Rey Don Fernando el Quinto la ganó.* 1757. N.T.

19 Quiere decir Sacromonte. N.T.

20 Quiere decir, Gonzálo Fernández de Córdova. N.T.

21 Quiere decir Daralharosa (Palacio de). Según Gómez Moreno (1892): Junto al albercón de las Damas, que servía para regar la huerta del Generalife, dando vista a la cuenca del Darro, creese que existió este palacio, cuyo nombre significa Casa de la Esposa, pues allí se encuentran vestigios de construcción arábiga. N.T.

22 Se trata del famoso cedro de San Juan de la Cruz, tenido en la ciudad como el único Cedro del Líbano existente en Europa. Es un ciprés poco frecuente, Cupressus lusitánica, originario de Méjico. Cultivado desde el siglo XVI en los jardines españoles. N.T.

23 Quiere decir Hernán Pérez del Pulgar. N.T.

24 La compara con esta calle londinense debido a que estaba llena de tiendas. N.T.

25 Gómez Moreno (1892), nos dice: «Hasta ahora no se han publicado en España los nombres de los autores de tan magníficas obras, y debemos el hallazgo al Dr. Carlos Justi, profesor de la Universidad de Bonn. Habíase perdido entre nosotros toda memoria referente a ello, más en Italia, donde fueron hechos, conocíase la historia de uno de ellos con importantes documentos acerca de su construcción; y sin embargo, por extraña coincidencia, se aplicaron tales datos al de los Reyes Católicos y no al de sus hijos, como debía de ser. D. Pedro Madrazo publicó la noticia en nuestro país..Ahora puede afirmarse, sin riesgo a equivocación, que el Sepulcro de los Reyes Católicos es obra del toscano Doménico Fancelli y el otro de Bartolomé Ordóñez, paisano y compañero de Siloee. pp. 294-295. N.T.

26 En 1656 es expulsado del cargo. En 1658 es ordenado sacerdote y en 1660 por decisión del Consejo del Rey vuelve a ocupar el cargo de Racionero de la Catedral de Granada. N.T.

27 Este personaje no aparece recogido en la Enciclopaedia Britannica ni en la Nueva Enciclopedia Larousse. N.T.

28 Se refiere a Isabel II, N.T.

29 Los geólogos las llaman pizarras micáceas. N.T.

30 En el texto aparece el término fern trees, árboles helechos. No se conoce la existencia de estos árboles en España, por lo que he deducido que se tendría que tratar de una acacia ya que la hoja puede tener el aspecto de algún tipo de helecho. N.T.

31 Taraje (Tamariz) N.T.

32 Geólogo alemán al que he hecho referencia en el capítulo 4. N.T.

33 Se refiere a José María Hinojosa, llamado el Tempranillo. Bandolero español nacido en Jauja c.1800 y fallecido en 1832. Su nombre lo debe a que comenzó actuando como contrabandista a temprana edad. Se especializó en el asalto a diligencias y acabó cobrando un seguro en dinero para permitir que vehículos

y viajeros circularan tranquilamente por Sierra Morena donde actuaba como reyezuelo. Prototipo del bandido romántico, alcanzó celebridad europea a través de las obras de numerosos autores de libros de viaje. N.T.

34 Quiere decir Aznalfarache. N.T.

35 Iglesia Colegial de Santa María de las Nieves (Olivares) N.T.

36 Se refiere a Alcalá la Real. N.T.

37 La historia de Marino Faliero fue llevada al teatro por Lord Byron en 1820 y con posterioridad Gaetano Donizetti compuso una ópera en 1835. N.T.

38 Actriz que tuvo amores con Mauricio de Sajonia y que aparentemente murió envenenada por su rival María Carolina Sobieska. N.T.

39 Llama la atención el buen conocimiento de esta autora en temas de botánica, así reconoce la palmera doum (Hyphaene thebaica) y apunta correctamente su procedencia egipcia. N.T.

40 En el texto original hay un error puesto que el viaje a caballo a Granada pertenece al capítulo X. N.T.

41 Apelativo que hace referencia al inglés medio. N.T.

42 El San Cristobal es el pico más alto de esta cordillera y ha recibido el nombre de su santo preferido, ya que es la primera tierra visible para los marineros cuando se van aproximando a la costa – un buen augurio buscar a San Cristobal en cualquier forma. N.T.

43 Interpretación libre y con ciertas alteraciones de un párrafo en el capítulo XIII. N.T.

44 Apelativo que se daba al arqueólogo. N.T.

45 He mantenido la grafía aunque se trata de la Cueva de Menga. N.T.

46 Utilizan siempre el término antigüedades. N.T.

47 Quiere decir los Turdetanos. N.T.

48 Incluye aquí Lady Tenison una extensa nota. Se trata de un texto extraído de la obra de William R. Wilde *«The Beauties of the Boyne and Blackwater»*. McGlashan, Dublin; Orr and Co., London.

49 Se refiere al Padre Mariana. N.T.

50 Lady Tenison vuelve a incluir una interpretación libre y con alteraciones de un episodio del Quijote. N.T.

51 Vía marítima que une el océano Atlántico con el océano Pacífico a través del archipiélago Ártico canadiense. Esta travesía fue intentada desde el Siglo XVI, pero no pudo llevarse a cabo hasta principios del Siglo XX. N.T.

unas palabras sobre

Dibujo y fotografía en el periplo andaluz de Louisa y Edward King Tenison

JAVIER PIÑAR SAMOS

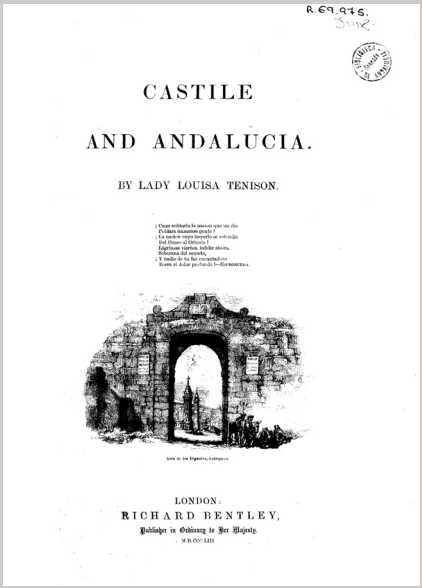
La imagen publicada sobre Andalucía a lo largo del siglo XIX es ciertamente notable por su cantidad, temáticas abordadas y modalidades (grabado, litografía, fotografía). Estrechamente vinculada con el fenómeno del viaje, una parte de esta abundante iconografía se publicaría de forma autónoma en porfolios y álbumes con textos explicativos sucintos o como complemento informativo de esa amplia literatura sobre España y lo español que inundó las bibliotecas de viajeros y eruditos europeos desde la década de 1840.

Pese a todo, fue mucho más lo que se trasmitió con la palabra impresa que lo que se hizo visible a través del pincel, el buril o la impresión fotográfica. En realidad, sólo una escasa porción de este yacimiento cultural y pintoresco que era Andalucía fue traducido a imágenes, en tanto que una profusa y detallada literatura daba cuenta de los valores

[PÁGINA ANTERIOR]
TENISON, Edward King. *Séville, place San Francisco* (fragmento). 1853. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

monumentales y paisajísticos del territorio, de sus singularidades, costumbres y atavismos, de sus caminos y fondas, su abigarrada historia y su presente pintoresco. Si en muchos de los textos pioneros conviven las impresiones personales, lecturas mejor o peor digeridas y extractadas, erudición, conocimiento práctico del terreno y una inequívoca atracción por la aventura, el género irá progresivamente evolucionando hacia repertorios informativos normalizados, de los que las guías de viaje serán la expresión más cabal. A lo largo de las décadas de 1840 y 1850, toda Europa y una porción creciente del mundo accesible fue sometida a una operación sistemática de cartografiado turístico por parte de empresas francesas y anglosajonas especializadas en guías de viaje (Jennings, Murray, Bentley, Baedeker, Richard, Hachette), aprovechando el amplio repertorio de literatura viajera de inspiración ilustrada y romántica que ya estaba elaborado y dotando a esta base erudita de los aditamentos propios de una guía de bolsillo orientada al gran público: síntesis históricas y geográficas, rutas e itinerarios detallados, instrucciones acerca de lo que había de verse en cada lugar, informaciones prácticas sobre alojamientos y medios de transporte, mapas y planos sintéticos, ilustraciones; un nuevo tipo de libro, en suma, para el nuevo viajero de la modernidad.

La obra de Louisa Tenison se instala en la frontera entre esas dos generaciones de literatura viajera, compartiendo rasgos que son propios de las memorias personales de viaje, pero asumiendo también los nuevos planteamientos que está im-



Portada de la edición de 1853 de *Castille and Andalucía*. Biblioteca de Andalucía.

Portada del álbum fotográfico Recuerdos de España. Bibliothèque Nationale de France.

poniendo el mercado editorial. Como no podría ser de otro modo, es heredera de una tradición gráfica y literaria de origen británico que había dado sus mejores frutos en los porfolios litográficos de David Roberts, J.F. Lewis o Georges Vivian, pero también en los textos monumentales de Richard Ford. Y quizá su principal valor y novedad estriba en el intento de integrar de modo más explícito la palabra y la imagen, que hasta entonces parecían seguir sendas paralelas y escasamente conectadas, utilizado unos y otros sus específicos medios de difusión. Las experiencias españolas de Roberts, Lewis, Irving o Ford habían sido, por ejemplo, casi simultáneas en el tiempo, pero unos y otros habían comunicado sus resultados a través de publicaciones monográficas, donde las litografías aparecían pobremente descritas y los cuentos y descripciones adolecían de cualquier referente gráfico. Una de las pocas excepciones a esta tendencia había sido la colección de publicaciones turísticas sobre España que, por iniciativa editorial de Jennings, aparecían lujosamente ilustradas con los grabados al acero preparados por David Roberts[a]. Ese y otros proyectos marcaría el itinerario a seguir en el futuro por muchas publicaciones impresas: una más estrecha relación entre imagen y texto. La obra de Tenison se caracteriza precisamente por haber incidido en esta dirección, suministrando al público un libro lujosamente ilustrado, a la vez que un amplio documento sobre lo mejor que podía verse en Castilla y Andalucía, las experiencias que podían compartirse y las indicaciones prácticas necesarias para facilitar el desplazamiento y alojamiento de un viajero culto.

a ROSCOE, Thomas, *Jennings´Landscape annual for 1835 - The tourist in Spain. Granada*. London, Robert Jennings and Co., 1835. ROSCOE, Thomas, *Jennings´Landscape annual for 1836 - The tourist in Spain. Andalusia*. London, Robert Jennings and Co., 1836. ROSCOE, Thomas, *The tourist in Spain and Morocco*. London, Robert Jennings and Co., 1838.

La segunda razón que otorga a la obra de Tenison una especial relevancia no está directamente relacionada con el libro, sino con las actividades paralelas que el propio viaje hizo posibles. El trabajo fotográfico desarrollado por E.K. Tenison cobra todo su sentido en el contexto de esa dilatada estancia en España acompañando a su mujer. Entre 1851 y 1853 realiza uno de los reportajes más extensos y pioneros sobre España, en un momento en que la novedad técnica del soporte negativo de papel (calotipo) está empezando a generalizarse entre una reducida élite de aficionados, haciendo posible la multiplicación de la imagen fotográfica y su difusión a través de exposiciones y publicaciones ilustradas. Muy pocos fotógrafos antes que él habían experimentado con el calotipo en España (Claudius Weelhouse, Joseph de Vigier, tal vez Alphonse de Launay en su primera visita al país) y será en estos años de estancia española de Tenison cuando otros profesionales y aficionados se inicien en la producción fotográfica sobre papel tomando vistas españolas (Paul Marés. Charles Clifford, Vizconde de Dax). La obra de Tenison es, por ello, fundamental para aproximarse a las primeras vistas fotográficas de diversas ciudades y monumentos españoles.

TENISON, Edward King. *Alhambra, porte de la Justice*. 1851-1852. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Proceso Blanquart-Evrard. Bibliothèque Nationale de France.

El matrimonio formado por Edward-King Tenison (1805-1878) y Louisa Tenison (1819-1882)[b] realizó una larga estancia en España, que se prolongaría desde octubre de 1850 a la primavera de 1853. Fruto de sus viajes por la Península fue la obra *Castile and Andalucía* y una colección fotográfica parcialmente divulgada. Buena parte del amplio repertorio

b El aristócrata irlandés Edward King Tenison contrajo matrimonio en 1838 con Lady Louisa Mary Anne Anson, que tomaría el apellido del marido desde entonces. Lady Louisa era hija de Thomas William Anson, conde de Lichfield y de Louisa Catherine Philips. http://myweb.tiscali.co.uk/ axhsk5/tenisons.htm. Http://thepeerage.com/p18982.htm#i189815.

de calotipos compuestos por E.K. Tenison se concretaría en un álbum privado, sin que éste llegara a comercializar a través de la imprenta fotográfica de Blanquart Evrard sino una pequeña fracción de las tomas realizadas durante su dilatado periplo español, cuyas escalas serían detalladamente recogidas en la memoria de viaje escrita por Louisa. El álbum fotográfico *Recuerdos de España* - conservado en la Bibliothèque Nationale de France- constituye hasta el momento el registro fotográfico más amplio del viaje, si bien algunas de las imágenes incluidas en él fueron vendidas o cedidas por Tenison para fines comerciales e insertas en las recopilaciones *Souvenirs Photographiques* y *Recueil Photographique,* editadas por la *Imprimerie Photographique* de Blanquart-Evrard en 1853 y 1854[c]. Del mismo modo, en enero de 1854 expuso algunas de estas imágenes españolas en la Exposición Fotográfica de Londres[d] y desde septiembre de ese mismo año puso a la venta en París algunas de ellas, destacando una gran vista panorámica de Toledo compuesta a partir de tres fotografías[e]. Antes de que procediera a su divulgación entre el público francés, ya había publicitado su colección española en la exposición industrial irlandesa celebrada en Dublín en 1853, en cuyo catálogo se destaca el mérito de los grandes formatos de imagen que había logrado obtener y la variedad de tonalidades que mostraban los positivos expuestos[f].

El álbum mencionado se compone de treinta y cinco positivos sobre papel a la sal a partir de negativos de papel a la sal encerados, que reproducen vistas de diversas ciudades españolas,

c Vid. BALSELLS, David, "la imagen múltiple. Los límites del arte", en *De París a Cádiz: Calotipia y colodión*, Museu Nacional d´art de Catalunya – Fundación Universitaria de Navarra, 2004. GAUTRAND, Jean-Claude, *Blanquart-Evrard,* Centre Régional de la Photographie Nord Pas de Calais, 1999.

d Vid. SCHAAF, Larry. J., "Biographical dictionary of British calotypists", *en Impressed by light: British photographs from paper negatives, 1840-1860*, The Metropolitan Museum of Art, National Gallery of Art, Yale University Press, 2008.

e *La Lumière*, nº 37 (16 septiembre 1854), nº 3 (20 enero 1855), nº 8 (24 febrero 1855). Vid. ALONSO MARTÍNEZ, Fco., *Daguerrotipistas, calotipistas y su imagen de la España del siglo XIX*, Girona, CCG Ediciones, 2002.

f *The Irish industrial exhibition of 1853: a detailed catalogue of its contents*, J. Sproule, Dublin, 1854, p. 234-235.

correspondiendo veinte de ellas a ciudades andaluzas: nueve a Sevilla, cuatro a Córdoba y siete a Granada, de las que cinco tienen como motivo a la Alhambra o sus entornos[g].

En contraste con las copias comercializadas por Blanquart-Evrard, que tuvieron difusión pública y de las que hubieron de producirse un número indeterminado de ejemplares, el álbum fue compuesto con una finalidad privada, como regalo de Louisa Tenison a Sophie Pélissier, duquesa de Malakoff (1828-1890), tal y como consta en la dedicatoria manuscrita. Sofía, de origen español, era hermana del escritor y diplomático Juan Valera y Alcalá Galiano.

El álbum hubo de ser confeccionado con posterioridad a las ediciones Blanquart-Evrard, toda vez que incluye buena parte de las fotografías comercializadas en el formato elaborado por la firma editora[h]. Siete de las imágenes que contiene son positivos con un tamaño aproximado de 21 x 17 cm y cuentan con el nombre del autor - EK Tenison- en caracteres rotulados, siendo precisamente las dedicadas a Granada y correspondiéndose con las editadas por Blanquart. El resto de los positivos posee un tamaño notablemente mayor -40 x 27 cm- y lleva la firma manuscrita de Tenison en el propio negativo.

El ejemplar regalado a Sofia Malakoff, no obstante, no recoge todas las fotografías elaboradas por Tenison en España, como tampoco la totalidad de las publicadas a través de la empresa editora de Lille. Aunque existen imágenes sueltas en diversas

g Puerta de la Justicia, Patio de los Arrayanes, Patio de los Leones, Patio de la Acequia y Cedro de los Mártires; las dos restantes son las dedicadas a la ciudad: portada de la Capilla Real y Convento de los "Martiros" (sic), que en realidad corresponde a la calle de San Jerónimo. Esta última imagen está situada en la misma página del álbum donde se encuentra también la dedicada al cedro existente en el extinguido convento de los Mártires. Es probable que se produjera un error en la colocación de los pies de imagen manuscritos en ambas imágenes y que el título "Convento de los martiros" corresponda en realidad a la dedicada al cedro de San Juan de la Cruz. La fotografía dedicada a la calle de San Jerónimo, por su parte, muestra un espacio muy poco identificativo de la ciudad, pudiendo obedecer su realización a algún tipo de recuerdo personal de la estancia.

h *Probablemente fue compuesto a partir de septiembre de 1855, dado que es en esa fecha cuando el marido de Sofía recibe e título de duque.* Vid. ALONSO MARTÍNEZ, Fco., *Daguerrotipistas, calotipistas y su imagen de la España del siglo XIX*, Girona, CCG Ediciones, 2002, pag. 81, nota 82.

TENISON, Edward King. *Alhambra, cour des Myrtes*. 1851-1852. **Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Proceso Blanquart-Evrard. Bibliothèque Nationale de France.**

colecciones públicas y privadas, en realidad desconocemos el número exacto de fotografías que pudo llegar a componer y mucho menos las copias que se distribuyeron de cada imagen, siendo este **álbum el único y más completo docu**mento conocido hasta el momento. Sí es posible, en cambio, conocer con exactitud aquellas que fueron publicadas y difundidas públicamente, que ascienden a siete imágenes, todas ellas relativas a Granada o a la Alhambra. Un examen de los álbumes editados por *Blanquart-Evrard* entre 1853 y 1854 ha permitido localizar recientemente una nueva fotografía que no se halla incluida en el álbum de Sofía Malakoff y muestra una vista exterior del Generalife (*Entrée du Généralife à Grenade*). Fue publicada a mediados de 1854 en *Recueil pho-*

TENISON, Edward King. *Grenade, le Generalife*. 1851-1852. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Proceso Blanquart-Evrard. Bibliothèque Nationale de France.

tograhique, serie que recogía imágenes de monumentos de Francia, Malta, España, Italia, Alemania y Bélgica y que incluye el resto de las imágenes impresas sobre Granada, con la excepción del cedro de los Mártires (*Etude d´arbre*), publicado un año antes en *Etudes photographiques*[i].

La fecha de realización de las fotografías correspondientes a dos de las tres ciudades andaluzas es relativamente precisa, dado que el propio autor anotó el año junto a su firma manuscrita en el propio negativo: de acuerdo con este dato, las de Córdoba fueron compuestas en 1852 y las de Sevilla en 1853. En las imñagenes de Granada no existe esta información tan explícita, dado que no se han localizado los positivos directos y sólo se cuenta con los ejemplares de menor

i Vid. JAMMES, I., *Blanquart-Evrard et les origines de l´edition photographique française : Catalogue raisonné des albums photographiques édités 1851-1855*, Genève, 1981.

TENISON, Edward King. *Entrée du Généralife à Grenade.*. 1851-1852. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. 17,7 x 21,6 cm. *Recueil photograhique*,Imprimerie photographique de Blanquart-Evrard, Lille, 1854, plancha 11. Bibliothèque municipale – Lille.

tamaño editados por Blanquart-Evrard, donde la firma autógrafa fue sustituida por el nombre rotulado, sin indicación alguna de fecha de realización. Por fortuna, los libros de firmas de la Alhambra y del Generalife, donde se inscribían los viajeros que accedían al monumento, recogen al menos cuatro visitas realizadas por los Tenison a lo largo de su estancia esapñola; la primera de ellas tuvo lugar el 5 de abril de 1851, pero sólo aparece la firma de la esposa y dos acompañantes; el 14 de ese mismo mes visitó el Generalife en solitario, no siendo hasta el 9 de septiembre de 1851 cuando figura ya la firma de Edward junto a la de Louisa, acompañados esta vez de Louise Tenison y A. Reymann. Con posterioridad, en junio de 1852, Louisa volvería a la Alhambra con otros acompañan-

tes ilustres, pero no consta tampoco la firma de su marido. Estos registros no son del todo concluyentes, toda vez que pudo haber visitado los lugares sin necesidad de firmar en un registro que era meramente protocolario; de hecho, no costa la visita de Edward al Generalife y sí existe en cambio una fotografía realizada en el Patio de la Acequia. De acuerdo con ello, pueden datarse estas imágenes entre abril y septiembre de 1851 y acaso en los primeros meses de 1852, constituyendo así los primeros calotipos realizados en la Alhambra.

Como ya se ha señalado, la serie fotográfica de Tenison es particularmente valiosa, tanto por su antigüedad como por la modernidad de muchos de sus puntos de vista. No es innovadora en buena parte de los motivos fotografiados, que se inscriben en el repertorio iconográfico ineludible de Andalucía (La Alhambra, La Giralda, La Mezquita) que venía siendo explotado desde tiempo atrás por pintores y dibujantes y continuaría siendo un yacimiento inagotable para los fotógrafos viajeros y profesionales que lo siguieron (Gustave de Beaucorps, Alphonse de Launay Louis de Clercq, Charles Clifford, L.L. Masson, Leygonier o J. Laurent, entre otros). Tampoco demostró una especial pericia técnica en el control de la luz o en ciertos encuadres, pero hay que considerar que Tenison no era una profesional de la fotografía, sino un viajero que practica con una técnica recientemente aprendida en el círculo de aficionados reunidos en torno a G. Le Gray. Tampoco ejerce la fotografía como oficio y no está impelido a la realización de repertorios por encargo o destinados a la

TENISON, Edward King. *Convento de los Martinos. Granada* [Calle de San Jerónimo]. 1851-1852. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Proceso Blanquart-Evrard. Bibliothèque Nationale de France.

TENISON, Edward King. *Alhambra, cour des Lions*. 1851-1852. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Proceso Blanquart-Evrard. Bibliothèque Nationale de France.

TENISON, Edward King. *Cordoue, porte du pont romain*. 1852. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

venta; puede permitirse el lujo de la mirada personal y de la elección de motivos que no son propios de un repertorio monumental (un árbol del huerto abandonado de los Mártires, una calle anónima de Granada, una plaza de Sevilla). La fotografía de Edward King Tenison, como los dibujos y anotaciones de Louisa son, antes que nada, la expresión de un modo de viajar y de un cierto diletantismo. Nos encontramos ante dos miembros distinguidos de la aristocracia británica, que cultivan asiduamente las bellas artes y la literatura y hacen del viaje una experiencia placentera y una ocasión para la práctica de sus aficiones cultas, entre las que el dibujo o la experimentación con los nuevos procedimientos fotográficos ocuparían un lugar destacado. La lectura reposada, la relación epistolar y el contacto directo con artistas (J.F. Lewis), eruditos locales (Pascual de Gayangos) y conocedores distin-

guidos de los países que visitan (Richard Ford) les permiten forjarse una idea precisa del itinerario a seguir y de lo que es digno de verse en cada lugar. Los contactos consulares les facilitan los desplazamientos, el alojamiento y un acceso privilegiado a los monumentos a visitar. El viaje se convierte, así, en pretexto para la creación artística o literaria, un cúmulo de experiencias susceptibles de ser enriquecidas y reinterpretadas con aportaciones propias, ya sean impresiones personales anotadas a vuela pluma, bocetos y apuntes que sirvan posteriormente para un dibujo más reposado o tomas fotográficas. Estas prácticas de distinción propias de su clase son a la vez ejercicios de divertimento personal y motivos de comunicación con su amplio círculo de amistades. Pero en el caso de los Tenison son algo más que eso. Lejos de quedar circunscritos a una distribución restringida y elitista, los testimonios artísticos y literarios elaborados durante el largo periplo español adquieren la condición de documentos que se desea difundir públicamente haciendo uso de canales comerciales.

Ya se ha comentado anteriormente cómo el trabajo fotográfico fue objeto de una cierta difusión a través de exposiciones, publicaciones y ventas directas ¿Cabe deducir de ello que nos encontramos ante un profesional de la fotografía y no ante un simple aficionado culto? Sin duda, Tenison no necesitaba vivir de la fotografía, pero la divulgación de su obra constituiría un motivo de orgullo personal y un acicate para prestigiarse entre sus iguales y obtener mayor reconocimien-

TENISON, Edward King. *Vue de Cordoue : le pont romain et la tour de la Calahorra.* 1852. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

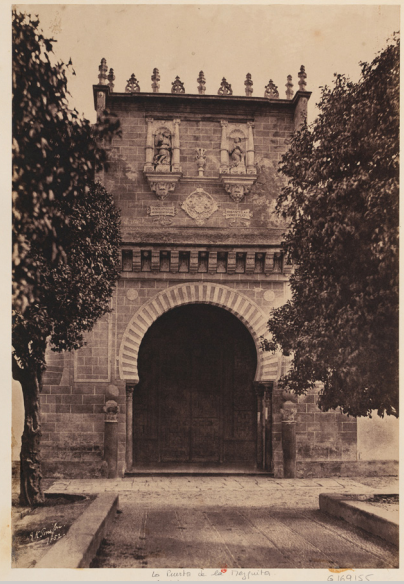
to. No constituye una excepción a este respecto, siendo muy numerosos los casos de aficionados británicos y franceses que utilizaron similares cauces de difusión.

Con respecto al trabajo artístico y literario de Louisa, puede señalarse una similar intencionalidad, si bien haciendo uso de procedimientos de difusión más profesionalizados. A diferencia de su esposo, que probablemente no contaba con un plan previo de trabajo y no se plantearía la difusión de sus imágenes hasta después de haberlas realizado, la idea o el encargo de escribir una memoria de viaje parece acompañar a Louisa desde el momento en que pone pie en tierras españolas, o incluso antes. De hecho, el libro fue puesto a la venta muy pocos meses después de su retorno a Gran Bretaña y un volumen de esa extensión, acompañado además

TENISON, Edward King. *Arbre (Grenade)* [Cedro de San Juan de la Cruz. Los Mártires]. 1851-1852. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Proceso Blanquart-Evrard. Bibliothèque Nationale de France.

TENISON, Edward King. *Porte de la Chapelle Royale, Grenade*. 1851-1852. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Proceso Blanquart-Evrard. Bibliothèque Nationale de France.

de numerosas láminas litográficas, requería muchos meses de trabajo para su elaboración e impresión. En el prefacio de la obra, escrito en Sevilla en mayo de 1853, poco antes de partir, Louisa muestra el agradecimiento por las ayudas recibidas durante el proceso de edición – "Teniendo en cuenta la desventaja que supone haber estado ausente de Inglaterra durante el tiempo en que este libro ha estado en prensa, yo me habría sentido incluso con aún menos confianza a la hora de presentarlo al público si no hubiese sido por la ayuda de dos o tres amigos entrañables a los cuales no tengo palabras para expresar mi gratitud"-. Una nota anexa al prefacio y fechada el 16 de julio de 1853 permite determinar el momento en el que la obra estuvo concluida y el editor Richard Bentley la pudo poner en circulación. Pocos días después, el 30 de julio, el propio Richard Fod publicó una elogiosa reseña en la revista *The Athenaeum.*



Cabe pensar, por ello, que acaso pudo existir un encargo explícito a Louisa por parte del editor y que, incluso, se plantearan la posibilidad de utilizar el trabajo fotográfico de Edward como base para la elaboración posterior de grabados o litografías inspirados en las tomas. Una esposa que dibuja y escribe y un marido que fotografía; un libro de viaje y un álbum de imágenes simultáneos en el tiempo; idénticos recorridos: demasiadas coincidencias como para no establecer una relación estrecha entre ambas producciones. Pero también es probable que la idea de escribir el libro surgiese de la propia autora, como un modo de contextualizar y enriquecer el tra-

TENISON, Edward King. *Place de la Magdalena à Séville.* 1853. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

bajo de dibujo, que sería lo que realmente le apasionaba y lo que sabría ejecutar con mayor destreza. No era tampoco la primera vez que se aventuraba en la edición de vistas; a raíz de un viaje realizado a partir de 1843 por Egipto, Siria y Palestina, había llegado a publicar un repertorio de 30 litografías inspiradas en sus propios dibujos (TENISON, Louisa, *Sketches In The East Drawn On Stone By Dickinson And Son,* London, 1846). Teniendo en cuenta estos precedentes y planteamientos, la idea de ilustrar la publicación con litografías o grabados elaborados en un taller a partir de las fotografías realizadas por su marido no dejaba de ser un contrasentido para una persona que se deleitaba en el ejercicio del dibujo. De hecho, no aparece en el texto mención alguna al trabajo fotográfico de Edward King, ni siquiera al propio personaje, en tanto que las referencias a dibujos realizados por ella son

TENISON, Edward King. *Cordoue, minaret de la Grande Mosquée.* 1852. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

TENISON, Edward King. *Cordoue, porte de la Grande Mosquée.* 1852. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

relativamente abundantes, introduciendo incluso reflexiones y anécdotas vinculadas a ese ejercicio. Esas razones avalan la idea de dos trabajos paralelos que no llegaron a influirse mutuamente y que no estaban concebidos para integrarse en una única publicación.

Un atento examen de las imágenes relativas a Andalucía no permite establecer relación alguna entre el trabajo fotográfico y las ilustraciones de la obra, aunque sí pueden encontrase referencias literarias en el texto de Louisa estrechamente vinculadas a algunas de las fotografías realizadas por su marido (ciprés de los mártires y Capilla Real en Granada; plaza de la Magdalena y plaza de toros de la Maestranza, en Sevilla). Pero eso lo único que demostraría es que estuvieron juntos en muchos de esos lugares y que, mientras ella dibujaba o tomaba notas, el marido realizaría fotografías sobre temas que les habían llamado particularmente la atención. Si hubiese existido alguna intención de documentar fotográficamente el itinerario, el trabajo de Edward hubiera sido mucho más amplio y sistemático, abordando paisajes y lugares que Louisa describió pormenorizadamente (Cádiz, Málaga, Ronda...) y de los que no hay constancia alguna de registro fotográfico. Definitivamente, cada cual estableció su particular mirada sobre la realidad española y sus respectivos trabajos no se interfirieron ni tampoco se integraron. El único caso en el que una imagen litográfica incluida en la obra es copia fiel de una fotografía tomada por Tenison se refiere al Palacio Real de Madrid[j].

j Vid SOUGEZ, M.L. "Imagen fotográfica en el medio impreso", en AA.VV., *150 años de fotografía en la Biblioteca Nacional,* Madrid, 1992, pag. 69.

TENISON, Edward King. *Séville, les arènes.* 1853. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

Considerando las preferencias de la autora, la ilustración habría de ser el núcleo de la obra y constituir su mayor singularidad. Pero el texto escrito era fundamental para dar a la publicación la apariencia de un libro de viajes, que era lo que probablemente demandaba el editor y estaba dispuesto a publicar. La tensión entre ambas necesidades se resolvió de

un modo poco satisfactorio. El formato de la publicación, por ejemplo, es más grande que el propio de una guía de viaje de mano, como la que había publicado Ford ocho años antes o la que editaba la casa parisina Richard en ese momento. Pero ese formato permitía reproducir a mayor tamaño las litografías insertas. Por otra parte, la alta calidad del papel y la extensión del texto hicieron del libro una pieza voluminosa, poco apta para su utilización como guía. Definitivamente, no estaba concebida para estos usos y cabe considerarla más como una obra marcada por el sello de autor y apta para consulta de gabinete que como una publicación destinada a su comercialización masiva. Esta puede ser la razón de que no llegara a reeditarse y que no fuese traducida a otros idiomas. Por último, sus contenidos literarios constituyen una mezcla de datos útiles y de impresiones personales de viaje, si bien están correctamente integrados y organizados y la redacción fluida hace gala de una abundante documentación, describiendo además zonas que habían sido poco o nada transitadas por viajeros precedentes. Todos estos valores fueron puestos de manifiesto por escritores y eruditos que probablemente ayudaron mucho en la selección de los itinerarios o en el suministro de informaciones útiles y específicas. El propio Pascal de Gayangos hizo una elogiosa reseña de la obra, refiriéndose a la autora como "una dama a quien la lectura de buenos libros castellanos y una afición decidida a lo que en Inglaterra se llama y con razón The romance of History o poesía de la historia, trujo años ha a la Península"[k]. Por su parte,

TENISON, Edward King. *La Giralda de Séville.* 1853. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

k GAYANGOS, Pascal de, "Crónica literaria", *Revista de Ambos Mundos*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1853, tomo I, pág. 796-802.

TENISON, Edward King. *Séville, l'Alcazar.* 1853. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

el propio Richard Ford le dedicó una favorable recensión, si bien en una carta particular al propio Gayangos le comentaba que la obra "no era sino una versión diluida del Hand-book, en cuyo texto parece haberse basado uno de los negros de Bentley" [1]. Tal afirmación, no carente de cierta exactitud, no deja de resultar un tanto injusta, al presuponer que la obra fue escrita en realidad por otra persona ajena. Sin embargo, el texto abunda en comentarios personales y experiencias directas que sólo podría haber escrito la autora. Cosa distinta es que el manuscrito original fuese convenientemente retocado e incluso ampliado por el personal de Bentley para adaptarlo a una publicación de estas características.

Si cabe poner en duda, a partir de estas manifestaciones, la autoría integral del texto por parte de Louisa Tenison, puede

1 ROBERTSON, I., *Los curiosos impertinentes: viajeros ingleses por España desde la ascensión de Carlos III hasta 1855*, Madrid, Serbal/CSIC, 1988.

señalarse en cambio un fuerte protagonismo de la autora en la concepción gráfica del mismo, si bien con matizaciones. El ejercicio del dibujo, como una cierta destreza literaria, formaba parte del programa educativo de las clases acomodadas británicas y son numerosos los ejemplos de viajeras y viajeros distinguidos que no dudaron en escribir o dibujar sobre España sin pretensión profesional alguna. El caso de Harriet y Richard Ford es paradigmático a este respecto: Harriet fue una magnífica dibujante y se hizo asesorar convenientemente por J.F. Lewis. Richard Ford demostró también sus destrezas en el dibujo a lápiz y elaboró un valioso repertorio iconográfico durante su estancia en España, pero ambos se abstuvieron de publicarlos. Quizá porque tales apuntes eran para él un ejercicio de documentación paralelo a la toma de notas y un modo de fijar la memoria; de hecho, su *hand-book* nunca se concibió como una obra ilustrada, limitándose a complementar con algunos mapas del territorio un corpus literario tan amplio como exhaustivo.

TENISON, Edward King. *Séville, la Giralda.* 1853. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

Tenison fue, en cambio, más atrevida, planteando una mayor integración entre imágenes y texto en un momento en que este tipo de publicaciones no eran aún usuales. Para lograrlo, tuvo que compensar su limitada capacidad para el dibujo profesional con el conveniente asesoramiento. En el prefacio de la obra incluye explícitamente la siguiente nota: “los dibujos de paisajes y los dibujos arquitectónicos los he hecho de mis propios bocetos, pero las figuras son obra de Mr. Egron Ludgren, un artista sueco que en la actualidad reside en Sevi-

TENISON, Edward King. *Puerta del Perdon, Séville.* 1853. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

lla, cuyos admirables dibujos de la vida y costumbres españolas son bien conocidos de aquellos que han tenido el placer de visitar su estudio"; y señala finalmente en nota adjunta al prefacio que "todas las ilustraciones que acompañan este volumen (de dibujos originales de Lady Louisa Tenison y Mr. Egron Lundgren) han sido realizadas bajo la supervisión del distinguido artista Mr. John F. Lewis". El recurso a un pintor profesional para que "completara" o retocara el dibujo realizado por la artista ocasional no dejaba de ser habitual entre ese tipo de viajeros con suficientes recursos económicos que deambulaban por Andalucía; como tampoco lo era la adquisición de obra gráfica a estos artistas o la toma de clases en sus estudios; y Egron Lundgren se encontraba en el epicentro sevillano del itinerario andaluz.

De todo ello cabe concluir que nos encontramos ante dos trabajos compuestos con distintas finalidades y que, paradójicamente, no confluyeron, a pesar de ciertos equívocos que los vinculan estrechamente. Uno de ellos está basado en la reseña redactada por el arabista Pascual de Gayangos, que mantenía una relación estrecha tanto con Richard Ford como con Owen Jones y había suministrado a los Tenison indicaciones muy útiles para trazar el recorrido hispano. En el elogioso comentario que publica en 1853 en la *Revista de Ambos Mundos* y a la vista de la obra ya publicada, señala la existencia de "cuarenta y tres soberbios grabados y fotografías de la clase conocida con el nombre de talbotipos". La edición realizada por R. Bentley en 1853 cuenta, sin embargo, con

24 litografías a página completa, a las que habría que añadir otros 20 grabados sobre madera en pequeño formato que fueron utilizados para ilustrar la cabecera de cada capítulo. Es improbable que Gayangos cuantificara este segundo grupo ilustraciones en las 43 que menciona, de modo que habría que pensar que tenía en su poder un ejemplar que contenía las 24 litografías mencionadas y quizá 19 fotografías obtenidas a partir de negativos de papel a la sal (calotipos o talbotipos) insertas en el texto. Considerando la amistad que existía entre el erudito y el adinerado matrimonio, es probable que los Tenison adosaran a algunos de los ejemplares editados un repertorio fotográfico y los regalaran en su círculo más íntimo de amistades y compromisos, suministrando a Gayangos uno de ellos. Este *enriquecimiento gráfico* mediante fotografías pegadas no dejaba de ser un procedimiento usual en libros de viaje regalados a personalidades distinguidas y explicaría la aparente contradicción entre la reseña literaria que realiza Gayangos y el hecho de que no exista edición alguna de la obra con ilustraciones fotográficas.

Las actividades divulgativas promovidas por los Tenison no se circunscribieron, por último, a la actividad fotográfica y a la edición impresa, proyectándose hacia otras iniciativas de corte más espectacular. En torno a mayo de 1853, el empresario Robert Budford, propietario del Panorama londinense de Leicester Square[m], abrió al público un nuevo espectáculo visual que tenía como protagonista la ciudad de Granada. Para la elaboración de este gran lienzo, que representa una vista de

TENISON, Edward King. *Séville, la Casa de Pilatos*. 1853. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

m Los espectáculos visuales denominados con el neologismo "Panorama" (visión total) aparecieron a finales del siglo XVIII y tuvieron una amplia difusión a lo largo del siglo XIX . Se basaban en el montaje de un gran cuadro dispuesto en un enorme cilindro construido con una estructura de madera o hierro, que podía ser observado desde una plataforma central, suministrando una visión de 360 grados. Para su exposición se hizo necesaria la construcción de grandes edificios diseñados para este fin, entre los que el promovido por Budford en Londres gozó de gran fama. Una descripción detallada de los orígenes e implicaciones de los panoramas, así como de las iniciativas habidas en España puede consultarse en GARÓFANO, Rafael, *Los espectáculos visuales del siglo XIX: El pre-cine en Cádiz*, Quorum Editores, Cádiz, 2007.

TENISON, Edward King. *Palais des ducs de Montpensier (palais de San Telmo).* 1853. Calotipo. Positivo sobre papel a la sal. Bibliothèque Nationale de France.

la Alhambra, la ciudad, la vega de Granada y las estribaciones de Sierra Nevada tomada el paraje de la Silla del Moro, contó con los dibujos realizados por J. Uwins, quien estaría estrechamente asesorado por Louisa Tenison. También el propio Richard Ford colaboraría en el proyecto, asesorando sobre las vestimentas de las figuras que aparecen pintadas en la escena, así como en otros pormenores. El panorama contaba con 51 puntos identificados, de los que se ofrecía una escueta descripción en el folleto informativo editado para uso de los espectadores[n].

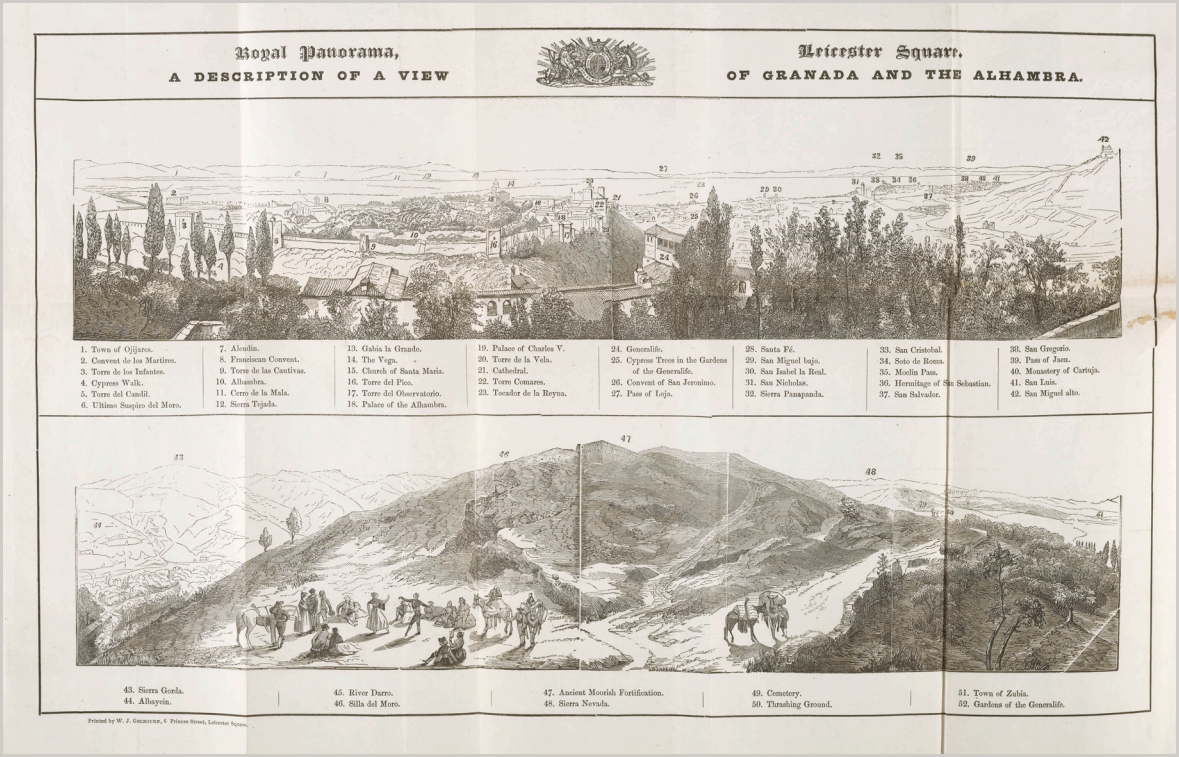
La participación de Louisa Tenison en el proyecto del panorama no resulta del todo precisa, dado que en el folleto se habla de gentil asesoramiento, en tanto que en alguna de las elogiosas notas de prensa aparecidas con motivo de su inauguración se dice explícitamente que la gran tela ha sido compuesta a partir de dibujos realizados por la autora[o]. Fuese de uno u otro modo, los Tenison participaron de esta iniciativa, quizá incluso aportando datos útiles para la composición del folleto. Lo que parece indiscutible es que tuvieron que existir dibujos previos bastante precisos, toda vez que las proporciones de las edificaciones dibujadas, así como las distancias y solapamientos entre las mismas son bastante precisas, aún teniendo en cuenta las deformaciones y realces propios de este tipo de vistas. No es probable que tales apuntes del natural fuesen tomados por J. Uwins, del que no hay constancia de que viajara a Granada, siendo más plausible pensar que el artista se limitó a la confección

n *Description of a view of the city of Granada; with the celebrated fortress and palace of the Alhambra, and the surrounding beautiful Vega, or plain; now exhibiting at The Panorama, Leicester Square. Painted by the proprietor, Mr. Robert Budford, assisted by H.S. Selous, from drawings taken by J. Uwins, Esq. kindly assisted by Lady Louisa Tenison.* London, 1853

o *"Budford´a Panoramas", The Ladies´Companion, May 1853, pag. 277.*

del dibujo preparatorio que habría de servir de plantilla para la confección de la gran tela y que se sirviese de los dibujos realizados por Louisa Tenison. Tampoco es descartable suponer que se utilizasen complementariamente imágenes fotográficas para ayudar a encajar de modo más preciso los elementos del paisaje. Todas ellas no son sino hipótesis de difícil verificación en base a la escasa documentación de que se dispone; ha de tenerse en cuenta que la única información gráfica existente sobre este gran panorama es el pequeño e impreciso dibujo inserto en el folleto explicativo, donde los contenidos están muy bosquejados.

Quizá la singularidad del panorama no resida tanto en quién lo ejecutó y en cómo se realizó, sino en lo que mostraba. Que un lugar de la profunda y lejana España se convirtiera en tema de espectáculo visual en el corazón del imperio británico no deja de ser relevante, toda vez que Granada fue la primera y tal vez única ciudad española que fue objeto de un panorama en Leicester Square. Pero tampoco cabe valorarlo como algo sorprendente, habida cuenta del contexto en el que se produce. Si Granada y, más en concreto, la Alhambra merecieron la atención del empresario del espectáculo y del público londinense es porque ya venía siendo publicitada desde tiempo atrás. Las litografías de Lewis, Roberts y Vivian, las publicaciones de Jennings y Richard Ford habían contribuido indudablemente a ello. Dos años atrás, Owen Jones había instalado en la exposición universal del Crystal Palace su particular interpretación del Patio de los Leones



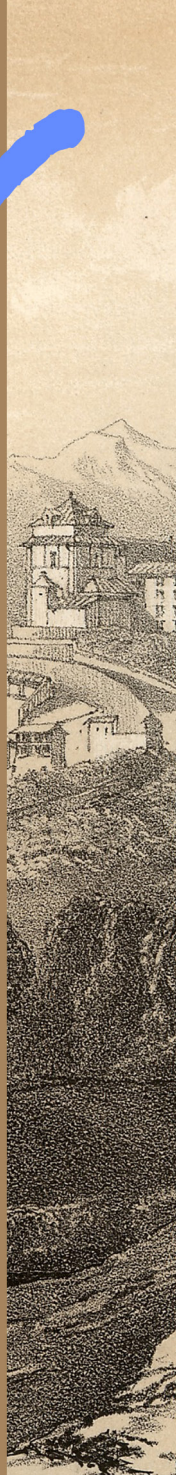
Royal Panorama, Leicester Square, A description of a view of Granada and the Alhambra, 1853.

e impulsaba un nuevo tipo de arte industrial inspirado en los motivos y colores presentes en las yeserías y alicatados que ornaban los muros de la Alhambra. Los “curiosos impertinentes”, como denomina Robertson a esa pléyade de viajeros británicos que no se limitaron a viajar y observar, sino que trasmitieron sus impresiones a los compatriotas, estaban siendo otros tantos divulgadores de Andalucía; los Tenison, lejos de ser una excepción, formaban parte de una multitud.

Galeria de lecturas pendientes

2012

“Se que se me puede acusar de ser una persona carente de sensibilidad y falta de gusto cuando confieso que mi primera desilusión al llegar a España fue la casi total ausencia de belleza entre la mujer española. Los poetas han cantado a las hijas de España de «oscura mirada» y los viajeros han recorrido el país, con sus mentes profundamente convencidas con la idea preconcebida de la belleza de las mujeres, algo tan asentado en su imaginación que en sus obras han fomentado lo que yo no puedo evitar afirmar es una mera falsa ilusión, una de las muchas que la gente aún sigue manteniendo cuando piensa y sueña con España. Las mujeres españolas tienen unos ojos magníficos, un pelo muy bonito y por regla general unos dientes perfectos, pero más de esto no pueden decir los que desean ofrecer una opinión honesta y sincera. Yo he visto muy rara vez a alguna cuyos rasgos pudiéramos considerar bellos en sentido estricto. Han desaparecido esa embrujada gracia y ese encanto de sus figuras y forma de caminar que antes solían tener, con la alta peineta que sostenía la mantilla y la ajustada basquiña que le daba una personalidad peculiar a su modo de andar. Con los cambios en su forma de vestir, ha desaparecido aquel inconfundible encanto. Los colores chillones que ahora se han impuesto han acabado con la elegancia que siempre acompaña al negro, el único color con el que hasta hace unos años una dama podía aparecer en público.”

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA